

Amin

Maalouf

Las cruzadas vistas
por los árabes



Biblioteca Maalouf
Alianza Editorial

Tc www.todocoleccion.net

Amin
Maalouf

Las cruzadas vistas por los árabes

TITULO ORIGINAL: Les croisades vues par les Arabes

Traductoras: María Teresa Gallego y María Isabel Reverte

Primera edición en «Libros Singulares»: 1989 Séptima reimpresión: 1996 Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1996
Primera reimpresión: 1997

Primera edición en «Área de conocimiento: Humanidades»: 1998 Sexta reimpresión: 2003

Primera edición en «Biblioteca de autor»: 2003 Quinta reimpresión: 2009

Diseño de cubierta: Alianza Editorial

Ilustración: Ricardo Corazón de León camino de Jerusalem,
de James William Glass (1825—57). Colección particular,
UK/Bridgeman Art Library

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Jean Claude Lattés, 1983

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1989, 1990, 1991, 1992, 1993, 1995, 1996, 1997, 1998, 1999, 2000, 2001, 2002, 2003, 2004, 2005, 2006, 2007, 2009 Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15, 28027 Madrid; teléf. 91 393 888

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-5686-1 Depósito legal: M. 55.420-2008 Impreso en Fernández Ciudad, S. L. Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

A Andréé

Introducción

Este libro parte de una idea sencilla: contar la historia de las cruzadas tal y como las vieron, vivieron y relataron en «el otro campo», es decir, en el lado árabe. Su contenido se basa, casi exclusivamente, en los testimonios de los historiadores y cronistas árabes de la época.

Estos últimos no hablan de cruzadas, sino de guerras o de invasiones francas. La palabra que designa a los francos se transcribe de forma diferente según las regiones, los autores y los períodos: farany, faranyat, ifrany, infranyat... Para unificar, hemos elegido la forma más concisa, la que sigue utilizándose, de forma preferente, en la actualidad en el habla popular para nombrar a los occidentales y, más concretamente, a los franceses: frany.

El deseo de no recargar el relato con las numerosas notas que se imponen — bibliográficas, históricas o de otro tipo— nos ha llevado a dejarlas para el final, donde aparecen agrupadas por capítulos. Su lectura resultará útil a quienes quieran saber más, pero no son en modo alguno indispensables para la comprensión del relato, que pretende resultar accesible para todo el mundo. Pues, más que un nuevo libro de historia, hemos pretendido escribir, partiendo de un punto de vista preterido hasta ahora, «la auténtica novela» de las cruzadas, de esos dos agitados siglos que dieron forma a Occidente y al mundo árabe, y que hoy en día siguen condicionando sus relaciones.

Prólogo

Bagdad, agosto de 1099

Sin turbante, con la cabeza afeitada en señal de luto, el venerable cadí Abu-Saad al-Harawi entra gritando en el espacioso diván del califa al-Mustazhir-billah. Lo acompaña una muchedumbre de acólitos, jóvenes y viejos. Éstos aprueban ruidosamente cada una de sus palabras y ofrecen, igual que él, el provocador espectáculo de una abundante barba bajo un cráneo rasurado. Algunos dignatarios de la corte intentan calmarlo, pero, apartándolos con gesto desdeñoso, avanza resueltamente hacia el centro de la sala y, a continuación, con la vehemente elocuencia de un predicador desde lo alto del púlpito, sermonea a todos los presentes, sin hacer distinción de rango:

—¿Osáis dormir a la sombra de una placentera seguridad, en medio de una vida frívola como la flor del jardín, mientras que vuestros hermanos de Siria no tienen más morada que las sillas de los camellos o las entrañas de los buitres? ¡Cuánta sangre vertida! ¡Cuántas hermosas doncellas por vergüenza, han tenido que ocultar su dulce rostro entre las manos! ¿Acaso los valerosos árabes se resignan a la ofensa y los ardidos persas aceptan el deshonor?

«Era un discurso que hacía llorar los ojos y conmovía los corazones», dirán los cronistas árabes. Toda la concurrencia se estremece entre gemidos y lamentaciones. Pero al-Harawi no desea sus sollozos.

—La peor arma del hombre —grita— es verter lágrimas cuando las espadas están atizando el fuego de la guerra.

Si ha hecho el viaje desde Damasco hasta Bagdad, tres largas semanas de verano bajo el implacable sol del desierto sirio, no ha sido para mendigar lástima sino para avisar a las más altas autoridades del Islam de la calamidad que acaba de abatirse sobre los creyentes y para decirles que intervengan sin dilación para detener la matanza. «Nunca se han visto los musulmanes humillados de esta manera —repite al-Harawi—, nunca, antes de ahora, han visto sus territorios tan salvajemente asolados.» Los hombres que lo acompañan han huido de las ciudades saqueadas por el invasor; algunos de ellos cuentan entre los escasos supervivientes de Jerusalén. Los ha traído consigo para que puedan contar, con su propia voz, el drama que han vivido un mes antes.

En efecto, el viernes 22 de shabán del año 492 de la hégira, el 15 de julio de 1099, los frany se han apoderado de la ciudad santa tras un asedio de cuarenta días. Los exiliados aún tiemblan cada vez que lo refieren, y la mirada se les queda fija, como si todavía tuvieran ante la vista a esos guerreros rubios cubiertos de armaduras que se dispersan por las calles, con las espadas desenvainadas, degollando a hombres, mujeres y niños, pillando las casas y saqueando las mezquitas.

Cuando, dos días después, cesó la matanza, ya no quedaba ni un solo musulmán dentro de las murallas. Algunos aprovecharon la confusión para escabullirse a través de las puertas, que los asaltantes habían echado abajo. Los demás yacían a miles en medio de charcos de sangre en el umbral de sus casas o en las proximidades de las mezquitas. Había entre ellos gran número de imanes, de ulemas y de ascetas sufíes que habían abandonado sus países para ir a vivir un piadoso retiro en esos lugares santos. A los últimos supervivientes los obligaron a llevar a cabo la peor de las tareas:

Prólogo

llevar a cuestras los cadáveres de los suyos, amontonarlos sin sepultar en terrenos baldíos y quemarlos a continuación antes de que los mataran a ellos también o los vendieran como esclavos.

La suerte que corrieron los judíos de Jerusalén fue igualmente atroz. En las primeras horas de la batalla, muchos de ellos participaron en la defensa de su barrio, la judería, situado al norte de la ciudad. Pero cuando se desplomó el lienzo de muralla que dominaba sus casas y los caballeros rubios empezaron a invadir las calles, los judíos enloquecieron. La comunidad entera, repitiendo un gesto ancestral, se reunió en la principal sinagoga para orar. Los frany bloquearon las salidas y, a continuación, apilando haces de leña todo alrededor, le prendieron fuego. A los que intentaban salir los mataban en las callejas próximas. Los demás se quemaban vivos.

Unos días después del drama, llegaron a Damasco los primeros refugiados de Palestina, llevando con infinitas precauciones el Corán de Othman, uno de los ejemplares más antiguos del libro sagrado. A continuación, fueron acercándose a su vez a la metrópoli siria los supervivientes de Jerusalén. Al divisar a lo lejos la silueta de los tres minaretes de la mezquita omeya, que se recortan por encima de las murallas cuadradas, desplegaron las alfombras de oración y se prosternaron para dar gracias al Todopoderoso por haberles alargado así la vida, cuyo fin creían llegado. En su calidad de gran cadí de Damasco, Abu Saad al-Harawi recibió bondadosamente a los refugiados. Este magistrado de origen afgano es la personalidad más respetada de la ciudad; prodigó consejos y reconfortó a los palestinos. Según él, un musulmán no tiene que avergonzarse por haber tenido que huir de su tierra. ¿No fue el primer refugiado del Islam el mismísimo profeta Mahoma, que tuvo que abandonar su ciudad natal, La Meca, cuya población le era hostil, para buscar refugio en Medina, donde la nueva religión tenía mejor acogida? ¿Y no fue acaso desde su ciudad de exilio desde donde lanzó la guerra santa, el yihad, para liberar a su patria de la idolatría? Los refugiados, por tanto, deben ser muy conscientes de que son los combatientes de la guerra santa, los muyahidin por excelencia, tan venerados en el Islam que la emigración del Profeta, la hégira, se eligió como punto de partida de la era musulmana.

Para muchos creyentes, el exilio es incluso un deber imperativo en caso de ocupación. El gran viajero Ibn Yubayr, un árabe de España que visitará Palestina casi un siglo después del comienzo de la invasión franca, se escandalizará al ver que algunos musulmanes, «subyugados por el amor al suelo natal», se resignan a vivir en territorio ocupado. «No hay —dirá—, para un musulmán, excusa alguna ante Dios para vivir en una ciudad incrédula, salvo que sólo esté de paso. En tierras del Islam, está al abrigo de las tribulaciones y los males a los que se ve sometido en los países de los cristianos, como oír, por ejemplo, palabras repugnantes acerca del Profeta, especialmente de boca de los más necios, hallarse en la imposibilidad de purificarse y vivir entre los cerdos y tantas cosas ilícitas. ¡Guardaos, guardaos de penetrar en sus territorios! Hay que pedir a Dios perdón y misericordia por semejante falta. Uno de los horrores que llaman la atención a cualquiera que viva en el país de los cristianos es ver cómo van tropezando con los grilletes los prisioneros musulmanes, a quienes dedican a los trabajos duros y tratan como esclavos, así como contemplar a las cautivas musulmanas con argollas de hierro en los pies. Se parten los corazones al verlos, pero la conmiseración no les sirve de nada.»

Aunque exageradas desde el punto de vista de la doctrina, las palabras de Ibn Yubayr son fiel reflejo de la actitud de aquellos miles de refugiados de Palestina y del norte de Siria concentrados en Damasco en aquel mes de julio de 1099. Pues, aunque es evidente que han abandonado sus casas con el corazón destrozado, están

Prólogo

decididos a no volver a sus países antes de la marcha definitiva del ocupante y resueltos a despertar la conciencia de sus hermanos en todas las regiones del Islam.

De no ser así, ¿por qué habrían venido a Bagdad conducidos por al-Harawi? ¿No es acaso hacia el califa, el sucesor del Profeta, hacia quien deben volverse los musulmanes en los momentos difíciles? ¿No es acaso hacia el príncipe de los creyentes hacia quien deben elevarse sus lamentos y quejas?

En Bagdad, la decepción de los refugiados va a ser proporcional a sus esperanzas. El califa al-Mustazhir-billah empieza por expresarles su profunda simpatía y su extrema compasión antes de encargar a seis altos dignatarios de la corte que efectúen una investigación sobre esos enojosos acontecimientos. ¿Es necesario mencionar que nunca más se volverá a oír hablar de esa comisión de sabios?

El saco de Jerusalén, punto de partida de una hostilidad milenaria entre el Islam y Occidente, no provocará, en el primer momento, sobresalto alguno. Habrá que esperar casi medio siglo a que el Oriente árabe se movilice frente al invasor y a que la llamada al yihad lanzada por el cadí de Damasco en el diván del califa se conmemore como el primer acto solemne de resistencia.

Al comienzo de la invasión, pocos árabes valoran de entrada, como lo hace al-Harawi, la magnitud de la amenaza procedente del Oeste. Algunos se adaptan incluso con excesiva rapidez a la nueva situación. La mayoría se limitan a intentar sobrevivir, llenos de amargura pero resignados. Algunos se convierten en observadores más o menos lúcidos e intentan comprender esos acontecimientos tan imprevistos como novedosos. El más interesante de ellos es el cronista de Damasco, Ibn al-Qalanisi, un joven culto procedente de una familia de notables. Temprano espectador, tiene veintitrés años en 1096 cuando los frany llegan a Oriente y se dedica a consignar regularmente por escrito los acontecimientos de los que va enterándose. Su crónica cuenta fielmente, sin excesiva pasión, la marcha de los invasores, tal y como se la percibe desde su ciudad.

Para él, todo empezó en esos días de angustia en que llegan a Damasco los primeros rumores...

Primera parte

La invasión (1096-1100)

¡Mirad a los frany! Ved con qué encarnizamiento se baten por su religión, mientras que nosotros, los musulmanes, no mostramos ningún ardor por hacer la guerra santa.

SALADINO

Capítulo 1

Llegan los frany

Aquel año empezaron a llegar, una tras otra, informaciones sobre la aparición de tropas de frany procedentes del mar de Mármara en una multitud innumerable. La gente se asustó. El rey Kiliy Arslan, cuyo territorio era el que más cerca estaba de esos frany, confirmó tales informaciones.

«El rey Kiliy Arslan» de quien habla aquí Ibn al-Qalanisi no ha cumplido aún los diecisiete años cuando llegan los invasores. Este joven sultán turco de ojos ligeramente rasgados es el primer dirigente musulmán en tener noticia de su llegada y será a un tiempo el primero que les inflija una derrota y el primero que se deje derrotar por sus temibles caballeros.

Ya en julio de 1096, Kiliy Arslan se entera de que una inmensa multitud de frany está en camino hacia Constantinopla. De entrada, se teme lo peor; naturalmente no tiene idea alguna de los fines reales que persiguen esas gentes, pero, en su opinión, su llegada a Oriente no presagia nada bueno.

El sultanato que gobierna se extiende sobre una gran parte de Asia Menor, un territorio recién arrebatado por los turcos a los griegos. De hecho, el padre de Kiliy Arslan, Suleimán, ha sido el primer turco que se ha apoderado de esa tierra que, muchos siglos después, iba a llamarse Turquía. En Nicea, la capital de ese joven Estado musulmán, las iglesias bizantinas siguen abundando más que las mezquitas. Si bien la guarnición de la ciudad la forman jinetes turcos, la mayoría de la población es griega y Kiliy Arslan no se hace prácticamente ninguna ilusión acerca de los auténticos sentimientos de sus súbditos: para ellos, nunca dejará de ser el jefe de una tropa bárbara. El único soberano al que reconocen, aquel cuyo nombre repiten en voz baja en todas sus oraciones, es el *basileus* Alejo Comneno, emperador de los romanos. En realidad, Alejo sería más bien emperador de los griegos, quienes se proclaman herederos del Imperio romano, rango éste, por otra parte, que le reconocen los árabes, que —tanto en el siglo XI como en el XX— designan a los griegos con el término de rum, «romanos». El dominio conquistado por el padre de Kiliy Arslan a expensas del Imperio griego es llamado, incluso, el sultanato de los rum.

En aquellos tiempos, Alejo es una de las figuras más prestigiosas de Oriente. Este quincuagenario de menguada talla, ojos chispeantes de malicia, barba cuidada, modales elegantes, siempre cubierto de oro y ricos paños azules, tiene verdaderamente fascinado a Kiliy Arslan. Reina en Constantinopla, la fabulosa Bizancio, situada a menos de tres días de marcha de Nicea. Una proximidad que provoca en el joven monarca sentimientos contradictorios. Como todos los guerreros nómadas, sueña con conquistas y pillajes. No le desagrade sentir las legendarias riquezas de Bizancio al alcance de la mano. Pero, al mismo tiempo, se siente amenazado: sabe que Alejo no ha perdido nunca la esperanza de recuperar Nicea, no sólo porque la ciudad ha sido siempre griega, sino sobre todo porque la presencia de guerreros turcos a tan poca distancia de Constantinopla constituye un peligro permanente para la seguridad del Imperio.

Aun cuando el ejército bizantino, dividido desde hace años por crisis internas, fuera capaz de lanzarse solo a una guerra de reconquista, nadie ignora que Alejo siempre puede pedir ayuda a extranjeros. Los bizantinos no han vacilado nunca en recurrir a

los servicios de caballeros procedentes de Occidente. Abundan los frany que visitan Oriente: mercenarios de pesadas armaduras o peregrinos rumbo a Palestina. Y, en 1096, no les resultan en modo alguno desconocidos a los musulmanes. Unos veinte años antes —Kiliy Arslan aún no había nacido, pero los ancianos emires de su ejército se lo han contado—, uno de esos aventureros de rubios cabellos, un tal Roussel de Bailleul, que había conseguido fundar un Estado autónomo en Asia Menor, llegó incluso a marchar hacia Constantinopla. Aterrados, los bizantinos no habían tenido más remedio que llamar en su auxilio al padre de Kiliy Arslan, que no había dado crédito a sus oídos cuando un enviado especial del *basileus* le había suplicado que acudiera en su auxilio. Los jinetes turcos se habían dirigido entonces a Constantinopla y habían logrado derrotar a Roussel, por lo que Suleimán había recibido una generosa recompensa en oro, caballos y tierras.

Desde entonces, los bizantinos desconfían de los frany, pero los ejércitos imperiales, siempre faltos de soldados expertos, se ven obligados a reclutar mercenarios; aunque no únicamente frany: bajo las banderas del imperio cristiano abundan los guerreros turcos. Precisamente gracias a congéneres alistados en el ejército bizantino se entera Kiliy Arslan, en julio de 1096, de que miles de frany se están acercando a Constantinopla. El cuadro que le pintan sus informadores lo deja perplejo. Esos occidentales se parecen muy poco a los mercenarios que se suelen ver. Naturalmente, hay entre ellos unos cuantos centenares de caballeros y un número importante de soldados de infantería armados, pero también miles de mujeres, de niños, de ancianos harapientos: diríase una población expulsada de sus tierras por algún invasor. También cuentan que todos ellos llevan, cosidas a la espalda, tiras de tela en forma de cruz.

El joven sultán, a quien le cuesta trabajo calibrar el peligro, pide a sus agentes que doblen la vigilancia y lo tengan continuamente al tanto de cuanto hagan esos nuevos invasores. Por si acaso, manda revisar las fortificaciones de su capital. Las murallas de Nicea, que tienen más de un farsaj (seis mil metros) de largo, están coronadas por doscientas cuarenta torres. Al suroeste de la ciudad, las tranquilas aguas del lago Ascanios constituyen una excelente protección natural.

Sin embargo, en los primeros días de agosto, se concreta la amenaza. Los frany cruzan el Bósforo, escoltados por navíos bizantinos y, a pesar del sol abrasador, avanzan a lo largo de la costa. Por doquier, y aunque se los haya visto saquear a su paso más de una iglesia griega, se los oye clamar que vienen a exterminar a los musulmanes. Su jefe es, al parecer, un ermitaño llamado Pedro. Los informadores calculan su número en unas cuantas decenas de miles, pero nadie sabe decir adonde los conducen sus pasos. Parece que el emperador Alejo ha resuelto instalarlos en Civitot, un campamento que había levantado con anterioridad para otros mercenarios, a menos de un día de marcha de Nicea.

El palacio del sultán es un hervidero enloquecido. Mientras los jinetes turcos están dispuestos, en todo momento, a saltar sobre sus caballos de batalla, se asiste a un continuo ir y venir de espías y de exploradores que informan de los menores movimientos de los frany. Se comenta que, todas las mañanas, estos últimos abandonan el campamento en hordas de varios miles de individuos para ir a forrajear por los alrededores, que saquean algunas casas de labranza e incendian otras antes de regresar a Civitot, donde sus clanes se disputan los frutos de la razzia. No hay nada en ello que pueda resultar realmente escandaloso para los soldados del sultán. Ni tampoco nada que pueda inquietar a su señor. Durante un mes, sigue la misma rutina.

Sin embargo, un día, hacia mediados de septiembre, los frany cambian bruscamente de costumbres. Al no tener ya, sin duda, nada de que apoderarse por los

alrededores, han tomado, según se dice, la dirección de Nicea, han cruzado varias aldeas, todas ellas cristianas, y han echado mano de las cosechas que se acababan de entrojar en esta época de recolección, matando despiadadamente a los campesinos que intentaban resistirse. Incluso han quemado vivos, al parecer, a niños de corta edad.

Estos acontecimientos cogen desprevenido a Kiliy Arslan. Cuando le llegan las primeras noticias, los asaltantes ya están ante los muros de su capital, y cuando el sol aún no ha llegado a la línea del horizonte, los ciudadanos ven elevarse el humo de los incendios. El sultán envía al instante una patrulla de soldados de caballería que se enfrentan con los frany, quienes destrozan a los turcos, muy inferiores en número. Sólo unos cuantos supervivientes regresan a Nicea cubiertos de sangre. Kiliy Arslan considera amenazado su prestigio y querría librar la batalla en el acto, pero los emires de su ejército lo disuaden. Pronto va a caer la noche y los frany ya retroceden a toda prisa hacia su campamento. La venganza habrá de esperar.

No por mucho tiempo. Enardecidos, según parece, por su éxito, los occidentales reinciden dos semanas después. Esta vez, el hijo de Suleimán, avisado a tiempo, va siguiendo paso a paso su avance. Una tropa franca, compuesta por algunos caballeros, pero sobre todo por miles de saqueadores andrajosos, toma el camino de Nicea; luego, rodeando la población, se dirige hacia el este y se apodera por sorpresa de la fortaleza de Xerigordon.

El joven sultán se decide. A la cabeza de sus hombres, cabalga a toda velocidad hacia la pequeña plaza fuerte donde, para celebrar la victoria, los frany se están emborrachando, incapaces de imaginar que su destino ya está sellado, ya que Xerigordon encierra una trampa que los soldados de Kiliy Arslan conocen muy bien, pero que estos extranjeros sin experiencia no han sabido descubrir: su aprovisionamiento de agua se halla en el exterior, bastante lejos de las murallas, y los turcos se han apresurado a cortar el acceso. Les basta con tomar posiciones en torno a la fortaleza y no moverse. La sed combate en lugar de ellos.

Para los sitiados comienza un suplicio atroz: llegan a beber la sangre de sus cabalgaduras y su propia orina. Se los ve, en estos primeros días de octubre, mirando desesperadamente el cielo, acechando unas cuantas gotas de lluvia, en vano. Al cabo de una semana, el jefe de la expedición, un caballero llamado Reinaldo, accede a capitular si se le perdona la vida. Kiliy Arslan, que ha exigido que los frany renuncien públicamente a su religión, se sorprende un tanto cuando Reinaldo se dice dispuesto no sólo a convertirse al Islam sino también a luchar junto a los turcos contra sus propios compañeros. A varios de sus amigos, que se han prestado a las mismas exigencias, los envían en cautividad hacia las ciudades de Siria o al Asia Central. A los demás los pasan a cuchillo.

El joven sultán está orgulloso de su hazaña, pero conserva la cabeza fría. Tras haber concedido a sus hombres una pausa para el tradicional reparto del botín, los vuelve a llamar al orden al día siguiente. Es cierto que los frany han perdido cerca de seis mil hombres, pero los que quedan son seis veces más, y es una ocasión inmejorable para librarse de ellos. Para lograr sus fines, decide utilizar la astucia: envía a dos espías, unos griegos, al campamento de Civitot, para anunciar que los hombres de Reinaldo están en excelentes condiciones, que han conseguido apoderarse de la propia Nicea, cuyas riquezas están firmemente decididos a no dejarse disputar por sus correligionarios. Mientras tanto, el ejército turco preparará una gigantesca emboscada.

De hecho, los rumores, cuidadosamente propalados, suscitan en el campamento de Civitot el revuelo previsto. Todos se arremolinan, insultan a Reinaldo y a sus hombres;

ya han decidido ponerse en camino sin dilación para participar en el saqueo de Nicea. No obstante, de repente, sin que se sepa muy bien cómo, llega un superviviente de la expedición de Xerigordon y desvela la verdad sobre la suerte de sus compañeros. Los espías de Kiliy Arslan piensan que han fracasado en su misión, puesto que los frany más prudentes recomiendan calma. Pero, una vez pasado el primer momento de consternación, vuelve la agitación. La muchedumbre bulle y vocifera: quiere salir en el acto, no ya para participar en el pillaje sino para «vengar a los mártires». A quienes vacilan los tildan de cobardes. Por fin, los más fanáticos se salen con la suya y se fija la salida para el día siguiente. Han ganado la partida los espías del sultán, cuya treta ha quedado descubierta pero que han logrado sus fines. Mandan decir a su señor que se prepare para el combate.

El 21 de octubre de 1096, al alba, los occidentales salen de su campamento. Kiliy Arslan no está lejos, ha pasado la noche en las colinas próximas a Civitot y sus hombres se mantienen bien ocultos. Desde donde está, puede ver personalmente a lo lejos la columna de los frany que va levantando una nube de polvo. Varios cientos de caballeros, la mayoría sin armadura, avanzan en cabeza, seguidos de una multitud de soldados de infantería en desorden. Llevan caminando menos de una hora cuando el sultán oye acercarse su clamor. El sol, despuntando a su espalda, les da de lleno en el rostro. Conteniendo la respiración, hace señas a sus emires de que estén preparados. Llega el instante fatídico, un gesto apenas perceptible, unas cuantas órdenes cuchicheadas aquí y allá, y ya están los arqueros tensando lentamente los arcos. Bruscamente, surgen en un único y prolongado silbido mil flechas. La mayoría de los caballeros se desploman en los primeros minutos. Luego quedan, a su vez, diezmados los soldados de infantería.

Cuando se entabla la lucha cuerpo a cuerpo, los frany ya retroceden en desbandada. Quienes estaban en la retaguardia han vuelto corriendo hacia el campamento donde los que no combaten se acaban de despertar. Un anciano sacerdote celebra una misa matutina, unas cuantas mujeres preparan la comida. La llegada de los fugitivos con los turcos pisándoles los talones siembra el pánico. Los frany huyen en todas direcciones, a algunos, que han intentado llegar a los bosques vecinos, los cogen en seguida. Otros, más inspirados, se parapetan en una fortaleza abandonada que presenta la ventaja de tener el mar detrás. No queriendo correr riesgos innecesarios, el sultán renuncia a sitiarlos. La flota bizantina, avisada con toda rapidez, acude a liberarlos. De esta forma se van a salvar entre dos mil y tres mil hombres. Pedro el Ermitaño, que se encuentra desde hace unos días en Constantinopla, consigue así salir con vida. Pero sus secuaces tienen menos suerte, a las mujeres más jóvenes las han raptado los jinetes del sultán para repartirlas entre los emires o venderlas en los mercados de esclavos. Algunos muchachos jóvenes corren la misma suerte. A los demás frany, sin duda más de veinte mil, los exterminan.

Kiliy Arslan no cabe en sí de júbilo. Acaba de aniquilar a ese ejército franco del que se decía que era tan temible, y las pérdidas de sus propias tropas son insignificantes. Al contemplar el inmenso botín acumulado a sus pies, cree vivir su más hermoso triunfo.

Y, sin embargo, rara vez en la Historia habrá costado tan cara una victoria a los vencedores.

Embriagado por el éxito, Kiliy Arslan no quiere enterarse de las informaciones que van llegando al invierno siguiente acerca de la llegada de nuevos grupos de frany a Constantinopla. Para él, e incluso para los más prudentes de sus emires, no hay en ello motivo alguno de preocupación. Si otros mercenarios de Alejo se atrevieran de nuevo a cruzar el Bósforo, los harían trizas como a los que los precedieron. En la mente del sultán ha llegado la hora de volver a las preocupaciones importantes del

momento, dicho de otro modo, a la lucha sin cuartel que tiene entablada desde siempre contra los príncipes turcos, sus vecinos. Ahí, y en ninguna otra parte, es donde se decidirá su suerte y la de sus dominios. Los enfrentamientos con los rum o sus extraños auxiliares frany no han de ser nunca más que un intermedio.

Nadie lo sabe mejor que el joven sultán. ¿Acaso no fue en uno de esos interminables combates de jefes donde perdió la vida, en 1086, su padre, Suleimán? Kiliy Arslan apenas tenía entonces siete años, y hubiera debido suceder a su padre bajo la regencia de algunos emires fieles, pero lo apartaron del poder y lo condujeron a Persia con el pretexto de que su vida corría peligro. Lo adulan, lo rodean de atenciones, lo sirve un enjambre de esclavos atentos, pero lo vigilan estrechamente, y le prohíben de forma terminante visitar su reino. Sus anfitriones, es decir sus carceleros, no eran ni más ni menos que los miembros de su propio clan: los selyúcidas.

Si hay un nombre que nadie ignora en el siglo XI desde las inmediaciones de la China hasta el lejano país de los frany, es ése con seguridad. Los turcos selyúcidas llegaron del Asia Central, con miles de jinetes nómadas de largos cabellos trenzados y se apoderaron en unos cuantos años de toda la región que se extiende desde el Afganistán hasta el Mediterráneo. A partir de 1055, el califa de Bagdad, sucesor del Profeta y heredero del prestigioso imperio abasida, no es más que una dócil marioneta entre sus manos. Desde Ispahán hasta Damasco, desde Nicea hasta Jerusalén, sus emires dictan la ley. Por primera vez desde hace tres siglos, todo el Oriente musulmán se halla reunido bajo la autoridad de una dinastía única que proclama su voluntad de devolverle al Islam su pasada gloria. Los rum, aplastados por los selyúcidas en 1071, jamás volvieron a levantar cabeza. Asia Menor, la mayor de sus provincias, está invadida; su propia capital ya no goza de seguridad; sus emperadores, y entre ellos el propio Alejo, no dejan de mandar delegaciones al papa de Roma, jefe supremo de Occidente, suplicándole que haga un llamamiento a la guerra santa contra este resurgir del Islam.

Kiliy Arslan está muy orgulloso de pertenecer a una familia tan prestigiosa, pero tampoco se hace ilusiones sobre la aparente unidad del imperio turco. Entre primos selyúcidas no existe solidaridad alguna: hay que matar para sobrevivir. Su padre conquistó Asia Menor, la extensa Anatolia, sin ayuda de sus hermanos, y lo mató uno de sus primos por pretender extenderse hacia el sur, hacia Siria. Y mientras retenían por la fuerza en Ispahán a Kiliy Arslan, despedazaban el dominio paterno. Cuando, a finales de 1092, quedó en libertad el adolescente gracias a una desavenencia entre sus carceleros, apenas tenía autoridad fuera de las murallas de Nicea. Sólo contaba trece años.

Más adelante, fue gracias a los consejos de los emires del ejército como pudo, mediante la guerra, el crimen o la astucia, recuperar una parte de la herencia paterna. Hoy puede vanagloriarse de haber pasado más tiempo en la silla de su caballo que en su palacio. Sin embargo, cuando llegan los frany, aún no hay nada decidido. En Asia Menor, sus rivales siguen siendo poderosos, aun cuando, afortunadamente para él, sus primos selyúcidas de Siria y de Persia están inmersos en sus propias disputas.

Especialmente en el este, en las desoladas elevaciones de la meseta de Anatolia, reina en estos tiempos de incertidumbre un extraño personaje al que llaman Danishmend, «el Sabio», un aventurero de origen oscuro que, al contrario de los demás emires turcos, en su mayoría analfabetos, conoce las ciencias más diversas. Pronto va a convertirse en el héroe de una célebre epopeya, titulada precisamente *La gesta del rey Danishmend*, que describe la conquista de Malatya, una ciudad armenia situada al sureste de Ankara, y cuya caída consideran los autores del relato como el giro decisivo de la islamización de la futura Turquía. En los primeros meses de 1097,

cuando le anuncian a Kiliy Arslan la llegada a Constantinopla de una nueva expedición franca, ya ha comenzado la batalla de Malatya. Danishmend pone sitio a la ciudad, y el joven sultán rechaza la idea de que este rival, que aprovechó la muerte de su padre para ocupar todo el nordeste de Anatolia, pueda conseguir una victoria tan prestigiosa. Decidido a impedirlo, se dirige, a la cabeza de su ejército, hacia las inmediaciones de Malatya e instala su campamento en las proximidades del de Danishmend para intimidarlo. Aumenta la tensión y se multiplican las escaramuzas, cada vez más sangrientas.

En abril de 1097, el enfrentamiento parece inevitable. Kiliy Arslan se prepara para éste. La mayor parte de su ejército se halla concentrado frente a los muros de Malatya cuando llega ante su tienda un jinete extenuado. Transmite, sin aliento, su mensaje: han llegado los frany; han vuelto a cruzar el Bosforo, en mayor número que el año anterior. Kiliy Arslan no se inmuta. Nada justifica tanta inquietud. Ya ha tratado con los frany, sabe a qué atenerse. Por fin, y sólo para tranquilizar a los habitantes de Nicea, y en particular a su esposa, la joven sultana, que pronto ha de dar a luz, pide a unos cuantos destacamentos de caballería que vayan a reforzar la guarnición de la capital. Él regresará en cuanto haya acabado con Danishmend.

Kiliy Arslan está de nuevo metido en cuerpo y alma en la batalla de Malatya cuando, en los primeros días de mayo, llega un nuevo mensajero temblando de cansancio y de miedo. Sus palabras siembran el pánico en el campamento del sultán. Los frany están a las puertas de Nicea, a la que están empezando a sitiar. No son ya, como en el verano, partidas de saqueadores andrajosos, sino auténticos ejércitos de miles de caballeros fuertemente pertrechados; y, esta vez, los acompañan los soldados del *basileus*. Kiliy Arslan intenta calmar a sus hombres, pero también a él lo tortura la angustia. ¿Debe abandonar Malatya a su rival para volver a Nicea? ¿Está seguro de poder salvar aún su capital? ¿No va a perder acaso en los dos frentes? Tras haber consultado largamente a sus más fieles emires, se les ocurre una solución, una especie de pacto: ir a ver a Danishmend, que es hombre de honor, ponerlo al corriente de la tentativa de conquista emprendida por los rum y sus mercenarios, así como de la amenaza que pesa sobre todos los musulmanes de Asia Menor, y proponerle que cese en las hostilidades. Antes incluso de que Danishmend conteste, el sultán ha enviado a una parte de su ejército hacia la capital.

De hecho, al cabo de unos días se pacta una tregua, y Kiliy Arslan toma sin tardar el camino del oeste, pero, cuando llega a las elevaciones próximas a Nicea, el espectáculo que contempla le hiela la sangre en las venas. La soberbia ciudad que le legó su padre está cercada por todas partes; hay una multitud de soldados atareada colocando torres móviles, catapultas y almajaneques que han de servir para el asalto final. Los emires son categóricos: ya no hay nada que hacer. Hay que replegarse hacia el interior del país antes de que sea demasiado tarde. Sin embargo, el joven sultán no consigue resignarse a abandonar así su capital. Insiste para intentar abrir una última brecha por el sur, flanco por el que los sitiadores parecen peor parapetados. La batalla comienza el 21 de mayo al alba. Kiliy Arslan se arroja con furia a la refriega, y el combate prosigue con violencia extrema hasta la caída del día. Las pérdidas son igualmente cuantiosas en ambos bandos, pero cada cual mantiene sus posiciones. El sultán no insiste, ha comprendido que ya nada le permitirá aflojar el cerco. Empeñarse en lanzar a todas sus fuerzas a una batalla que ha empezado tan mal podría prolongar el sitio unas semanas más, e incluso unos meses más, pero correría el riesgo de poner en juego la propia existencia del sultanato. Descendiente de un pueblo esencialmente nómada, Kiliy Arslan sabe que su poder procede de los varios miles de guerreros que lo obedecen, no de la posesión de una ciudad, por muy atractiva que sea. Pronto elegirá, además, como nueva capital la ciudad de Konya,

mucho más al este, que sus descendientes conservarán hasta principios del siglo XIV. Nunca más volverá a ver Nicea...

Antes de alejarse, manda un mensaje de despedida a los defensores de la ciudad para avisarlos de su dolorosa decisión y recomendarles que actúen «conforme a sus intereses». El significado de estas palabras es claro, tanto para la guarnición turca como para la población griega: hay que entregar la ciudad a Alejo Comneno y no a sus auxiliares francos. Se entablan, pues, negociaciones con el *basileus* que, a la cabeza de sus tropas, ha tomado posiciones al oeste de Nicea. Los hombres del sultán intentan ganar tiempo, esperando sin duda que su señor pueda volver con refuerzos. Pero Alejo tiene prisa: los occidentales —amenaza— se disponen a dar el asalto final, y entonces él no responderá de nada. Acordándose de las actuaciones de los frany el año anterior en los alrededores de Nicea, los negociadores sienten terror. Ya están viendo su ciudad saqueada, a los hombres asesinados, a las mujeres violadas. Sin dudar, acceden a poner su suerte en manos del *basileus*, que fija personalmente las condiciones de la rendición.

En la noche del 18 al 19 de junio, introducen en la ciudad por medio de barcas que cruzan en silencio el lago Ascanios a soldados del ejército bizantino, turcos en su mayoría: la guarnición capitula sin combate. Con las primeras luces del día, los pendones azules y dorados del emperador flamean ya sobre las murallas. Los frany renuncian a dar el asalto. Dentro de su infortunio, Kiliy Arslan tendrá así un consuelo: los dignatarios del sultanato van a salvar la vida, y a la joven sultana, acompañada de su hijo recién nacido, incluso van a recibirla en Constantinopla con honores reales, para mayor escándalo de los frany.

La joven esposa de Kiliy Arslan es la hija de Chaka, un aventurero de talento, un emir turco celeberrimo en vísperas de la invasión franca. Lo habían hecho preso los rum mientras efectuaban una razzia en Asia menor, y había impresionado a sus carceleros por la facilidad de que dio pruebas para aprender griego, que al cabo de unos meses hablaba a la perfección. Brillante, hábil, buen conversador, había llegado a convertirse en visitante habitual del palacio imperial, que incluso le había concedido un título de nobleza. Pero este pasmoso encumbramiento no le bastaba. Tenía miras más altas, mucho más altas: ¡quería llegar a ser emperador de Bizancio!

A este efecto, el emir Chaka tenía un plan muy coherente. Así, había ido a instalarse en el puerto de Esmirna, en el mar Egeo, donde, con ayuda de un armador griego, se había construido una auténtica flota de guerra que contaba con bergantines ligeros, bajeles de remos, drómonas, birremes, trirremes; en total casi un centenar de navíos. En una primera etapa, había ocupado numerosas islas, en concreto Rodas, Kios y Samos, y había extendido su autoridad al conjunto de la costa egea. Habiendo conseguido así un imperio marítimo, se había proclamado *basileus*, había organizado su palacio de Esmirna siguiendo el modelo de la corte imperial, y había lanzado a su flota al asalto de Constantinopla. Alejo había tenido que hacer enormes esfuerzos para conseguir rechazar el ataque y destruir una parte de los bajeles turcos.

En modo alguno desanimado, el padre de la futura sultana había reanudado resueltamente la construcción de sus navíos de guerra. Era hacia finales de 1092, en el momento en que Kiliy Arslan volvía del exilio, y Chaka se había dicho que el joven hijo de Suleimán sería un excelente aliado contra los rum. Le había ofrecido la mano de su hija, pero los cálculos del joven sultán eran muy distintos de los de su suegro. La conquista de Constantinopla le parecía un proyecto absurdo; sin embargo, ninguno de sus allegados ignoraba que aspiraba a eliminar a los emires turcos, que intentaban conseguir un feudo en Asia Menor, es decir, en primer lugar, a Danishmend y a Chaka, que resultaba demasiado ambicioso. Por tanto, el sultán no había dudado: unos meses antes de la llegada de los frany, había invitado a su suegro a un banquete y,

después de emborracharlo, lo había apuñalado, según parece, con sus propias manos. Chaka tenía un hijo que sucedió a su padre en ese momento, pero que no tenía ni la inteligencia ni la ambición de éste. El hermano de la sultana se había conformado con dirigir su emirato marítimo hasta ese día del verano de 1097 en que la flota de los rum había llegado de forma inesperada a la altura de Esmirna llevando a bordo un mensajero inesperado: su propia hermana.

Ésta ha tardado en comprender las razones de la solicitud del emperador hacia su persona pero, mientras la conducen hacia Esmirna, la ciudad en la que ha pasado su infancia, lo ve todo claro: tiene el cometido de explicarle a su hermano que Alejo ha tomado Nicea, que Kiliy Arslan está derrotado y que un poderoso ejército de rum y de frany va a atacar pronto Esmirna con ayuda de una gran flota. Para salvar su vida, se invita al hijo de Chaka a conducir a su hermana hasta su esposo, que se halla en algún lugar de Anatolia.

Como nadie rechaza la propuesta, deja de existir el emirato de Esmirna. A partir del día siguiente de la caída de Nicea, toda la costa del mar Egeo, todas las islas, toda la parte occidental del Asia Menor quedan, pues, fuera del dominio turco; y los rum, ayudados por sus auxiliares francos, parecen decididos a ir más allá.

Sin embargo, en su refugio de las montañas, Kiliy Arslan no depone las armas.

Pasada la sorpresa de los primeros días, el sultán prepara activamente su respuesta. *Se puso a reclutar tropas, a enrolar voluntarios y a proclamar el yihad* —apunta Ibn al-Qalanisi—. El cronista de Damasco añade que Kiliy Arslan *pidió a todos los turcos que acudieran en su auxilio, y fueron muchos los que contestaron a su llamada*.

De hecho, el primer objetivo del sultán es sellar una alianza con Danishmend. Ya no basta una simple tregua; ahora es imperioso que las fuerzas turcas de Asia Menor se unan, como si se tratara de un solo ejército. Kiliy Arslan está seguro de la respuesta de su rival. Tan ferviente musulmán como realista estratega, Danishmend se considera amenazado por el avance de los rum y de sus aliados francos. Prefiere enfrentarse a ellos en las tierras de su vecino antes que en las suyas y, sin más dilación, llega con miles de soldados al campamento del sultán. Allí confraternizan, se consultan, elaboran planes. Al ver tal muchedumbre de guerreros y de caballos que cubren las colinas, los jefes recuperan la confianza. Atacarán al enemigo en cuanto tengan ocasión.

Kiliy Arslan acecha su presa. Los informadores que tienen infiltrados entre los rum le han hecho llegar valiosas informaciones. Los frany proclaman a voz en cuello que están decididos a proseguir su camino más allá de Nicea y quieren llegar hasta Palestina. Hasta se conoce su itinerario: bajar hacia el sureste, en dirección a Konya, la única ciudad importante que aún está en manos del sultán. A todo lo largo de esta zona montañosa, que van a tener que cruzar, el flanco de las tropas occidentales será, pues, vulnerable a los ataques. Lo que hay que hacer es elegir el lugar de la emboscada. Los emires, que conocen bien la región, no vacilan. Cerca de la ciudad de Dorilea, a cuatro días de marcha de Nicea, hay un lugar en que el camino discurre por un valle poco profundo. Si los guerreros turcos se concentran detrás de las colinas, no tendrán más que esperar.

En los últimos días de junio de 1097, cuando Kiliy Arslan se entera de que los occidentales, acompañados de una pequeña tropa de rum, han salido de Nicea, el dispositivo de la emboscada ya está dispuesto. El 1 de julio al alba, se avista a los frany en el horizonte. Caballería e infantería avanzan tranquilamente, y no parece que sospechen en absoluto lo que les espera. El sultán temía que los exploradores enemigos descubrieran su estratagema, pero no parece que sea así. Otro motivo de

satisfacción para el monarca selyúcida: los frany son menos numerosos de lo que se había anunciado. ¿Se habrá quedado una parte en Nicea? Lo ignora. En cualquier caso, a primera vista, cuenta con superioridad numérica. Si a ello se añade la ventaja de la sorpresa, el día debería serle propicio. Kiliy Arslan está nervioso pero no pierde la confianza; tampoco la pierde el sabio Danishmend, que tiene veinte años más de experiencia que él.

Cuando apenas acaba de despuntar el sol tras las colinas, se da la orden de ataque. La táctica de los guerreros turcos se ha experimentado en numerosas ocasiones. Lleva medio siglo garantizándoles la supremacía militar en Oriente. Su ejército lo constituyen casi por completo jinetes ligeros que manejan admirablemente el arco. Éstos se acercan, lanzan sobre sus enemigos una lluvia de flechas mortíferas, luego se alejan a toda velocidad para dejar el sitio a una nueva fila de asaltantes. Por lo general, unas cuantas oleadas sucesivas hacen agonizar a su presa. Entonces es cuando entablan la definitiva lucha cuerpo a cuerpo.

Pero, el día de esta batalla de Dorilea, el sultán, instalado con su estado mayor en lo alto de un promontorio, comprueba con preocupación que los viejos métodos turcos han perdido su eficacia habitual. Es cierto que los frany no tienen agilidad alguna y no parecen impacientes por responder a los repetidos ataques, pero dominan a la perfección el arte de defenderse. La fuerza principal de su ejército reside en esas pesadas armaduras con las que los caballeros se cubren enteramente el cuerpo, e incluso a veces el de sus cabalgaduras. Avanzan lenta y torpemente, pero los hombres están magníficamente protegidos de las flechas. Aunque aquel día, tras varias horas de combate, los arqueros turcos se han cobrado numerosas víctimas, sobre todo entre los soldados de infantería, el grueso del ejército franco permanece intacto. ¿Hay que entablar la lucha cuerpo a cuerpo? Parece arriesgado: durante las numerosas escaramuzas que se han librado en torno al campo de batalla, los jinetes de las estepas no han dado en absoluto la talla frente a esas auténticas fortalezas humanas. ¿Hay que prolongar indefinidamente la fase de hostigamiento? Ahora que el efecto de la sorpresa ha pasado, la iniciativa podría venir del campo adverso.

Ya están algunos emires aconsejando replegarse cuando aparece a lo lejos una nube de polvo. Es un nuevo ejército franco que se aproxima, tan numeroso como el primero. Aquellos contra quienes están luchando desde por la mañana no son más que la vanguardia, al sultán no le queda elección, tiene que ordenar la retirada. Antes incluso de que haya podido hacerlo, le anuncian que está a la vista un tercer ejército franco detrás de las líneas turcas, sobre una colina que domina la tienda del estado mayor.

Esta vez, Kiliy Arslan se deja dominar por el miedo. Salta sobre su caballo de batalla y galopa hacia las montañas, abandonando hasta su famoso tesoro que siempre transporta consigo para pagar a sus tropas. Danishmend le sigue de cerca, así como la mayoría de los emires. Aprovechando la única baza que les queda, la velocidad, numerosos jinetes consiguen alejarse sin que los vencedores puedan perseguirlos. Pero la mayoría de los soldados permanecen donde están, rodeados por todas partes. Como escribirá Ibn al-Qalanisi: *Los frany hicieron trizas el ejército turco. Mataron, saquearon e hicieron muchos prisioneros, a los que vendieron como esclavos.*

En su huida, Kiliy Arslan se encuentra con un grupo de jinetes que llegan de Siria para combatir a su lado. Es demasiado tarde —les confiesa—, estos frany son demasiados y demasiado fuertes, no se los puede detener. Uniendo el gesto a la palabra, el sultán vencido desaparece en la inmensidad de la meseta de Anatolia. Tendrá que esperar cuatro años para vengarse.

Sólo la naturaleza parece resistir aún al invasor. La aridez de los suelos, la exigüidad de los senderos de montaña y el calor del verano por caminos sin sombra retrasan algo el avance de los frany. Después de Dorilea van a necesitar cien días para cruzar Anatolia, cuando les habría debido bastar un mes. Mientras tanto, las noticias del de sastre turco han dado la vuelta a Oriente. *Cuando se supo este acontecimiento vergonzoso para el Islam, hubo un auténtico pánico* —apunta el cronista de Damasco—. *El terror y la ansiedad adquirieron enormes proporciones.*

Circulan continuamente rumores sobre la inminente llegada de los temibles caballeros. A finales de julio corre la voz de que se están acercando a la aldea de al-Balana, en el extremo norte de Siria. Miles de jinetes se concentran para hacerles frente. Falsa alarma, los frany no aparecen por el horizonte. Los más optimistas se preguntan si los invasores no habrán desandado el camino. Ibn al-Qalanisi se hace eco de ello a través de una de esas parábolas astrológicas a las que tan aficionados son sus contemporáneos: *Aquel verano apareció un cometa por la parte del oeste, su ascensión duró veinte días, luego desapareció sin volverse a mostrar.* Pero las ilusiones se esfuman en seguida. Las informaciones son cada vez más concretas. A partir de mediados de septiembre, es posible seguir el camino de los frany de aldea en aldea.

El 21 de octubre de 1097, resuenan gritos desde lo alto de la alcazaba de Antioquía, la mayor ciudad de Siria. «¡Ya llegan!» Algunos curiosos se abalanzan hasta las murallas, pero no ven más que una vaga nube de polvo muy a lo lejos, al final de la llanura, cerca del lado de Antioquía. Los frany están aún a un día de marcha, tal vez más, y todo hace suponer que querrán pararse para descansar un poco tras la larga travesía. La prudencia exige, sin embargo, cerrar ya las cinco pesadas puertas de la ciudad.

En los zocos, el clamor de la mañana se ha apagado, vendedores y clientes se han quedado quietos. Hay mujeres que murmuran alguna oración. El miedo se ha apoderado de la ciudad.

Capítulo 2

Un maldito fabricante de corazas

Cuando al señor de Antioquía, Yaghi Siyan, lo informaron de que se acercaban los frany, temió un movimiento de sedición por parte de los cristianos de la ciudad, por tanto, decidió expulsarlos.

Será el historiador Ibn al-Atir quien cuente los acontecimientos más de un siglo después del comienzo de la invasión franca, basándose en los testimonios dejados por los contemporáneos:

El primer día, Yaghi Siyan ordenó a los musulmanes que salieran a limpiar los fosos que rodean la ciudad. Al día siguiente, para efectuar el mismo trabajo, envió sólo a los cristianos. Les hizo trabajar hasta la caída de la tarde y, cuando quisieron volver a la ciudad, se lo impidió diciendo: «Antioquía es vuestra, pero tenéis que dejármela hasta que haya solucionado nuestros problemas con los frany.» Le preguntaron: «¿Quién protegerá a nuestros hijos y a nuestras mujeres?» El emir contestó: «Yo me ocuparé de ellos en vuestro lugar.» Protegió efectivamente a las familias de los expulsados y no permitió que se les tocara ni un pelo de la cabeza.

En este mes de octubre de 1097, el viejo Yaghi Siyan, servidor desde hace cuarenta años de los sultanes selyúcidas, vive obsesionado con la traición. Está convencido de que los ejércitos francos que se han concentrado ante Antioquía jamás podrán penetrar en la ciudad a menos que hayan conseguido cómplices en el interior de los muros. Pues su ciudad no puede tomarse al asalto, y mucho menos sitiarse por hambre. Es cierto que los soldados de que dispone este emir turco de barba canosa no son más que seis o siete mil, mientras que los frany alinean más de treinta mil combatientes. Pero Antioquía es una plaza fuerte prácticamente inexpugnable. Su muralla tiene dos farsaj (doce mil metros) de largo y no cuenta menos de trescientas sesenta torres edificadas a tres niveles diferentes. La muralla, sólidamente construida con piedra de talla y ladrillo y asentada sobre cascote, trepa al este por el monte Habib-an-Nayyar, cuya cima corona con una alcazaba inexpugnable. Al oeste está el río Orontes, al que los sirios llaman al-Asi, «el río rebelde», porque a veces da la impresión de fluir en sentido contrario, desde el Mediterráneo hacia el interior. Su lecho corre paralelo a los muros de Antioquía, constituyendo un obstáculo natural difícil de cruzar. Al sur, las fortificaciones dominan un valle, cuya pendiente es tan empinada que parece una prolongación de la muralla. Por esto les resulta imposible a los sitiadores rodear por completo la ciudad y los defensores no tienen ninguna dificultad para comunicarse con el exterior y para avituallarse.

Las reservas de alimentos de la ciudad son tanto más abundantes cuanto que la muralla encierra, además de los edificios y los jardines, vastos campos cultivados. Antes del «Fath», la conquista musulmana, Antioquía era una metrópoli romana de doscientos mil habitantes; en 1097 sólo tiene cuarenta mil, y varios barrios, antaño poblados, se han convertido en campos de labor y en huertos. Aunque haya perdido parte de su pasado esplendor, sigue siendo una ciudad que impresiona. Todos los

viajeros —aunque vengan de Bagdad o de Constantinopla— quedan deslumbrados a la primera mirada por el espectáculo de esta ciudad, que se extiende hasta donde abarca la vista, con sus minaretes, sus iglesias, sus zocos de soportales, sus lujosas villas incrustadas en las pendientes arboladas que suben hasta la alcazaba.

Yaghi Siyan no tiene inquietud alguna en lo que respecta a la solidez de sus fortificaciones o la seguridad de su aprovisionamiento. Pero todos sus medios de defensa corren el riesgo de convertirse en inútiles si, en un punto cualquiera de la interminable muralla, los sitiadores consiguen encontrar un cómplice para abrirles una puerta o facilitarles el acceso a una torre, como ya ha ocurrido en el pasado. De ahí su decisión de expulsar a la mayoría de sus súbditos cristianos. En Antioquía, como en otros lugares, los cristianos de Oriente —griegos, armenios, maronitas, jacobitas— están sometidos, desde la llegada de los frany, a una doble opresión: la de sus correligionarios occidentales, que sospechan de su simpatía por los sarracenos y los tratan como a súbditos de rango inferior, y la de sus compatriotas musulmanes, que a menudo ven en ellos a los aliados naturales de los invasores. La frontera entre las adhesiones religiosas y nacionales es, en efecto, prácticamente inexistente. El mismo vocablo, rum, designa a bizantinos y sirios de rito griego, que se dicen siempre, por otra parte, súbditos del *basileus*; la palabra «armenio» se refiere a la vez a una iglesia y a un pueblo, y cuando un musulmán habla de «la nación», al-umma, se refiere a la comunidad de creyentes. En la mente de Yaghi Siyan, la expulsión de los cristianos es menos un acto de discriminación religiosa que una medida que afecta, en tiempo de guerra, a los súbditos de una potencia enemiga, Constantinopla, a la que ha pertenecido durante mucho tiempo Antioquía y que nunca ha renunciado a recuperarla.

De todas las grandes ciudades del Asia árabe, Antioquía ha sido la última en caer bajo el dominio de los turcos selyúcidas; en 1084 todavía dependía de Constantinopla. Trece años después, cuando los caballeros frany vienen a sitiaria, Yaghi Siyan, naturalmente, está convencido de que se trata de una tentativa de restauración de la autoridad de los rum con la complicidad de la población local, de mayoría cristiana. Frente a ese peligro, el emir no siente escrúpulo alguno. Expulsa, pues, a los «nasara», los adeptos del Nazareno —que es como se llama a los cristianos—, luego se encarga del racionamiento del trigo, del aceite y de la miel, e inspecciona a diario las fortificaciones, castigando severamente cualquier negligencia. ¿Bastará eso? No parece nada seguro. Pero las medidas tomadas deberían permitir resistir hasta que lleguen refuerzos. ¿Cuándo llegarán? Quienes viven en Antioquía se hacen esta pregunta con insistencia, y Yaghi Siyan no es más capaz de responder que el hombre de la calle. Ya en el verano, cuando los frany todavía estaban lejos, ha enviado a su hijo a visitar a los dirigentes musulmanes de Siria para avisarlos del peligro que acechaba a su ciudad. En Damasco —nos informa Ibn al-Qalanisi—, el hijo de Yaghi Siyan ha hablado de guerra santa. Pero, en la Siria del siglo XI, el yihad no es más que un lema que enarbolan los príncipes en apuros. Para que un emir acceda a socorrer a otro, tiene que ver en ello algún interés personal. Sólo entonces se le ocurre evocar los grandes principios.

Ahora bien, en aquel otoño de 1097, ningún dirigente, excepto el propio Yaghi Siyan, se siente directamente amenazado por la invasión franca. Si los mercenarios del emperador quieren recuperar Antioquía, no hay nada anormal en ello, puesto que esa ciudad siempre ha sido bizantina. De todas maneras, piensan, los rum no irán más allá. Y que Yaghi Siyan esté en un apuro no es forzosamente una desgracia para sus vecinos. Desde hace diez años viene burlándose de ellos, sembrando la discordia, atizando las envidias. ¿Ha de asombrarse, ahora que les pide que olviden sus disputas para que vengan en su auxilio, de no verlos acudir?

Como hombre realista que es, Yaghi Siyan sabe que se harán de rogar, que lo obligarán a mendigar los socorros, que le harán pagar sus astucias, sus artimañas, sus traiciones. Supone, sin embargo, que no llegarán hasta el extremo de entregarlo atado de pies y manos a los mercenarios del *basileus*. Al fin y al cabo, sólo ha intentado sobrevivir en medio de un avispero despiadado. En el mundo en que se mueve, el de los príncipes selyúcidas, las luchas sangrientas no cesan jamás, y el señor de Antioquía, al igual que todos los emires de la región, se ve obligado a tomar postura. Si se encuentra en el bando perdedor, lo que le espera es la muerte o, como mínimo, la cárcel y caer en desgracia. Si tiene la suerte de elegir el campo del ganador, saborea un tiempo su victoria, recibe como premio unas cuantas hermosas cautivas, antes de verse metido en un nuevo conflicto en el que se juega la vida. Para durar, hay que apostar por el buen caballo y no empeñarse en hacerlo siempre por el mismo. Cualquier error es fatal y los emires que mueren en su cama son pocos.

En Siria, cuando llegan los frany, la vida política está envenenada por la «guerra de los dos hermanos», dos curiosos personajes que parecen haber salido directamente de la imaginación de un cuentista popular: Ridwan, rey de Alepo, y su hermano menor Dukak, rey de Damasco, que se tienen un odio tan tenaz que nada, ni siquiera una amenaza común, puede permitirles pensar en reconciliarse. En 1097, Ridwan tiene algo más de veinte años, pero ya está rodeado de un halo de misterio, y circulan sobre él las leyendas más aterradoras. Bajo, delgado, de mirada severa y a veces temerosa, al parecer ha caído —nos dice Ibn al-Qalanisi— bajo la influencia de un «médico astrólogo», que pertenece a la orden de los asesinos, una secta que acaba de crearse y que va a desempeñar un papel relevante a todo lo largo de la ocupación franca. Se acusa al rey de Alepo, no sin razón, de utilizar a esos fanáticos para eliminar a sus adversarios. Crímenes, impiedad, brujería: Ridwan provoca la desconfianza de todos, pero es en el seno de su propia familia donde suscita el mayor odio. Con ocasión de su subida al trono, en 1095, ha mandado estrangular a dos de sus hermanos menores, por miedo a que un día le disputaran el poder; si el tercero ha salvado la vida es porque ha huido de la alcazaba de Alepo la misma noche en que las potentes manos de los esclavos de Ridwan tenían que cerrarse alrededor de su garganta. Este superviviente era Dukak, que desde entonces siente por su hermano mayor un odio ciego. Tras la huida, se ha refugiado en Damasco, cuya guarnición lo ha proclamado rey. Este joven veleidoso, influenciado, colérico, de salud frágil, vive obsesionado por la idea de que su hermano quiere asesinarlo. Cogido entre estos dos príncipes medio locos, Yaghi Siyan no tiene la tarea fácil. Su vecino inmediato es Ridwan, cuya capital, Alepo, una de las ciudades más antiguas del mundo, se encuentra a menos de tres días de Antioquía. Dos años antes de la llegada de los frany, Yaghi Siyan le ha dado a su hija en matrimonio. Pero en seguida ha comprendido que ese yerno codiciaba sus dominios y ha empezado, a su vez, a temer por su vida. Al igual que a Dukak, le obsesiona la secta de los asesinos. Como el peligro común ha unido naturalmente a ambos hombres, es hacia el rey de Damasco hacia el que se vuelve en primer lugar Yaghi Siyan cuando los frany avanzan hacia Antioquía.

Pero Dukak vacila. No es que los frany lo asusten, asegura, pero no le apetece llevar a sus ejércitos a las cercanías de Alepo y dar así a su hermano la ocasión de tomarlo de revés. Yaghi Siyan, que sabe cuán penoso resulta arrancarle una decisión a su aliado, se ha empeñado en mandar a su hijo Shams ad-Dawla —«el sol del Estado»—, un joven brillante, fogoso, apasionado, que nunca ceja en su empeño. Shams pone sitio sin tregua al palacio real hostigando a Dukak y a sus consejeros, usando unas veces la lisonja y otras las amenazas. Sin embargo, hasta diciembre de 1097, dos meses después del comienzo de la batalla de Antioquía, no accede el señor de Damasco, de mala gana, a ponerse en camino con su ejército hacia el norte. Le

acompaña Shams; sabe que en una semana de camino Dukak tiene tiempo de sobra de cambiar de opinión. De hecho, a medida que avanza, el joven soberano se va poniendo nervioso. El 31 de diciembre, cuando el ejército de Damasco ya ha cubierto las dos terceras partes del trayecto, se encuentra con una tropa franca que ha venido a forrajear por la zona. A pesar de su clara ventaja numérica y de la relativa facilidad con que ha conseguido cercar al enemigo, Dukak renuncia a dar la orden de ataque, lo que supone dar a los frany, por un momento desconcertados, el tiempo necesario para recobrase y romper el cerco. Cuando el día toca a su fin, no hay ni vencedor ni vencido, pero los damascenos han perdido más hombres que sus adversarios: Dukak no necesita más para desanimarse y, a pesar de las súplicas desesperadas de Shams, ordena inmediatamente a sus hombres que den media vuelta.

En Antioquía, la defección de Dukak provoca la mayor amargura, pero los defensores no renuncian. En estos primeros días de 1098, donde, curiosamente, reina el desconcierto es en el campo de los sitiadores. Muchos espías de Yaghi Siyan han conseguido infiltrarse entre el enemigo. Algunos de estos informadores actúan por odio a los rum, pero la mayoría son cristianos de la ciudad que esperan atraerse de este modo los favores del emir. Han dejado a sus familias en Antioquía y tratan de garantizar su seguridad. Las noticias que traen son reconfortantes para la población: mientras las provisiones de los sitiados siguen siendo abundantes, los frany padecen hambre. Se cuentan ya entre ellos cientos de muertos y han matado a la mayoría de las cabalgaduras. La expedición que se ha enfrentado con el ejército de Damasco tenía precisamente el cometido de encontrar algunos corderos, algunas cabras y de saquear los graneros. Al hambre se añaden otras calamidades que van minando cada día un poco más la moral de los invasores. La lluvia cae sin cesar, justificando el apodo grosero de «meona» que dan los sirios a Antioquía. El campamento de los sitiadores está totalmente enfangado; además, el suelo no deja de temblar. La gente de la región está acostumbrada, pero a los frany los aterra; hasta la ciudad llega el gran rumor de sus oraciones, cuando se reúnen para invocar al cielo creyendo ser víctimas de un castigo divino. Se dice que para aplacar la cólera del Altísimo han decidido expulsar a las prostitutas de su campamento, cerrar las tabernas y prohibir los juegos de dados. Las deserciones son numerosas, incluso entre los jefes.

Evidentemente, semejantes noticias refuerzan la combatividad de los defensores, y proliferan las salidas audaces. Como dirá Ibn al-Atir, *Yaghi Siyan manifestó un valor, una prudencia y una firmeza admirable*. Y, llevado por su entusiasmo, añade el historiador árabe: *La mayoría de los frany perecieron. ¡Si hubieran seguido siendo tan numerosos como a su llegada, hubieran ocupado todos los países del Islam!* Exageración cómica, pero que rinde un homenaje merecido al heroísmo de la guarnición de Antioquía, que va a llevar sola, durante largos meses, el peso de la invasión.

Los refuerzos siguen haciéndose esperar. En enero de 1098, dolido por la apatía de Dukak, Yaghi Siyan se ve obligado a volverse hacia Ridwan. Shams ad-Dawla es quien recibe de nuevo la penosa misión de presentar sus más humildes excusas al rey de Alepo, de escuchar sin rechistar todos sus sarcasmos y de suplicarle en nombre del Islam y de sus lazos de parentesco que se digne enviar sus tropas para salvar Antioquía. Shams sabe muy bien que su real cuñado es totalmente insensible a ese tipo de argumentos y que preferiría cortarse una mano a tendérsela a Yaghi Siyan. Pero los acontecimientos son más apremiantes.

Los frany, cuya situación alimenticia es cada vez más crítica, acaban de lanzar una razzia en las tierras del rey selyúcida, pillando y saqueando los alrededores de la propia Alepo, y Ridwan, por primera vez, siente la amenaza que pesa sobre sus dominios. Más para defenderse que para ayudar a Antioquía, decide, pues, enviar su

ejército contra los frany. Shams ha cumplido su cometido. Hace llegar a su padre un mensaje indicándole la fecha de la ofensiva de Aleppo y pidiéndole que efectúe una salida masiva para atrapar en una tenaza a los sitiadores.

En Antioquía, la intervención de Ridwan es tan inesperada que aparece como un regalo del cielo. ¿Será el giro crucial de esta batalla que ya dura más de cien días?

El 9 de febrero de 1098, a primera hora de la tarde, los vigías apostados en la alcazaba comunican que se acerca el ejército de Aleppo. Se compone de varios miles de soldados a caballo, mientras que los frany sólo pueden alinear setecientos u ochocientos, hasta tal punto ha hecho estragos el hambre entre sus cabalgaduras. Los sitiados, que se mantienen en alerta continua desde hace varios días, quisieran que el combate se entablara en el acto. Pero, como las tropas de Ridwan se han detenido y han empezado a montar las tiendas, la orden de batalla se aplaza hasta el día siguiente. Prosiguen los preparativos a lo largo de la noche. Cada soldado sabe ahora con exactitud dónde y cuándo tiene que actuar. Yaghi Siyan confía en sus hombres que, no le cabe la menor duda, cumplirán su parte del contrato.

Lo que todo el mundo ignora es que la batalla ya está perdida incluso antes de dar comienzo. Aterrado por lo que cuentan de las cualidades guerreras de los frany, Ridwan no se atreve ya a aprovecharse de su superioridad numérica. En lugar de desplegar sus tropas, lo único que intenta es protegerlas. Y, para evitar cualquier riesgo de cerco, las acantona toda la noche en una estrecha franja de terreno circundada por el Orontes y el lago de Antioquía. Cuando los frany atacan al alba, los de Aleppo están como paralizados. Dado lo exiguo del terreno, les es imposible hacer movimiento alguno. Las cabalgaduras se encabritan, y a los que caen los pisotean sus hermanos antes de que puedan levantarse del suelo. Naturalmente, ya no se trata de aplicar las tácticas tradicionales y de lanzar contra el enemigo oleadas sucesivas de jinetes arqueros. Los hombres de Ridwan se ven forzados a una lucha cuerpo a cuerpo en la que los caballeros cubiertos de armaduras logran sin dificultad una ventaja aplastante. Es una auténtica carnicería, el rey y su ejército, perseguidos por los frany, no piensan más que en huir en medio de un caos indescriptible.

Ante los muros de Antioquía, la batalla se desarrolla de manera diferente. Desde las primeras luces del alba, los defensores han efectuado una salida masiva que ha obligado a los sitiadores a retroceder. Los combates son encarnizados, y los soldados de Yaghi Siyan ocupan una excelente posición. Algo antes de mediodía, han empezado a rodear el campamento de los frany cuando llegan las noticias de la derrota de los de Aleppo. Con lágrimas de sangre, el emir ordena a sus hombres que regresen a la ciudad. Apenas han acabado de replegarse cuando vuelven, cargados de macabros trofeos, los caballeros que han aplastado a Ridwan. Los habitantes de Antioquía no tardan en oír sonoras risotadas, algunos silbidos sordos, antes de ver aterrizar, proyectadas con catapultas, las cabezas horriblemente mutiladas de los de Aleppo. Un silencio de muerte se ha apoderado de la ciudad.

A pesar de que Yaghi Siyan prodiga a su alrededor palabras de aliento, siente por primera vez que el cerco se cierra en torno a su ciudad. Tras la derrota de los dos hermanos enemigos, ya no tiene nada que esperar de los príncipes de Siria. Sólo le queda un recurso: el gobernador de Mosul, el poderoso emir Karbuka, que tiene el inconveniente de encontrarse a más de dos semanas de marcha de Antioquía.

Mosul, patria del historiador Ibn al-Atir, es la capital de la «Yazira», Mesopotamia, esa fértil llanura irrigada por los dos grandes ríos que son el Tigris y el Éufrates. Es un centro político, cultural y económico de primer orden. Los árabes alaban su succulenta fruta, sus manzanas, sus peras, sus uvas y sus granadas. El mundo entero asocia el nombre de Mosul con el tejido fino que exporta, la «muselina». Cuando llegan los

frany, ya se está explotando en las tierras del emir Karbuka otra riqueza que el viajero Ibn Yubayr describirá con admiración algunos decenios después: los manantiales de nafta. El valioso líquido pardo, que un día será la riqueza de esta parte del mundo, ya se muestra a los ojos de los viajeros:

Cruzamos una localidad llamada al-Qayyara (la betunera), próxima al Tigris. A la derecha del camino que lleva a Mosul, hay una depresión de tierra, negra, como si estuviera bajo una nube. Allí Dios hace surgir manantiales, grandes y pequeños, que dan betún. A veces, uno de ellos lanza trozos, como en un hervor. Se construyen pilones en los que se recoge. En torno a estos manantiales hay un estanque negro en cuya superficie flota una espuma negra y ligera, que se desplaza hacia los bordes y que en ellos se cuaja como betún. Este producto tiene la apariencia de un lodo muy viscoso, liso, brillante, que desprende un olor fuerte. Hemos podido observar así con nuestros propios ojos una maravilla de la que habíamos oído hablar y cuya descripción nos había parecido sumamente extraordinaria. No lejos de allí, a orillas del Tigris, hay otro enorme manantial cuyo humo vemos de lejos. Nos explican que se le prende fuego cuando se quiere sacar el betún. La llama consume los elementos líquidos. Se corta entonces el betún en trozos y se transporta. Es conocido en todos estos países hasta en Siria, en Acre y en todas las regiones costeras. Alá crea lo que quiere. ¡Alabado sea!

Los habitantes de Mosul atribuyen al líquido pardo virtudes curativas y vienen a sumergirse en él cuando están enfermos. El betún producido a partir del petróleo se utiliza también en albañilería, para «cimentar» los ladrillos. Gracias a su impermeabilidad, sirve para enlucir las paredes de los baños, donde adquiere aspecto de mármol negro pulido. Pero, como se verá, es en el ámbito militar donde más a menudo se emplea el petróleo.

Independientemente de estos recursos prometedores, Mosul desempeña al comienzo de la invasión franca un papel estratégico esencial y, como sus gobernantes han adquirido el derecho de fiscalización sobre los negocios de Siria, el ambicioso Karbuka tiene intención de ejercerlo. Para él, esta petición de auxilio de Yaghi Siyan es la ocasión soñada de extender su influencia. Sin vacilar, promete poner en pie un gran ejército. A partir de ese momento, Antioquía vive sólo para esperar a Karbuka.

Este hombre providencial es un antiguo esclavo, lo que, para los emires turcos, no tiene nada de degradante. En efecto, los príncipes selyúcidas han adquirido la costumbre de nombrar a sus más fieles y competentes esclavos para los puestos de responsabilidad. Los jefes del ejército, los gobernadores de las ciudades son a menudo esclavos, «mamelucos», y su autoridad es tal que ni siquiera tienen necesidad de que los liberten oficialmente. Antes de que concluya la ocupación franca todo el Oriente musulmán va a estar dirigido por sultanes mamelucos. Ya en 1098, los hombres más influyentes de Damasco, de El Cairo y de otras metrópolis son esclavos o hijos de esclavos.

Karbuka es uno de los más poderosos. Este oficial autoritario de barba cana ostenta el título turco de atabeg, literalmente «padre del príncipe». En el imperio selyúcida, entre los miembros de la familia reinante, la mortalidad es muy elevada —combates, crímenes, ejecuciones— y a menudo dejan herederos menores de edad. Para preservar los intereses de éstos, se les nombra un tutor, que, para desempeñar a la perfección el papel de padre adoptivo, se casa generalmente con la madre de su pupilo. Estos atabegs se convierten, en buena lógica, en los auténticos detentadores

del poder, que a menudo transmiten a sus propios hijos. El príncipe legítimo ya no es más que una marioneta entre sus manos, e incluso a veces un rehén; pero se respetan escrupulosamente las apariencias. De este modo, los ejércitos están, oficialmente, «bajo el mando» de niños de tres o cuatro años que han «delegado» su poder en su atabeg.

Precisamente se presencia este espectáculo insólito en los últimos días de abril de 1098, cuando cerca de treinta mil hombres se concentran a la salida de Mosul. El firmán oficial anuncia que los valerosos combatientes emprenden el yihad contra los infieles bajo las órdenes de un oscuro retoño selyúcida que, envuelto en pañales, ha confiado el mando del ejército al atabeg Karbuka.

Según el historiador Ibn al-Atir, que estará toda la vida al servicio de los atabegs de Mosul, *a los frany los invadió el pánico cuando oyeron que el ejército de Karbuka se dirigía a Antioquía, pues estaban muy debilitados y tenían escasez de provisiones*. Por el contrario, los defensores recobran la esperanza. Una vez más se disponen a efectuar una salida en cuanto estén cerca las tropas musulmanas. Con la misma tenacidad, Yaghi Siyan, eficazmente secundado por su hijo Shams ad-Dawla, comprueba las reservas de trigo, inspecciona las fortificaciones y anima a sus tropas prometiéndoles, «con permiso de Dios», que el final se acerca.

Pero la seguridad de que hace alarde en público es sólo fachada. Desde hace unas semanas la situación se ha deteriorado sensiblemente, el bloqueo de la ciudad se ha vuelto mucho más riguroso, el avituallamiento más difícil y, lo que es aún más preocupante, las informaciones acerca del campamento enemigo empiezan a escasear. Los frany, que aparentemente se han dado cuenta de que Yaghi Siyan se enteraba de cuanto decían o hacían, han decidido tomar medidas. Los agentes del emir los han visto matar a un hombre, asarlo en un espetón y comerse su carne gritando a voz en cuello que todo espía que cogieran correría la misma suerte. Aterrados, los informadores han huido y Yaghi Siyan ya no sabe gran cosa de los sitiadores. Como militar avezado, la situación le parece sumamente inquietante.

Lo que lo tranquiliza es saber que Karbuka está en camino. Hacia mediados de mayo debería llegar con sus decenas de miles de combatientes. En Antioquía todo el mundo acecha ese instante; todos los días circulan rumores difundidos por ciudadanos que confunden sus deseos con la realidad. La gente cuchichea, corre hacia las murallas, las viejas interrogan maternalmente a algunos soldados imberbes. La respuesta es siempre la misma: no, las tropas de socorro no están a la vista, pero no pueden tardar.

Al salir de Mosul, el gran ejército musulmán ofrece un espectáculo deslumbrante con los innumerables destellos de sus lanzas bajo el sol y sus pendones negros, emblema de los abasidas y de los selyúcidas, que flamean en medio de un mar de jinetes todos de blanco. A pesar del calor, van a buen ritmo. A ese paso estarán en Antioquía en menos de dos semanas. Pero Karbuka está preocupado, poco antes de salir ha recibido noticias alarmantes. Una tropa de frany ha logrado apoderarse de Edesa, la ar-Ruha de los árabes, una gran ciudad armenia situada al norte del camino que lleva de Mosul a Antioquía. Y el atabeg no puede por menos de pensar que, cuando se acerque a la ciudad sitiada, tendrá detrás a los frany de Edesa. ¿No corre el riesgo de que le hagan una tenaza? En los primeros días de mayo reúne a sus principales emires para anunciarles que ha decidido cambiar de rumbo. Se dirigirá primero hacia el norte, resolverá en unos cuantos días el problema de Edesa y, tras ello, podrá enfrentarse sin riesgo con los sitiadores de Antioquía. Algunos protestan, recordándole el mensaje angustiado de Yaghi Siyan, pero Karbuka los manda callar. Una vez que ha tomado una decisión es más terco que una muía. Mientras los emires obedecen refunfuñando, el ejército toma los senderos de montaña que llevan a Edesa.

De hecho, la situación de la ciudad armenia es preocupante. Las noticias proceden de los pocos musulmanes que han podido salir de ella. Un jefe franco llamado Balduino ha llegado en febrero a la cabeza de varios cientos de caballeros y de más de dos mil soldados de infantería. El señor de la ciudad, Thoros, un anciano príncipe armenio, ha recurrido a él para reforzar la guarnición de su ciudad frente a los repetidos ataques de los guerreros turcos. Pero Balduino se ha negado a ser un simple mercenario, ha exigido que lo nombren heredero legítimo de Thoros. Y éste, anciano y sin hijos, ha accedido. Según la costumbre armenia, se ha celebrado una ceremonia oficial de adopción. Mientras Thoros estaba revestido con una túnica blanca muy amplia, Balduino, desnudo hasta la cintura, se ha metido bajo la vestidura de su «padre» para pegar su cuerpo al de éste. Luego le llegó el turno a la «madre», es decir a la mujer de Thoros, contra la cual se apretó también Balduino, entre la túnica y la piel desnuda, ¡ante las miradas socarronas de los asistentes que cuchicheaban que ese rito, pensado para la adopción de los niños, no era muy adecuado cuando el «hijo» era un caballero con toda la barba!

Al imaginar la escena que acaban de contarles, los soldados del ejército musulmán ríen a carcajadas. Pero lo que sigue del relato los hace estremecerse: unos días después de la ceremonia, a «padre y madre» los linchó la muchedumbre a instigación del «hijo», que asistió, impasible, a su muerte, antes de proclamarse «conde» de Edesa y de confiar a sus compañeros francos todos los puestos importantes del ejército y del gobierno.

Viendo confirmadas sus aprensiones, Karbuka organiza el sitio de la ciudad, aunque sus emires intentan de nuevo disuadirlo. Los tres mil soldados francos de Edesa jamás se atreverán a atacar al ejército musulmán, que cuenta en sus filas decenas de miles de hombres; en cambio, se bastan y sobran para defender la propia ciudad, y el sitio corre el riesgo de prolongarse durante meses. Entre tanto, Yaghi Siyan, abandonado a su suerte, podría ceder a la presión de los invasores. El atabeg no quiere avenirse a razones, y hasta que no ha perdido tres semanas ante los muros de Edesa no reconoce su error, tomando, a marchas forzadas, el camino de Antioquía.

En la ciudad sitiada, la esperanza de los primeros días de mayo ha dado paso al más completo desconcierto. Ni en el palacio ni en la calle entienden por qué tardan tanto las tropas de Mosul. Yaghi Siyan está desesperado.

La tensión ha alcanzado el paroxismo cuando el 2 de junio, poco antes de la puesta del sol, los centinelas avisan de que los francos han reunido a todas sus fuerzas y se dirigen hacia el noreste. Emires y soldados sólo hallan una explicación: Karbuka está cerca y los sitiadores van a su encuentro. En unos minutos, la noticia ha corrido de boca en boca y casas y murallas están alerta. La ciudad respira de nuevo: mañana mismo el atabeg romperá el cerco de la ciudad, mañana mismo acabará la pesadilla. La noche está fresca y húmeda, la gente pasa las horas muertas charlando a la puerta de las casas, con todas las luces apagadas. Por fin se duerme Antioquía, agotada pero confiada.

Las cuatro de la mañana: al sur de la ciudad, se oye el ruido sordo de una cuerda que roza contra la piedra. Un hombre se asoma desde lo alto de una gran torre pentagonal y hace señas con la mano. No ha pegado ojo en toda la noche y tiene la barba revuelta. Se llama Firuz, un fabricante de corazas encargado de la defensa de las torres, dirá Ibn al-Atir. Musulmán de origen armenio, Firuz ha formado parte durante mucho tiempo del círculo de allegados de Yaghi Siyan, pero, últimamente, éste lo ha acusado de hacer «estraperlo» y le ha impuesto una cuantiosa multa. Buscando venganza, Firuz se ha puesto en contacto con los sitiadores. Les ha dicho que controla el acceso a una ventana que da al valle, al sur de la ciudad, y se muestra dispuesto a dejarlos entrar. Más aún, para demostrarles que no les está tendiendo una

trampa, les ha enviado a su propio hijo como rehén. Por su parte, los sitiadores le han ofrecido oro y tierras. Se ha fijado un plan: hay que actuar el 3 de junio al alba. La víspera, para desorientar a la guarnición, los sitiadores han fingido que se alejaban.

Cuando se selló el pacto entre los frany y ese maldito fabricante de corazas —contará Ibn al-Atir—, aquéllos treparon hasta la ventanita, la abrieron e hicieron subir a muchos hombres con ayuda de cuerdas. Cuando fueron más de quinientos, se pusieron a tocar la trompeta al alba, mientras los defensores estaban agotados por la prolongada vela. Yaghi Siyan se levantó y preguntó qué ocurría. Le contestaron que el sonido de las trompetas procedía de la alcazaba, que, seguramente, había sido tomada.

Los ruidos proceden de la torre de las Dos Hermanas. Pero Yaghi Siyan no se toma la molestia de comprobarlo. Cree que todo está perdido. Cediendo al pánico, ordena abrir una de las puertas de la ciudad y, acompañado de algunos guardias, huye. Despavorido, cabalgará así durante horas, incapaz de recobrase. Tras doscientos días de resistencia, el señor de Antioquía se ha venido abajo. Al tiempo que le reprocha su debilidad, Ibn al-Atir evoca su fin con emoción.

Se puso a llorar por haber abandonado a su familia, a sus hijos y a los musulmanes y, de dolor, cayó del caballo sin conocimiento. Sus compañeros intentaron volverlo a subir a la silla, pero ya no se tenía en pie. Se estaba muriendo. Lo dejaron, pues, y se alejaron. Un leñador armenio que pasaba por allí lo reconoció. Le cortó la cabeza y se la llevó a los frany a Antioquía.

Han entrado en la ciudad a sangre y fuego. Hombres, mujeres y niños tratan de escapar por las callejuelas embarradas, pero los caballeros los alcanzan sin dificultad y los degüellan allí mismo. Poco a poco, los gritos de horror de los últimos supervivientes se van ahogando y en seguida se alzan en su lugar las voces desafinadas de algunos saqueadores francos ya borrachos. Se eleva el humo de las numerosas casas incendiadas. A mediodía, un velo de luto envuelve la ciudad.

En medio de esta locura sanguinaria del 3 de junio de 1098, sólo un hombre ha sabido conservar la cabeza fría: es el infatigable Shams ad-Dawla. Nada más entrar los invasores en la ciudad, el hijo de Yaghi Siyan se ha parapetado con un grupo de combatientes en la alcazaba. Los frany intentan en varias ocasiones expulsarlos de ella, pero los rechaza todas las veces, no sin causarles numerosas pérdidas. Incluso el máximo jefe franco, Bohemundo, un gigante de larga cabellera rubia, resulta herido durante uno de esos ataques. Escarmentado por el percance, manda un mensajero a Shams para proponerle que abandone la alcazaba a cambio de un salvoconducto. Pero el joven emir lo rechaza con altivez. Antioquía es el feudo que siempre ha pensado heredar un día: luchará hasta el último aliento. No le faltan provisiones ni flechas aceradas. Majestuosamente erguida en la cumbre del monte Habig-and-Nayyar, la alcazaba puede desafiar a los frany durante meses. Éstos perderían miles de hombres si se empeñaran en escalar sus muros.

La determinación de los últimos resistentes resulta rentable. Los caballeros renuncian a atacar la alcazaba, conformándose con rodearla con un cordón de seguridad. Y por los alaridos de alegría de Shams y sus compañeros se enteran, tres días después de la caída de Antioquía, de que el ejército de Karbuka está en el horizonte. Para Shams y su puñado de irreductibles, la aparición de los soldados del

Islam a caballo tiene algo de irreal. Se frotan los ojos, lloran, rezan, se abrazan. Los gritos de «¡Allahú akbar!» («¡Dios es grande!») llegan hasta la alcazaba en medio de un clamor ininterrumpido. Los frany se guarecen tras los muros de Antioquía; de sitiadores se han convertido en sitiados.

Shams está contento, pero le queda un fondo de amargura. En cuanto los primeros emires de la expedición de auxilio se han reunido con él en su reducto, los asaetea con mil preguntas. ¿Por qué han tardado tanto en venir? ¿Por qué han dado tiempo a que los frany ocupen Antioquía y asesinen a sus habitantes? No cabe en sí de asombro al ver que sus interlocutores, lejos de justificar la actitud del ejército, acusan a Karbuka de todos los males; Karbuka el arrogante, el presuntuoso, el incapaz, el cobarde.

No se trata sólo de antipatías personales, sino de una auténtica conspiración cuyo instigador no es otro que el rey Dukak de Damasco, quien se ha unido a las tropas de Mosul nada más entrar éstas en Siria. Está claro que el ejército musulmán no es una fuerza homogénea, sino una coalición de príncipes con intereses a menudo encontrados. Las ambiciones territoriales del atabeg no son un secreto para nadie, y Dukak no tiene dificultad alguna en convencer a sus pares de que su auténtico enemigo es el propio Karbuka. Si sale victorioso de la batalla contra los infieles, se proclamará salvador y ninguna ciudad de Siria podrá entonces escapar a su autoridad. Si, por el contrario, Karbuka sufre una derrota, el peligro que se cierne sobre las ciudades sirias quedará descartado. Frente a esta amenaza, el peligro franco es un mal menor. El que los rum quieran, con ayuda de sus mercenarios, recuperar su ciudad de Antioquía no tiene nada de dramático, dado que sigue siendo impensable que los frany creen sus propios Estados en Siria. Como dirá Ibn al-Atir, «el atabeg indispuso tanto a los musulmanes con sus pretensiones que éstos decidieron traicionarlo en el momento más decisivo de la batalla».

¡Ese soberbio ejército no es, pues, más que un coloso con pies de barro que puede derrumbarse al primer papirotazo! Dispuesto a olvidar que han decidido abandonar a Antioquía, Shams aún intenta triunfar sobre todas esas mezquindades. No es momento, piensa, de arreglar cuentas. Sus esperanzas no han de durar mucho; al día siguiente de su llegada, Karbuka lo convoca para comunicarle que se le retira el mando de la alcazaba. Shams se indigna, ¿acaso no ha combatido como un valiente? ¿No se ha enfrentado a todos los caballeros francos? ¿No es acaso el heredero del señor de Antioquía? El atabeg se niega a cualquier discusión. Él es el jefe y exige obediencia.

El hijo de Yaghi Siyan se ha convencido de que el ejército musulmán, a pesar de sus cuantiosas fuerzas, es incapaz de vencer. El único consuelo que le queda es saber que en el campo enemigo la situación no es mucho mejor. Según Ibn al-Atir, «tras haber conquistado Antioquía, los frany han estado doce días sin comer nada. Los nobles se alimentaban de sus cabalgaduras y los pobres de carroña y de hojas». Los frany han vivido otros períodos de escasez en los últimos meses, pero entonces se sabían libres de realizar razzias por los alrededores para conseguir algunas provisiones. Su nueva condición de sitiados se lo impide, y las reservas de Yaghi Siyan, con las que contaban, están prácticamente agotadas. Aumenta el número de desertiones.

Entre estos ejércitos agotados, desmoralizados, que se enfrentan en junio de 1098 alrededor de Antioquía, el cielo no parecía saber por cuál inclinarse cuando un acontecimiento extraordinario vino a forzar la decisión. Los occidentales hablarán de un milagro, pero el relato que de él hará Ibn al-Atir no deja ningún lugar a lo asombroso.

Entre los frany estaba Bohemundo, el jefe de todos, pero también había un fraile sumamente astuto que les aseguró que en el Kusian, un gran edificio de Antioquía, estaba enterrada una lanza del mesías, la paz sea con Él. Les dijo: «Si la encontráis, venceréis; si no, la muerte es segura.» Previamente, había enterrado una lanza en el suelo del Kusian y había borrado todas las huellas. Les ordenó que ayunaran e hicieran penitencia durante tres días; al cuarto, los mandó entrar en el edificio con sus sirvientes y obreros, que cavaron por doquier y hallaron la lanza. Entonces el fraile exclamó: «¡Regocijaos pues la victoria es segura!» El quinto día, salieron por la puerta de la ciudad en grupos pequeños de cinco o seis. Los musulmanes le dijeron a Karbuka: «Deberíamos ponernos junto a la puerta y matar a todos los que salen. ¡Es fácil puesto que están dispersos!» Pero éste contestó: «¡No! ¡Esperad a que estén todos fuera y mataremos hasta el último!»

El cálculo del atabeg era menos absurdo de lo que parece. Con unas tropas tan indisciplinadas, con unos emires que están esperando la primera ocasión para desertar, no puede prolongar el sitio. Si los frany quieren entablar la batalla, no hay que asustarlos con un ataque demasiado masivo, para no correr el riesgo de ver cómo vuelven a la ciudad. Lo que Karbuka no ha previsto es que su decisión de diferir la acción la van a aprovechar inmediatamente quienes buscan su pérdida. Mientras los frany prosiguen su despliegue, empiezan las deserciones en el campo musulmán. Se acusan unos a otros de cobardía y de traición. Sintiendo que el control de sus tropas se le va de las manos y que sin duda ha subestimado los efectivos de los sitiados, Karbuka solicita de estos últimos una tregua, lo que acaba de desprestigiarlo a ojos de los suyos e incrementa la confianza de los enemigos: los frany cargan sin contestar siquiera a su ofrecimiento, obligándolo a su vez a lanzar contra ellos una oleada de jinetes arqueros. Pero Dukak y la mayoría de los emires se alejan ya tranquilamente con sus tropas. Viéndose cada vez más aislado, el atabeg ordena una retirada general, que inmediatamente degenera en desbandada.

Así se desintegró el poderoso ejército musulmán «sin haber dado un solo golpe con la espada o la lanza ni arrojado una sola flecha». El historiador de Mosul casi no exagera. «Los propios frany temían una artimaña, pues aún no había habido un combate que justificara semejante huida. ¡Por eso prefirieron renunciar a perseguir a los musulmanes!» Karbuka puede así regresar a Mosul sano y salvo con lo que le queda de sus tropas. Todas sus ambiciones se han evaporado para siempre ante Antioquía; la ciudad que se había jurado salvar la tienen ahora firmemente en sus manos los frany. Y por muchísimo tiempo.

Pero lo más grave después de este día de vergüenza es que ya no hay en Siria ninguna fuerza capaz de contener el avance de los invasores.

Capítulo 3

Los caníbales de Maarat

¡No sé si es un pastizal para animales salvajes o mi casa, mi morada natal!

Este grito de aflicción de un poeta anónimo de Maarat no es una simple figura retórica. Desgraciadamente, tenemos que tomar sus palabras al pie de la letra y preguntarnos con él: ¿qué monstruosidad ha ocurrido en la ciudad siria de Maarat a finales de este año de 1098?

Hasta la llegada de los frany, los habitantes vivían apaciblemente al abrigo de su muralla circular. Sus viñedos, al igual que sus olivares y sus campos de higueras, les procuraban una modesta prosperidad. En cuanto a los asuntos de la ciudad, los gestionaban unos honrados notables locales sin gran ambición, cuyo señor nominal era Ridwan de Alepo. El orgullo de Maarat era ser la patria de una de las mayores figuras de la literatura árabe, Abul-Ala al-Maari, fallecido en 1057. Este poeta ciego, librepensador, había osado criticar las costumbres de su época, haciendo caso omiso de las prohibiciones. Hacía falta atrevimiento para escribir:

*Los habitantes de la tierra se dividen en dos,
Los que tienen cerebro pero no religión,
los que tienen religión pero no cerebro.*

Cuarenta años después de su muerte, un fanatismo llegado de lejos iba a darle aparentemente la razón al hijo de Maarat, tanto en su falta de religiosidad como en su legendario pesimismo:

*El destino nos destroza como si fuéramos de cristal,
Y nuestros pedazos nunca más vuelven a unirse.*

En efecto, la ciudad quedará reducida a un montón de ruinas, y esa desconfianza, que tan a menudo había expresado el poeta respecto a sus semejantes, encontrará en ellos su más cruel ilustración.

En los primeros meses de 1098, los habitantes de Maarat han seguido con preocupación la batalla de Antioquía que se desarrollaba a tres días de marcha al noroeste de su ciudad. Posteriormente, tras su victoria, los frany han realizado razzias en unas cuantas aldeas vecinas y Maarat no ha sufrido daños, pero algunas de sus familias han preferido abandonarla para dirigirse a lugares más seguros, Alepo, Homs o Hama. Sus temores resultan justificados cuando, a finales de noviembre, miles de guerreros francos vienen a poner cerco a la ciudad. Algunos ciudadanos todavía logran huir, pero la mayoría quedan atrapados. Maarat no tiene ejército, sino una simple milicia urbana a la que se incorporan rápidamente algunos cientos de jóvenes sin experiencia militar. Durante dos semanas, resisten valerosamente a los temibles caballeros, llegando incluso a arrojar sobre los sitiadores, desde lo alto de las murallas, colmenas repletas de abejas.

Al verlos tan tenaces —contará Ibn al-Atir—, los frany construyeron una torre de madera que llegaba a la altura de las murallas. Algunos musulmanes, presas del pánico y desmoralizados, pensaron que podrían defenderse mejor fortificándose en los edificios más elevados de la ciudad. Abandonaron, pues, los muros, desguarneciendo así los puestos que ocupaban. Otros siguieron su ejemplo y quedó abandonado otro punto de la muralla. Pronto quedó toda ella sin defensores. Los frany treparon con escalas y, cuando los musulmanes los vieron en lo alto de la muralla, perdieron el valor.

Llega la noche del 11 de diciembre; está muy oscuro y los frany aún no se atreven a penetrar en la ciudad; los notables de Maarat se ponen en contacto con Bohemundo, el nuevo señor de Antioquía, que está a la cabeza de los asaltantes. El jefe franco promete a los habitantes perdonarles la vida si detienen la lucha y se retiran de ciertos edificios. Aferrándose desesperadamente a su palabra, las familias se agrupan en las casas y en los sótanos de la ciudad y esperan temblando durante toda la noche.

Al alba llegan los frany: es una carnicería. *Durante tres días pasaron a la gente a cuchillo, matando a más de cien mil personas y cogiendo muchos prisioneros.* Está claro que las cifras de Ibn al-Atir son fantasiosas, pues la población de la ciudad en vísperas de su caída era probablemente inferior a diez mil habitantes. Pero el horror en este caso no reside tanto en el número de víctimas como en la suerte casi inconcebible que les estaba reservada.

En Maarat, los nuestros cocían a paganos adultos en las cazuelas, ensartaban a los niños en espetones y se los comían asados. Esta confesión del cronista franco Raúl de Caen no la leerán los habitantes de las ciudades próximas a Maarat, pero se acordarán mientras vivan de lo que han visto y oído. Pues el recuerdo de estas atrocidades, difundido por los poetas locales así como por la tradición oral, fijará en las mentes una imagen de los frany difícil de borrar. El cronista Usama Ibn Munqidh, nacido tres años antes de estos acontecimientos en la vecina ciudad de Shayzar, había de escribir un día:

Cuantos se han informado sobre los frany han visto en ellos a alimañas, que tienen la superioridad del valor y del ardor en el combate, pero ninguna otra, lo mismo que los animales tienen la superioridad de la fuerza y de la agresión.

Un juicio claro y rotundo que resume perfectamente la impresión que causaron los frany al llegar a Siria: una mezcla de temor y de desprecio, muy comprensible, por parte de una nación árabe muy superior en cultura, pero que ha perdido toda su combatividad. Los turcos no olvidarán jamás el canibalismo de los occidentales. A lo largo de toda su literatura épica, describirán invariablemente a los frany como antropófagos.

¿Es injusta esta visión de los frany? ¿Se comieron los invasores occidentales a los habitantes de la ciudad mártir con el solo fin de sobrevivir? Así lo afirmarán sus jefes al año siguiente en una carta oficial al Papa: *Un hambre terrible asaltó al ejército en Maarat y lo puso en la cruel necesidad de alimentarse de los cadáveres de los sarracenos.* Pero tales afirmaciones parecen hechas a la ligera, pues los habitantes de la región de Maarat asisten, durante este siniestro invierno, a comportamientos que no se explican sólo por el hambre. Ven, en efecto, bandas de frany fanatizados, los tafurs, que se diseminan por la campiña clamando a voz en cuello que quieren comer la carne de los sarracenos, y que se reúnen por la noche alrededor del fuego para

devorar a sus presas. ¿Caníbales por necesidad? ¿Caníbales por fanatismo? Todo esto parece irreal y, sin embargo, los testimonios son abrumadores, tanto por los hechos que describen como por la atmósfera mórbida que trasciende de ellos. A este respecto, sigue siendo de un horror sin par una frase del cronista franco Alberto de Aquisgrán, que participó personalmente en la batalla de Maarat: *¡A los nuestros no les repugnaba comerse no sólo a los turcos y a los sarracenos que habían matado sino tampoco a los perros!*

El suplicio de la ciudad de Abul-Ala no acabará hasta el 13 de enero de 1099, cuando cientos de frany armados con hachones recorren las callejuelas, prendiendo fuego a todas las casas una por una. Para entonces ya habían demolido las murallas piedra a piedra.

El episodio de Maarat va a contribuir a abrir entre los árabes y los frany un foso que no podrá cerrarse durante varios siglos. Por el momento, sin embargo, las poblaciones, paralizadas por el terror, no ofrecen ya resistencia, a menos que se vean obligadas a ello. Y, cuando los invasores, no dejando tras de sí más que ruinas humeantes, reanudan su marcha hacia el sur, los emires sirios se apresuran a enviarles emisarios cargados de regalos para dar fe de su buena voluntad, y proponerles cualquier ayuda que pudieran necesitar.

El primero es sultán Ibn Munqidh, tío del cronista Usama, que reina en el pequeño emirato de Shayzar. Los frany llegan a su territorio al día siguiente de su partida de Maarat. Llevan a la cabeza a Saint-Gilles, uno de sus jefes que con mayor frecuencia citan los cronistas árabes; como el emir le ha enviado una embajada, en seguida se llega a un acuerdo: Sultán se compromete no sólo a aprovisionar a los frany sino que, además, los autoriza a ir a comprar caballos al mercado de Shayzar y va a proporcionarles guías para permitirles cruzar sin tropiezos el resto de Siria.

En esa región están todos enterados del avance de los frany; ya se conoce su itinerario. ¿No proclaman acaso a voz en cuello que su objetivo último es Jerusalén, donde quieren tomar posesión de la tumba de Jesús? Cuantos se hallan en la ruta de la Ciudad Santa intentan precaverse contra el azote que representan. Los más pobres se ocultan en los bosques próximos, a pesar de que están poblados de fieras, leones, lobos, osos y hienas. Quienes disponen de medios emigran hacia el interior del país. Otros se refugian en la fortaleza más cercana. Esta última solución es la que han elegido los campesinos de la fértil llanura del Bukaya cuando, durante la última semana de enero de 1099, les anuncian la presencia en las cercanías de tropas francas. Reuniendo su ganado y sus reservas de aceite y de trigo, suben hacia Hosn-el-Akrad, «la alcazaba de los kurdos», que, desde lo alto de un pico de difícil acceso, domina toda la llanura hasta el Mediterráneo. Aunque la fortaleza está abandonada desde hace mucho, tiene los muros sólidos, y en ella esperan los campesinos estar al abrigo. Pero los frany, siempre escasos de provisiones, van a sitiarnos. El 28 de enero sus guerreros empiezan a escalar los muros de Hosn-el-Akrad. Viéndose perdidos, a los campesinos se les ocurre una estratagema. Abren súbitamente las puertas de la alcazaba y dejan escapar una parte de sus rebaños. Olvidando el combate, todos los frany se abalanzan sobre los animales para apoderarse de ellos. Es tal el desorden en sus filas que los defensores, enardecidos, efectúan una salida y llegan hasta la tienda de Saint-Gilles, donde el jefe franco, abandonado por sus guardias, que también quieren su parte de ganado, se libra por poco de que lo capturen.

Nuestros campesinos están muy satisfechos de su hazaña, pero saben que los sitiadores van a regresar para vengarse. Al día siguiente, cuando Saint-Gilles lanza a sus hombres al asalto de las murallas, no se dejan ver. Los atacantes se preguntan qué nueva artimaña han ideado los campesinos; es la más sabia de todas: han aprovechado la noche para salir sin ruido y desaparecer a lo lejos. En el

emplazamiento de Hosn-el-Akrad es donde, cuarenta años después, los frany construirán una de sus más temibles fortalezas. El nombre no cambiará mucho: «Akrad» se deformará en «Krat» y después en «Krac». El «Krac de los caballeros», con su imponente silueta, sigue dominando en el siglo XX la llanura del Bukaya.

En febrero de 1099, la alcazaba se convierte, por unos cuantos días, en el cuartel general de los frany. Se asiste en ella a un espectáculo desconcertante; de todas las ciudades vecinas, e incluso de algunas aldeas, llegan delegaciones, arrastrando tras de sí mulos cargados de oro, de paños y de provisiones. La fragmentación política de Siria es tal que el menor villorrio se comporta como un emirato independiente. Todo el mundo sabe que sólo puede contar con sus propias fuerzas para defenderse y tratar con los invasores. Ningún príncipe, ningún cadí, ningún notable puede realizar el menor gesto de resistencia sin poner en peligro al conjunto de la comunidad. Así pues, se dejan a un lado los sentimientos patrióticos para ir, con sonrisa forzada, a presentar regalos y respetos. *Besa el brazo que no puedes romper y ruega a Dios que lo rompa El*, dice un proverbio local.

Esta sabiduría de la resignación es la que va a dictarle su conducta al emir Yanah ad-Dawla, señor de la ciudad de Homs. Este guerrero reputado por su bravura era, apenas siete meses antes, el más fiel aliado del atabeg Karbuka. Ibn al-Atir especifica que *Yanah ad-Dawla fue el último en huir de Antioquía*. Sin embargo, ya no es momento de celo guerrero o religioso, y el emir se muestra especialmente solícito con Saint-Gilles, ofreciéndole, además de los regalos habituales, gran número de caballos, pues, especifican los embajadores de Homs en tono almibarado, Yanah ad-Dawla se ha enterado de que los caballeros estaban faltos de ellos.

De todas las delegaciones que desfilan por las inmensas estancias sin muebles de Hosn-el-Akrad, la más generosa es la de Trípoli. Mientras sacan una por una las espléndidas alhajas fabricadas por los artesanos judíos de la ciudad, sus embajadores dan a los frany la bienvenida en nombre del príncipe más respetado de la costa siria, el cadí Yalal el-Mulk. Éste pertenece a la familia de los Banu Animar, que ha convertido Trípoli en la joya del Oriente árabe. No se trata en absoluto de uno de esos innumerables clanes militares que han conseguido feudos mediante la sola fuerza de las armas, sino de una dinastía de personas cultas que tiene por fundador a un magistrado, un cadí, título que han conservado los soberanos de la ciudad.

Cuando se acercan los frany, Trípoli y su región viven, gracias a la sabiduría de los cadíes, un período de paz y de prosperidad que les envidian sus vecinos. El orgullo de los ciudadanos es su inmensa «casa de la cultura», Dar-el-Ilm, que alberga una biblioteca de cien mil volúmenes, una de las más importantes de la época. La ciudad está rodeada de olivares, de campos de algarrobos, de caña de azúcar, de frutales de todas clases que dan abundantes cosechas. El puerto tiene un tráfico animado.

Precisamente esta opulencia es lo que le va a proporcionar a la ciudad las primeras dificultades con los invasores. En el mensaje que ha hecho llegar a Hosn-el-Akrad, Yalal el-Mulk invita a Saint-Gilles a enviar una delegación a Trípoli para negociar una alianza. Es un error imperdonable, ya que los emisarios francos se quedan maravillados ante los jardines, los palacios, el puerto y el zoco de los orfebres y dejan de escuchar las proposiciones del cadí. Ya se imaginan todo lo que podrían saquear si se apoderaran de la ciudad. Y parece claro que, al volver junto a su jefe, hicieron cuanto pudieron para avivar su codicia. Yalal el-Mulk, que espera ingenuamente la respuesta de Saint-Gilles a su oferta de alianza, se queda un tanto sorprendido al enterarse de que los frany han puesto sitio, el 14 de febrero, a Arqa, segunda ciudad del principado de Trípoli. Evidentemente, está decepcionado pero sobre todo aterrado, convencido de que la operación dirigida por los invasores no es más que un primer paso hacia la conquista de su capital. ¿Cómo no pensar en la suerte de Antioquía?

Yalal el-Mulk se ve ya en el lugar del desdichado Yaghi Siyan, cabalgando vergonzosamente camino de la muerte o del olvido. En Trípoli se acumulan reservas en previsión de un sitio prolongado. Los habitantes se preguntan, angustiados, cuánto tiempo serán retenidos los invasores ante Arqa. Cada día que pasa es una prórroga inesperada.

Transcurre febrero, y luego marzo y abril. Como todos los años, los aromas de los vergeles en flor envuelven Trípoli. Hace tanto mejor tiempo cuanto que las noticias son reconfortantes: los frany siguen sin conseguir tomar Arqa, cuyos defensores están tan asombrados como los sitiadores. Es cierto que las murallas son sólidas, pero no más que las de las otras ciudades, más importantes, de las que han podido apoderarse los frany. La fuerza de Arqa reside en que sus habitantes han tenido desde el primer momento de la batalla la convicción de que, si se abría una sola brecha, los degollarían a todos como habían hecho con sus hermanos de Maarat o de Antioquía. Velan día y noche, rechazando todos los ataques, impidiendo la menor infiltración. Los invasores acaban por cansarse. Los ecos de sus disputas llegan hasta la ciudad sitiada. El 13 de mayo de 1099, levantan por fin el campo y se alejan cabizbajos. Tras tres meses de lucha agotadora, la tenacidad de los resistentes se ha visto recompensada. Arqa rebosa de júbilo.

Los frany han reanudado su marcha hacia el sur. Pasan ante Trípoli con una lentitud inquietante. Yalal el-Mulk, que los sabe irritados, se apresura a transmitirles sus mejores deseos para la continuación del viaje. Tiene buen cuidado de añadir víveres, oro, algunos caballos, así como guías que los ayudarán a recorrer el estrecho camino de la costa que lleva a Beirut. A los exploradores tripolitanos se les suman pronto cristianos maronitas de la montaña libanesa, que, imitando a los emires musulmanes, vienen a ofrecer su ayuda a los guerreros occidentales.

Sin atacar ya las posesiones de los Banu Ammar, como Yabeyl, la antigua Biblos, los invasores llegan a Nahr-el-Kalb, el «Río del perro».

Al cruzarlo, declaran la guerra al califato fatimita de Egipto.

El hombre fuerte de El Cairo, el poderoso y corpulento visir al-Afdal Shahinshah, no había ocultado su satisfacción cuando los emisarios de Alejo Comneno habían venido a anunciarle, en abril de 1097, la llegada masiva de los caballeros francos a Constantinopla y el comienzo de su ofensiva en Asia Menor. Al-Afdal, «el Mejor», un antiguo esclavo de treinta y cinco años que dirige él solo una nación egipcia de siete millones de habitantes, le había transmitido al emperador sus deseos de éxito y había solicitado que lo informara, dada su amistad, de los avances de la expedición.

Algunos dicen que cuando los señores de Egipto vieron la expansión del imperio selyúcida, se asustaron y pidieron a los frany que marcharan sobre Siria y establecieran un tapón entre ellos y los musulmanes. Sólo Dios sabe la verdad.

Esta singular explicación dada por Ibn al-Atir sobre el origen de la invasión franca indica claramente la división que reina en el seno del mundo islámico entre los sunníes, que dicen pertenecer al califato abasida de Bagdad, y los chiitas, que se identifican con el califato fatimita de El Cairo. El cisma, que data del siglo VII y de un conflicto en el seno de la familia del Profeta, no ha dejado nunca de provocar luchas encarnizadas entre los musulmanes. Incluso a los hombres de Estado como Saladino, la lucha contra los chiitas les parecerá por lo menos tan importante como la guerra contra los frany. A los «herejes» los acusan regularmente de todos los males que

padece el Islam, y no es sorprendente que se atribuya a sus manejos la propia invasión franca. Dicho esto, si bien es totalmente imaginario que los fatimitas hayan llamado a los frany, la alegría de los dirigentes de El Cairo a la llegada de los guerreros occidentales sí que es real.

A la caída de Nicea, el visir al-Afdal ha felicitado efusivamente al *basileus*, y tres meses antes de que los invasores se apoderen de Antioquía, una delegación egipcia cargada de regalos ha visitado el campamento de los frany para desearles una pronta victoria y proponerles una alianza. Militar de origen armenio, el señor de El Cairo no les tiene ninguna simpatía a los turcos, y sus sentimientos personales coinciden en esto con los intereses de Egipto. Desde mediados de siglo, los avances de los selyúcidas han ido recortando el territorio del califato fatimita al mismo tiempo que el del imperio bizantino. Mientras los rum veían cómo se les iba de las manos Antioquía y Asia Menor, los egipcios perdían Damasco y Jerusalén, que les habían pertenecido durante un siglo. Entre El Cairo y Constantinopla, así como entre al-Afdal y Alejo, se ha establecido una firme amistad. Se consultan mutuamente de forma regular, intercambian informaciones, elaboran proyectos comunes. Poco antes de la llegada de los frany, ambos hombres han comprobado con satisfacción que el imperio selyúcida estaba minado por disputas intestinas. Tanto en Asia Menor como en Siria se han instalado numerosos pequeños Estados rivales. ¿Habrá sonado la hora de la revancha contra los turcos? ¿No será el momento, para los egipcios, igual que para los rum, de recuperar sus posesiones perdidas? Al-Afdal sueña con una operación conjunta de ambas potencias aliadas y, cuando se entera de que el *basileus* ha recibido de los países de los frany un gran refuerzo de tropas, siente la revancha al alcance de la mano.

La delegación que ha enviado a los sitiadores de Antioquía no hablaba de tratado de no agresión. Para el visir tal cosa caía por su propio peso. Lo que les proponía a los frany era un reparto con todos los requisitos: para ellos, el norte de Siria, para él el sur de Siria, es decir, Palestina, Damasco y las ciudades de la costa hasta Beirut. Estaba interesado en presentar su oferta lo antes posible, en un momento en que los frany todavía no estaban seguros de poder tomar Antioquía. Estaba convencido de que iban a apresurarse a aceptar.

Curiosamente le habían dado una respuesta evasiva. Pedían explicaciones, detalles, sobre todo acerca del futuro destino de Jerusalén. Aunque se mostraban amistosos con los diplomáticos egipcios, llegando incluso a ofrecerles como espectáculo las cabezas cortadas de trescientos turcos que habían matado cerca de Antioquía, se negaban a llegar a cualquier tipo de acuerdo. Al-Afdal no lo entiende: ¿acaso su propuesta no era realista, e incluso generosa? ¿Tendrían los rum y sus auxiliares francos la intención de apoderarse de Jerusalén según la impresión que habían sacado los enviados de éste? ¿Le habría mentido Alejo?

El hombre fuerte de El Cairo seguía dudando acerca de la política que debía seguir, cuando le llegó la noticia, en junio de 1098, de la caída de Antioquía y, con menos de tres semanas de intervalo, la de la humillante derrota de Karbuka. El visir se decide entonces a actuar inmediatamente para ganar por la mano a adversarios y aliados. En julio, cuenta Ibn al-Qalanisi, *se anunció que el generalísimo, emir de los ejércitos, al-Afdal, había salido de Egipto a la cabeza de un nutrido ejército y había puesto sitio a Jerusalén, donde se hallaban los emires Sokman e Ilghazi, hijos de Ortok. Atacó a la ciudad y se puso en batería los almajaneques.* Los dos hermanos turcos que gobernaban Jerusalén acababan de llegar precisamente del norte, donde habían participado en la desafortunada expedición de Karbuka. Al cabo de cuarenta días de sitio, la ciudad había capitulado. *Al-Afdal trató con generosidad a ambos emires y los puso en libertad a ellos y a su séquito.*

Durante varios meses, los acontecimientos parecieron darle la razón al señor de El Cairo; todo iba transcurriendo como si los frany, puestos ante el hecho consumado, hubieran renunciado a ir más allá. Los poetas de la corte fatimita no hallaban ya palabras lo bastante elogiosas para celebrar la hazaña del hombre de Estado que había arrebatado Palestina a los «herejes» sunnís. Pero sin embargo, en enero de 1099, cuando los frany reanudan resueltamente la marcha hacia el sur, al-Afdal empieza a preocuparse.

Envía a uno de sus hombres de confianza a Constantinopla para consultar a Alejo, que le hace entonces, en una carta célebre, la confesión más conmovedora posible: el *basileus* ya no ejerce control alguno sobre los frany. Por muy increíble que pueda parecer, esas gentes actúan por su propia cuenta, intentan fundar sus propios Estados, negándose a devolver Antioquía al imperio, contrariamente a lo que habían jurado hacer, y parecen resueltas a tomar Jerusalén por cualquier medio. El papa las ha llamado a la guerra santa para apoderarse de la tumba de Cristo y nada podrá apartarlas de su objetivo. Alejo añade que, en lo que a él respecta, desapruueba su acción y se atiene estrictamente a su alianza con El Cairo.

A pesar de esta última puntualización, al-Afdal tiene la impresión de estar atrapado en un engranaje mortal. Como él mismo es de origen cristiano, no le cuesta ningún trabajo comprender que los frany, que son de fe ardiente e ingenua, estén decididos a llevar hasta sus últimas consecuencias su peregrinación armada. Ahora lamenta haberse lanzado a su aventura palestina. ¿No habría sido mejor dejar a los frany y a los turcos luchar por Jerusalén en vez de cruzarse él, sin ninguna necesidad, en el camino de esos caballeros tan valerosos como fanáticos?

Sabiendo que necesita varios meses para poner en pie un ejército capaz de enfrentarse a los frany, escribe a Alejo, instándolo a que haga cuanto esté en su mano para moderar la marcha de los invasores. De hecho, el *basileus* les envía, en abril de 1099, durante el sitio de Arqa, un mensaje pidiéndoles que retrasen la partida hacia Palestina, pues, pretexta, no va a tardar en llegar personalmente para unirse a ellos. Por su parte, el señor de El Cairo transmite a los frany nuevas proposiciones para llegar a un acuerdo. Además del reparto de Siria, concreta su política en relación con la Ciudad Santa: una libertad de culto estrictamente respetada y la posibilidad de que los peregrinos vayan allí cuantas veces lo deseen, siempre y cuando, naturalmente, lo hagan en grupos pequeños y sin armas. La respuesta de los frany es contundente: «¡Iremos a Jerusalén todos juntos, en orden de combate, con las lanzas en alto!»

Es una declaración de guerra. El 19 de mayo de 1099, uniendo el gesto a la palabra, los invasores cruzan sin vacilar Nahr-el-Kalb, la frontera norte del dominio fatimita.

Pero el «Río del perro» es una frontera ficticia, pues al-Afdal se ha limitado a reforzar la guarnición de Jerusalén, abandonando a su suerte las posesiones egipcias del litoral. Por eso, todas las ciudades costeras, salvo escasas excepciones, se apresuran a pactar con el invasor.

La primera es Beirut, a cuatro horas de marcha de Nahr-el-Kalb. Sus habitantes envían una delegación al encuentro de los caballeros, prometiéndoles suministrarles oro, provisiones y guías, a condición de que respeten las cosechas de la llanura circundante. Los beirutíes añaden que estarían dispuestos a reconocer la autoridad de los frany si éstos llegaran a tomar Jerusalén. Saida, la antigua Sidón, reacciona de manera diferente; su guarnición efectúa varias salidas arriesgadas contra los invasores, que se vengan devastando sus huertas y saqueando las aldeas vecinas. Éste será el único caso de resistencia. Los puertos de Tiro y de Acre, a pesar de ser fáciles de defender, siguen el ejemplo de Beirut. En Palestina, la mayoría de las

ciudades y de las aldeas las evacúan sus habitantes incluso antes de que lleguen los frany. En ningún momento encuentran una auténtica resistencia y, en la mañana del 7 de junio de 1099, los habitantes de Jerusalén los ven aparecer a lo lejos, en la colina, junto a la mezquita del profeta Samuel. Casi se oye su clamor; antes de que caiga la tarde ya están acampados ante los muros de la ciudad.

El general Iftijar ad-Dawla, «Orgullo del Estado», comandante de la guarnición egipcia, los observa con serenidad desde lo alto de la torre de David. Hace varios meses que ha tomado todas las disposiciones necesarias para sostener un largo asedio. Ha reparado un lienzo de muralla que había sufrido daños en el transcurso del asalto de al-Afdal contra los turcos el verano anterior. Ha reunido enormes cantidades de provisiones para evitar cualquier riesgo de penuria hasta que llegue el visir, que ha prometido venir antes de finales de julio para romper el cerco de la ciudad. Para mayor prudencia ha seguido el ejemplo de Yaghi Siyan y ha expulsado a los habitantes cristianos susceptibles de colaborar con sus correligionarios francos. En estos últimos días ha hecho incluso envenenar las fuentes y los pozos de los alrededores para impedir que los utilice el enemigo. Bajo el sol de junio, en este paisaje montañoso, árido, con algún que otro olivo, la vida de los sitiadores no va a resultar fácil.

Así pues, para Iftijar, el combate parece iniciarse en buenas condiciones. Con sus jinetes árabes y sus arqueros sudaneses firmemente parapetados tras las gruesas fortificaciones que trepan por las colinas y se adentran en las hondonadas, se siente capaz de resistir. Es cierto que los caballeros de Occidente son famosos por su bravura, pero su comportamiento ante los muros de Jerusalén es algo desconcertante a ojos de un militar avezado. Iftijar espera verlos construir, nada más llegar, torres móviles y diversos instrumentos de asedio, y cavar trincheras para precaverse de las salidas de la guarnición. Sin embargo, lejos de dedicarse a estos preparativos, han empezado por organizar en torno a los muros una procesión encabezada por sacerdotes que rezan y cantan a voz en grito, antes de lanzarse como posesos al asalto de las murallas sin disponer de la menor escala. Por más que al-Afdal le ha explicado que estos frany querían apoderarse de la ciudad por razones religiosas, un fanatismo tan ciego lo sorprende. Él mismo es un musulmán creyente, pero si está luchando en Palestina es para defender los intereses de Egipto, y también, por qué negarlo, para ascender en su propia carrera militar.

Sabe que esta ciudad no es como las demás. Iftijar siempre la ha llamado por su nombre corriente, Iliya, pero los ulemas, los doctores de la ley, le dan el sobrenombre de al-Quds, Beit-el-Maqdes o al-Beit al-Muqaddas, «el lugar de la santidad». Dicen que es la tercera ciudad santa del Islam, después de La Meca y Medina, pues aquí fue adonde condujo Dios al Profeta, durante una noche milagrosa, para que se reuniera con Moisés y con Jesús, hijo de María. Desde entonces, al-Quds es, para todo musulmán, el símbolo de la continuidad del mensaje divino. Muchos devotos vienen a orar a la mezquita al-Aqsa, bajo la inmensa cúpula centelleante que domina majestuosamente las casas cuadradas de la ciudad.

Aun cuando el cielo esté presente aquí en cada esquina, Iftijar tiene los pies firmemente asentados en el suelo. Considera que las técnicas militares son las mismas, sea cual sea la ciudad. Estas procesiones de frany cantores lo irritan, pero no le preocupan. Hasta el final de la segunda semana de sitio no empieza a sentirse preocupado, cuando observa que el enemigo se afana en construir dos inmensas torres de madera. A comienzos de julio ya están en pie, listas para transportar a cientos de combatientes hasta la cima de las murallas. Sus siluetas se yerguen amenazadoras en medio del campamento enemigo.

Las consignas de Iftijar son tajantes: si uno de esos artefactos hace el menor movimiento hacia los muros, hay que inundarlo con una lluvia de flechas. Si la torre

llegara a acercarse, hay que emplear el fuego griego, una mezcla de petróleo y de azufre que se vierte en vasijas y se arroja, encendida, sobre los asaltantes. Al desparramarse, el líquido provoca incendios difíciles de apagar. Esta temible arma va a permitir a los soldados de Iftijar rechazar varios ataques sucesivos a lo largo de la segunda semana de julio, aunque, para protegerse de las llamas, los sitiadores hayan tapizado sus torres móviles con pieles de animales recién despellejados embebidas en vinagre. Mientras tanto, corren rumores que anuncian la llegada inminente de al-Afdal. Los sitiadores, que temen quedar atrapados entre dos fuegos, multiplican sus esfuerzos.

De las dos torres móviles construidas por los frany —contará Ibn al-Atir—, una estaba por la parte de Sión, al sur, y la otra al norte. Los musulmanes lograron quemar la primera matando a cuantos había en ella. Pero, apenas habían acabado de destruirla, cuando llegó un mensajero pidiendo auxilio, pues por el otro lado habían invadido la ciudad. De hecho, la tomaron por el norte, un viernes por la mañana, siete días antes de que acabara el mes de shabán del año 492.

En este terrible día de julio de 1099, Iftijar está parapetado en la torre de David, una fortaleza octogonal cuyos cimientos se habían soldado con plomo y que constituye el punto fuerte de las murallas. Ahí puede resistir aún unos cuantos días, pero sabe que la batalla está perdida. Han invadido el barrio judío, las calles están cubiertas de cadáveres, y ya se ha entablado el combate en las proximidades de la mezquita mayor. Él y sus hombres pronto estarán rodeados por todas partes; sin embargo, sigue luchando. ¿Qué otra cosa podría hacer? Por la tarde, han cesado prácticamente los combates en el centro de la ciudad. El pendón blanco de los fatimitas ya sólo ondea en la torre de David.

De repente, cesan los asaltos de los frany y se acerca un mensajero. Viene de parte de Saint-Gilles a proponer al general egipcio y a sus hombres que los dejarán ir sanos y salvos si consienten en entregarle la torre. Iftijar duda, los frany ya han incumplido más de una vez sus compromisos, y nada indica que Saint-Gilles esté decidido a actuar de otra manera. Sin embargo, es descrito como un sexagenario de cabello blanco al que todo el mundo saluda con respeto, lo cual puede hacer pensar que cumple la palabra dada. En cualquier caso, es sabido que necesita llegar a un acuerdo con la guarnición, pues han destruido su torre móvil y rechazado todos sus asaltos. De hecho, está estancado ante los muros desde por la mañana, mientras que sus hermanos, los demás jefes francos, ya están saqueando la ciudad y disputándose sus casas. Sopesando los pros y los contras, Iftijar acaba por declararse dispuesto a capitular a condición de que Saint-Gilles prometa por su honor garantizarle su seguridad y la de todos sus hombres.

Los frany cumplieron su palabra, y los dejaron marchar por la noche hacia el puerto de Ascalón, donde se afincaron —contará concienzudamente Ibn al-Atir, antes de añadir—: A la población de la Ciudad Santa la pasaron a cuchillo, y los frany estuvieron matando musulmanes durante una semana. En la mezquita al-Aqsa, mataron a más de setenta mil personas. E Ibn al-Atir, que evita citar cifras improbables, puntualiza: Mataron a mucha gente. A los judíos los reunieron en su sinagoga y allí los quemaron vivos los frany. Destruyeron también los monumentos de los santos y la tumba de Abraham —¡la paz sea con él!

Entre los monumentos saqueados por los invasores se encuentra la mezquita de Umar, erigida en memoria del segundo sucesor del Profeta, el califa Umar Ibn al-

Jattab, que había tomado Jerusalén a los romanos en febrero de 638. Tras estos hechos, los árabes aprovecharán siempre que puedan la ocasión de evocar aquel acontecimiento con la intención de recalcar la diferencia entre su comportamiento y el de los romanos. Aquel día, Umar había entrado montado en su célebre camello blanco, mientras el patriarca griego de la Ciudad Santa acudía a su encuentro. El califa había empezado por prometerle que se respetarían la vida y los bienes de todos los habitantes, antes de pedirle que lo acompañara a visitar los lugares sagrados del cristianismo. Mientras se hallaban en la iglesia de la Qyama, el Santo Sepulcro, como había llegado la hora de la oración, Umar le había preguntado a su anfitrión dónde podría extender su alfombra para prosternarse. El patriarca lo había invitado a permanecer donde estaba, pero el califa había contestado: «Si lo hago, los musulmanes querrán apropiarse mañana de este lugar diciendo: Umar ha orado aquí.» Y, llevándose su alfombra, fue a arrodillarse fuera. Estuvo en lo cierto, pues en ese mismo lugar fue donde se construyó la mezquita que lleva su nombre. Los jefes romanos, desgraciadamente, no son tan magnánimos. Celebran su triunfo con una matanza indescriptible y luego saquean salvajemente la ciudad que dicen venerar.

No se salvan ni sus propios correligionarios: una de las primeras medidas que toman los romanos es la de expulsar de la iglesia del Santo Sepulcro a todos los sacerdotes de los ritos orientales —griegos, georgianos, armenios, coptos y sirios—, que oficiaban en ella conjuntamente en virtud de una antigua tradición que habían respetado hasta entonces todos los conquistadores. Estupefactos ante tanto fanatismo, los dignatarios de las comunidades cristianas orientales deciden resistir. Se niegan a revelar al ocupante el lugar en que han ocultado la verdadera cruz en que murió Cristo. En estos hombres, la devoción religiosa por la reliquia va acompañada de orgullo patriótico. ¿Acaso no son los conciudadanos del Nazareno? Pero los invasores no se dejan impresionar en absoluto. Deteniendo a los sacerdotes que tienen la custodia de la cruz y sometiéndolos a torturas para arrebatarles el secreto, consiguen quitarles por la fuerza a los cristianos de la Ciudad Santa la más valiosa de sus reliquias.

Mientras los occidentales rematan a algunos supervivientes emboscados y se apoderan de todas las riquezas de Jerusalén, el ejército reunido por al-Afdal avanza lentamente por el Sinaí. No llega a Palestina hasta veinte días después del drama. El visir, que lo manda en persona, duda en marchar directamente sobre la Ciudad Santa. Aunque dispone de cerca de treinta mil hombres, no se considera en posición de fuerza, pues carece de material de asedio y le atterra la firmeza de los caballeros romanos. Decide, pues, instalarse con sus fuerzas en los alrededores de Ascalón y enviar una embajada a Jerusalén para sondear las intenciones del enemigo. En la ciudad ocupada, a los emisarios egipcios los conducen ante un gigantesco caballero de cabello largo y barba rubia que es presentado como Godofredo de Bouillon, nuevo señor de Jerusalén. A él es a quien transmiten el mensaje del visir acusando a los romanos de haber abusado de su buena fe y proponiéndoles un arreglo si prometen salir de Palestina. Por toda respuesta, los occidentales reúnen sus fuerzas y se lanzan sin demora por el camino de Ascalón.

Avanzan tan deprisa que llegan a las proximidades del campamento musulmán sin que los exploradores hayan señalado ni siquiera su presencia. Y, a partir de la primera intervención, *el ejército egipcio huyó y retrocedió hacia el puerto de Ascalón* —relata Ibn al-Qalanisi. *Al-Afdal también se retiró allí. Los romanos triunfaron sobre los musulmanes. En la matanza no se salvaron ni los soldados de infantería ni los voluntarios ni la gente de la ciudad. Perecieron alrededor de diez mil almas y el campamento quedó saqueado.*

Debió de ser unos días después del desastre de los egipcios cuando llegó a la ciudad de Bagdad el grupo de refugiados guiado por Abu-Saad al-Harawi. El cadí de Damasco ignora aún que los frany acaban de conseguir una nueva victoria, pero ya sabe que los invasores son los amos de Jerusalén, de Antioquía y de Edesa, que han derrotado a Kiliy Arslan y a Danishmend, que han ocupado toda Siria de norte a sur, matando y saqueando a su antojo sin que nadie se lo impida. Tiene la impresión de que se está escarneciendo y humillando a su pueblo y a su fe, y siente deseos de gritarlo muy alto para que los musulmanes despierten de una vez. Quiere impresionar a sus hermanos, provocarlos, escandalizarlos.

El viernes 19 de agosto de 1099, lleva a sus compañeros a la mezquita mayor de Bagdad y, a mediodía, cuando de todas partes afluyen los creyentes para la oración, se pone a comer ostensiblemente, a pesar de ser ramadán, el mes del ayuno obligatorio. En unos instantes, una muchedumbre airada se arremolina en torno a él, se acercan soldados para detenerlo. Pero Abu-Saad se levanta y pregunta con mucha calma a quienes lo rodean cómo pueden mostrarse tan alterados por una ruptura de ayuno cuando la matanza de miles de musulmanes y la destrucción de los lugares santos del Islam los dejan completamente indiferentes. Habiendo acallado de este modo a la multitud, describe entonces con detalle las desgracias que agobian a Siria, «Bilad-esh-Sham», y sobre todo las que acaban de abatirse sobre Jerusalén. *Los refugiados lloraron e hicieron llorar* —dirá Ibn al-Atir.

De la calle, al-Harawi lleva el escándalo a los palacios. «¡Ya veo cuán débiles son los apoyos de la fe!» —exclama en el diván del príncipe de los creyentes, al-Mustazhir-billah, un joven califa de veintidós años—. De tez clara, barba corta, cara redonda, es un soberano jovial y bonachón, cuyos ataques de ira son breves y cuyas amenazas rara vez se cumplen. En una época en que la crueldad parece ser el primer atributo de los dirigentes, este joven califa árabe se ufana de no haber hecho daño a nadie. *Experimentaba una alegría auténtica cuando le decían que el pueblo era feliz* —apuntará ingenuamente Ibn al-Atir—. Sensible, refinado, de trato agradable, al-Mustazhir es amante de las artes. Lo apasiona la arquitectura y ha supervisado personalmente la construcción de unas murallas que rodean por completo el barrio en que reside, el Harén, situado al este de Bagdad. Y, en sus ratos perdidos, que son muchos, compone poemas de amor: *Al tender la mano para decirle adiós a mi amada, el fuego de mi pasión hizo derretirse el hielo*.

Desgraciadamente para sus súbditos, *este hombre de bien, alejado de todo gesto de tiranía* —como lo definió Ibn al-Qalanisi—, no dispone de poder alguno, aunque esté continuamente rodeado de un complicado ceremonial de veneración y los cronistas evoquen su nombre con deferencia. Los refugiados de Jerusalén, que tienen todas sus esperanzas puestas en él, parecen olvidar que su autoridad no se ejerce más allá de los muros de su palacio, y que, además, la política lo aburre.

Sin embargo, tiene tras de sí una historia gloriosa. Los califas predecesores suyos han sido durante los dos siglos posteriores a la muerte del Profeta (632-833) los jefes espirituales y temporales de un inmenso imperio, que, cuando estaba en su apogeo, se extendía desde el Indo hasta los Pirineos, y que incluso se ha adentrado en dirección a los valles del Ródano y del Loira. Y la dinastía abasida, a la que pertenece al-Mustazhir, ha convertido Bagdad en la ciudad fabulosa de las mil y una noches. A comienzos del siglo IX, en los tiempos en que reinaba su antepasado Harún-al-Rashid, el califato era el Estado más rico y más poderoso de la tierra, y su capital el centro de la civilización más avanzada. Tenía mil médicos diplomados, un gran hospital gratuito, un servicio postal regular, varios bancos, algunos de los cuales tenían sucursales en la China, una excelente canalización de agua, un sistema de evacuación directa a la cloaca así como una fábrica de papel —los occidentales, que

sólo utilizaban el pergamino a su llegada a Oriente, aprendieron en Siria el arte de fabricar papel a partir de la paja de trigo.

Pero en este año sangriento de 1099 en el que al-Harawi ha venido a anunciar al diván de al-Mustazhir la caída de Jerusalén, esa época dorada hace ya mucho tiempo que ha pasado. Harún ha muerto en 809. Un cuarto de siglo después, sus sucesores han perdido cualquier poder real, Bagdad está medio destruida y el imperio se ha desintegrado. No queda ya más que ese mito de una era de unidad, de grandeza y de prosperidad, que va a poblar para siempre los sueños de los árabes. Es cierto que los abasidas seguirán reinando durante cuatro siglos, pero ya no gobernarán. No serán ya más que rehenes en manos de sus soldados turcos o persas, capaces de hacer y deshacer soberanos a su antojo, recurriendo las más veces al crimen. Y por escapar a semejante suerte será por lo que la mayoría de los califas renuncien a toda actividad política. Enclaustrados en su harén, se entregarán en lo sucesivo exclusivamente a los placeres de la existencia, haciéndose poetas o músicos y coleccionando bellas esclavas perfumadas.

El príncipe de los creyentes, que durante mucho tiempo ha sido la encarnación de la gloria de los árabes, se ha convertido en el símbolo vivo de su decadencia. Y al-Mustazhir, de quien los refugiados de Jerusalén esperan un milagro, es el genuino representante de esa raza de califas holgazanes. Aunque quisiera, sería totalmente incapaz de acudir en auxilio de la Ciudad Santa, ya que, por todo ejército, no tiene más que una guardia personal de unos cuantos cientos de eunucos negros y blancos. Sin embargo, no son soldados lo que falta en Bagdad. Deambulan continuamente a miles, con frecuencia borrachos, por las calles. Para protegerse de sus abusos, los ciudadanos han tomado la costumbre de bloquear todas las noches la entrada a todos los barrios con ayuda de pesadas barreras de madera o de hierro.

Naturalmente, este azote uniformado, que ha llevado los zocos a la ruina con sus saqueos sistemáticos, no obedece las órdenes de al-Mustazhir. Su jefe prácticamente no habla árabe, ya que, al igual que todas las ciudades del Asia musulmana, Bagdad ha caído desde hace más de cuarenta años bajo la férula de los turcos selyúcidas. El hombre fuerte de la capital abasida, el joven sultán Barkyaruk, un primo de Kiliy Arslan, es teóricamente el señor feudal de todos los príncipes de la región. Pero, en realidad, cada provincia del imperio selyúcida es prácticamente independiente, y los miembros de la familia reinante están totalmente absortos en sus disputas dinásticas.

Cuando, en septiembre de 1099, al-Harawi abandona la capital abasida, no ha conseguido ver a Barkyaruk, pues el sultán está en el norte de Persia dirigiendo la campaña contra su propio hermano Muhammad, una lucha en la que, por otra parte, lleva las de ganar este último pues es Muhammad quien, ya en octubre, se apodera de la propia Bagdad. No por ello concluye este absurdo conflicto; incluso llega a tomar, ante la estupefacta mirada de los árabes, que ya no pretenden entender nada, un cariz realmente grotesco. ¡Júzguese si no! En enero de 1100, Muhammad abandona Bagdad a toda prisa y Barkyaruk entra en ella como triunfador; no por mucho tiempo pues, en la primavera, vuelve a perderla, para volver a ella violentamente en abril de 1101, tras un año de ausencia, y aplastar a su hermano; en las mezquitas de la capital abasida, se vuelve a pronunciar su nombre en el sermón de los viernes, pero en septiembre la situación cambia una vez más. Derrotado por una coalición de dos de sus hermanos, Barkyaruk parece definitivamente fuera de combate. Pero creer eso es no conocerlo: a pesar de su derrota, vuelve inopinadamente a Bagdad y se apodera de ella por unos cuantos días, antes de que lo derroten de nuevo en octubre. Pero también esta vez su ausencia es breve, pues ya en diciembre se llega a un acuerdo que le devuelve la ciudad. Ésta ha cambiado de manos ocho veces en treinta meses:

¡ha tenido un señor distinto cada cien días! Todo ello mientras los invasores occidentales consolidan su presencia en los territorios conquistados.

Los sultanes no se entendían —dirá Ibn al-Atir empleando una hermosa litotes— y por eso han podido apoderarse de la región los frany.

Segunda parte

La ocupación (1100-1128)

Cada vez que los frany se apoderan de una fortaleza, atacan otra. Su poder va a seguir aumentando hasta que ocupen toda Siria y destierren a los musulmanes de este país.

FAJR-EL-MULK IBN AMMAR

Señor de Trípoli

Capítulo 4

Los dos mil días de Trípoli

Tras tantas derrotas sucesivas, tantas decepciones, tantas humillaciones, las tres noticias inesperadas que llegan a Damasco en este verano de 1100 despiertan muchas esperanzas. No sólo entre los militantes religiosos que rodean al cadí al-Harawi, sino también en los zocos, bajo los soportales de la calle Recta donde los mercaderes de sedas griegas, de brocados de oro, de lienzos adamascados o de muebles damasquinados, sentados a la sombra de las parras, se interpelean de un puesto a otro, por encima de la cabeza de los transeúntes, con la voz de los días faustos.

A principios de julio corre un primer rumor que pronto resulta cierto: el anciano Saint-Gilles, que nunca ha ocultado sus aspiraciones sobre Trípoli, Homs y toda Siria, ha embarcado súbitamente hacia Constantinopla tras un conflicto con los demás jefes francos. Se rumorea que ya no volverá.

A finales de julio, llega otra noticia, más extraordinaria aún, que se extiende en unos minutos de mezquita en mezquita, de calleja en calleja. *Mientras sitiaba la ciudad de Acre, a Godofredo, señor de Jerusalén, lo alcanzó una flecha y lo mató* —relata Ibn al-Qalanisi—. También hablan de fruta envenenada que, al parecer, ha regalado un notable palestino al jefe franco. Otros opinan que ha sido una muerte natural, fruto de una epidemia. Pero la que se gana el favor del público es la versión recogida por el cronista de Damasco: según esta versión, Godofredo ha sucumbido a heridas que le han causado los defensores de Acre. ¿Acaso tal victoria, que llega un año después de la caída de Jerusalén, no indicaría que el viento empieza a cambiar?

Esta impresión parece confirmarse días después cuando la gente se entera de que a Bohemundo, el más temible de los frany, lo acaban de capturar. Ha sido Danishmend «el sabio» quien lo ha vencido. Como ya había hecho tres años antes, durante la batalla de Nicea, el jefe turco ha puesto cerco a la ciudad armenia de Malatya. *Al conocer tal noticia* —dice Ibn al-Qalanisi—, *Bohemundo, rey de los frany y señor de Antioquía, reunió a sus hombres y marchó contra el ejército musulmán*. Temeraria empresa, pues para llegar hasta la ciudad sitiada el jefe franco ha de cabalgar durante una semana por un territorio montañoso donde los turcos están sólidamente asentados. Informado de su proximidad, Danishmend le tiende una emboscada. A Bohemundo y a los quinientos caballeros que lo acompañan los recibe una barrera de flechas que caen sobre ellos en un estrecho desfiladero donde no consiguen desplegarse. *Dios dio la victoria a los musulmanes, que mataron a gran número de frany. A Bohemundo y a algunos compañeros suyos los capturaron*. Los conducen, cargados de cadenas, hacia Niksar, en el norte de Anatolia.

La sucesiva eliminación de Saint-Gilles, Godofredo y Bohemundo, los tres principales artífices de la invasión franca, aparece ante todos como una señal del cielo. Los que se hallaban anonadados por la aparente invulnerabilidad de los occidentales recobran ánimos. ¿No será el momento de asestarles un golpe definitivo? En cualquier caso, hay un hombre que lo desea ardientemente: Dukak.

Que nadie se engañe; el joven rey de Damasco no es en absoluto un celoso defensor del Islam. ¿Acaso no ha demostrado lo suficiente, con ocasión de la batalla de Antioquía, que estaba dispuesto a traicionar a los suyos para satisfacer sus

ambiciones locales? Además, hasta la primavera de 1100 no ha descubierto de repente el selyúcida la necesidad de una guerra santa contra los infieles. Como uno de sus vasallos, un jefe beduino de los altos del Golán, se ha quejado de las repetidas incursiones de los frany de Jerusalén, que le saqueaban las cosechas y le robaban los rebaños, Dukak ha decidido intimidarlos. Un día de mayo, mientras Godofredo y su brazo derecho, Tancredo, un sobrino de Bohemundo, regresaban con sus hombres de una razzia especialmente fructífera, los ha atacado el ejército de Damasco.

Entorpecidos por el botín, los frany han sido incapaces de trabar combate. Han preferido huir dejando a sus espaldas varios muertos. El propio Tancredo se ha salvado por poco.

Para vengarse, ha organizado una incursión de represalia en los mismísimos alrededores de la metrópoli siria. Ha devastado los huertos y saqueado e incendiado las aldeas. Dukak, a quien la magnitud y la rapidez de la respuesta ha pillado desprevenido, no se ha atrevido a intervenir. Con su habitual versatilidad, lamentando ya amargamente la incursión del Golán, ha llegado incluso a proponerle a Tancredo pagarle una fuerte suma si consiente en alejarse. Naturalmente, esta oferta no ha hecho sino reforzar la determinación del príncipe franco. Creyendo, con toda lógica, que el rey estaba en situación desesperada, le ha enviado una delegación de seis personas para instarlo nada menos que a convertirse al cristianismo o a entregarle Damasco. Indignado por tanta arrogancia, el selyúcida ha mandado detener a los emisarios y, tartamudeando de ira, les ha ordenado, a su vez, que abracen las creencias del Islam. Uno de ellos ha accedido. A los otros cinco les han cortado en el acto la cabeza.

Apenas se conoció la noticia, llegó Godofredo, se reunió con Tancredo y, con todos los hombres de que disponían, se dedicaron, durante diez días, a una labor de destrucción sistemática de los alrededores de la metrópoli siria. La rica llanura del Ghuta, que *rodea Damasco como el halo rodea la luna*, según la expresión de Ibn Yubayr, ofrecía un espectáculo desolador. Dukak no se movía. Encerrado en su palacio de Damasco, esperaba a que pasara el huracán: tanto más cuanto que su vasallo del Golán rechazaba su soberanía y, a partir de aquel momento, se disponía a pagarles el tributo anual a los señores de Jerusalén. Y, lo que resultaba aún más grave, la población de la metrópoli siria empezaba a quejarse de la incapacidad de sus gobernantes para protegerla. La gente echaba pestes de todos esos soldados turcos que presumían como pavos reales en los zocos pero a los que se tragaba la tierra en cuanto el enemigo estaba a las puertas de la ciudad. Dukak no tenía ya más que una obsesión: vengarse cuanto antes aunque no fuera más que para rehabilitarse a ojos de sus propios súbditos.

No es difícil imaginar que en tales circunstancias la muerte de Godofredo le haya causado una inmensa alegría al selyúcida a quien, tres meses antes, dicha muerte hubiera dejado bastante indiferente. La captura de Bohemundo, acaecida días después, lo anima a emprender una acción sonada.

La ocasión se presenta en octubre. *Cuando mataron a Godofredo* —cuenta Ibn al-Qalanisi—, *su hermano el conde Balduino, señor de Edesa, se puso en camino hacia Jerusalén con quinientos caballeros y soldados de infantería. Al saber que iba a pasar por allí, Dukak reunió a todas las tropas y marchó contra él. Se encontraron cerca de la plaza costera de Beirut.* Está claro que Balduino intenta suceder a Godofredo. Es un caballero famoso por su brutalidad y su falta de escrúpulos, como lo ha demostrado el asesinato de sus «padres adoptivos» en Edesa, pero también es un guerrero valeroso y astuto cuya presencia en Jerusalén constituiría una amenaza permanente para Damasco y el conjunto de la Siria musulmana. Matarlo o capturarlo en ese crítico momento supone decapitar de hecho al ejército de invasión y volver a poner en tela de

juicio la presencia de los frany en Oriente. Y si el momento está bien elegido, el lugar del ataque no lo está menos.

Balduino viene del norte, siguiendo la costa mediterránea, y ha de llegar a Beirut hacia el 24 de octubre. Previamente tiene que cruzar Nahr-el-Kalb, la antigua frontera fatimita. Cerca de la desembocadura del «Río del Perro», el camino se estrecha y está rodeado de acantilados y de abruptos montes. El lugar es ideal para tender una emboscada. Precisamente ahí es donde Dukak ha decidido esperar a los frany, ocultando a sus hombres en las grutas o las laderas arboladas. Sus exploradores lo informan con regularidad del avance del enemigo.

Desde la más lejana antigüedad, Nahr-el-Kalb es la obsesión de los conquistadores. Cuando uno de ellos consigue superar el paso, se enorgullece tanto de ello que deja en el acantilado el relato de su hazaña. En tiempos de Dukak, ya pueden contemplarse varios de estos vestigios, desde los jeroglíficos del faraón Ramsés II y los signos cuneiformes del babilonio Nabucodonosor hasta los elogios en latín que el emperador romano de origen sirio Septimio Severo había dirigido a sus valerosos legionarios galos. Pero, frente a este puñado de vencedores, ¡cuántos guerreros han visto cómo se estrellaban sus sueños contra estas rocas sin dejar huella! Al rey de Damasco no le cabe duda alguna de que «el maldito Balduino» va a ser pronto uno más en esa cohorte de vencidos. Dukak tiene motivos sobrados para ser optimista; sus tropas son seis o siete veces superiores en número a las del jefe franco y, sobre todo, tiene la ventaja que proporciona la sorpresa. No sólo va a reparar la afrenta que le ha infligido, sino que va a recobrar su lugar preponderante entre los príncipes de Siria y a ejercer de nuevo una autoridad minada por la irrupción de los frany.

Si hay un hombre a quien no se le ha escapado lo que está en juego en la batalla, ése es el nuevo señor de Trípoli, el cadí Fajr el-Mulk, quien, un año antes, ha sucedido a su hermano Yalal el-Mulk. Como el señor de Damasco codiciaba su ciudad antes de la llegada de los occidentales, no le faltan razones para temer la derrota de Balduino, pues Dukak querrá entonces convertirse en el campeón del Islam y en libertador de la tierra siria y habrá que reconocer su soberanía y soportar sus caprichos.

Para evitarlo, Fajr el-Mulk no tiene escrúpulos. Cuando se entera de que Balduino se acerca a Trípoli de camino hacia Beirut y, después, hacia Jerusalén, le hace llegar vino, miel, pan, carne así como ricos presentes de oro y plata e, incluso, un mensajero que insiste en verlo en privado y le pone al tanto de la emboscada que le va a tender Dukak, proporcionándole numerosos detalles acerca de la disposición de las tropas de Damasco y prodigándole consejos sobre las mejores tácticas que ha de emplear. El jefe franco, tras haber agradecido al cadí tan valiosa como inesperada colaboración, reanuda su marcha hacia Nahr-el-Kalb.

Sin sospechar nada, Dukak se dispone a abalanzarse sobre los frany en cuanto se internen en la estrecha franja costera a la que están apuntando sus arqueros. De hecho, los frany aparecen por la parte donde se halla la localidad de Yunieh y avanzan haciendo alarde de total despreocupación. Unos pasos más y caerán en la trampa. Pero, de repente, se inmovilizan y luego, lentamente, empiezan a retroceder. Nada está decidido aún pero al ver que el enemigo no ha caído en la emboscada, Dukak no sabe qué hacer. Hostigado por sus emires, acaba por ordenar a los arqueros que arrojen unas cuantas tandas de flechas, sin atreverse, sin embargo, a lanzar a sus jinetes contra los frany. A la caída de la tarde, la moral de las tropas musulmanas está por los suelos. Árabes y turcos se acusan mutuamente de cobardía, estallan algunas rencillas, y al día siguiente por la mañana, tras un breve enfrentamiento, las tropas de Damasco retroceden hacia la montaña libanesa mientras los frany prosiguen tranquilamente su camino hacia Palestina.

El cadí de Trípoli ha decidido deliberadamente salvar a Balduino, ya que cree que la principal amenaza para su ciudad procede de Dukak, quien también había actuado así en contra de Karbuka dos años antes. A ambos la presencia franca les ha parecido, en el momento decisivo, un mal menor. Pero este mal va a propagarse muy deprisa. Tres semanas después de la fallida emboscada de Nahr-el-Kalb, Balduino se proclama rey de Jerusalén y se lanza a una doble tarea de organización y de conquista para consolidar lo conseguido durante la invasión. Ibn al-Qalanisi, al intentar comprender, casi un siglo después, qué es lo que ha empujado a los frany a venir a Oriente, atribuirá la iniciativa de este proceso al rey Balduino, «al-Bardawil», a quien consideraba, en cierto modo, el jefe de Occidente, lo cual no es falso pues aunque este caballero no ha sido más que uno de los numerosos responsables de la invasión, el historiador de Mosul acierta al considerarlo el principal artífice de la ocupación. Frente a la irremediable fragmentación del mundo árabe, los Estados francos van a manifestarse, de entrada, por su determinación, sus cualidades guerreras y su relativa solidaridad, como una auténtica potencia regional.

Sin embargo, los musulmanes disponen de una baza considerable: la gran inferioridad numérica de sus enemigos. Tras la caída de Jerusalén, la mayoría de los frany han regresado a sus países. Balduino no puede contar, cuando sube al trono, más que con unos cuantos cientos de caballeros. Pero esta aparente inferioridad se esfuma cuando, en 1101, llegan noticias de que se han concentrado en Constantinopla numerosos ejércitos francos, mucho más numerosos que los que se han visto hasta el momento.

Los primeros en alarmarse son, claro está, Kiliy Arslan y Danishmend, que aún se acuerdan del último paso de los frany por Asia Menor. Sin vacilar, deciden unir sus fuerzas para intentar cortar el camino a la nueva invasión. Los turcos ya no se atreven a aventurarse por la zona de Nicea o de Dorilea, que, desde hace tiempo, están firmemente dominadas por los rum. Prefieren intentar una nueva emboscada mucho más allá, en el sureste de Anatolia. Kiliy Arslan, que ha crecido en edad y experiencia, manda envenenar todas las aguadas a lo largo del camino que siguió la otra expedición.

En mayo de 1101, el sultán se entera de que han cruzado el Bósforo más de cien mil hombres al mando de Saint-Gilles, que residía en Bizancio desde hacía más de un año. Trata de seguir, paso a paso, sus movimientos para saber en qué momento sorprenderlos. La primera etapa debería ser Nicea. Pero, curiosamente, los exploradores apostados cerca de la antigua capital del sultán no los ven venir. Por la zona del mar de Mármara, e incluso en Constantinopla, no se sabe nada de ellos. Kiliy Arslan no vuelve a dar con su rastro hasta finales de junio, cuando irrumpen súbitamente ante los muros de una ciudad que le pertenece, Ankara, situada en el centro de Anatolia, en pleno territorio turco, y cuyo ataque no ha previsto en ningún momento. Incluso antes de que haya tenido tiempo de llegar, los frany ya la han tomado. Kiliy Arslan cree estar viviendo de nuevo el momento, cuatro años antes, de la caída de Nicea. Sin embargo, no es tiempo de lamentaciones, pues los occidentales ya están amenazando el propio corazón de sus dominios. Decide tenderles una emboscada en cuanto salgan de Ankara para reanudar la marcha hacia el sur. Pero, una vez más, está cometiendo un error: los invasores, dándole la espalda a Siria, marchan resueltamente hacia el nordeste, en dirección a Niksar, la poderosa fortaleza en que Danishmend tiene prisionero a Bohemundo. ¡Así que de eso se trata! ¡Los frany están intentando liberar al señor de Antioquía!

El sultán y su aliado empiezan entonces a entender, sin acabar de creérselo, el curioso itinerario de los invasores. Hasta cierto punto, ello los tranquiliza, pues ahora pueden escoger el lugar de la emboscada. Va a ser la aldea de Merzifun a la que los

occidentales han de llegar en los primeros días de agosto, agobiados bajo un sol de justicia. Su ejército no resulta nada impresionante. Unos cuantos cientos de caballeros que avanzan torpemente, doblados bajo el peso de unas armaduras recalentadas y, tras ellos, una abigarrada muchedumbre compuesta más por mujeres y niños que por auténticos combatientes. En cuanto la primera oleada de jinetes turcos se lanza al ataque, los frany huyen. No es una batalla sino una carnicería que se prolonga durante un día entero. A la caída de la noche, Saint-Gilles huye con sus allegados sin avisar siquiera al grueso del ejército. Al día siguiente rematan a los últimos supervivientes y capturan a miles de muchachas, que irán a poblar los harenes de Asia.

Apenas ha concluido la matanza de Merzifun cuando llegan unos mensajeros a alertar a Kiliy Arslan: una nueva expedición franca avanza ya por Asia Menor. Esta vez el itinerario no entraña ninguna sorpresa. Los guerreros de la cruz han tomado la ruta del sur y hasta que transcurren varios días no se dan cuenta de que el camino encierra una trampa. Cuando, a finales de agosto, llega del nordeste el sultán con sus jinetes, los frany, atormentados por la sed, agonizan ya. Los diezman sin que ofrezcan resistencia alguna.

No queda ahí la cosa. Una tercera expedición franca viene tras la segunda, por la misma ruta, con una semana de intervalo. Caballeros, soldados de infantería, mujeres, niños llegan, completamente deshidratados, cerca de la ciudad de Heraclea. Ya vislumbran el espejo de un río hacia el que se abalanzan todos, en desorden. Pero precisamente a la orilla de ese curso de agua los espera Kiliy Arslan...

Nunca se recuperarán los frany de esta triple matanza. Con la voluntad de expansión que los anima en estos años decisivos, la afluencia de tan gran número de nuevos recién llegados, combatientes o no, hubiera debido permitirles sin duda colonizar el conjunto del Oriente árabe antes de que a éste le hubiera dado tiempo a reponerse. Y sin embargo va a ser precisamente esta escasez de hombres el origen de la obra más duradera y más espectacular de los frany en tierras árabes: la edificación de castillos, ya que, para paliar la debilidad de sus efectivos, tendrán que construir unas fortalezas tan bien protegidas que un puñado de defensores pueda tener en jaque a una multitud de sitiadores. Pero, para superar la inferioridad numérica, los frany van a disponer, durante muchos años, de un arma aún más temible que sus fortalezas: el letargo del mundo árabe. Nada ilustra mejor este estado de cosas que la descripción que hará Ibn al-Atir de la extraordinaria batalla que se desarrolla ante Trípoli a principios de abril de 1102.

Saint-Gilles, Dios lo maldiga, volvió a Siria después de que lo aplastara Kiliy Arslan. No disponía más que de trescientos hombres. Entonces, Fajr el-Mulk, señor de Trípoli, mandó a decir al rey Dukak y al gobernador de Homs: «Ahora o nunca. Es el mejor momento para acabar con Saint-Gilles ya que tiene tan pocas tropas.» Dukak envió dos mil hombres y el gobernador de Homs acudió en persona. Las tropas de Trípoli se unieron a ellos ante las puertas de la ciudad y presentaron juntos batalla a Saint-Gilles. Éste lanzó a cien de sus soldados contra los de Trípoli, a otros cien contra los de Damasco, a cincuenta contra los de Homs y dejó a cincuenta a su lado. Nada más ver al enemigo, los de Homs huyeron y pronto los siguieron los damascenos. Sólo los tripolitanos hicieron frente y, al verlo, Saint-Gilles los atacó con sus otros doscientos soldados, los venció y mató a siete mil.

¿Trescientos frany que vencen a varios miles de musulmanes? Todo parece indicar que el relato del historiador árabe se ajusta a la realidad. La explicación más probable es que Dukak quiso hacerle pagar al cadí de Trípoli la actitud que había tenido durante la emboscada de Nahr-el- Kalb. La traición de Fajr el-Mulk había impedido eliminar al fundador del reino de Jerusalén; la revancha del rey de Damasco va a permitir la creación de un cuarto estado franco: el condado de Trípoli.

Seis semanas después de esta humillante derrota asistimos a una nueva demostración de la incuria de los dirigentes de la región, que, pese a la ventaja numérica, se revelan incapaces, cuando resultan vencedores, de sacarle partido a la victoria.

La escena transcurre en mayo de 1102. Un ejército egipcio de cerca de veinte mil hombres, al mando de Sharaf, el hijo del visir al-Afdal, ha llegado a Palestina y ha conseguido coger por sorpresa a las tropas de Balduino en Ramle, cerca del puerto de Jaffa. El propio rey ha tenido que esconderse boca abajo entre los juncos para no caer prisionero. A la mayoría de sus guerreros los matan o los capturan. Ese día, el ejército de El Cairo podía haberse apoderado de Jerusalén pues, como diría Ibn al-Athir, la ciudad carece de defensores y el rey franco ha huido.

Algunos de sus hombres le dijeron a Sharaf: «¡Vamos a tomar la Ciudad Santa!» Otros le dijeron: «¡Vamos mejor a tomar Jaffa!» Sharaf no acababa de decidirse. Mientras vacilaba de esta manera, a los frany les llegaron refuerzos por el mar y Sharaf hubo de volver a Egipto, junto a su padre.

Al ver que había estado a dos pasos de la victoria, el señor de El Cairo decide lanzar una nueva ofensiva al año siguiente y, luego, al otro. Pero en cada tentativa se interpone entre él y la victoria algún acontecimiento imprevisto. En una ocasión, es la flota egipcia que se malquista con el ejército de tierra. En otra, es el comandante de la expedición que muere accidentalmente y su desaparición siembra el desconcierto entre sus tropas. Era un general valeroso, pero —nos dice Ibn al-Atir—, sumamente supersticioso: *Le habían predicho que iba a morir de una caída de caballo y, cuando lo nombraron gobernador de Beirut, mandó que levantaran todo el empedrado de las calles por miedo a que resbalara su cabalgadura. Pero la prudencia no pone a cubierto del destino.* Durante la batalla, se le encabrita el caballo sin que nadie lo ataque y el general cae muerto en medio de sus tropas. Ya les falte suerte, imaginación o valor, las sucesivas expediciones de al-Afdal acaban todas de forma lamentable. Mientras tanto, los frany prosiguen tranquilamente la conquista de Palestina.

Tras haber tomado Haifa y Jaffa, atacan, en mayo de 1104, el puerto de Acre que, debido a su rada natural, es el único lugar en que los barcos pueden atracar tanto en verano como en invierno. *Desesperando de recibir auxilios, el gobernador egipcio pidió que les perdonaran la vida a él y a los habitantes de la ciudad* dice Ibn al-Qalanisi. Balduino les promete que nadie los importunará. Pero en cuanto los musulmanes salen de la ciudad con sus bienes, los frany se arrojan sobre ellos, los despojan de sus pertenencias y matan a muchos. Al-Afdal jura vengar esta nueva humillación. Van a enviar cada año un poderoso ejército contra los frany, pero siempre sufrirá un nuevo desastre. La ocasión perdida en Ramle en mayo de 1102 no volverá a presentarse.

También en el norte es la incuria de los emires musulmanes lo que salva a los frany del aniquilamiento. Después de la captura de Bohemundo en agosto de 1100, el principado que éste ha fundado en Antioquía permanece siete meses sin jefe,

prácticamente sin ejército, pero a ninguno de los monarcas vecinos, ni a Ridwan, ni a Kiliy Arslan, ni a Danishmend, se les ocurre aprovechar la circunstancia. Dan tiempo a que los frany elijan un regente para Antioquía, en este caso Tancredo, el sobrino de Bohemundo, que toma posesión de su feudo en marzo de 1102 y que, para afirmar bien su presencia, organiza una expedición para asolar los alrededores de Alepo igual que hiciera un año antes con los de Damasco. Ridwan reacciona con más cobardía aún que su hermano Dukak. Le hace saber a Tancredo que está dispuesto a hacer todo lo que le pida si consiente en alejarse. Más arrogante que nunca, el frany exige que coloque una inmensa cruz en el minarete de la mezquita mayor de Alepo. Ridwan cumple la orden. ¡Una humillación que, como veremos, traerá sus consecuencias!

En la primavera de 1103, Danishmend, que está al tanto de las ambiciones de Bohemundo, decide, sin embargo, dejarlo en libertad sin ninguna contrapartida política. «Le exigió cien mil dinares de rescate y la liberación de la hija de Yaghi Siyan, el antiguo señor de Antioquía, que estaba cautiva.» Estos hechos escandalizan a Ibn al-Atir.

Una vez en libertad, Bohemundo regresó a Antioquía, volviendo así a dar ánimo a su pueblo y no tardó en hacer pagar el precio de su rescate a los habitantes de las ciudades vecinas. ¡Los musulmanes recibieron así un perjuicio que les hizo olvidar los beneficios de la captura de Bohemundo!

Tras haberse resarcido de este modo a expensas de la población local, el príncipe franco emprende la tarea de acrecentar sus dominios. En la primavera de 1104, se inicia una operación conjunta de los frany de Antioquía y de Edesa contra la plaza fuerte de Harrán, que domina la vasta llanura que se extiende a orillas del Éufrates y controla, de hecho, las comunicaciones entre Irak y el norte de Siria.

La ciudad en sí no tiene gran interés. Ibn Yubayr, que la visitará unos años después, la describirá en términos especialmente desalentadores.

En Harrán, el agua nunca está fresca ya que el intenso calor de ese horno abrasa enteramente su territorio. No se encuentra aquí ningún rincón umbrío para dormir la siesta y cuesta trabajo respirar. Harrán parece abandonada en la pelada llanura. No posee el esplendor de una ciudad y sus alrededores no lucen ningún ornato de elegancia.

Pero su valor estratégico es considerable. Una vez tomada Harrán, los frany podrían avanzar en dirección a Mosul e incluso a Bagdad. A corto plazo su caída dejaría acorralado el reino de Alepo. Objetivos éstos ambiciosos en verdad, pero a los invasores no les falta audacia. Tanto más cuanto que las divisiones del mundo árabe fomentan sus empresas. Al haberse reanudado, aún más encarnizada, la sangrienta lucha entre los hermanos enemigos Barkyaruk y Muhammad, Bagdad pasa de nuevo de un sultán selyúcida a otro. En Mosul, acaba de morir el atabeg Karbuka y su sucesor, el emir turco Yekermish, no acaba de imponerse.

En la propia Harrán la situación es caótica. El gobernador ha sido asesinado por uno de sus oficiales durante una borrachera y en la ciudad reina la violencia. *En ese momento fue cuando los frany se dirigieron hacia Harrán* —explicará Ibn al-Atir—. Yekermish, el nuevo señor de Mosul, y su vecino Sokman, antiguo gobernador de Jerusalén, se enteran cuando están guerreando entre sí.

Sokman quería vengar a un sobrino suyo, al que había matado Yekermish, y se disponían a enfrentarse. Pero ante este nuevo hecho, se invitaron mutuamente a unir sus fuerzas para salvar la situación en Harrán, declarándose cada uno de ellos dispuesto a ofrecer su vida a Dios y a no aspirar sino a la gloria del Altísimo. Se reunieron, sellaron la alianza y se pusieron en marcha contra los frany, Sokman con siete mil jinetes turcomanos y Yekermish con tres mil.

Ambos aliados se encuentran con el enemigo a orillas del río Balij, un afluente del Éufrates, en mayo de 1104. Los musulmanes fingieron huir, dejando que los frany los persigan durante más de una hora. A continuación, a una señal de sus emires, dan media vuelta, rodean a sus perseguidores y acaban con ellos.

Bohemundo y Tancredo se habían separado del grueso de las tropas y se habían ocultado tras una colina para tomar a los musulmanes del revés. Pero cuando vieron que los suyos estaban vencidos, decidieron no moverse. Esperaron, pues, la noche y huyeron, perseguidos por los musulmanes, que mataron y capturaron a buen número de sus compañeros. Ellos escaparon pero sólo con seis jinetes.

Entre los jefes francos que participan en la batalla de Harrán está Balduino II, un primo del rey de Jerusalén que le ha sucedido al frente del condado de Edesa. Él también ha intentado huir pero, al cruzar el Balij vadeándolo, el caballo se le ha hundido en el cieno. Los soldados de Sokman lo hacen prisionero y lo conducen a la tienda de su señor, lo que provoca, según el relato de Ibn al-Atir, la envidia de sus aliados.

Los hombres de Yekermish le dijeron: «¿Qué van a pensar de nosotros si los demás se apoderan de todo el botín y nosotros nos quedamos con las manos vacías?» Y lo convencieron de que fuera a buscar al conde a la tienda de Sokman. Cuando éste volvió, se quedó muy afectado. Sus compañeros ya estaban a caballo, listos para la batalla, pero los contuvo diciendo: «La alegría que causa nuestra victoria entre los musulmanes no ha de echarse a perder por culpa de nuestra disputa. No quiero desahogar mi ira dando satisfacción al enemigo a expensas de los musulmanes.» Reunió entonces todas las armas y los pendones que les habían cogido a los frany, vistió a sus hombres con la ropa de éstos, los mandó montar en sus cabalgaduras y, a continuación, se dirigió hacia las fortalezas que estaban en manos de los frany. En cada ocasión, éstos, creyendo ver regresar a sus compañeros victoriosos, salían a su encuentro. Sokman los mataba y tomaba la fortaleza. Repitió esta estratagema en varios lugares.

La victoria de Harrán tuvo gran resonancia como atestigua el tono desusadamente entusiasta de Ibn al-Qalanisi:

Fue para los musulmanes un triunfo sin par. La moral de los frany quedó afectada, su número disminuyó y su capacidad ofensiva mermó, así como su armamento. La moral de los musulmanes se consolidó y su ardor para defender la religión se reforzó. La gente se felicitó por esta victoria y adquirió la certeza de que el éxito había abandonado a los frany.

A un frany, y no de los menos importantes, le va a desmoralizar la derrota: se trata de Bohemundo. Embarca unos meses después y nunca más se lo volverá a ver por tierras árabes.

Así pues, la batalla de Harrán ha apartado del escenario de los hechos, y esta vez definitivamente, al principal artífice de la invasión. Sobre todo, y esto es lo más importante, ha atajado para siempre el empuje de los frany hacia el este. Pero, al igual que los egipcios en 1102, los vencedores se muestran incapaces de recoger los frutos de su éxito. En vez de dirigirse juntos hacia Edesa, a dos días de marcha del campo de batalla, se separan tras su disputa. Y si la artimaña de Sokman le permite apoderarse de algunas fortalezas de menor importancia, Yekermish no tarda en dejar que lo sorprenda Tancredo, que consigue capturar a varias personas de su séquito, entre ellas a una joven princesa de rara hermosura, tan importante para el señor de Mosul que manda decir a Bohemundo y a Tancredo que está dispuesto a cambiarla por Balduino II de Edesa o a pagar por ella un rescate de quince mil dinares de oro. Tío y sobrino lo discuten y, a continuación, informan a Yekermish de que, pensándolo bien, prefieren tomar el dinero y dejar a su compañero en cautividad —cautividad que va a durar más de tres años. Se ignora qué pensó el emir tras esta respuesta tan poco caballerosa de los jefes francos. Por lo que a él se refiere, les pagará la suma convenida, recuperará a su princesa y se quedará con Balduino.

Pero la cosa no acaba ahí. Va a dar lugar a uno de los episodios más curiosos de las guerras francas.

La escena se desarrolla cuatro años después, a principios del mes de octubre de 1108, en un campo de ciruelos donde las últimas frutas oscuras están acabando de madurar. Alrededor hay colinas poco arboladas, que se van encadenando hasta el infinito. En una de ellas, se yerguen majestuosas las murallas de Tell Basher, junto a las cuales los dos ejércitos, frente a frente, ofrecen un espectáculo poco usual.

Por una parte, Tancredo de Antioquía, rodeado de mil quinientos caballeros y soldados de infantería francos que llevan unos yelmos que les cubren cabeza y nariz, y agarran con fuerza espadas, mazas o hachas afiladas. Junto a ellos están seiscientos jinetes turcos de largas trenzas, enviados por Ridwan de Alepo.

Por otra, el emir de Mosul, Yawali, con la cota de malla cubierta por una larga túnica de mangas bordadas, al frente de un ejército de dos mil hombres distribuidos en tres batallones: a la izquierda, árabes, a la derecha, turcos y, en el centro, caballeros francos entre los cuales se encuentran Balduino de Edesa y su primo Jocelin, señor de Tell Basher.

¿Podían imaginar quienes habían tomado parte en la gigantesca batalla de Antioquía que, diez años después, un gobernador de Mosul, sucesor del atabeg Karbuka, sellaría una alianza con un conde franco de Edesa y que ambos combatirían juntos, codo con codo, contra una coalición formada por un príncipe franco de Antioquía y el rey selyúcida de Alepo? ¡Decididamente, los frany no habían tardado mucho en convertirse en jugadores de pleno derecho en el pimpampum de los reyezuelos musulmanes! Los cronistas no parecen nada escandalizados. Quizá podría descubrirse en la obra de Ibn al-Atir un esbozo de sonrisa burlona, pero evocará las rencillas de los frany y sus alianzas sin cambiar de tono, exactamente igual que habla, a todo lo largo de su Historia perfecta, de los innumerables conflictos entre los príncipes musulmanes. Mientras Balduino estaba prisionero en Mosul —explica el historiador árabe—, Tancredo se había apoderado de Edesa, lo que permite suponer que no le corría prisa alguna ver a su compañero recobrar la libertad. Incluso había intrigado para que Yekermish lo retuviera junto a sí el mayor tiempo posible.

Pero, como en 1107 han derrocado a este emir, el conde ha pasado a manos del nuevo señor de Mosul, Yawali, un aventurero turco de notable inteligencia, que se ha dado cuenta en el acto del partido que podría sacarle a la disputa de los dos jefes francos. Por lo tanto, ha liberado a Balduino, le ha regalado vestiduras de gala y ha firmado con él una alianza. «Vuestro feudo de Edesa está amenazado —le ha dicho en esencia— y mi posición en Mosul no es demasiado firme. Ayudémonos mutuamente.»

En cuanto lo liberaron —contará Ibn al-Atir—, el conde Balduino, al-Comes Bardawil, fue a ver a «Tancry» a Antioquía y le pidió que le devolviera Edesa. Tancredo le ofreció treinta mil dinares, caballos, armas, vestiduras y otras muchas cosas, pero se negó a devolverle la ciudad. Y cuando Balduino, furioso, abandonó Antioquía, Tancredo intentó seguirlo para impedir que se reuniera con su aliado Yawali; hubo algunas escaramuzas entre ellos, pero después de cada combate, ¡se reunían para comer juntos y charlar!

Estos frany están locos, parece querer decir el historiador de Mosul. Y continúa:

Como no lograban solucionar este problema, intentaron que mediara el patriarca, que es para ellos una especie de imán. Éste nombró una comisión de obispos y de sacerdotes que testificaron que Bohemundo, el tío de Tancredo, antes de regresar a su país le había recomendado que devolviera Edesa a Balduino si éste regresaba del cautiverio. El señor de Antioquía aceptó el arbitraje y el conde volvió a entrar en posesión de sus dominios.

Pensando que su victoria se había debido no tanto a la buena voluntad de Tancredo cuanto a su miedo a una intervención de Yawali, Balduino ha liberado sin tardanza a todos los prisioneros musulmanes de su territorio e incluso ha llegado a ejecutar a uno de sus funcionarios cristianos que habían injuriado públicamente al Islam.

No era Tancredo el único dirigente a quien exasperaba la curiosa alianza entre el conde y el emir. El rey Ridwan escribió al señor de Antioquía para ponerlo en guardia contra las ambiciones y la perfidia de Yawali. Le dijo que ese emir quería apoderarse de Alepo y que, si lo lograba, los frany ya no podrían permanecer en Siria. El interés del rey selyúcida por la seguridad de los frany resulta bastante curioso, pero los príncipes se entienden entre sí con medias palabras, por encima de las barreras religiosas o culturales. Por tanto, se había formado una nueva coalición islámico-franca para hacer frente a la primera. De ahí que, en aquel mes de octubre de 1108, se hayan constituido estos dos ejércitos que están frente a frente junto a las murallas de Tell Basher.

Los hombres de Antioquía y de Alepo aventajan en seguida a los otros. *Yawali huyó y gran número de musulmanes buscaron refugio en Tell Basher donde Balduino y suprimo Jocelin los trataron con benevolencia; atendieron a los heridos, les dieron ropa y los devolvieron a su región.* El homenaje que rinde el historiador árabe al espíritu caballeroso de Balduino contrasta con la opinión que tienen del conde los habitantes cristianos de Edesa. Al enterarse de que a éste lo había vencido y creyéndolo, sin duda, muerto, los armenios de la ciudad piensan que ha llegado el momento de liberarse de la dominación franca. Hasta tal punto que, a su regreso, Balduino halla su capital administrada por una especie de comuna. Preocupado por

las veleidades independentistas de sus súbditos, manda detener a los principales notables, entre los que hay varios sacerdotes, y ordena que les saquen los ojos.

Bien le hubiera gustado a su aliado Yawali hacer otro tanto con los notables de Mosul que también han aprovechado su ausencia para sublevarse. Sin embargo, se ve obligado a renunciar a ello pues la derrota ha acabado de desacreditarlo. Su suerte no tiene nada de envidiable: ha perdido su feudo, su ejército, su tesoro y el sultán Muhammad ha puesto precio a su cabeza. Pero Yawali no se da por vencido. Se disfraza de mercader, llega al palacio de Ispahán y se inclina humildemente ante el trono del sultán, con la mortaja en la mano. Conmovido, Muhammad consiente en perdonarlo. Algún tiempo después, le nombra gobernador de una provincia de Persia.

En cuanto a Tancredo, la victoria de 1108 lo ha llevado al apogeo de su gloria. El principado de Antioquía se ha convertido en una potencia regional temida por todos sus vecinos, ya sean turcos, árabes, armenios o francos. El rey Ridwan ya no es sino un aterrado vasallo. ¡El sobrino de Bohemundo exige que lo llamen «gran emir»!

Sólo unas cuantas semanas después de la batalla de Tell Basher, que consagra la presencia de los frany en el norte de Siria, le llega al reino de Damasco el turno de firmar un armisticio con Jerusalén: las rentas de las tierras agrícolas situadas entre ambas capitales quedarán divididas en tres, *un tercio para los turcos, un tercio para los frany, un tercio para los campesinos* —anota Ibn al-Qalanisi—. *Se redactó un protocolo sobre esta base.* Meses después, la metrópoli siria reconoce mediante un nuevo tratado la pérdida de una zona aún más importante: hay que compartir la rica llanura de la Bekaa, situada al este del monte Líbano, con el reino de Jerusalén. De hecho, los damascenos quedan reducidos a la impotencia. Las cosechas están a merced de los frany y el comercio pasa por el puerto de Acre donde los mercaderes genoveses dictan ya la ley. Tanto en el sur de Siria como en el norte, la ocupación franca es una realidad cotidiana.

Pero los frany no se detienen ahí. En 1108 están en vísperas del más vasto movimiento de expansión territorial que han emprendido desde la caída de Jerusalén. Todas las grandes ciudades de la costa se ven amenazadas y los potentados locales ya no tienen ni fuerza ni ganas de defenderse.

La primera presa en que tienen puesta la mira es Trípoli. Ya en 1103, Saint-Gilles se ha instalado en las cercanías de la ciudad y ha mandado construir una fortaleza a la que los habitantes de la ciudad han dado en el acto su nombre. «Qalaat Saint-Gilles» se ha conservado bien y aún puede verse, en el siglo XX, en el centro de la moderna ciudad de Trípoli. Sin embargo, cuando llegan los frany, la ciudad se limita al barrio del puerto, al-Mina, en el extremo de una península cuyo acceso controla dicha fortaleza. Ninguna caravana puede entrar o salir de Trípoli sin que la intercepten los hombres de Saint-Gilles.

El cadí Fajr el-Mulk quiere a toda costa destruir la ciudadela que amenaza con estrangular su capital. Todas las noches, sus soldados prueban audaces golpes de mano para apuñalar a un guardia o dañar algún muro en construcción, pero es en septiembre de 1104 cuando se lleva a cabo la operación más espectacular. Durante una salida, en la que participa toda la guarnición de Trípoli en masa a las órdenes del cadí, perecen varios guerreros francos y se incendia un ala de la fortaleza. El propio Saint-Gilles se ve sorprendido sobre uno de los tejados en llamas. Sufre graves quemaduras y muere cinco meses después entre atroces sufrimientos. Durante la agonía, solicita ver a algunos emisarios de Fajr el-Mulk y les propone un trato: los tripolitanos están dispuestos a no volver a atacar la ciudadela si, a cambio, el jefe franco se compromete a dejar de estorbar la circulación de viajeros y mercancías. El cadí acepta.

¡Curioso acuerdo! ¿Acaso no es impedir la circulación de hombres y víveres lo que se pretende con el asedio? Y, sin embargo, da la impresión de que entre sitiadores y sitiados se han establecido relaciones casi normales. En consecuencia, el puerto de Trípoli vive un nuevo período de actividad, las caravanas van y viene tras pagar una tasa a los frany. ¡Y los notables tripolitanos cruzan las líneas enemigas provistos de salvoconductos! En realidad, ambos bandos están a la expectativa. Los frany tienen esperanzas de que llegue una flota cristiana, de Génova o de Constantinopla, que les permita asaltar la ciudad sitiada. Los tripolitanos, que no ignoran este hecho, esperan también que acuda en su auxilio un ejército musulmán. La ayuda más eficaz debería venir de Egipto. El califato fatimita es una gran potencia marítima, cuya intervención bastaría para desanimar a los frany. Pero entre el señor de Trípoli y el de El Cairo las relaciones son, una vez más, desastrosas. El padre de al-Afdal ha sido esclavo de la familia del cadí y todo hace suponer que ha mantenido unas pésimas relaciones con sus amos. El visir no ha ocultado jamás su rencor ni su deseo de humillar a Fajr quien, por su parte, preferiría entregar su ciudad a Saint-Gilles antes que poner su suerte en manos de al-Afdal. En Siria el cadí tampoco puede contar con ningún aliado. Tiene que buscar auxilio en otros lugares.

Cuando le llegan, en junio de 1104, las nuevas de la victoria de Harrán, envía en el acto un mensaje al emir Sokman para pedirle que complete su triunfo alejando a los frany de Trípoli. Para apoyar su petición, le ofrece gran cantidad de oro y se compromete a cubrir todos los gastos de la expedición. Al vencedor de Harrán le tienta la propuesta. Reuniendo un poderoso ejército se dirige hacia Siria, pero, cuando está a menos de cuatro días de marcha de Trípoli, cae fulminado por una angina de pecho. Sus tropas se dispersan, y la moral del cadí y de sus súbditos se viene abajo.

No obstante, en 1105 surge una lucecita de esperanza. Acaba de morir de tuberculosis el sultán Barkyaruk, lo que pone fin a la interminable guerra fratricida que tiene paralizado al imperio selyúcida desde el comienzo de la invasión franca. En lo sucesivo, Irak, Siria y el oeste de Persia deberían tener un solo señor, «el sultán salvador del mundo y de la religión, Muhammad Ibn Malikshah». Los tripolitanos toman al pie de la letra el título que ostenta este monarca selyúcida de veinticuatro años. Fajr el-Mulk manda al sultán mensaje tras mensaje y recibe de él promesa tras promesa. Pero no se vislumbra ningún ejército de socorro.

Mientras tanto, se refuerza el bloqueo de la ciudad. A Saint-Gilles lo ha sustituido uno de sus primos, «al-Cerdani», el conde de Cerdeña, que aumenta la presión sobre los sitiados. Los víveres llegan cada vez con mayor dificultad por vía terrestre. Los precios de los productos suben a ritmo vertiginoso: la libra de dátiles se vende a un dinar de oro, moneda que, habitualmente, cubre la subsistencia de una familia entera durante varias semanas. Muchos habitantes de la ciudad intentan emigrar hacia Tiro, Homs o Damasco. La escasez provoca traiciones. Unos notables tripolitanos van a ver un día a al-Cerdani, y para ganarse su favor, le dicen por qué medios la ciudad sigue consiguiendo algunas provisiones. Fajr el-Mulk ofrece entonces a su adversario una suma fabulosa para que le entregue a los traidores, pero el conde rehúsa, y al día siguiente por la mañana aparecen degollados los notables en el interior del campo enemigo.

A pesar de esta hazaña, la situación de Trípoli sigue deteriorándose. Los refuerzos no aparecen y circulan rumores persistentes sobre la inminente llegada de una flota franca. Como último recurso, Fajr el-Mulk decide ir personalmente a defender su causa a Bagdad ante el sultán Muhammad y el califa al-Mustazhir-billah. Uno de sus primos queda encargado, durante su ausencia, de gobernar interinamente y las tropas cobran seis meses de sueldo por adelantado. Se ha preparado una importante escolta de quinientos soldados de caballería e infantería con numerosos servidores, que

llevan regalos de todas clases: espadas cinceladas, caballos de pura sangre, túnicas de gala bordadas, así como objetos de orfebrería, la especialidad de Trípoli. Es, pues, hacia finales de marzo de 1108 cuando abandona la ciudad con su larga comitiva. *Salió de Trípoli por vía terrestre*, precisa sin ambigüedad alguna Ibn al-Qalanisi, el único cronista que vivió estos acontecimientos, dando a entender que, al parecer, los frany han consentido en que el cadí cruce sus líneas ¡para ir a predicar la guerra santa contra ellos! Dadas las curiosas relaciones que existen entre sitiadores y sitiados, no puede excluirse tal posibilidad. Pero parece más plausible que el cadí llegara a Beirut en barco y que sólo entonces siguiera camino por tierra.

Sea como fuere, Fajr el-Mulk se detiene primero en Damasco. El señor de Trípoli sentía marcada aversión por Dukak, pero el incapaz rey selyúcida había muerto, sin duda envenenado, algún tiempo antes, y, desde entonces, la ciudad estaba en mano de su tutor, el atabeg Toghtekin, un antiguo esclavo cojo cuyas ambiguas relaciones con los frany van a dominar el escenario político sirio durante más de veinte años. Ambicioso, astuto, sin escrúpulos, este militar turco es, como el propio Fajr el-Mulk, hombre maduro y realista. Rompiendo con el comportamiento vengativo de Dukak, dispensa un caluroso recibimiento al señor de Trípoli, organiza un gran banquete en su honor e incluso lo invita a su baño privado. El cadí agradece estas atenciones pero prefiere alojarse fuera de los muros; ¡la confianza tiene sus límites!

En Bagdad, la recepción es aún más suntuosa. Tratan al cadí como a un poderoso monarca, tan grande es el prestigio de Trípoli en el mundo musulmán. El sultán Muhammad le manda su propia barca para cruzar el Tigris. Los responsables del protocolo llevan al señor de Trípoli a un salón flotante en cuyo extremo han colocado el gran almohadón bordado sobre el que se sienta habitualmente el sultán. Fajr el-Mulk se acomoda al lado, en lugar de los visitantes, pero los dignatarios se abalanzan hacia él y lo toman por ambos brazos: el monarca ha insistido personalmente en que su huésped tome asiento en su propio almohadón. Reciben al cadí de palacio en palacio y el sultán, el califa y sus colaboradores lo interrogan acerca del asedio de la ciudad mientras todo Bagdad liaba su coraje en el yihad contra los frany.

Pero cuando llegan a las cuestiones políticas y Fajr el-dulk le pide a Muhammad que envíe un ejército para levantar el cerco de Trípoli, *el sultán —cuenta maliciosamente Ibn al-Qalanisi— ordenó a algunos de los principales emires que partieran con Fajr el-Mulk para ayudarlo a rechazar a quienes sitiaban su ciudad; al cuerpo expedicionario le encomendó que se detuviera algún tiempo en Mosul para quitársela de las manos a Yawali y que, una vez hecho esto, fuera a Trípoli.*

Fajr el-Mulk se queda aterrado. La situación está tan enmarañada en Mosul que harían falta años para arreglarla. Pero, sobre todo, la ciudad está situada al norte de Bagdad mientras que Trípoli se encuentra completamente al oeste. Si el ejército da tal rodeo nunca llegará a tiempo de salvar su capital. Ésta puede caer de un día a otro —insiste—. Pero el sultán no quiere atender a razones. Los intereses del imperio selyúcida exigen que se dé prioridad al problema de Mosul. Por más intentos que hace el cadí, tales como comprar a precio de oro a algunos consejeros del monarca, no consigue nada: el ejército irá primero a Mosul. Cuando, al cabo de cuatro meses, Fajr el-Mulk emprende el camino de regreso, lo hace sin ceremonial alguno. Ya está convencido de que no podrá conservar su ciudad. Lo que no sabe aún es que ya la ha perdido.

Nada más llegar a Damasco, en agosto de 1108, le dan la triste noticia. Desmoralizados por su ausencia excesivamente prolongada, los notables de Trípoli han decidido confiar la ciudad al señor de Egipto quien ha prometido defenderla contra los frany. Al-Afdal ha enviado barcos de víveres y también un gobernador, que se ha hecho cargo de los asuntos de la ciudad y cuya primera misión consiste en

apoderarse de la familia de Fajr el- Mulk, de sus partidarios, de su tesoro, de sus muebles y de sus efectos personales y enviarlo todo por barco a Egipto.

Mientras el visir se ensaña de este modo con el infortunado cadí, los frany preparan el asalto final contra Trípoli. Sus jefes han ido llegando uno tras otro ante los muros de la ciudad sitiada. Está el rey Balduino de Jerusalén, el señor de todos ellos; está Balduino de Edesa y Tancredo de Antioquía que se han reconciliado para esta ocasión.

También hay dos miembros de la familia Saint-Gilles, al-Cerdani y el propio hijo del difunto conde, a quien los cronistas llaman Ibn Saint-Gilles, que acaba de llegar de su país con decenas de barcos genoveses. Ambos codician Trípoli, pero el rey de Jerusalén los obligará a acallar sus discusiones. E Ibn Saint-Gilles esperará a que acabe la batalla para mandar asesinar a su rival.

En marzo de 1109 todo parece dispuesto para un ataque concertado por tierra y mar. Los tripolitanos observan estos preparativos con pavor, pero no pierden la esperanza. ¿Acaso no les ha prometido al-Afdal enviarles una flota más poderosa que cuantas habían visto hasta entonces, con suficientes víveres, combatientes y material bélico para resistir un año?

Los tripolitanos no dudan de que los barcos genoveses huirán en cuanto se aviste la flota fatimita. ¡Pero eso será si llega a tiempo!

A principios del verano —dice Ibn al-Qalanisi—, *los frany empezaron a atacar Trípoli con todas sus fuerzas, empujando las torres móviles hacia las murallas. Cuando los habitantes de la ciudad vieron cuan violentos eran los asaltos que habían de afrontar perdieron el valor, pues se dieron cuenta de que estaban perdidos sin remedio. Los víveres se habían agotado y la flota egipcia tardaba en llegar. Los vientos seguían siendo contrarios de acuerdo con la voluntad de Dios, que decide el cumplimiento de las cosas. Los frany redoblaron sus esfuerzos y tomaron la ciudad en reñida lucha, el 12 de julio de 1109. Tras dos mil días de resistencia, los guerreros de Occidente saquearon la ciudad de la orfebrería y las bibliotecas, de los marinos intrépidos y de los cadíes cultos. Los cien mil volúmenes de Dar-em-Ilm son pasto del saqueo y de las llamas para que los libros «impíos» queden destruidos. Según el cronista de Damasco, los frany decidieron que un tercio de la ciudad sería para los genoveses y los otros dos para el hijo de Saint-Gilles. Dejaron aparte para el rey Balduino cuanto se le antojó. De hecho, a la mayoría de los habitantes los vendieron como esclavos, a los demás los despojaron de sus bienes y los expulsaron. Muchos irán hacia el puerto de Tiro. Fajr el-Mulk acabará sus días en los alrededores de Damasco.*

¿Y la flota egipcia? Llegó a Tiro ocho días después de la caída de Trípoli —relata Ibn al-Qalanisi—, cuando todo había concluido, a causa del castigo divino que había caído sobre sus habitantes.

La segunda presa que han elegido los frany es Beirut. Adosada a la montaña libanesa, la ciudad está rodeada de pinares, sobre todo en los arrabales de Mazraat-al-Arab y Ras-el-Nabeh donde los invasores van a encontrar la madera necesaria para la construcción de sus máquinas de asedio. Beirut dista mucho del esplendor de Trípoli y sus modestas villas difícilmente pueden compararse con los palacios romanos cuyos vestigios de mármol están esparcidos por el suelo de la antigua Berytus. Sin embargo, es una ciudad relativamente próspera gracias a su puerto, situado en la cornisa donde, según la tradición, San Jorge venció al dragón. Codiciada por los damascenos, gobernada con desidia por los egipcios, al final se enfrentaría a los frany, a partir de 1110, con sus propios medios. Sus cinco mil habitantes van a luchar con la energía de la desesperación, destruyendo una tras otra las torres de madera de

los sitiadores. *¡Ni antes ni después vieron los frany batalla más ruda que ésta!*, exclama Ibn al-Qalanisi. Eso es algo que los invasores no perdonarán. Una vez tomada la ciudad, el 13 de mayo, se entregan a una ciega matanza; para que sirviera de escarmiento.

El escarmiento sirvió. El verano siguiente, *cierto rey franco* —¿puede reprochársele al cronista de Damasco que no haya reconocido a Sigurd, soberano de la lejana Noruega?— *llegó por mar con más de sesenta navíos cargados de combatientes para cumplir con la peregrinación y llevar la guerra a la región del Islam. Cuando se dirigía a Jerusalén, salió a su encuentro Balduino y ambos pusieron cerco, por tierra y mar, al puerto de Saida*, la antigua Sidón de los fenicios. Su muralla, derruida y vuelta a construir más de una vez a lo largo de la historia, sigue siendo impresionante todavía hoy, con sus enormes bloques de piedra golpeados sin tregua por el Mediterráneo. Pero sus habitantes, que habían dado prueba de gran valor al principio de la invasión franca, ya no tienen ánimo de luchar, pues, según Ibn al-Qalanisi, *temían correr la misma suerte que Beirut. Enviaron, pues, a su cadí, junto con una delegación de notables, a ver a los frany para pedirle a Balduino que les perdonara la vida. Éste accedió a su petición*. La ciudad capituló el 4 de diciembre de 1110. Esta vez no habrá matanza sino un éxodo masivo hacia Tiro y Damasco, que ya rebosan de refugiados.

En el espacio de diecisiete meses han tomado y saqueado Trípoli, Beirut y Saida, tres de las ciudades más famosas del mundo árabe, han asesinado o deportado a sus habitantes, han matado u obligado a exiliarse a sus emires, cadíes y hombres de leyes, han profanado sus mezquitas. ¿Qué fuerza puede impedir a los frany que, dentro de nada, estén en Tiro, en Alepo, en Damasco, en El Cairo, en Mosul o —¿por qué no?— en Bagdad? ¿Existe aún la voluntad de resistir? Entre los dirigentes musulmanes, seguro que no. Pero, entre la población de las ciudades más amenazadas, la guerra santa que libran sin tregua, a lo largo de los últimos trece años, los peregrinos combatientes de Occidente, empieza a surtir efecto: el yihad, que desde hacía mucho tiempo no era más que una consigna que servía para adornar los discursos oficiales, vuelve a hacer su aparición. De nuevo lo preconizan algunos grupos de refugiados, algunos poetas y algunos religiosos.

Precisamente uno de ellos, Abdu-Fadl Ibn al-Jashab, un cadí de Alepo de pequeña estatura pero de poderosa voz, es quien, con su tesón y su fortaleza de carácter, se decide a despertar al gigante dormido en que se ha convertido el mundo árabe. Su primer acto popular consiste en repetir, doce años después, el escándalo que antaño había provocado al-Harawi en las calles de Bagdad. En esta ocasión, va a haber un auténtico motín.

Capítulo 5

Un resistente con turbante

El viernes 17 de febrero de 1111, el cadí Ibn al-Jashab irrumpe en la mezquita del sultán, en Bagdad, en compañía de un nutrido grupo de ciudadanos de Alepo entre los que se encuentra un jerife hachemita descendiente del Profeta, ascetas sufíes, imanes y mercaderes.

Obligaron al predicador a bajar del púlpito, que destrozaron —dice Ibn al-Qalanisi— y se pusieron a gritar y a llorar por las desgracias que padecía el Islam por culpa de los frany que mataban a los hombres y esclavizaban a las mujeres y a los niños. Como impedían orar a los creyentes, los responsables que estaban allí les hicieron, para calmarlos, promesas en nombre del sultán: enviarían ejércitos para defender el Islam de los frany y de todos los infieles.

Pero estas buenas palabras no bastan para calmar a los sublevados. El viernes siguiente vuelven a manifestarse del mismo modo, esta vez en la mezquita del califa. Cuando los guardias intentan cortarles el paso, los derriban brutalmente, destrozan el púlpito de madera decorado con arabescos y versículos coránicos y profieren insultos contra el propio príncipe de los creyentes. Bagdad está sumida en la mayor confusión.

En el mismo momento —relata el cronista de Damasco con tono fingidamente ingenuo—, la princesa, hermana del sultán Muhammad y esposa del califa, llegaba a Bagdad procedente de Ispahán, acompañada de un magnífico séquito: piedras preciosas, suntuosos ropajes, arreos y animales de tiro de todas clases, servidores, esclavos de ambos sexos, doncellas y tantas otras cosas que no podían valorarse ni enumerarse. Su llegada coincidió con las escenas antes descritas que perturbaron la alegría del regreso y pusieron en peligro la seguridad de la princesa. El califa al-Mustazhir-billah se mostró muy disgustado. Quiso perseguir a los autores del incidente para infligirles un severo castigo. Pero el sultán se lo impidió, disculpó la acción y ordenó a los emires y a los jefes militares que volvieran a sus provincias para apercebirse para el yihad contra los infieles enemigos de Dios.

Si el bondadoso al-Mustazhir se ha enfadado tanto no ha sido sólo por el disgusto que le han dado a su joven esposa, sino por esa terrible consigna que se ha coreado por las calles de su capital: «¡El rey de los rum es más musulmán que el príncipe de los creyentes!» Pues sabe que no se trata de una acusación gratuita, sino que los manifestantes, guiados por Ibn al-Jashab, han aludido al mensaje que, días antes, ha llegado al diván del califa. Provenía del emperador Alejo Comneno e instaba a los musulmanes a unirse a los rum *para luchar contra los frany y expulsarlos de nuestras tierras*.

Paradójicamente, si el poderoso señor de Constantinopla y el pequeño cadí de Alepo realizan de común acuerdo sus gestiones en Bagdad es porque a ambos los ha humillado Tancredo. En efecto, el «gran emir» franco ha despachado con insolencia a

unos embajadores bizantinos que han ido a recordarle que los caballeros de Occidente habían jurado devolver Antioquía al *basileus* y que, trece años después de la caída de la ciudad, aún no han cumplido su promesa. En cuanto a los de Alepo, Tancredo les ha impuesto últimamente un tratado especialmente deshonroso: habrán de pagarle un tributo anual de veinte mil dinares, entregarle dos importantes fortalezas muy próximas a Alepo y regalarle, en señal de vasallaje, sus diez mejores caballos. El rey Ridwan, siempre tan timorato, no se ha atrevido a negarse. Pero, desde que se han hecho públicos los términos del tratado, la capital está soliviantada.

En las horas críticas de su historia, los ciudadanos de Alepo tienen, desde siempre, la costumbre de hacer corrillos para tratar con animación de los peligros que los acechan. Los notables se reúnen con frecuencia en la mezquita mayor, sentados en las alfombras rojas o en el patio, a la sombra del minarete, que domina las casas de color ocre de la ciudad. Los comerciantes se ven durante el día a lo largo de la antigua avenida de columnatas, construida por los romanos, que cruza Alepo de oeste a este, desde la puerta de Antioquía hasta el barrio prohibido de la Alcazaba donde reside el tenebroso Ridwan. Esta arteria central lleva mucho tiempo cerrada a la circulación de carros y comitivas. La calzada la invaden centenares de puestos en los que se amontonan telas, ámbar o baratijas, dátiles, pistachos o condimentos. Para resguardar a los transeúntes del sol y de la lluvia, la avenida y las calles próximas están enteramente cubiertas por un techo de madera, que forma, en las encrucijadas, altas cúpulas de estuco. En la esquina de las avenidas, sobre todo las que llevan a los zocos de los fabricantes de esteras, de los herreros y de los vendedores de leña, los ciudadanos de Alepo conversan ante los numerosos figones que, en medio de un persistente olor a aceite hirviendo, a carne a la parrilla y a especias, ofrecen comidas a precios módicos: albóndigas de cordero, buñuelos, lentejas. Las familias modestas compran los platos preparados en el zoco; sólo los ricos se permiten el lujo de guisar en sus casas. No lejos de los figones se oye el tintineo característico de los vendedores de «sharab», esas bebidas frescas de fruta concentrada que los frany aprenderán de los árabes en su forma líquida, «jarabe», o helada, «sorbetes».

Por la tarde, las personas de toda condición se reúnen en los baños, privilegiados lugares de encuentro en los que se purifican antes de la oración de la puesta del sol. Luego, al caer la noche, los vecinos dejan desierto el centro de Alepo para recogerse en los barrios, fuera del alcance de los soldados borrachos. También allí circulan las noticias y los rumores, en boca de mujeres y hombres, y las ideas se abren camino. La furia, el entusiasmo o el desánimo trastornan a diario a esta colmena que lleva tres milenios zumbando de este modo.

Ibn al-Jashab es el hombre a quien más se escucha en los barrios de Alepo. Desciende de una familia de ricos comerciantes de madera y desempeña un papel primordial en la administración de la ciudad. Como cadí chiita goza de gran autoridad religiosa y moral y asume el cargo de mediador en los litigios relativos a las personas y los bienes de su comunidad, la más importante de Alepo. Además, es rais, o dicho de otra manera, jefe de la ciudad, lo que lo convierte a la vez en preboste de los comerciantes, representante de los intereses de la población ante el rey y comandante de la milicia urbana.

Pero la actividad de Ibn al-Jashab rebasa el marco, ya amplio, de sus funciones oficiales. Rodeado de numerosa «clientela», es el promotor, desde la llegada de los frany, de una corriente de opinión patriótica y pietista que reclama una actitud más firme frente a los invasores. No teme decirle al rey Ridwan lo que piensa de su política conciliadora e incluso servil. Cuando Tancredo impuso al monarca selyúcida la colocación de una cruz en el minarete de la mezquita mayor, el cadí organizó un motín consiguiendo que el crucifijo se trasladase a la catedral de Santa Elena. Ridwan evita,

desde entonces, entrar en conflicto con el irascible cadí. Encerrado en la alcazaba, entre su harén, su guardia, su mezquita, su manantial y su hipódromo verde, el rey turco prefiere no herir las susceptibilidades de sus súbditos. Mientras no se discuta su autoridad, tolera la opinión pública.

Sin embargo, en 1111, Ibn al-Jashab se ha personado en la alcazaba para hacerle presente una vez más a Ridwan el gran descontento de los ciudadanos. Los creyentes —le explica— se escandalizan de tener que pagar un tributo a los infieles instalados en territorio del Islam y los mercaderes ven cómo decae su comercio desde que el insoportable príncipe de Antioquía controla la totalidad de los caminos que llevan de Alepo al Mediterráneo y grava a las caravanas. Puesto que la ciudad ya no puede defenderse por sus propios medios, el cadí propone que una delegación, que agrupe a notables chiitas y sunníes, comerciantes y religiosos, vaya a pedir a Bagdad la ayuda del sultán Muhammad. A Ridwan no le apetece en absoluto mezclar a su primo selyúcida en los asuntos de su reino; sigue prefiriendo entenderse con Tancredo, pero, dada la inutilidad de las misiones enviadas a la capital abasida, piensa que no corre el menor riesgo si accede a la petición de sus súbditos.

Sin embargo se equivoca, ya que, en contra de lo que se esperaba, las manifestaciones de febrero de 1111 en Bagdad producen el efecto pretendido por Ibn al-Jashab. Al sultán, que acaba de enterarse de la caída de Saida y del tratado impuesto a los de Alepo, empiezan a preocuparle las ambiciones de los frany. Accediendo a las súplicas de Ibn al-Jashab, ordena al más reciente gobernador de Mosul, el emir Mawdud, que marche sin tardanza a la cabeza de un poderoso ejército y ayude a Alepo. Cuando, a su regreso, Ibn al-Jashab informa a Ridwan del éxito de su misión, el rey, mientras reza para que no ocurra nada, finge alegrarse. Le hace incluso saber a su primo que está ansioso por participar en el yihad a su lado. Pero cuando le anuncian, en julio, que las tropas del sultán se aproximan realmente a la ciudad, no oculta su desasosiego. Manda atrancar todas las puertas, detiene a Ibn al-Jashab y a sus partidarios y los encierra en el calabozo de la alcazaba. A los soldados turcos les encarga que patrullen día y noche por los barrios de la ciudad para impedir cualquier contacto entre la población y «el enemigo». Los acontecimientos posteriores van a justificar, en parte, su súbito cambio de opinión. Privadas del avituallamiento que el rey hubiera debido proporcionarles, las tropas del sultán se vengán saqueando salvajemente los alrededores de Alepo. Luego, por culpa de las disensiones entre Mawdud y los demás emires, el ejército se deshace sin haber librado batalla alguna.

Mawdud regresa a Siria dos años después, con el encargo del sultán de reunir a todos los príncipes musulmanes, excepto a Ridwan, contra los frany. Como tiene prohibido ir a Alepo, es en la otra gran ciudad, Damasco, donde instala, lógicamente, su cuartel general para preparar una ofensiva de envergadura contra el reino de Jerusalén. Su anfitrión, el atabeg Toghtekin, finge que está encantado del honor que le dispensa el delegado del sultán, pero se siente tan aterrado como Ridwan. Teme que Mawdud intente apoderarse de su capital e interpreta cualquier gesto del emir como una amenaza para el futuro.

El 2 de octubre de 1113 —nos dice el cronista de Damasco—, el emir Mawdud abandona su campamento situado junto a la puerta de Hierro, una de las ocho entradas de la ciudad, para ir, como todos los días, a la mezquita omeya en compañía del atabeg cojo.

Quando hubo acabado la oración y Mawdud hubo hecho además algunas otras devociones, se fueron ambos; Toghtekin caminaba delante para honrar al emir. Estaban rodeados de soldados, de guardias y de milicianos que llevaban

toda clase de armas; los sables afilados, las espadas puntiagudas, las cimitarras y los puñales desenvainados parecían una espesa maleza. En torno, se apiñaba la muchedumbre para admirar su pompa y magnificencia. Cuando llegaron al patio de la mezquita, un hombre salió de entre la muchedumbre y se acercó al emir Mawdud como para rogar a Dios por él y pedirle una limosna. De repente, lo cogió por el cinturón del manto y lo apuñaló dos veces por encima del ombligo. El atabeg Toghtekin retrocedió unos pasos y sus compañeros lo rodearon. En cuanto a Mawdud, muy dueño de sí, fue andando hasta la puerta norte de la mezquita y luego se derrumbó. Mandaron acudir a un cirujano que logró coser parte de las heridas, pero el emir murió al cabo de unas horas, ¡Dios tenga misericordia de él!

¿Quién mató al gobernador de Mosul la víspera de su ofensiva contra los frany? Toghtekin se apresuró a acusar a Ridwan y a sus amigos de la secta de los asesinos. Pero, para la mayoría de los contemporáneos, el único que pudo armar el brazo del homicida fue el señor de Damasco. Según Ibn al-Atir, el rey Balduino, escandalizado por este crimen, envió a Toghtekin un mensaje especialmente despectivo: *¡Una nación —le dice— que mata a su jefe en la casa de su dios se merece que la aniquilen!* En cuanto al sultán Muhammad, grita de rabia cuando le comunican la muerte de su lugarteniente. Sintiendo personalmente insultado por este crimen, decide meter definitivamente en cintura a todos los dirigentes sirios, tanto a los de Alepo como a los de Damasco; forma un ejército de varias decenas de miles de soldados bajo el mando de los mejores oficiales del clan selyúcida y ordena tajantemente a todos los príncipes musulmanes que acudan a unirse a él para cumplir con el deber sagrado del yihad contra los frany.

Cuando la poderosa expedición del sultán llega a Siria central en la primavera de 1115, la espera una gran sorpresa. Balduino de Jerusalén y Toghtekin de Damasco están allí, codo con codo, rodeados de sus tropas, así como de las de Antioquía, Alepo y Trípoli. Los príncipes de Siria, tanto los musulmanes como los francos, sintiendo amenazados por igual por el sultán, han decidido coaligarse y el ejército selyúcida tendrá que realizar una afrentosa retirada al cabo de unos meses. Muhammad jura entonces que nunca más se ocupará del problema franco y cumplirá su palabra.

Mientras los príncipes musulmanes dan nuevas pruebas de su total irresponsabilidad, dos ciudades árabes van a demostrar, con unos meses de intervalo, que aún es posible resistirse a la ocupación extranjera. Tras la rendición de Saida en diciembre de 1110, los frany son los dueños de todo el litoral, el «sahel», desde Sinaí hasta el «país del hijo del armenio», al norte de Antioquía. Exceptuando, sin embargo, dos enclaves costeros: Ascalón y Tiro. Alentado por sus sucesivas victorias, Balduino se propone, por tanto, darles su merecido sin dilación. La región de Ascalón es célebre por el cultivo de sus cebollas rojizas, llamadas «ascalonias», una palabra que dio lugar a «escalofña». Pero su importancia es, ante todo, militar pues constituye el punto de reunión de las tropas egipcias cada vez que proyectan una expedición contra el reino de Jerusalén.

A partir de 1111, Balduino desfila con sus tropas ante los muros de la ciudad. El gobernador fatimita de Ascalón, Shams al-Jilafa, «Sol del Califato», *más proclive al comercio que a la guerra* —comenta Ibn al-Qalanisi— se asusta inmediatamente ante la demostración de fuerza de los occidentales. Sin esbozar ni un gesto de resistencia, accede a pagarles un tributo de siete mil dinares. La población palestina de la ciudad, que se siente humillada por esta capitulación inesperada, envía emisarios a El Cairo para pedir la destitución del gobernador. Al enterarse, y temiendo que el visir al-Afdal quiera castigarlo por su cobardía, Shams al-Jilafa intenta evitarlo expulsando a los

funcionarios egipcios y poniéndose decididamente bajo la protección de los frany. Balduino le envía trescientos hombres, que se hacen cargo de la alcazaba de Ascalón.

Los habitantes se escandalizan, pero no se desaniman. Se celebran reuniones secretas en las mezquitas, se trazan planes, hasta un día de julio de 1111 en que, cuando Shams al-Jilafa sale a caballo de su residencia, lo ataca un grupo de conjurados y lo acribilla a puñaladas. Es la señal de la rebelión. Ciudadanos armados, a los que se han unido soldados beréberes que pertenecen a la guardia del gobernador, se lanzan al asalto de la alcazaba. Los guerreas francos están acorralados en las torres y a lo largo de las murallas. Ninguno de los trescientos hombres de Balduino conseguirá salvarse. La ciudad seguirá libre del dominio de los frany durante más de cuarenta años.

Para vengarse de la humillación que los resistentes de Ascalón acaban de infligirle, Balduino se vuelve contra Tiro, la antigua ciudad fenicia de la que había salido, para difundir el alfabeto por el Mediterráneo, el príncipe Cadmos, el propio hermano de Europa que iba a dar su nombre al continente de los frany. La imponente muralla de Tiro recuerda aún su gloriosa historia. El mar rodea la ciudad por tres de sus costados; sólo una estrecha cornisa construida por Alejandro Magno la une a tierra firme. Famosa por lo inexpugnable, en 1111 alberga a gran número de refugiados de los territorios recientemente ocupados. Éstos van a desempeñar un papel importantísimo en la defensa, como refiere Ibn al-Qalanisi, cuyo relato se basa claramente en testimonios de primera mano.

Los frany habían levantado una torre móvil a la que habían fijado un ariete de gran eficacia. Los muros se tambalearon, una parte de las piedras saltó por los aires hecha añicos y los sitiados estuvieron al borde del desastre. Fue entonces cuando un marinero oriundo de Trípoli, que tenía conocimientos de metalurgia y experiencia en lo relativo a la guerra, comenzó a fabricar unos garfios de hierro destinados a engancharse al ariete por la cabeza y los costados por medio de cuerdas que sujetaban los defensores. Éstos tiraban con tal vigor que la torre de madera se desequilibraba. En varias ocasiones, tuvieron los frany que romper su propio ariete para evitar que la torre se viniera abajo.

Los asaltantes reiteran sus intentos y consiguen arrimar su torre móvil a la muralla y a las fortificaciones, que empiezan a golpear con un nuevo ariete de sesenta codos de largo cuya cabeza está hecha con una pieza de fundición que pesa más de veinte libras. Pero el marinero tripolitano no cesa.

Con ayuda de unas cuantas vigas hábilmente instaladas —prosigue el cronista de Damasco—, izó tinajas llenas de basuras e inmundicias que arrojaron sobre los frany. Asfixiados por los olores que los envolvían, éstos ya no lograban manejar el ariete. El marinero cogió entonces sacaderas y cuévanos que llenó de aceite, de asfalto, de leña, de resina y de corteza de juncos. Tras haberles prendido fuego, los lanzó sobre la torre franca. En la parte superior de ésta, comenzó un incendio y, cuando los frany estaban entregados a la tarea de apagarlo con vinagre y agua, el tripolitano se apresuró a arrojarles otras sacaderas llenas de aceite hirviendo para avivar las llamas. El fuego abrasó toda la parte alta de la torre y fue invadiendo poco a poco todos los pisos, propagándose por toda la madera de la obra.

Incapaces de apagar el incendio, los asaltantes acaban por evacuar la torre y huir, de lo cual se aprovechan los defensores para efectuar una salida y apoderarse de gran cantidad de armas abandonadas.

Al ver esto —concluye triunfalmente Ibn al-Qalanisi—, los frany se desanimaron y se batieron en retirada tras haber prendido fuego a los barracones que habían levantado en el campamento.

Estamos a 10 de abril de 1112. Después de ciento treinta y tres días de sitio, la población de Tiro acaba de infligir a los frany una estrepitosa derrota.

Tras los motines de Bagdad, la insurrección de Ascalón y la resistencia de Tiro, empieza a soplar un viento de rebelión. Hay un número creciente de árabes que odian por igual a los invasores y a la mayoría de los señores musulmanes a los que acusan de incuria e incluso de traición. En Alepo, sobre todo, esta actitud rápidamente supera el simple arrebatado de cólera. Dirigidos por el califa Ibn al-Jashab, los ciudadanos deciden tomar las riendas de su propio destino. Ellos mismos elegirán a sus dirigentes y les impondrán la política que han de seguir.

Cierto es que vendrán muchas derrotas, muchas decepciones. La expansión de los frany no ha concluido y su arrogancia no tiene límites. Pero, en lo sucesivo, vamos a asistir a la lenta formación de un mar de fondo que ha nacido en las calles de Alepo y que, poco a poco, irá invadiendo el oriente árabe y llevará un día al poder a hombres justos, valerosos, sacrificados, capaces de reconquistar el territorio perdido.

Antes de llegar a esta etapa, Alepo va a atravesar el período más errático de su larga historia. A fines de noviembre de 1113, Ibn al-Jashab se entera de que Ridwan está gravemente enfermo en su palacio de la alcazaba; reúne a sus amigos y les pide que estén dispuestos a intervenir. El 10 de diciembre, muere el rey. En cuanto se sabe la noticia, se dispersan por los barrios de la ciudad grupos de milicianos armados que ocupan los principales edificios y detienen a numerosos partidarios de Ridwan, principalmente a los adeptos de la secta de los asesinos, a los que ejecutan inmediatamente de acuerdo con el enemigo franco.

El objetivo del cadí no es apropiarse del poder para sí, sino impresionar al nuevo rey, Alp Arslan, hijo de Ridwan, para que adopte una política diferente de la de su padre. Los primeros días, este joven de dieciséis años, tan tartamudo que lo llaman «el mudo», parece aprobar la militancia de Ibn al-Jashab. Manda detener, con alegría no disimulada, a todos los colaboradores de Ridwan y ordena que les corten la cabeza en el acto. El cadí se preocupa, y recomienda al joven monarca que no hunda a la ciudad en un baño de sangre, sino que se limite a castigar a los traidores para hacer un escarmiento. Alp Arslan no se aviene a razones. Ejecuta a dos de sus hermanos, a varios militares, a cierto número de servidores y, en general, a todos aquellos cuyo aspecto no es de su agrado. Poco a poco, los habitantes van descubriendo la horrible verdad: ¡el rey está loco! La mejor fuente de que disponemos para entender este período es la crónica de un escritor y diplomático de Alepo, Kamal al-Din, redactada un siglo después de estos acontecimientos basándose en los testimonios que habían dejado los contemporáneos.

Un día —cuenta—, Alp Arslan reunió a cierto número de emires y los llevó a visitar una especie de subterráneo excavado en la alcazaba. Cuando se hallaban dentro de él, les preguntó:

—¿Qué os parecería si os cortara el cuello a todos aquí mismo?

—Somos sumisos esclavos a las órdenes de vuestra majestad —contestaron los desdichados, fingiendo tomar la amenaza por una broma.

Y así fue como se libraron de la muerte.

No tarda en hacerse el vacío en torno al joven demente. Sólo un hombre se atreve aún a acercarse a él y es su eunuco, Lulú, «Perlas». Pero también éste empieza a temer por su vida. En septiembre de 1114, aprovecha que su señor está durmiendo para matarlo e instalar en el trono a otro hijo de Ridwan, de seis años de edad.

Alepo va hundiéndose cada día más en la anarquía. Mientras en la alcazaba grupos incontrolados de esclavos y de soldados luchan entre sí, los ciudadanos armados patrullan por las calles de la ciudad para protegerse de los saqueadores. En este primer período, los frany de Antioquía no intentan aprovecharse del caos que paraliza a Alepo. Tancredo ha muerto un año antes que Ridwan y su sucesor, sire Roger, a quien Kamal al-Din llama, en su crónica, Siryal, aún no tiene suficiente seguridad en sí mismo para iniciar una acción de gran envergadura. Pero este respiro no dura mucho. A partir de 1116, Roger de Antioquía, haciéndose con el control de todos los caminos que llevan a Alepo, ocupa una tras otra las principales fortalezas que rodean la ciudad y, como no encuentra resistencia, llega incluso a cobrar una tasa por cada peregrino que va a La Meca.

En abril de 1117, muere asesinado el eunuco Lulú. Según Kamal al-Din, *los soldados de su escolta habían tramado un complot contra él. Mientras caminaba por el este de la ciudad, tensaron súbitamente los arcos gritando: «¡La liebre! ¡La liebre!» para hacerle creer que querían dar caza a ese animal. De hecho, fue al propio Lulú a quien acribillaron a flechazos.* Al desaparecer éste, el poder pasa a un nuevo esclavo que, incapaz de imponerse, le pide a Roger que acuda a ayudarlo. El caos se vuelve entonces indescriptible. Mientras que los frany se disponen a sitiar la ciudad, los militares siguen luchando por el control de la alcazaba. Por ello, Ibn al-Jashab decide actuar sin dilación, reúne a los principales notables de la ciudad y les propone un proyecto que va a tener graves consecuencias. En su calidad de ciudad fronteriza, Alepo —les explica— tiene la obligación de estar en vanguardia del yihad contra los frany y, por esa razón, debe entregar su gobierno a un emir poderoso, quizá al propio sultán, de forma tal que nunca más la gobierne un reyezuelo local que anteponga sus intereses personales a los del Islam. La propuesta del cadí se aprueba, aunque no sin reticencias, pues los habitantes de Alepo tienen gran apego a su singularidad. Se pasa, pues, revista a los principales candidatos posibles. ¿El sultán? Ya no quiere ni oír hablar de Siria. ¿Toghtekin? Es el único príncipe sirio de cierto peso, pero los de Alepo no aceptarían jamás a un damasceno. Entonces, Ibn al-Jashab pronuncia el nombre del emir turco Ilghazi, gobernador de Mardin, en Mesopotamia. Su conducta no siempre ha sido ejemplar. Dos años antes ha apoyado la alianza islámico-franca contra el sultán y es famoso por sus borracheras. *Cuando bebía vino* —nos dice Ibn al-Qalanisi—, *Ilghazi permanecía en un estado de embotamiento durante días, sin volver en sí ni siquiera para dar órdenes o instrucciones.* Pero habría que investigar mucho para dar con un militar sobrio. Y además —afirma Ibn al-Jashab—, Ilghazi es un valeroso combatiente, su familia ha gobernado durante mucho tiempo Jerusalén y su hermano Sokman ganó la batalla de Harrán contra los frany. Como la mayoría acepta al fin esta decisión, se le propone a Ilghazi que acuda y es el propio cadí quien le abre las puertas de Alepo en el verano de 1118. Lo primero que hace el emir es casarse con la hija del rey Ridwan, gesto que simboliza la unión entre la ciudad y su nuevo señor y afianza, a la vez, la legitimidad de este último. Ilghazi llama a sus tropas.

Veinte años después del comienzo de la invasión franca, la capital del norte de Siria tiene, por vez primera, un jefe ansioso por combatir. El resultado es fulminante. El sábado 28 de junio de 1119, el ejército del señor de Alepo se enfrenta con el de Antioquía en la llanura de Sarmada, a medio camino entre ambas ciudades. El jamsin, un viento seco y caliente cargado de arena, ciega a los combatientes. Kamal al-Din nos va a contar la escena:

Ilghazi hizo jurar a sus emires que lucharían valientemente, que resistirían, que no retrocederían y que darían su vida por el yihad. Luego los musulmanes se desplegaron en pequeñas oleadas y vinieron a apostarse, para pasar la noche, junto a las tropas de sire Roger. Al despuntar el alba, los frany vieron acercarse de repente los estandartes musulmanes que los rodeaban por todas partes. El cadí Ibn al-Jashab avanzó, montando en su yegua, lanza en mano, y animó a los nuestros a la batalla. Al verlo, uno de los soldados exclamó, en tono despectivo: «¿Acaso hemos venido desde nuestro país para que nos guíe un turbante?» Pero el cadí se acercó a las tropas, recorrió sus filas y les dirigió, para estimular su energía y alentar su moral, una arenga tan elocuente que los hombres lloraron de emoción y lo admiraron grandemente. Luego, cargaron por todos lados a un tiempo. Las flechas volaban como una nube de langostas.

El ejército de Antioquía queda diezmado. Al propio sire Roger lo encuentran tendido entre los cadáveres, con la cabeza abierta hasta la nariz.

El mensajero de la victoria llegó a Alepo cuando los musulmanes, todos en fila, estaban acabando la oración del mediodía en la mezquita mayor. Se oyó entonces un gran clamor por el oeste, pero ningún combatiente regresó a la ciudad antes de la oración de la tarde.

Durante días, Alepo celebra su victoria. La gente canta, bebe, mata corderos, se atropella para contemplar los estandartes de los cruzados, los yelmos y las cotas de mallas que han traído las tropas o para ver decapitar a un prisionero pobre —por los ricos se pide un rescate—. Escuchan en las plazas públicas poemas improvisados en honor de Ilghazi: *¡Después de Dios, es en ti en quien confiamos!* Los habitantes de Alepo han vivido durante años en el temor de Bohemundo, de Tancredo y, posteriormente, de Roger de Antioquía; muchos han acabado por esperar, como una fatalidad, el día en que, al igual que sus hermanos de Trípoli, se verían obligados a elegir entre la muerte y el exilio. Con la victoria de Sarmada, se sienten renacer. En todo el mundo árabe despierta entusiasmo la hazaña de Ilghazi. *Nunca se le había concedido al Islam triunfo semejante en los años pasados* —exclama Ibn al-Qalanisi.

Estas palabras tan exageradas revelan la gran desmoralización que reinaba en vísperas de la victoria de Ilghazi. La arrogancia de los frany ha alcanzado, en efecto, los límites de lo absurdo: a principios de marzo de 1118, el rey Balduino, con doscientos dieciséis soldados de a caballo y cuatrocientos de infantería, ni uno más ni uno menos, se ha lanzado a invadir... ¡Egipto! A la cabeza de sus escasas tropas, ha cruzado el Sinaí y ha ocupado sin resistencia la ciudad de Farama, llegando hasta las orillas del Nilo, *donde se baña* —especifica, burlón, Ibn al-Atir—. Habría llegado aún más lejos de no haber caído súbitamente enfermo. Lo repatrían tan aprisa como pueden hacia Palestina, pero muere por el camino, en el-Arish, al nordeste del Sinaí. A pesar de la muerte de Balduino, al-Afdal no se recuperará nunca de esta nueva

humillación. Pierde rápidamente el control de la situación y muere asesinado tres años después en una calle de El Cairo. En cuanto al rey de los frany, lo sustituirá su primo, Balduino II de Edesa.

Al llegar poco después de esta espectacular incursión por el Sinaí, la victoria de Sarmada se presenta como una revancha y, para algunos optimistas, como el principio de la reconquista. Todo el mundo espera ver a Ilghazi marchar inmediatamente sobre Antioquía, que ya no tiene ni príncipe ni ejército. Por su parte, los frany se disponen a sostener un cerco. Lo primero que deciden es desarmar a los cristianos sirios, armenios y griegos que residen en la ciudad y prohibirles que salgan de sus casas, pues temen verlos aliarse con los de Alepo. En efecto, hay tensiones muy fuertes entre los occidentales y sus correligionarios orientales que los acusan de menospreciar sus ritos y de darles sólo empleos subalternos en su propia ciudad. Pero las precauciones de los frany resultan inútiles. Ilghazi no piensa en absoluto en aprovechar su ventaja. Tumbado y totalmente borracho ya no sale de la antigua residencia de Ridwan donde se pasa la vida celebrando su victoria. A fuerza de beber licores fermentados, no tarda en darle un violento ataque de fiebre. Tardará veinte días en curarse y entonces se entera de que el ejército de Jerusalén, al mando del nuevo rey, Balduino II, acaba de llegar de Antioquía.

Minado por el alcohol, Ilghazi morirá tres años después, incapaz de sacarle partido a su éxito. Los de Alepo van a estarle agradecidos por haber apartado de su ciudad el peligro franco, pero no van a lamentar su desaparición pues ya han puesto los ojos en su sucesor, un hombre excepcional cuyo nombre corre de boca en boca: Balak. Es el propio sobrino de Ilghazi, pero es hombre de muy distinto temple. En unos cuantos meses, va a convertirse en el héroe al que adora el mundo árabe, cuyas hazañas se celebrarán en las mezquitas y en las plazas públicas.

En septiembre de 1122, Balak logra, mediante un brillante golpe de mano, apoderarse de Jocelin, quien ha sustituido a Balduino II como conde de Edesa. Según Ibn al-Atir, *lo envolvió en una piel de camello que mandó coser y, a continuación, rechazando todas las ofertas de rescate, lo encerró en una fortaleza*. He aquí, pues, tras la desaparición de Roger de Antioquía, otro estado franco que se ha quedado sin jefe. El rey de Jerusalén, preocupado, decide acudir personalmente al norte. Unos caballeros de Edesa lo llevan a visitar el lugar en que ha caído prisionero Jocelin, una zona pantanosa a orillas del Eufrates. Balduino II efectúa una breve visita de inspección y ordena que monten las tiendas para pasar la noche. Al día siguiente, se levanta muy temprano para practicar su deporte favorito, aprendido de los príncipes orientales, la cetrería, cuando, de repente, Balak y sus hombres, que se habían aproximado sin ruido, rodean el campamento. El rey de Jerusalén arroja las armas; a él también lo hacen prisionero.

Aureolado por el prestigio de estas hazañas, Balak hace, en junio de 1123, una entrada triunfal en Alepo. Repitiendo el gesto de Ilghazi, empieza por casarse con la hija de Ridwan y, luego, emprende, sin perder un momento y sin sufrir un solo revés, la reconquista sistemática de las posesiones francas que rodean la ciudad. La habilidad militar de este emir turco de cuarenta años, su espíritu de decisión, su rechazo de todo pacto con los frany, su sobriedad así como su historial de victorias sucesivas contrastan con la desconcertante mediocridad de los otros príncipes musulmanes.

Una ciudad en particular ve en él a su salvador providencial: Tiro, sitiada de nuevo por los frany a pesar de la captura de su rey. La situación de los defensores resulta mucho más delicada de lo que era durante su victoriosa resistencia, doce años antes, pues los occidentales controlan, en esta ocasión, el mar. En efecto, en la primavera de 1123, ha aparecido frente a las costas palestinas, una imponente escuadra veneciana

de más de ciento veinte navíos. Nada más llegar, ha logrado coger por sorpresa a la flota egipcia anclada en Ascalón y destruirla. En febrero de 1124, tras haber firmado un acuerdo con Jerusalén sobre el reparto del botín, los venecianos han iniciado el bloqueo del puerto de Tiro mientras el ejército franco instalaba su campamento al este de la ciudad. Así pues, las perspectivas no son buenas para los sitiados. En verdad, los tirios luchan encarnizadamente. Una noche, por ejemplo, un grupo de excelentes nadadores se desliza hasta un navío veneciano, que está de guardia a la entrada del puerto y consiguen arrastrarlo hacia la ciudad donde lo desarmar y destruyen. Pero, a pesar de tales proezas, las posibilidades de éxito son mínimas. La derrota de la armada fatimita hace imposible cualquier auxilio por vía marítima. Además, el avituallamiento de agua potable resulta difícil. Tiro —es su principal punto débil— no tiene ningún manantial dentro de sus muros. En tiempo de paz, el agua dulce llega del exterior por una canalización. En caso de guerras, la ciudad cuenta con sus aljibes y con un abundante aprovisionamiento por medio de barcas pequeñas. El rigor del bloqueo veneciano impide este recurso. Si el cerco no se afloja, al cabo de unos meses la capitulación será inevitable.

Al no esperar nada de los egipcios, sus habituales protectores, los defensores vuelven la vista hacia el héroe del momento, Balak. En ese momento el emir está sitiando una fortaleza de la región de Alepo, Manbiy, donde uno de sus vasallos se ha rebelado. Cuando le llega la llamada de los tirios, decide inmediatamente —cuenta Kamal al-Din— encomendar a uno de sus lugartenientes el asedio y acudir personalmente en ayuda de Tiro. El 6 de mayo de 1124, antes de ponerse en camino, efectúa una última ronda de inspección.

Con el casco en la cabeza y el escudo en el brazo —prosigue el cronista de Alepo—, se acercó Balak a la fortaleza de Manbiy para elegir el sitio en que dispondría los almajaneques. Mientras daba las órdenes, lo alcanzó por debajo de la clavícula izquierda una flecha procedente de las murallas. Se arrancó él mismo el dardo y, escupiendo en él con desprecio, murmuró: «¡Este golpe será mortal para todos los musulmanes!» Luego expiró.

Decía la verdad. En cuanto llega a Tiro la noticia de su muerte, los habitantes se desaniman y ya no piensan más que en negociar las condiciones de la rendición. *El 7 de julio de 1124* —cuenta Ibn al-Qalanisi—, *salieron entre dos filas de soldados, sin que los importunaran los frany. Todos los militares y los civiles salieron de la ciudad, donde no quedaron más que los lisiados. Algunos exiliados fueron a Damasco, los demás se dispersaron por la región.*

Si bien se ha podido evitar el baño de sangre, la admirable resistencia de los tirios concluye en medio de la humillación.

No serán los únicos que sufran las consecuencias de la desaparición de Balak. En Alepo el poder pasa a Tinurtash, el hijo de Ilghazi, un joven de diecinueve años *interesado sólo* —según Ibn al-Atir— *en divertirse, que se apresuró a dejar Alepo para ir a su ciudad de origen, Mardin, porque le parecía que en Siria había demasiadas guerras con los frany.* No contento con abandonar su capital, el incapaz Timurtash se apresura a dejar en libertad al rey de Jerusalén a cambio de veinte mil dinares. Le regala ropa de gala, un gorro de oro y unas botas con adornos e, incluso, le devuelve el caballo que Balak le había quitado el día de su captura, comportamiento principesco, sin duda, pero totalmente irresponsable pues, unas semanas después de su liberación, Balduino II llega a las puertas de Alepo con la firme intención de apoderarse de ella.

La defensa de la ciudad recae por completo en Ibn al-Jashab, que sólo dispone de unos cuantos cientos de hombres armados. El cadí, que ve miles de combatientes en torno a su ciudad, envía un mensajero al hijo de Ilghazi. Jugándose la vida, el emisario cruza de noche las líneas enemigas. Una vez en Mardin, se presenta en el diván del emir y le suplica insistentemente que no abandone a Alepo. Pero Timurtash, tan desvergonzado como cobarde, ordena que metan en la cárcel al mensajero cuyas quejas lo importunan.

Ibn al-Jashab vuelve entonces la mirada hacia otro salvador, al-Borsoki, un anciano militar turco que acaba de recibir el nombramiento de gobernador de Mosul. Conocido por su rectitud y su celo religioso, pero también por su habilidad política y su ambición, al-Borsoki, acepta en seguida la invitación que le envía el cadí y se pone inmediatamente en camino. Su llegada, en enero de 1125, ante la ciudad sitiada sorprende a los frany que huyen abandonando sus tiendas. Ibn al-Jashab se apresura a salir al encuentro de al-Borsoki para invitarlo a perseguirlos, pero el emir está cansado de haber cabalgado tanto y, sobre todo, está ansioso por visitar su nueva posesión. Igual que Ilghazi cinco años antes, no se atreverá a aprovechar su ventaja y dará al enemigo tiempo para recuperarse. Pero su intervención reviste una importancia considerable, ya que la unión que se efectúa en 1125 entre Alepo y Mosul va a convertirse en el núcleo de un poderoso Estado, que pronto podrá replicar con éxito a la arrogancia de los frany.

Es sabido que, gracias a su tenacidad y a su asombrosa perspicacia, Ibn al-Jashab no sólo ha salvado a su ciudad de la ocupación, sino que también ha contribuido, más que cualquier otro, a preparar el camino de los grandes dirigentes del yihad contra los invasores. Sin embargo, el cadí no verá la llegada de estos dirigentes. Un día del verano de 1125, cuando salía de la mezquita mayor de Alepo tras la oración del mediodía, se le echa encima un hombre disfrazado de asceta y le clava un puñal en el pecho. Es la venganza de los asesinos. Ibn al-Jashab había sido el adversario más encarnizado de la secta, había hecho correr a raudales la sangre de sus adeptos y nunca se había arrepentido de ello. No podía ignorar, pues, que acabaría pagando con la vida. Desde hacía un tercio de siglo, ningún enemigo de los asesinos había logrado escapar.

Esta secta, la más temible de todos los tiempos, la había creado en 1090 un hombre de vasta cultura, sensible a la poesía, de espíritu curioso y al tanto de los últimos adelantos de las ciencias. Hasan as-Sabbah había nacido hacia 1048 en la ciudad de Rayy, muy cerca del lugar en que se fundará, unos decenios después, la población de Teherán. ¿Fue, como pretende la leyenda, el compañero inseparable de juventud del poeta Umar al-Jayyam, muy aficionado también a las matemáticas y a la astronomía? No se sabe a ciencia cierta; aunque se conocen con exactitud las circunstancias que llevaron a este hombre brillante a consagrar su vida a organizar la secta.

Cuando nació Hasan, la doctrina chiita, a la que se adherirá, era dominante en el Asia musulmana. Siria pertenecía a los fatimitas de Egipto y otra dinastía, la de los boneyhidas, controlaba Persia y le decía lo que tenía que hacer al califa abasida en pleno corazón de Bagdad. Pero, durante la juventud de Hasan, la situación había cambiado por completo. Los selyúcidas, defensores de la ortodoxia sunní, se han apoderado de toda la región. El chiismo, antaño triunfante, no era por entonces sino una doctrina apenas tolerada y, a menudo, perseguida.

Hasan, que se mueve en un ambiente de religiosos persas, se rebela contra esta situación. Hacia 1071, decide ir a afincarse en Egipto, último bastión del chiismo. Pero lo que se encuentra en el país del Nilo no es nada halagüeño. El anciano califa fatimita al-Mustanzir es más fante todavía que su rival abasida; ya no se atreve a salir de

su palacio sin pedirle permiso a su visir armenio, Badr al-Yamali, padre y predecesor de al-Afdal. Hasan encuentra en El Cairo a muchos integristas religiosos que comparten sus aprensiones y desean, como él, reformar el califato chiita y vengarse de los selyúcidas.

Pronto toma forma un auténtico movimiento que tiene por jefe a Nizar, el hijo mayor del califa. Tan piadoso como valiente, el heredero fatimita no tiene deseo alguno de entregarse a los placeres de la corte ni de desempeñar el papel de marioneta en manos de un visir. Cuando muera su anciano padre, cosa que no puede tardar en suceder, ha de ocupar su puesto y, con la colaboración de Hasan y sus amigos, garantizar a los chiitas una nueva edad de oro. Se ultima un minucioso plan cuyo principal artífice es Hasan. El militante persa irá a afincarse en el corazón del imperio selyúcida para prepararle el terreno a la reconquista que Nizar no dejará de emprender cuando llegue al trono.

Hasan triunfa mucho más de lo que se podía esperar, pero con métodos muy distintos de los que imaginaba el virtuoso Nizar. En 1090 toma por sorpresa la fortaleza de Alamut, ese «nido de águila» situado en la sierra de Elburz, cerca del mar Caspio, en una zona prácticamente inexpugnable. Al disponer de este modo de un santuario inviolable, Hasan empieza a poner en pie una organización político-religiosa cuya eficacia y espíritu de disciplina no tendrán igual en la historia.

A los adeptos se los clasifica según su nivel de instrucción, de fiabilidad y de valor, desde los novicios hasta el gran maestro. Asisten a clases intensivas de adoctrinamiento así como a un entrenamiento físico. El arma favorita de Hasan para aterrar a sus enemigos es el crimen. A los miembros de la secta se los envía individualmente o, las menos veces, en pequeños equipos, con la misión de matar a determinada personalidad. Generalmente se disfrazan de mercenarios o de ascetas, transitan por la ciudad en la que ha de perpetrarse el crimen, se familiarizan con los lugares y las costumbres de sus víctimas y, luego, una vez que el plan está a punto, golpean. Pero, si bien los preparativos se desarrollan en el mayor secreto, la ejecución ha de llevarse a cabo necesariamente en público, ante la mayor cantidad posible de gente. Por eso, el lugar predilecto es la mezquita y el día preferido el viernes, por lo general a mediodía. Para Hasan, el crimen no es un simple medio de quitarse de encima a un adversario; es, ante todo, una doble lección que hay que dar en público: el castigo de la víctima y el sacrificio heroico del adepto ejecutor, llamado «fedai», es decir «comando suicida», porque casi siempre lo matan en el acto.

La serenidad con que los miembros de la secta aceptaban dejarse matar hizo creer a los contemporáneos que estaban drogados con hachís, lo que les valió el sobrenombre de «hashishiyun» o «hashashin», una palabra que se va a deformar en «asesino» y que no tardará en convertirse, en muchas lenguas, en un nombre común. La hipótesis es plausible pero, en todo lo concerniente a la secta, es difícil distinguir la realidad de la leyenda. ¿Empujaba Hasan a los adeptos a drogarse para procurarles la sensación de hallarse durante un momento en el paraíso y animarlos así al martirio? ¿Intentaba, más prosaicamente, acostumarlos a algún narcótico para tenerlos constantemente a su merced? ¿Les daba, sencillamente, un euforizante para que no flaquearan en el momento del asesinato? ¿Contaba con su fe ciega? Sea cual fuere la respuesta, sólo por el hecho de plantear tales hipótesis se está rindiendo homenaje a la excepcional capacidad de organización de Hasan.

Su éxito es, además, fulminante. El primer crimen, ejecutado en 1092, dos años después de la fundación de la secta, es, por sí solo, una epopeya. Los selyúcidas están entonces en el apogeo de su poderío. Ahora bien, el pilar de su imperio, el hombre que ha organizado durante treinta años el dominio conquistado por los guerreros turcos en un auténtico estado artífice del renacimiento del poder sunní y de

la lucha contra el chiismo, es un anciano visir cuyo nombre basta para evocar su obra: Nizam al-Mulk, el «Orden del Reino». El 14 de octubre de 1092, un adepto de Hasan le asesta una puñalada. *Cuando asesinaron a Nizam al-Mulk* —dice Ibn al-Atir—, se desintegró el Estado. De hecho, el imperio selyúcida jamás volverá a recobrar su unidad, su historia ya no estará jalonada de conquistas sino de interminables guerras de sucesión. Misión cumplida, habría podido decir Hasan a sus camaradas de Egipto. En lo sucesivo, está abierto el camino para una reconquista fatimita. Ahora le toca actuar a Nizar; pero, en El Cairo, la insurrección no prospera. Al-Afdal, que hereda el visirato de su padre en 1094, aplasta despiadadamente a los amigos de Nizar, al que empareda vivo.

Por esta razón, Hasan se encuentra ante una situación imprevista. No ha renunciado al resurgimiento del califato chiita, pero sabe que hará falta tiempo; en consecuencia, modifica su estrategia: mientras prosigue su labor de zapa contra el Islam oficial y sus representantes religiosos y políticos, se esfuerza por encontrar, a partir de ese momento, un lugar de implantación para constituir un feudo autónomo. ¿Y qué región podría ofrecer mejores perspectivas que Siria, fragmentada en esa multitud de estados minúsculos y rivales? A la secta le bastaría con introducirse allí, con enemistar a una ciudad con otra, a un emir con sus hermanos para poder sobrevivir hasta que el califato fatimita saliera de su sopor.

Hasan envía a Siria a un predicador persa, un enigmático «médico-astrólogo» que se afinca en Alepo y consigue ganar la confianza de Ridwan. Los adeptos empiezan a afluir hacia la ciudad, a predicar su doctrina, a constituir células. Para conservar la amistad del rey selyúcida, no les repugna hacerle pequeños favores, sobre todo asesinando a cierto número de sus adversarios políticos. A la muerte del «médico-astrólogo», en 1103, la secta envía inmediatamente a la corte de Ridwan a un nuevo consejero persa, Abu-Taher, el orfebre. Muy pronto, su influencia es más aplastante aún que la de su predecesor. Ridwan vive enteramente dominado por él y, según Kamal al-Din, ningún habitante de Alepo puede conseguir el menor favor del monarca o resolver un problema de administración sin pasar por uno de los innumerables sectarios infiltrados en los círculos allegados al rey.

Pero a los asesinos se los detesta precisamente porque son poderosos. Ibn al-Jashab, en particular, exige continuamente que se ponga fin a sus actividades. Les reprocha no sólo su tráfico de influencias sino también, y sobre todo, la simpatía que manifiestan por los invasores occidentales. Por paradójica que sea, esta acusación está plenamente justificada. A la llegada de los frany, a los asesinos, que apenas están empezando a implantarse en Siria, los llaman los «batiníes», «los que se adhieren a una creencia distinta de la que profesan en público»; apelación que da a entender que los adeptos sólo son musulmanes en apariencia. Los chiitas, como Ibn al-Jashab, no sienten simpatía alguna por los discípulos de Hasan a causa de su ruptura con el califato fatimita que sigue siendo, a pesar de su debilitamiento, el protector oficial de los chiitas del mundo árabe.

Detestados y perseguidos por todos los musulmanes, los asesinos se alegran, en consecuencia, de ver llegar un ejército cristiano que inflige derrota tras derrota tanto a los selyúcidas como a al-Afdal, autor de la muerte de Nizar. No cabe la menor duda de que la actitud excesivamente conciliadora de Ridwan para con los occidentales se debía, en gran parte, a los consejos de los batiníes.

A ojos de Ibn al-Jashab, la convivencia entre los asesinos y los frany equivale a una traición, por lo que actúa en consecuencia. Durante las matanzas que tienen lugar tras la muerte de Ridwan, a finales de 1113, se persigue a los batiníes de calle en calle, de casa en casa. A algunos los lincha la muchedumbre, a otros los arrojan desde lo alto de las murallas. De ese modo perecen cerca de doscientos miembros de la secta,

entre ellos Abu-Taher, el orfebre. *Sin embargo* —indica Ibn al-Qalanisi— *consiguieron escapar algunos que se refugiaron entre los frany o se dispersaron por la región.*

A pesar de que Ibn al-Jashab ha arrebatado a los asesinos su principal bastión en Siria, la asombrosa carrera de éstos no ha hecho más que empezar. La secta escarmienta con el fracaso y cambia de táctica. El nuevo enviado de Hasan en Siria, un propagandista persa llamado Bahram, decide suspender provisionalmente cualquier tipo de acción espectacular y volver a un trabajo minucioso y discreto de organización e infiltración.

Bahram —cuenta el cronista de Damasco— vivía en el mayor secreto y el mayor retiro, cambiaba de disfraz y de atavío de forma tal que deambulaba por las ciudades y las plazas fuertes sin que nadie sospechara su identidad.

Al cabo de unos años, dispone de una red lo bastante poderosa como para pensar en salir de la clandestinidad. Muy oportunamente, encuentra un excelente protector para sustituir a Ridwan.

Un día —dice Ibn al-Qalanisi—, llegó Bahram a Damasco, donde el atabeg Toghtekin lo recibió muy bien por precaución contra su maldad y la de su banda. Le dieron muestras de la mayor consideración y le garantizaron una celosa protección. El segundo personaje de la metrópoli siria, el visir Tahir al-Mazdaghani, se entendió con Bahram, aunque no pertenecía a su secta y le ayudó a tender por todas partes las trampas de su maldad.

De hecho, a pesar del fallecimiento de Hasan as-Sabbah en su guarida de Alamut en 1124, la actividad de los asesinos se ha recrudecido. El asesinato de Ibn al-Jashab no es un acto aislado. Un año antes, otro de los primeros «resistentes con turbante» caía bajo sus golpes. Todos los cronistas relatan su asesinato con solemnidad, pues el hombre que había dirigido en agosto de 1099 la primera manifestación de ira contra la invasión franca se había convertido desde entonces en una de las más altas autoridades religiosas del mundo musulmán. Anunciaron desde Irak que al cadí de los cadíes de Bagdad, esplendor del Islam, Abu-Saad al-Harawi, lo habían atacado unos batiníes en la mezquita mayor de Hamadhan. Lo mataron a puñaladas y, luego, huyeron en el acto sin dejar indicios o huellas y sin que nadie los persiguiera, pues les tenían mucho miedo. El crimen provocó una fuerte indignación en Damasco, donde al-Harawi había vivido muchos años. Sobre todo en los ambientes religiosos la actividad de los asesinos suscitó una actividad creciente. Los mejores entre los creyentes tenían el corazón en un puño, pero se abstendían de hablar pues los batiníes habían empezado a matar a quienes se le resistían y a apoyar a quienes aprobaban sus desvaríos. ¡Nadie se atrevía ya a censurarlos en público, ni emires, ni visires, ni sultanes!

Tal terror está justificado. El 26 de noviembre de 1126, al-Borsoki, el poderoso señor de Alepo y de Mosul, es víctima, a su vez, de la terrible venganza de los asesinos.

Y sin embargo —se asombra Ibn al-Qalanisi—, el emir estaba en guardia. Llevaba una cota de malla en la que no podían penetrar la punta del sable ni la hoja del puñal y se rodeaba de soldados armados hasta los dientes. Pero cuando el destino tiene que cumplirse, no se puede evitar. Al-Borsoki había ido, como solía, a la mezquita mayor de Mosul a cumplir con el precepto de los

viernes. Allí estaban los malvados, vestidos a la usanza de los sufíes, orando en un rincón sin despertar sospechas. De repente se abalanzaron sobre él y le asestaron varios golpes sin conseguir atravesar la cota de mallas. Cuando los batiníes vieron que los puñales no hacían mella en el emir, uno de ellos gritó: «¡Dadle arriba, en la cabeza!» Con los puñales le alcanzaron la garganta y lo acribillaron de heridas. Al-Borsoki murió como un mártir y a los que lo habían matado los ejecutaron.

Nunca ha sido tan seria la amenaza de los asesinos. Ya no se trata de una simple empresa de hostigamiento, sino de una auténtica lepra que carcome el mundo árabe en un momento en que necesita toda su energía para hacer frente a la ocupación franca. Además, la serie negra continúa. Unos meses después de la desaparición de al-Borsoki, su hijo, que acaba de sucederlo, muere asesinado. En Alepo, cuatro emires rivales se disputan entonces el poder y ya no está allí Ibn al-Jashab para mantener un mínimo de cohesión. En el otoño de 1127, mientras en la ciudad reina la anarquía, reaparecen los frany ante los muros. Antioquía tiene un nuevo príncipe, el joven hijo del gran Bohemundo, un gigante rubio de dieciocho años que acaba de llegar de su país para tomar posesión de la herencia familiar. Se llama como su padre y, sobre todo, tiene su mismo carácter impetuoso. Los de Alepo se apresuran a pagarle el tributo y los más derrotistas ven ya en él el futuro conquistador de su ciudad.

En Damasco, la situación no es menos dramática. El atabeg Toghtekin, que va envejeciendo y está enfermo, no ejerce ya control alguno sobre los asesinos. Éstos tienen su propia milicia armada, la administración está en sus manos y el visir al-Mazdaghani, que es totalmente partidario de ellos, mantiene estrechas relaciones con Jerusalén. Por su parte, Balduino II ya no oculta su intención de coronar su carrera tomando la metrópoli siria. Parece que lo único que impide aún a los asesinos entregar la ciudad a los frany es la presencia del anciano Toghtekin. Pero la tregua va a ser corta; a comienzos de 1128, el atabeg empieza a adelgazar rápidamente y ya no puede ni levantarse. A su cabecera, las intrigas se multiplican. Tras haber designado a su hijo Buri como sucesor, expira el 12 de febrero. Los damascenos ya están convencidos de que a caída de la ciudad es sólo cuestión de tiempo.

Evocando, un siglo después, este período crítico de la historia árabe, Ibn al-Atir escribirá, muy acertadamente:

Con la muerte de Toghtekin desaparecía el último hombre capaz de hacer frente a los frany. Éstos parecían entonces en condiciones de ocupar toda Siria. Pero Dios, en su infinita bondad, se apiadó de los musulmanes.

Tercera parte

La reacción (1128-1146)

Iba a empezar la oración cuando un hombre, un frany, se abalanzó sobre mí, me agarró y me hizo girar el rostro hacia Oriente diciéndome: «¡Así es como se reza!»

USAMA IBN MUNQIDH

cronista (1095-1188)

Capítulo 6

Los complots de Damasco

El visir al-Mazdaghani se presentó, como hacía a diario, en el pabellón de las Rosas del palacio de la Alcazaba de Damasco. Estaban allí —cuenta Ibn al-Qalanisi— todos los emires y los jefes militares. La asamblea trató diversos asuntos. El señor de la ciudad, Buri, hijo de Toghtekin, cambió impresiones con los presentes y, luego, todos se levantaron para volver a sus casas. Según la costumbre, el visir debía irse después de todos los demás. Cuando se puso en pie, Buri hizo una seña a uno de sus allegados y éste dio a al-Mazdaghani varios sablazos en la cabeza. Luego lo decapitaron y llevaron su cuerpo en dos trozos a la puerta de Hierro para que todo el mundo pudiera ver lo que hace Dios con quienes usan de engaños.

En unos minutos, la muerte del protector de los asesinos se conoce en todos los zocos de Damasco y va seguida, en el acto, de una caza del hombre. Una inmensa muchedumbre se dispersa por las calles, blandiendo sables y puñales. A todos los batiníes, a sus parientes, a sus amigos, así como a cuantos son sospechosos de simpatizar con ellos, los acosan por la ciudad, los persiguen en sus casas, los degüellan sin piedad. A sus jefes los crucificarán en las almenas de las murallas. Varios miembros de la familia de Ibn al-Qalanisi toman parte activa en la matanza. Hay motivos para pensar que el propio cronista que, en ese mes de septiembre de 1129, es un alto funcionario de cincuenta y siete años, no se mezcló con el populacho. Pero el tono de su relato revela claramente su estado de ánimo en esas horas sangrientas: *Por la mañana, las plazas estaban libres de batiníes y los perros aullaban mientras se disputaban sus cadáveres.*

Los damascenos estaban visiblemente hartos de la influencia de los asesinos en su ciudad y, más que cualquier otro, el hijo de Toghtekin, que se negaba a hacer el papel de fantoche manejado por la secta y por el visir al-Mazdaghani. Sin embargo, para Ibn al-Atir, no se trata de una simple lucha por el poder, sino de salvar a la metrópoli siria de un desastre inminente. *Al-Mazdaghani había escrito a los frany para proponerles la entrada a Damasco si accedían a darle a cambio la ciudad de Tiro. Estaba cerrado el trato. Incluso había llegado a un acuerdo sobre el día, un viernes.* En efecto, las tropas de Balduino II debían llegar de improviso ante los muros de la ciudad, cuyas puertas tenían que abrirles grupos de asesinos armados, mientras que otros comandos tenían a su cargo la custodia de las puertas de la mezquita mayor para impedir a dignatarios y militares salir en tanto los frany no hubieran ocupado la ciudad. Unos días antes de poner en ejecución este plan, Buri, que había tenido noticias de él, se había apresurado a eliminar a su visir, dando así la señal a la población para que se arrojara sobre los asesinos.

¿Hubo realmente tal complot? Se puede poner en duda, sabiendo que el propio Ibn al-Qalanisi, a pesar de su saña verbal contra los batiníes, no los acusa en ningún momento de haber querido entregar la ciudad a los frany.

Pero, a pesar de todo, el relato de Ibn al-Atir no es inverosímil. Los asesinos y su aliado al-Mazdaghani se sentían amenazados en Damasco, tanto por una hostilidad popular creciente como por las intrigas de Buri y de sus allegados. Además, sabían que los frany estaban decididos a apoderarse de la ciudad a cualquier precio. Mejor que luchar contra demasiados enemigos a la vez, es muy probable que la secta

decidiera reservarse un santuario como Tiro, desde el cual podría enviar a sus predicadores y a sus criminales hacia el Egipto fatimita, objetivo principal de los discípulos de Hasan as-Sabbah.

Los acontecimientos que siguieron parecen confirmar la tesis del complot. Los pocos batiníes que sobreviven a la matanza van a afincarse en Palestina, bajo la protección de Balduino II, a quien entregan Baniyas, una poderosa fortaleza situada al pie del monte Hermón que controla el camino de Jerusalén a Damasco. Además, unas semanas después, un potente ejército franco hace su aparición en los alrededores de la metrópoli siria. Cuenta con cerca de diez mil soldados de caballería e infantería procedentes no sólo de Palestina sino también de Antioquía, de Edesa y de Trípoli, así como con varios cientos de guerreros, recientemente llegados del país de los frany, que proclaman muy alto su intención de apoderarse de Damasco. Los más fanáticos pertenecen a la orden de los Templarios, una orden religiosa y militar fundada diez años antes en Palestina.

Al no disponer de las tropas suficientes para hacer frente a los invasores, Buri llama a toda prisa a unas cuantas bandas de nómadas turcos y a algunas tribus árabes de la región, prometiéndoles una buena retribución si lo ayudan a rechazar el ataque. El hijo de Toghtekin sabe que no podrá contar por mucho tiempo con estos mercenarios que, en seguida, desertarán para entregarse al pillaje. Su primera preocupación es, pues, entablar combate lo antes posible. Un día de noviembre, sus exploradores le informan de que varios miles de frany han ido a forrajear en la rica llanura del Ghuta. Sin dudarlo, envía a la totalidad de su ejército en persecución de aquéllos. Como los sorprenden completamente desprevenidos, rodean rápidamente a los occidentales. Algunos caballeros no tendrán ni siquiera tiempo de recuperar sus cabalgaduras.

Turcos y árabes volvieron a Damasco al final de la tarde, triunfantes, jubilosos y cargados de botín —relata Ibn al-Qalanisi—. La población se alegró, se reconfortaron los corazones y el ejército decidió ir a atacar a los frany en su campamento. Al día siguiente, al alba, partieron a toda velocidad numerosos jinetes. Al ver que se levantaba una gran humareda, pensaron que los frany estaban allí; pero, cuando se acercaron, descubrieron que los enemigos habían levantado el campo tras haber prendido fuego a sus pertrechos, pues ya no tenían animales de carga para llevarlos.

A pesar de este fracaso, Balduino II reúne a sus tropas para un nuevo ataque contra Damasco cuando, de repente, a comienzos de septiembre, cae sobre toda la región un auténtico diluvio. El terreno en que acampan los frany se ha convertido en un inmenso lago de lodo donde hombres y caballos quedan irremediabilmente encenagados. Lleno de tristeza, el rey de Jerusalén ordena la retirada.

Buri, a quien a su llegada al trono consideraban como un emir frívolo y timorato, había conseguido salvar Damasco de los dos principales peligros que la amenazaban, los frany y los asesinos. Escarmentado por su derrota, Balduino II renuncia definitivamente a cualquier nueva empresa contra la codiciada ciudad.

Pero Buri no ha acallado a todos sus enemigos. Un día, llegan a Damasco dos individuos vestidos a la turca, con caftanes y bonetes puntiagudos. Según dicen, buscan un trabajo fijo y el hijo de Toghtekin los emplea en su guardia personal. Una mañana de mayo de 1131, cuando el emir regresa de su baño a palacio, ambos hombres se abalanzan sobre él y lo hieren en el vientre. Antes de morir ejecutados, confiesan que el señor de los asesinos los ha enviado desde la fortaleza de Alamut para vengar a sus hermanos que había exterminado el hijo de Toghtekin.

Llaman junto al lecho de la víctima a numerosos médicos y en particular — especifica Ibn al-Qalanisi—, a *cirujanos especializados en el tratamiento de las heridas*. Los cuidados médicos que se encuentran a la sazón en Damasco son de los mejores del mundo. Dukak ha fundado un hospital, un «maristán»; en 1154, se construirá otro. El viajero Ibn Yubayr, que los visitará unos años después, describirá su funcionamiento:

Cada hospital tiene unos administradores que llevan los registros en los que figuran los nombres de los enfermos, los gastos necesarios para su atención y alimentos y otros muchos datos. Los médicos acuden todas las mañanas, examinan a los enfermos y ordenan que preparen medicinas y alimentos que puedan curarlos, según lo que conviene a cada cual.

Tras la visita de dichos cirujanos, Buri, que se siente mejor, insiste en volver a montar a caballo y en recibir, como a diario, a sus amigos para charlar y beber. Pero tales excesos le resultarán fatales al enfermo, cuya herida no cicatriza. Expira en junio de 1132, tras trece meses de terribles sufrimientos. Una vez más, los asesinos se han vengado.

Buri ha sido el primer artífice de la victoriosa reacción del mundo árabe contra la ocupación franca, aunque su reinado, excesivamente breve, no haya podido dejar recuerdo perdurable. Es cierto que coincidía con la aparición de una personalidad de muy distinta envergadura: el atabeg Imad al-Din Zangi, nuevo señor de Alepo y de Mosul, un hombre al que Ibn al-Atir no dudará en considerar como *el regalo de la providencia divina a los musulmanes*.

A primera vista, este oficial de barba enmarañada y negrísima apenas si se diferencia de los numerosos jefes militares turcos que lo han precedido en esta interminable guerra contra los frany. Se emborracha con frecuencia y, al igual que ellos, está dispuesto a recurrir a todas las crueldades y todas las perfidias para conseguir sus fines. A menudo, Zangi también combate con mayor saña contra los musulmanes que contra los frany. Cuando, el 18 de junio de 1128, hace una entrada solemne en Alepo, lo que de él se sabe no es nada alentador. Su principal hazaña ha consistido en reprimir, el año anterior, una rebelión del califa de Bagdad contra sus protectores selyúcidas. El bondadoso al-Mustazhir había muerto en 1118 dejando el trono a su hijo al-Mustarshid-billah, un joven de veinticinco años, pelirrojo, con la cara salpicada de pecas y los ojos azules, que tenía la ambición de restablecer la gloriosa tradición de sus primeros antepasados abasidas. El momento parecía propicio pues el sultán Muhammad acababa de desaparecer y, según la costumbre, estaba comenzando una guerra de sucesión. El joven califa había aprovechado para coger de nuevo, personalmente, las riendas de sus tropas, cosa que no había sucedido desde hacía más de dos siglos. Era orador de talento y la población de su capital se había apiñado en torno a él.

Paradójicamente, cuando el príncipe de los creyentes está rompiendo con una larga tradición de holgazanería, el sultanato va a parar a manos de un joven de catorce años cuyas únicas preocupaciones son la caza y los placeres del harén. A Mahmud, hijo de Muhamad, lo trata al-Mustarshid con condescendencia y le aconseja que regrese a Persia. En realidad, se trata de una rebelión de los árabes contra los turcos, esos militares extranjeros que los dominan desde hace tanto tiempo. Incapaz de hacer frente a tal sublevación, el sultán ha recurrido a Zangi, a la sazón gobernador del rico puerto de Basora, al fondo del golfo. Su intervención es decisiva: las tropas del califa, derrotadas cerca de Bagdad, deponen las armas y el príncipe de los creyentes se

encierra en su palacio a la espera de días mejores. Para recompensar a Zangi por su valiosa ayuda, el sultán le confía, unos meses después, el gobierno de Mosul y de Aleppo.

Ciertamente hubieran podido imaginarse hazañas más gloriosas para este futuro héroe del Islam; pero a Zangi se le va a alabar algún día, no sin razón, como el primer gran combatiente del yihad contra los frany. Antes de él, los generales turcos llegaban a Siria acompañados de tropas impacientes por entregarse al saqueo y volver a marcharse con paga y botín. El efecto de su victoria quedaba anulado rápidamente por la derrota siguiente. Desmovilizaban a las tropas para volver a movilizarlas al año siguiente. Con Zangi cambian las costumbres; durante dieciocho meses, este infatigable guerrero va a recorrer Siria e Irak, durmiendo entre paja para protegerse del barro, luchando con unos, pactando con otros, intrigando contra todos. Nunca piensa en fijar su residencia y vivir apaciblemente en uno de los numerosos palacios de sus vastas posesiones.

Su círculo de allegados se compone no de cortesanas y aduladores, sino de consejeros políticos con experiencia a los que sabe escuchar. Dispone de una red de informadores que lo tiene continuamente al corriente de lo que se está tramando en Bagdad, Ispahán, Damasco, Antioquía, Jerusalén y, también, en sus territorios, Aleppo y Mosul. A diferencia de los otros ejércitos que han tenido que combatir a los frany, el suyo no lo manda una multitud de emires autónomos dispuestos en todo momento a traicionar o a dividirse entre sí. Reina una estricta disciplina y, al menor desorden, el castigo es despiadado. Según Kamal al-Din, *los soldados del atabeg parecían caminar entre dos cuerdas para no pisar un sembrado. Una vez —contará por su parte Ibn al-Atir—, uno de los emires de Zangi que había recibido como feudo una ciudad pequeña, se había instalado en la morada de un rico comerciante judío. Éste solicitó ver al atabeg y le expuso su caso. Zangi se limitó a lanzarle una mirada al emir, que abandonó de inmediato la casa.* El señor de Aleppo es, además, tan exigente consigo mismo como con los demás. Cuando llega a una ciudad, duerme fuera de los muros, en su tienda, despreciando cuantos palacios ponen a su disposición.

Zangi era, además —según el historiador de Mosul—, muy escrupuloso en lo tocante al honor de las mujeres, sobre todo de las esposas de los soldados. Decía que, si no estaban bien vigiladas, se corromperían en seguida dadas las prolongadas ausencias de sus maridos durante las campañas.

Rigor, perseverancia, sentido del Estado, otras tantas cualidades que poseía Zangi y de las que carecían, desgraciadamente, los dirigentes del mundo árabe. Y, lo que es más importante con vistas al futuro: Zangi era muy escrupuloso con la legitimidad. En cuanto llega a Aleppo toma tres iniciativas, realiza tres gestos simbólicos. El primero se ha vuelto clásico: se casa con la hija del rey Ridwan, viuda de Ighazi y de Balak; el segundo: manda trasladar los restos de su padre a la ciudad para dar testimonio del arraigo de su familia en este territorio; el tercero fue conseguir del sultán Mahmud un documento oficial que confiriese al atabeg una autoridad indiscutible sobre el conjunto de Siria y el norte de Irak. De este modo, Zangi manifiesta claramente que no es un simple aventurero de paso, sino, más bien, el fundador de un Estado llamado a durar tras su muerte. Este elemento de cohesión, que introduce él en el mundo árabe, no dará, sin embargo, frutos hasta pasados varios años. Durante mucho tiempo aún, las disputas intestinas paralizarán a los príncipes musulmanes e incluso al propio atabeg.

Sin embargo, parece el momento propicio para organizar una amplia contraofensiva, pues la gran solidaridad que, hasta el momento, ha constituido la

fuerza de los occidentales parece seriamente comprometida. *Dicen que ha nacido la discordia entre los frany, cosa desacostumbrada en ellos* —Ibn al-Qalanisi no sale de su asombro—. *Hasta hay quien afirma que han luchado entre sí y que ha habido varios muertos*. Pero el pasmo del cronista no es nada comparado con el que siente Zangi el día que recibe un mensaje de Alicia, la hija de Balduino II, rey de Jerusalén, ¡proponiéndole una alianza contra su propio padre!

Este extraño asunto comienza en febrero de 1130, cuando el príncipe Bohemundo II de Antioquía, que ha ido a guerrear al norte, cae en una emboscada que le tiende Gazhi, el hijo del emir Danishmend que había capturado a Bohemundo I treinta años antes. Menos afortunado que su padre, Bohemundo II muere en el combate y su rubia cabeza, primorosamente embalsamada y metida en una caja de plata, se le envía de regalo al califa. Cuando llega a Antioquía la noticia de su muerte, su viuda, Alicia, organiza un auténtico golpe de Estado. Con el apoyo, según parece, de la población armenia, griega y siria de Antioquía, se hace con el control de la ciudad y se pone en contacto con Zangi. Curiosa actitud que anuncia el nacimiento de una nueva generación de frany, la segunda, que ya no tiene mucho en común con los pioneros de la invasión. De madre armenia, la joven princesa no ha conocido nunca Europa, se siente oriental y como tal actúa.

Informado de la rebelión de su hija, el rey de Jerusalén marcha inmediatamente hacia el norte a la cabeza de su ejército. Poco antes de llegar a Antioquía, encuentra por casualidad a un caballero de aspecto deslumbrante cuya cabalgadura, de un blanco inmaculado, lleva herraduras de plata y va bardado, desde las crines hasta el pecho, con una soberbia armadura cincelada. Es un regalo de Alicia a Zangi, acompañado de una carta en que la princesa pide al atabeg que acuda en su auxilio, prometiéndole reconocer su soberanía. Tras haber mandado ahorcar al mensajero, Balduino prosigue su camino hacia Antioquía, cuyas riendas vuelve a tomar rápidamente. Alicia capitula tras una resistencia simbólica en la Ciudadela. Su padre la exilia al puerto de Latakia.

Pero poco después, en agosto de 1131, muere el rey de Jerusalén. Una señal de que los tiempos cambian es que el cronista de Damasco le dedica un elogio fúnebre en debida forma. Los frany no son ya, como en los primeros tiempos de la invasión, una masa informe en la que apenas se distingue a unos cuantos jefes. La crónica de Ibn al-Qalanisi se interesa ahora por los detalles y esboza incluso un análisis.

Balduino —escribe— era un anciano al que el tiempo y los reveses habían ido puliendo. Varias veces cayó en manos de los musulmanes y se escapó gracias a excelentes artimañas. Con su desaparición, los frany perdieron a su político más avezado y a su administrador más competente. El poder real recayó tras él en el conde de Anjou, recientemente llegado de su país por vía marítima. Pero éste carecía de firmeza de juicio y de eficacia administrativa, de modo que la pérdida de Balduino sumió a los frany en el desconcierto y el desorden.

El tercer rey de Jerusalén, Foulques de Anjou, un quincuagenario pelirrojo y rechoncho que se ha casado con Melisenda, la hermana mayor de Alicia, es, efectivamente, un recién llegado. Balduino, como la gran mayoría de los príncipes francos, no ha tenido heredero varón. En razón de su higiene más que primitiva, así como de su falta de adaptación a las condiciones de la vida de Oriente, los occidentales padecen una muy elevada tasa de mortalidad infantil que afecta, en primer lugar y según una archiconocida ley natural, a los niños. Sólo con el tiempo

aprenderán a mejorar su situación utilizando regularmente el baño y recurriendo con mayor frecuencia a los servicios de los médicos árabes.

Ibn al-Qalanisi no anda descaminado cuando menosprecia las dotes políticas del heredero que ha llegado del oeste, pues durante el reinado de éste la «discordia entre los frany» va a ser mayor. Nada más tomar el poder, tiene que hacer frente a una nueva insurrección, dirigida por Alicia, y que costará bastante reprimir. Más adelante es en la propia Palestina donde se está preparando la rebelión. Un rumor persistente acusa a su mujer, la reina Melisenda, de mantener una relación amorosa con un joven caballero, Hugo de Puiset. Este asunto opone a los partidarios del marido y a los del amante y produce una auténtica división de la nobleza franca que sólo se nutre de altercados, duelos y rumores de asesinato. Sintiendo amenazado, Hugo va a buscar refugio a Ascalón, junto a los egipcios, que lo reciben muy cordialmente. Incluso le confían tropas fatimitas con cuya ayuda se apodera del puerto de Jaffa del cual lo expulsarán unas semanas después.

En diciembre de 1132, mientras Foulques reúne a sus tropas para volver a ocupar Jaffa, el nuevo señor de Damasco, el joven atabeg Ismael, hijo de Buri, va a tomar por sorpresa la fortaleza de Baniyas que, tres años antes, habían entregado los asesinos a los frany. Pero esta reconquista no es más que un hecho aislado, ya que los príncipes musulmanes, absortos en sus propias disputas, son incapaces de aprovechar las discusiones que agitan a los occidentales. Al propio Zangi casi no se le ve en Siria. Dejando el gobierno de Alepo a uno de sus lugartenientes, ha tenido que emprender de nuevo una lucha sin cuartel contra el califa. Sin embargo, en esta ocasión, es al-Mustarshid quien parece llevar ventaja.

El sultán Mahmud, aliado de Zangi, acaba de morir, a los veintiséis años y, una vez más, estalla una nueva guerra de sucesión en el seno del clan selyúcida. El príncipe de los creyentes la aprovecha para recuperarse. Prometiéndole a cada pretendiente que la oración, en las mezquitas, se hará en su nombre, se convierte en el auténtico árbitro de la situación. Zangi se alarma, reúne a sus tropas y marcha hacia Bagdad con el propósito de infligir a al-Mustarshid una derrota tan vergonzosa como la de su primer enfrentamiento, cinco años antes. Pero el califa le sale al encuentro a la cabeza de varios miles de hombres, cerca de la ciudad de Tikrit, a orillas del Tigris, al norte de la capital abasida. Las tropas de Zangi quedan destrozadas y el propio atabeg está a punto de caer en manos de sus enemigos cuando, en el momento crítico interviene un hombre para salvarle la vida. Es el gobernador de Tikrit, un joven oficial kurdo de nombre a la sazón desconocido, Ayyub. En vez de ganarse los favores del califa entregándole a su adversario, este militar ayuda al atabeg a cruzar el río para que escape a sus perseguidores y llegue a Mosul a toda prisa. Zangi jamás olvidará este caballeroso gesto. Le profesará, así como a su familia, una amistad eterna que va a determinar, muchos años después, la carrera del hijo de Ayyub, Yusuf, más conocido por el sobrenombre de Salah al-Din o Saladino.

Tras su victoria sobre Zangi, al-Mustarshid está en el culmen de la gloria. Al sentirse amenazados, los turcos se unen en torno a un único pretendiente selyúcida, Masud, hermano de Mahmud. En enero de 1113, el nuevo sultán se presenta en Bagdad y recibe la corona de manos del príncipe de los creyentes. Esto suele ser una mera formalidad, pero al-Mustarshid, a su manera, transforma la ceremonia. Ibn al-Qalanisi, nuestro «periodista» de entonces, narra la escena.

El imán, príncipe de los creyentes, estaba sentado. Introdujeron al sultán Masud, que le rindió la pleitesía debida a su rango. El califa le regaló sucesivamente siete túnicas de gala, la última de las cuales era negra, una

corona incrustada de pedrería, brazaletes y un collar de oro, diciéndole: «Recibe este favor con gratitud y teme a Dios en público y en privado.» El sultán besó el suelo y luego se sentó en el taburete que le tenían preparado. El príncipe de los creyentes le dijo entonces: «Aquel que no se conduce bien no es apto para dirigir a los demás.» El visir, que estaba presente, repitió estas palabras en persa y renovó votos y alabanzas. A continuación, el califa mandó que trajeran dos sables y se los entregó solemnemente al sultán, así como dos cintas que anudó con su propia mano. Al final de la entrevista, el imán al-Mustarshid concluyó con estas palabras: «Marcha, llévate lo que te he dado y cuéntate entre la gente agradecida.»

El soberano abasida ha hecho gala de gran seguridad aunque no corresponde a nosotros separar la realidad de las apariencias. Ha sermoneado al turco con desenvoltura, convencido de que la unidad que han recobrado los selyúcidas va a ser una amenaza, a la larga, para su nascente poderío, pero no ha dejado de reconocerlo como sultán legítimo. Sin embargo, en 1133, sigue soñando con conquistas. En junio marcha a la cabeza de sus tropas en dirección a Mosul, plenamente decidido a tomarla y a acabar de paso con Zangi. El sultán Masud no intenta disuadirlo. Le sugiere incluso unir Siria e Irak en un solo Estado bajo su autoridad, idea que volverá a surgir en el futuro. Pero, al tiempo que le hace estas propuestas, el selyúcida ayuda a Zangi a resistir los ataques del califa, que durante tres meses, y en vano, sitia Mosul.

Este fracaso marcará un hito fatal en la suerte de al-Mustarshid. Abandonado por la mayoría de sus emires, en junio de 1135 lo vencerá y capturará Masud, que lo mandará asesinar salvajemente dos meses después. Encontrarán al príncipe de los creyentes desnudo en su tienda, con las orejas y la nariz cortadas y el cuerpo acribillado por unas veinte puñaladas.

Totalmente absorto en este conflicto, Zangi no puede, por supuesto, ocuparse directamente de los asuntos de Siria. Se habría quedado en Irak hasta aplastar por completo el intento de restauración abasida de no haber recibido, en enero de 1135, una angustiada llamada de Ismael, hijo de Buri y señor de Damasco, pidiéndole que acudiera a tomar posesión de su ciudad cuanto antes. «Si se produjera algún retraso, me vería obligado a llamar a los frany y entregarles Damasco con todo lo que alberga y la responsabilidad de la sangre de sus habitantes recaería sobre Imad al-Din Zangi.»

Ismael, que teme por su vida y cree ver en cada rincón de su palacio un asesino al acecho, está decidido a abandonar su capital e ir a refugiarse, bajo la protección de Zangi, a la fortaleza de Sarjad, al sur de su ciudad, donde ya ha mandado llevar sus riquezas y su vestuario.

El reinado del hijo de Buri había tenido, sin embargo, unos comienzos prometedores. Ha llegado al poder a los diecinueve años y ha dado pruebas de un dinamismo admirable cuyo mejor ejemplo es la reconquista de Baniyas. Es cierto que era arrogante y apenas escuchaba a los consejeros de su padre ni a los de su abuelo Toghtekin; pero todo el mundo tendía a achacar esta actitud a su juventud. En cambio, lo que les resultaba insostenible a los damascenos era la creciente avaricia de su señor que recaudaba, con regularidad, nuevos impuestos.

Hasta 1134, sin embargo, la situación no ha empezado a tomar un cariz trágico; en esa fecha, un viejo esclavo, llamado Ailba, antaño al servicio de Toghtekin, ha intentado asesinar a su señor. Ismael, que se ha librado por poco de la muerte, ha insistido en escuchar personalmente la confesión de su agresor. «Si he actuado así — contesta el esclavo — ha sido para ganarme el favor de Dios librando a la gente de tu maléfica existencia. Has oprimido a los pobres y a los desamparados, a los artesanos,

a los trabajadores modestos y a los campesinos. Has tratado sin consideración a civiles y militares.» Y Ailba se pone a citar los nombre de cuantos, según afirma, desean como él la muerte de Ismael. Traumatizado hasta la locura, el hijo de Buri comienza a detener a todas las personas citadas y a ejecutarlas sin más. *No le bastaron estas injustas ejecuciones* —cuenta el cronista de Damasco—. *Como alimentaba sospechas contra su propio hermano, Saviny, le infligió el peor suplicio haciéndolo perecer de inanición en una celda. Su maldad y su injusticia no tuvieron ya límites.*

Ismael entra entonces en un ciclo infernal. Cada ejecución aumenta su miedo a una nueva venganza y para intentar protegerse ordena nuevas ejecuciones. Consciente de que tal situación no puede prolongarse, decide entregar su ciudad a Zangi y retirarse a la fortaleza de Sarjad. Pero al señor de Alepo hace años que lo detestan todos los damascenos, desde que a finales de 1129 escribió a Buri para invitarlo a participar junto a él en una expedición contra los frany. El señor de Damasco había accedido de muy buen grado, enviándole quinientos soldados de caballería al mando de sus mejores oficiales y acompañados por su propio hijo, el infortunado Saviny. Tras haberlos recibido con muestras de consideración, Zangi los había desarmado y apresado a todos y había mandado decir a Buri que como se atreviera a hacerle frente peligraría la vida de los rehenes. Saviny no había recobrado la libertad hasta dos años después.

En 1135, el recuerdo de esta traición aún está vivo entre los damascenos y, cuando los dignatarios de la ciudad se enteran de los proyectos de Ismael, deciden oponerse a ellos por todos los medios. Se celebran reuniones entre los emires, los notables y los principales esclavos; todos quieren salvar no sólo sus vidas sino también su ciudad. Un grupo de conjurados decide exponer la situación a la madre de Ismael, la princesa Zomorrod, «Esmeralda».

Se horrorizó —cuenta el cronista de Damasco—. Mandó venir a su hijo y lo reprendió enérgicamente. Luego se sintió inducida por su deseo de hacer el bien, sus profundos sentimientos religiosos y su inteligencia a considerar de qué manera podría extirparse la raíz del mal y poner orden en la situación de Damasco y la de sus habitantes. Examinó el asunto como lo hubiera hecho un hombre de buen juicio y experiencia que considera las cosas con lucidez. No halló más remedio para la maldad de su hijo que librarse de él y poner fin, de esta manera, al creciente desorden de que era responsable.

No tardará mucho en ordenar la ejecución.

La princesa no pensó ya más que en su proyecto. Acechó un momento en que su hijo estuviera solo, sin esclavos ni escuderos, y ordenó a sus servidores que lo mataran sin piedad. Ella no manifestó ni compasión ni pena. Mandó llevar el cadáver a un lugar del palacio donde pudieran descubrirlo. Todo el mundo se alegró de la caída de Ismael. Todo el mundo dio gracias a Dios y dedicó alabanzas y plegarias a la princesa.

¿Ha matado Zomorrod a su propio hijo para impedirle que le entregara Damasco a Zangi? Podemos dudarlo, teniendo en cuenta que la princesa va a casarse tres años después con ese mismo Zangi y le va a suplicar que ocupe su ciudad. Tampoco ha actuado así para vengar a Saviny que era hijo de otra mujer de Buri. Hay que fiarse,

pues, de la explicación que nos da Ibn al-Atir: Zomorrod era la amante del principal consejero de Ismael y al enterarse de que su hijo pensaba matar a su amante y, quizá, castigarla a ella también, decidió pasar a la acción.

Fueran cuales fueran los auténticos motivos, la princesa ha privado así a su futuro marido de una conquista fácil, ya que el 30 de enero de 1135, día del asesinato de Ismael, Zangi ya está en camino hacia Damasco. Cuando su ejército cruza el Éufrates, una semana después, Zomorrod ha puesto en el trono a otro hijo suyo, Mahmud, y la población se prepara activamente para resistir. Ignorante de la muerte de Ismael, el atabeg envía representantes a Damasco para tratar con aquél de las modalidades de la capitulación. Evidentemente los reciben con cortesía pero sin ponerlos al tanto de los últimos cambios de la situación. Furioso, Zangi se niega a volver por donde ha venido, instala su campamento al noreste de la ciudad y encarga a sus exploradores que vean dónde y cómo podría atacar. Pero en seguida se da cuenta de que los defensores están decididos a combatir hasta el final. Los manda un viejo compañero de Toghtekin, Muin al-Din Uñar, un militar turco astuto y testarudo al que Zangi va a encontrar más de una vez en su camino.

Tras unas cuantas escaramuzas, el atabeg se decide a buscar un arreglo. Para no dejarlo en mal lugar, los dirigentes de la ciudad sitiada le rinden pleitesía y reconocen, de manera puramente nominal, su soberanía.

A mediados de marzo, el atabeg se aleja de Damasco. Para levantar la moral a sus tropas, muy afectadas por esta campaña inútil, las conduce inmediatamente hacia el norte y se apodera, con sorprendente rapidez, de cuatro plazas fuertes francas entre las que se encuentra la tristemente célebre Maarat. A pesar de estas hazañas, su prestigio está mermado. Hasta dos años después no conseguirá, gracias a un hecho destacado, hacer olvidar su fracaso ante Damasco. Y, paradójicamente, llegado el momento va a ser Muin al-Din Uñar quien le proporcione, sin quererlo, la ocasión de rehabilitarse.

Capítulo 7

Un emir entre los bárbaros

En junio de 1137, ha llegado Zangi con un impresionante material de asedio y ha instalado su campamento en los viñedos que rodean Homs, principal ciudad de Siria central que, tradicionalmente, se disputan Aleppo y Damasco. En ese momento la controlan estos últimos, ya que el gobernador de la ciudad no es otro que el viejo Uñar. Al ver las catapultas y los almajaneques que ha alineado su adversario, Muin al-Din Uñar se da cuenta de que no podrá resistir mucho tiempo. Se las compone para hacer saber a los frany que tiene intención de capitular. Los caballeros de Trípoli, que no tienen deseo alguno de ver a Zangi afincarse a dos días de su capital, se ponen en camino. La estratagema de Uñar ha sido todo un éxito: temiendo quedar cogido entre dos fuegos, el atabeg firma a toda prisa una tregua con su viejo enemigo y se vuelve contra los frany, decidido a sitiar su más poderosa fortaleza de la región, Baarin. Preocupados, los caballeros de Trípoli llaman en su auxilio al rey Foulques que acude con su ejército. Y, ante los muros de Baarin, en un valle con cultivos en bancales, se produce la primera batalla importante entre Zangi y los frany, ¡cosa que puede parecer asombrosa cuando se sabe que el atabeg es señor de Aleppo desde hace más de nueve años!

El combate será corto pero decisivo. En unas cuantas horas aplasta con su superioridad numérica a los occidentales, agotados por una larga marcha, y los hace trizas. Sólo el rey y unos cuantos hombres de su séquito logran refugiarse en la fortaleza. A Foulques sólo le dan tiempo a enviar un mensajero a Jerusalén para que le liberen; luego —contará Ibn al-Atir—, *Zangi cortó todas las comunicaciones, no permitiendo que se filtrara ninguna noticia, de tal forma que los sitiados ya no sabían lo que estaba pasando en su país, tan estricto era el control de los caminos.*

Tal bloqueo no hubiera tenido consecuencias si los sitiados hubieran sido árabes, ya que éstos utilizaban desde hacía siglos la técnica de las palomas mensajeras para comunicarse de una ciudad a otra. Todos los ejércitos en campaña llevaban consigo palomas que pertenecían a distintas ciudades y plazas fuertes musulmanes. Las habían adiestrado para que volvieran siempre a su nido de origen. Bastaba con enrollarles un mensaje alrededor de una pata y soltarlas para que fueran, más deprisa que el corcel más rápido, a anunciar la victoria, la derrota o la muerte de un príncipe, a pedir auxilio o fortalecer la resistencia de una guarnición sitiada. A medida que se va organizando la movilización árabe contra los frany, van entrando en funcionamiento servicios regulares de palomas mensajeras entre Damasco, El Cairo, Aleppo y otras ciudades, llegando incluso a que el Estado pagase un sueldo a las personas encargadas de criar y adiestrar a estas aves.

Por otra parte será durante su presencia en Oriente cuando se iniciarán los frany en la colombofilia que, con el tiempo, se pondrá muy en boga en su tierra. Pero, durante el sitio de Baarin, aún lo ignoran todo de este método de comunicación y de ello se aprovecha Zangi. El atabeg, que empieza por aumentar la presión sobre los sitiados, les ofrece, tras una difícil negociación, ventajosas condiciones de rendición: si le entregan la fortaleza y le pagan cincuenta mil dinares, accederá a dejarlos irse en paz. Foulques y sus hombres capitulan y, a continuación, escapan rápidamente, contentos de haber salido tan bien parados. *Poco después de su partida de Baarin, se*

encontraron con los considerables refuerzos que venían a ayudarlos y se arrepintieron, pero un poco tarde, de haberse rendido. Ello sólo había sido posible —según Ibn al-Atir— porque los frany habían estado completamente incomunicados con el mundo exterior.

Zangi está tanto más satisfecho de haber zanjado ventajosamente el asunto de Baarin cuanto que acaba de recibir noticias particularmente alarmantes: el emperador bizantino Juan Comneno, que ha sucedido en 1118 a su padre, Alejo, está en camino hacia el norte de Siria con decenas de miles de hombres. En cuanto se aleja Foulques, el atabeg monta en su caballo y galopa hacia Alepo. Blanco favorito de los rum en el pasado, la ciudad está revuelta. En previsión de un ataque, se han empezado a vaciar los fosos que rodean los muros, en los que, en tiempos de paz, la población tiene la mala costumbre de arrojar las inmundicias. Pero pronto vienen unos emisarios del *basileus* a tranquilizar a Zangi: su objetivo no es, en absoluto, Alepo sino Antioquía, la ciudad franca que los rum no han dejado nunca de reivindicar. De hecho, el atabeg se entera en seguida, con satisfacción, de que la ciudad ya está sitiada y soporta el bombardeo de las catapultas. Dejando a los cristianos con sus rencillas, Zangi regresa a sitiar Homs donde Uñar sigue haciéndole frente.

Sin embargo, rum y frany se reconcilian antes de lo previsto. Para calmar al *basileus*, los occidentales le prometen devolverle Antioquía al comprometerse Juan Comneno a entregarles, a cambio, varias ciudades musulmanas de Siria. Ello desencadena, en marzo de 1138, una nueva guerra de conquista. Los lugartenientes del emperador son dos jefes francos: el nuevo conde de Edesa, Jocelin II, y un caballero llamado Raimundo que acaba de hacerse cargo del principado de Antioquía al casarse con Constanza, una niña de ocho años, la hija de Bohemundo II y de Alicia.

En abril, los aliados inician el sitio de Shayzar, poniendo en batería dieciocho catapultas y almajaneques. El viejo emir Sultán Ibn Munqidh, gobernador de la ciudad antes del comienzo de la invasión franca, no parece en absoluto en condiciones de enfrentarse a las fuerzas combinadas de los rum y de los frany. Según Ibn al-Atir, parece ser que los aliados han elegido como blanco Shayzar *porque esperaban que Zangi no se preocupara por defender con ardor una ciudad que no le pertenecía*. No le conocían bien. El turco organiza y dirige personalmente la resistencia; la batalla de Shayzar va a brindarle la ocasión de desplegar mejor que nunca sus admirables cualidades de hombre de Estado.

En unas cuantas semanas hace que el revuelo cunda por todo Oriente. Tras haber enviado a Anatolia a unos mensajeros que consiguen convencer a los sucesores de Danishmend de que ataquen el territorio bizantino, manda a Bagdad a agitadores que organizan un motín semejante al que había provocado Ibn al-Jashab en 1111, obligando así al sultán Masud a enviar tropas a Shayzar.

Escribe a todos los emires de Siria y de la Yazira, ordenándoles con amenazas que recurran a todas sus fuerzas para rechazar la nueva invasión. El ejército del propio atabeg, aunque mucho menos numeroso que el del adversario, renunciando a un ataque frontal, emprende una táctica de hostigamiento mientras que Zangi mantiene una intensa correspondencia con el *basileus* y los jefes francos. «Informa» al emperador —lo cual es exacto— de que sus aliados lo temen y esperan con impaciencia su salida de Siria. A los frany les envía mensajes, sobre todo a Jocelin de Edesa y a Raimundo de Antioquía: *¿No os dais cuenta —les dice— de que si los rum ocuparan una sola plaza fuerte de Siria no tardarían en apoderarse de todas vuestras ciudades?* Sitúa a numerosos agentes, en su mayoría cristianos de Siria, entre la tropa bizantina y franca con la misión de propalar rumores pesimistas relativos a la llegada de gigantescos ejércitos de ayuda procedentes de Persia, de Irak y de Anatolia.

Esta propaganda da sus frutos sobre todo entre los frany. Mientras que el *basileus*, tocado con su casco de oro, dirige personalmente el tiro de las catapultas, los señores de Edesa y de Antioquía, sentados en una tienda, se entregan a interminables partidas de dados. Este juego, conocido ya en el Egipto faraónico, en el siglo XII está tan extendido en Oriente como en Occidente. Los árabes lo llaman «azzahr», una palabra que los frany adoptarán para designar no el juego en sí sino la suerte, el «azar».

Estas partidas de dados de los príncipes francos exasperan al *basileus* Juan Comneno que, desalentado por la mala voluntad de sus aliados y alarmado por los persistentes rumores acerca de la llegada de un poderoso ejército musulmán —en realidad, no salió nunca de Bagdad— levanta el sitio de Shayzar y, el 21 de marzo de 1138, emprende el regreso hacia Antioquía donde entra a caballo seguido, a pie, por Raimundo y Jocelin a los que trata como a sus escuderos.

Para Zangi esto es una inmensa victoria. En el mundo árabe, en el que la alianza de los rum y de los frany había causado inmenso terror, el atabeg aparece, en lo sucesivo, como un salvador. Y, desde luego, está decidido a utilizar su prestigio para zanjar sin dilación unos cuantos problemas que le interesan mucho y, en primer lugar, el de Homs. A finales de mayo, cuando la batalla de Shayzar acaba de concluir, Zangi llega a un curioso acuerdo con Damasco: se casará con la princesa Zomorrod y conseguirá Homs como dote. La madre asesina llega con su comitiva tres meses después ante los muros de Homs para unirse solemnemente a su nuevo marido. Asisten a la ceremonia representantes del sultán, del califa de Bagdad y del de El Cairo e, incluso, embajadores del emperador de los rum que, escarmentado por sus sinsabores, ha decidido mantener en lo sucesivo relaciones muy amistosas con Zangi.

Señor de Mosul, de Alepo y del conjunto de la Siria central, el atabeg se fija el objetivo de apoderarse de Damasco con ayuda de su nueva esposa. Espera que ésta logre convencer a su hijo, Mahmud, de que le entregue su capital sin mediar combate. La princesa duda, discute. Al no poder contar con ella, Zangi acaba por prescindir de ella. Pero, en julio de 1139, cuando se encuentra en Harrán, recibe un mensaje urgente de Zomorrod que le comunica que Mahmud acaba de morir asesinado, apuñalado en la cama por tres de sus esclavos. La princesa suplica a su marido que se dirija sin tardanza hacia Damasco para apoderarse de la ciudad y castigar a los asesinos de su hijo. El atabeg se pone inmediatamente en camino. Las lágrimas de su esposa lo dejan totalmente indiferente, pero piensa que la desaparición de Mahmud podría aprovecharse para que se realice, por fin, bajo su égida, la unidad de Siria.

Pero no contaba con el sempiterno Uñar que había regresado a Damasco tras la cesión de Homs y que, a la muerte de Mahmud, se ha hecho cargo directamente de los asuntos de la ciudad. Como espera una ofensiva de Zangi, Muin al-Din ha elaborado sin tardanza un plan secreto para oponerse a ésta. Aun cuando, por el momento, evita recurrir a dicho plan y se encarga de organizar la defensa.

Además, Zangi no se dirige directamente a la codiciada ciudad. Empieza por atacar la antigua ciudad romana de Baalbek, la única población de cierta importancia que está aún en manos de los damascenos. Tiene la intención, a un tiempo, de cercar la metrópoli siria y de desmoralizar a sus defensores. En el mes de agosto, instala catorce almajaneques en torno de Baalbek y la bombardea intensamente con la esperanza de apoderarse de ella en unos cuantos días para iniciar el sitio de Damasco antes de que finalice el verano. Baalbek capitula sin dificultad, pero su alcazaba, edificada con las piedras de un antiguo templo del dios fenicio Baal, resiste dos largos meses. Zangi está tan irritado que, cuando acaba por rendirse la guarnición, a finales de octubre, tras haber conseguido la promesa de salvar la vida, ordena que crucifiquen a treinta y siete combatientes y que desuellen vivo al comandante de la plaza. Este acto de salvajismo, destinado a convencer a los

damascenos de que cualquier resistencia rayaría en el suicidio, produce el efecto contrario. Sólidamente unida en torno a Uñar, la población de la metrópoli siria está más decidida que nunca a combatir hasta el final. De todos modos, se avecina el invierno y Zangi no puede pensar en un asalto antes de la primavera. Uñar va a utilizar esos escasos meses de tregua para ultimar su plan secreto.

En abril de 1140, cuando el atabeg intensifica la presión y se prepara para un ataque general, es precisamente el momento que Uñar elige para llevar a la práctica su plan: pedir al ejército de los frany, al mando del rey Foulques, que acuda con todos sus efectivos en auxilio de Damasco. No se trata de una simple operación aislada, sino de la aplicación de un tratado de alianza conforme a las reglas, que seguirá vigente tras la muerte de Zangi.

Ya en 1138, Uñar había enviado a Jerusalén a su amigo el cronista Usama Ibn Munqidh para estudiar la posibilidad de una colaboración franco-damascena contra el señor de Alepo. Usama había recibido buena acogida y conseguido un acuerdo de principio. Se había incrementado el número de embajadores y el cronista había vuelto a la Ciudad Santa a comienzos de 1140 con proposiciones concretas: el ejército franco obligaría a Zangi a alejarse de Damasco; las fuerzas de ambos Estados se unirían en caso de nuevo peligro: Muin al-Din pagaría veinte mil dinares para cubrir los gastos de las operaciones militares; se llevaría a cabo, en fin, una expedición común bajo la responsabilidad de Uñar para ocupar la fortaleza de Baniyas, que llevaba poco tiempo en manos de un vasallo de Zangi, y devolvérsela al rey de Jerusalén. Para probar su buena fe, los damascenos entregarían a los frany unos rehenes elegidos de entre las familias de los principales dignatarios de la ciudad.

De hecho, se trataba de vivir bajo un protectorado franco, a pesar de lo cual la población de la metrópoli siria se resigna a ello. Aterrada por los métodos brutales del atabeg, aprueba unánimemente el tratado que ha negociado Uñar, cuya política, sea cual fuere, resulta innegablemente eficaz. Temiendo que lo cojan en una tenaza, Zangi se retira a Baalbek y se la entrega como feudo a un hombre seguro, Ayyub, antes de alejarse, junto con su ejército, hacia el norte, prometiendo al padre de Saladino regresar pronto a vengar su revés. Tras la marcha del atabeg, Uñar ocupa Baniyas y se la entrega a los frany, de conformidad con el tratado de alianza; luego realiza una visita oficial al reino de Jerusalén.

Lo acompaña Usama, que, en cierto modo, se ha convertido en el gran especialista en cuestiones francas de Damasco. Afortunadamente para nosotros, el emir cronista no se limita a las negociaciones diplomáticas. Es, ante todo, un espíritu curioso y un observador perspicaz que nos va a dejar un testimonio inolvidable de las costumbres y la vida cotidiana en tiempos de los frany.

Cuando visitaba Jerusalén, solía ir a la mezquita al-Aqsa donde estaban mis amigos Templarios. En uno de los laterales, había un pequeño oratorio donde los frany habían instalado una iglesia. Los Templarios ponían este lugar a mi disposición para que orara en él. Un día entré, dije: «¡Allahú Akbar!» e iba a empezar a oración cuando un hombre, un frany, se abalanzó sobre mí, me agarró y me hizo girar el rostro hacia Oriente diciéndome: «Así es como se reza.» En el acto, acudieron unos Templarios y se alejaron de mí. Volví a mis rezos, pero el hombre, aprovechando un momento de descuido, volvió a arrojarse sobre mí y me hizo girar el rostro hacia Oriente repitiendo: «¡Así es como se reza!» Los templarios volvieron a intervenir, lo alejaron y se disculparon conmigo, diciéndome: «Es un forastero. Acaba de llegar del país de los frany y no ha visto nunca a nadie rezar sin volverse hacia Oriente.»

Contesté que ya había rezado bastante. Salí, estupefacto por el comportamiento de aquel demonio que se había enfadado tanto al verme rezar vuelto hacia La Meca.

Si el emir Usama no vacila en llamar a los Templarios «mis amigos», es porque piensa que sus costumbres bárbaras se han pulido en el contacto con Oriente. *Entre los frany —explica—, hay algunos que han venido a afincarse entre nosotros y que han cultivado el trato con los musulmanes. Son, con mucho, superiores a los que se les han unido recientemente en los territorios que ocupan.* Para él, el incidente de la mezquita al-Aqsa es «un ejemplo de la grosería de los frany». Cita otros, recogidos a lo largo de sus frecuentes visitas al reino de Jerusalén.

Me hallaba en Tiberíades un día en que los frany celebraban una de sus fiestas. Los caballeros habían salido de la ciudad para practicar un juego de lanzas. Habían obligado a dos ancianas decrepitas a que los acompañaran y las habían colocado en un extremo del hipódromo mientras que, en el otro lado, había un cerdo colgado de una roca. Los caballeros habían organizado entonces una carrera entre ambas viejas. Cada una iba avanzando, escoltada por un grupo de caballeros que no las dejaban pasar. A cada paso que daban, se caían y volvían a levantarse, entre grandes carcajadas de los espectadores. Por fin, una de las viejas, la que había llegado la primera, se quedó con el cerdo como premio a su victoria.

A un emir tan culto y refinado como Usama no pueden gustarle esas bromas, pero su mohín condescendiente se convierte en mueca de asco cuando observa lo que es la justicia de los frany.

En Maplusa —cuenta— tuve ocasión de asistir a un curioso espectáculo. Dos hombres habían de enfrentarse en un combate singular. El motivo era el siguiente: unos bandoleros musulmanes habían invadido una aldea vecina y se sospechaba que un labrador les había servido de guía. Éste había huido, pero había tenido que volver en seguida pues el rey Foulques había encarcelado a sus hijos. «Trátame con equidad —le había pedido el labrador—, y permite que mida mis fuerzas con el que me ha acusado.» El rey le había dicho entonces al señor que había recibido la aldea en feudo: «Manda venir al adversario.» El señor había elegido a un herrero que trabajaba en la aldea, diciéndole: «Tú irás a batiarte en duelo.» Lo que menos quería el dueño del feudo era que uno de sus campesinos muriera, por temor a que se resintieran sus cultivos. Vi, pues, a aquel herrero. Era un joven fuerte pero que, andando o sentado, siempre tenía que pedir algo de beber. En cuanto al acusado, era un anciano valeroso que chasqueaba los dedos en señal de desafío. El vizconde, gobernador de Nablus, se acercó, les dio a cada uno una lanza y un escudo y mandó que los espectadores hicieran corro a su alrededor.

Empezó la lucha —prosigue Usama—. El anciano empujaba al herrero hacia atrás, lo hacía retroceder hacia la muchedumbre y luego regresaba hacia el centro del corro. Se cruzaron unos golpes tan violentos que los rivales parecían no formar más que una única columna de sangre. El combate se alargó, a pesar de las exhortaciones del vizconde que quería acelerar el desenlace. «¡Más deprisa!», les gritaba. Por fin, el anciano quedó agotado y el herrero,

aprovechando su experiencia en el manejo del martillo, le asestó un golpe que lo derribó y le hizo soltar la lanza. Luego, se puso en cuclillas sobre él para meterle los dedos por los ojos pero sin conseguirlo debido a los raudales de sangre que corrían. El herrero se levantó entonces y remató a su adversario de una lanzada. Inmediatamente después, ataron una cuerda al cuello del cadáver y lo arrastraron con ella hacia la horca donde lo colgaron. ¡Ved, con este ejemplo, lo que es la justicia de los frany!

Nada más natural que esta indignación del emir pues, para los árabes del siglo XII, la justicia era algo serio. Los jueces, los cadíes, eran unos personajes sumamente respetados que, antes de dictar sentencia, tenían la obligación de atenerse a unos procedimientos muy concretos que fija el Corán: requisitoria, defensa, testimonios. El «juicio de Dios» al que los occidentales recurren con frecuencia, les parece una farsa macabra. El duelo que describe el cronista no es sino una de las formas de ordalía, la prueba del fuego es otra, y también está el suplicio del agua que descubre Usama con horror:

Habían instalado una enorme cuba llena de agua. Al joven sospechoso, lo ataron, lo colgaron por los omóplatos de una cuerda y lo arrojaron a la cuba. Si era inocente, decían, se hundiría con el agua y lo sacarían tirando de esa cuerda. Si era culpable, no conseguiría hundirse en el agua. El desdichado, cuando lo echaron a la cuba, se esforzó por llegar hasta el fondo, pero no lo consiguió y hubo de someterse a los rigores de su ley. ¡Dios los maldiga! Le pasaron entonces por los ojos un punzón de plata al rojo y lo cegaron.

La opinión del emir sirio sobre los «bárbaros» sigue siendo prácticamente la misma cuando habla de sus conocimientos. En el siglo XII los frany están muy atrasados en relación con los árabes en todos los campos científicos y técnicos. Pero es en medicina donde la diferencia es mayor entre el Oriente desarrollado y el Occidente primitivo. Usama observa la disparidad:

Un día —cuenta—, el gobernador franco de Muneitra, en el monte Líbano, escribió a su tío Sultán, emir de Shayzar, para rogarle que le enviara un médico para tratar algunos casos urgentes. Mi tío escogió a un médico cristiano de nuestra tierra llamado Thabet. Éste sólo se ausentó unos días y luego regresó entre nosotros. Todos sentíamos gran curiosidad por saber cómo había podido conseguir tan pronto la curación de los enfermos y lo acosamos a preguntas. Thabet contestó: «Han traído a mi presencia a un caballero que tenía un absceso en la pierna y a una mujer que padecía de consunción. Le puse un emplasto al caballero; el tumor se abrió y mejoró. A la mujer le prescribí una dieta para refrescarle el temperamento. Pero llegó entonces un médico franco y dijo: "¡Este hombre no sabe tratarlos!" Y, dirigiéndose al caballero, le preguntó: "¿Qué prefieres, vivir con una sola pierna o morir con las dos?" Como el paciente contestó que prefería vivir con una sola pierna, el médico ordenó: "Traedme un caballero fuerte con un hacha bien afilada." Pronto vi llegar al caballero con el hacha. El médico franco colocó la pierna en un tajo de madera, diciéndole al que acababa de llegar: "¡Dale un buen hachazo para cortársela de un tajo!" Ante mi vista, el hombre le asestó a la pierna un primer hachazo y, luego, como la pierna seguía unida, le dio un segundo tajo. La médula de la pierna salió fuera y el herido murió en el acto. En cuanto a la mujer, el médico

franco la examinó y dijo: "Tiene un demonio en la cabeza que está enamorado de ella. ¡Cortadle el pelo!" Se lo cortaron. La mujer volvió a empezar entonces a tomar las comidas de los francos con ajo y mostaza, lo que le agravó la consunción. "Eso quiere decir que se le ha metido el demonio en la cabeza", afirmó el médico. Y, tomando una navaja barbera, le hizo una incisión en forma de cruz, dejó al descubierto el hueso de la cabeza y lo frotó con sal. La mujer murió en el acto. Entonces, yo pregunté: "¿Ya no me necesitáis?" Me dijeron que no y regresé tras haber aprendido muchas cosas que ignoraba sobre la medicina de los frany».

Si Usama se escandaliza ante la ignorancia de los occidentales, lo hace aún más ante sus costumbres: «¡Los frany —exclama— no tienen sentido del honor! Si uno de ellos sale a la calle con su esposa y se encuentra con otro hombre, éste coge a la mujer por la mano y la lleva aparte para hablar con ella mientras el marido se aleja un poco para esperar que ella acabe la conversación. ¡Si se prolonga demasiado, la deja con su interlocutor y se va!» Tales hechos conturban al emir: «Pensad un poco en esta contradicción. ¡Esa gente no tiene celos ni sentido del honor, siendo como es tan valerosa! ¡El valor, sin embargo, no proviene sino del sentido del honor y del desprecio por lo que está mal!»

Cuanto más aprende acerca de ellos, peor idea se forma Usama de los occidentales. Lo único que admira son sus cualidades guerreras. En consecuencia, se comprende que el día en que uno de los «amigos» que se ha hecho entre ellos, un caballero del ejército del rey Foulques, le propone llevarse a su hijo, aún joven, a Europa para iniciarlo en las reglas de la caballería, el emir declina cortésmente la invitación, diciéndose para sus adentros que preferiría que su hijo fuera «a la cárcel que al país de los frany». Con estos extranjeros sólo se puede confraternizar dentro de ciertos límites. Además, pronto se verá que esa famosa colaboración entre Damasco y Jerusalén, que le ha proporcionado a Usama la inesperada oportunidad de conocer mejor a los occidentales, es un breve intermedio. Un acontecimiento espectacular va a reactivar en seguida la guerra a ultranza contra el ocupante: el sábado 23 de diciembre de 1144, la ciudad de Edesa, capital del más antiguo de los cuatro Estados francos de Oriente, ha caído en manos del atabeg Imad al-Din Zangi.

Si la caída de Jerusalén, en julio de 1099, ha marcado el final de la invasión franca y la de Tiro, en julio de 1124, el término de la fase de ocupación, la reconquista de Edesa perdurará en la historia como la culminación de la reacción árabe ante los invasores y el comienzo de la larga marcha hacia la victoria.

Nadie preveía que la ocupación iba a ponerse en tela de juicio de modo tan manifiesto. Es cierto que Edesa no era más que un puesto avanzado de la presencia franca, pero sus condes habían logrado integrarse plenamente en el juego político local y el último señor occidental de esta ciudad de mayoría armenia era Jocelin II, un hombre bajo, barbudo, de nariz prominente, ojos saltones y cuerpo desproporcionado, que jamás había brillado por su valor ni por su sabiduría. Pero sus súbditos le tenían aprecio, sobre todo porque su madre era armenia, y la situación de su feudo no parecía en modo alguno crítica. Sus vecinos y él realizaban, por turno, en terreno contrario, mutuas y rutinarias razzias que solían terminar en treguas.

Pero, bruscamente, en este otoño de 1144, cambia la situación. Mediante una hábil maniobra militar, Zangi pone fin a medio siglo de dominación franca en esta parte de Oriente, consiguiendo una victoria que va a hacer reaccionar a poderosos y humildes, desde Persia hasta el lejano país de los «alman», y que preludia una nueva invasión dirigida por los más importantes reyes de los frany.

El relato más conmovedor de la conquista de Edesa es el que hace un testigo ocular, el obispo sirio Abul-Faray Basilio, que se ha visto mezclado directamente en los acontecimientos. Su actitud durante la batalla es un buen ejemplo del drama de las comunidades cristianas orientales a las que pertenece. Al ver atacada su ciudad, Abul-Faray participa activamente en su defensa pero, al propio tiempo, sus simpatías se dirigen más al ejército musulmán que a sus «protectores» occidentales, a los que no tiene excesiva estima.

El conde Jocelin —cuenta— había salido a rapiñar por las orillas del Éufrates. Zangi se enteró, y el 30 de noviembre estaba ante los muros de Edesa. Sus tropas eran tan numerosas como las estrellas del cielo. Llenaron todas las tierras que rodean la ciudad, levantaron tiendas por doquier y el atabeg puso la suya al norte de la ciudad, frente a la puerta de las Horas, en lo alto de una colina que dominaba la iglesia de los Confesores.

Aunque situada en un valle, Edesa era difícil de tomar, pues su poderosa muralla triangular se hallaba sólidamente imbricada en las colinas circundantes. Pero —explica Abul-Faray— *Jocelin no había dejado tropas. No había más que zapateros, tejedores, comerciantes de sedas, sastres, sacerdotes.* La defensa quedará, pues, en manos del obispo franco de la ciudad, asistido por un prelado armenio y el propio cronista, partidario, sin embargo, de un arreglo con el atabeg.

Zangi —cuenta— dirigía constantemente a los sitiados propuestas de paz, diciéndoles: «¡Desdichados! Ya veis que no queda esperanza. ¿Qué queréis? ¿Qué esperáis? ¡Tened piedad de vosotros mismos, de vuestros hijos, de vuestras mujeres, de vuestras casas! ¡No dejéis que vuestra ciudad quede devastada y privada de habitantes!» Pero no había en la ciudad ningún jefe capaz de imponer su voluntad. Contestaban estúpidamente a Zangi con baladronadas e insultos.

Viendo que los zapadores empezaban a excavar bajo las murallas, Abul-Faray sugiere escribir una carta a Zangi para proponer una tregua, a la cual da conformidad el obispo franco. «Se escribió la carta y se leyó al pueblo, pero un hombre insensato, un comerciante de seda, alargó la mano, se apoderó de la carta violentamente y la rompió.» Sin embargo, Zangi no dejaba de repetir: «Si deseáis una tregua de unos días, os la concederemos para ver si conseguís ayuda. ¡Si no, rendíos y vivid!»

Pero no llega ningún auxilio. Aunque se ha enterado en seguida de la ofensiva contra su capital, Jocelin no se atreve a medirse con las fuerzas del atabeg. Prefiere instalarse en Tell Basher, a la espera de que acudan en su ayuda tropas de Antioquía o de Jerusalén.

Los turcos habían arrancado los cimientos de la muralla septentrional y, en su lugar, habían puesto leña, vigas y troncos en abundancia. Había rellenado los intersticios de nafta, de grasa y de azufre para que se inflamara con mayor facilidad el brasero y se derrumbara la muralla. Entonces, a una orden de Zangi, le prendieron fuego. Los heraldos de su campo gritaron que se dispusieran al combate, llamando a los soldados a introducirse por la brecha en cuanto hubiera caído el muro, prometiéndoles dejar en sus manos la ciudad para que la saquearan durante tres días. El fuego prendió en la nafta y el azufre e inflamó la

leña y la grasa derretida. El viento soplaba del norte y llevaba el humo hacia los defensores. A pesar de su solidez, la muralla se tambaleó y, a continuación, se derrumbó. Tras haber perdido a muchos de los suyos en la brecha, los turcos entraron en la ciudad y empezaron a matar a los habitantes indiscriminadamente; aquel día perecieron unos seis mil. Las mujeres, los niños y los jóvenes se precipitaron hacia la ciudadela alta para escapar a la matanza. Hallaron la puerta cerrada por el obispo que les había dicho a los guardias: «Si no veis mi rostro, no abráis la puerta!» Así, los grupos subían, unos tras otros, y se pisoteaban entre sí. Lamentable y horripilante espectáculo: atropellados, asfixiados, convertidos en una masa compacta, perecieron atrozmente unos cinco mil y quizá más.

Sin embargo, será Zangi quien intervenga personalmente para detener la carnicería, antes de enviar a su principal lugarteniente a entrevistarse con Abul-Faray. «Venerable —dijo éste—, deseamos que nos jures sobre la Cruz y sobre el Evangelio que tú y tu comunidad nos seréis fieles. Sabes muy bien que esta ciudad, durante los doscientos años que la gobernaron los árabes, fue floreciente como una metrópoli. Hoy hace cincuenta años que la ocuparon los frany y ya la han arruinado. Nuestro señor, Imad al-Din Zangi, está dispuesto a trataros bien. Vivid en paz y en seguridad bajo su autoridad y rezad por su vida.»

De hecho —prosigue Abul-Faray—, hicieron salir de la ciudadela a los sirios y a los armenios y todos volvieron a sus casas sin que los importunaran. A los frany, en cambio, les quitaron cuanto tenían, el oro, la plata, los vasos sagrados, los cálices, las patenas, las cruces ornamentales y gran cantidad de alhajas. Pusieron aparte a los sacerdotes, a los nobles y a los notables y los despojaron de sus vestiduras antes de mandarlos, cargados de cadenas, a Alepo. De los demás, tomaron a los artesanos, a los que Zangi mantuvo junto a él como prisioneros para que cada cual trabajara en su oficio. A todos los demás frany, unos cien hombres, los ejecutaron.

En cuanto se conoce la noticia de la reconquista de Edesa, el mundo árabe se llena de entusiasmo. Se le atribuyen a Zangi los más ambiciosos proyectos. Los refugiados de Palestina y de las ciudades costeras, que abundan en el séquito del atabeg, empiezan a hablar ya de reconquistar Jerusalén, un objetivo que pronto se convertirá en el símbolo de la resistencia a los frany.

El califa se ha apresurado a conceder al héroe del momento prestigiosos títulos: al-malek al-mansur, «el rey victorioso», zain-el-islam, «ornamento del Islam», nasir amir al-muninin, «sostén del príncipe de los creyentes». Como todos los dirigentes de la época, Zangi alinea con orgullo sus sobrenombres, símbolos de su poder. En una nota sutilmente satírica, Ibn al-Qalanisi se disculpa ante sus lectores por haber escrito en su crónica «el sultán Fulano de Tal», «el emir» o «el atabeg», sin añadir los títulos completos. Pues, explica, desde el siglo X hay tal inflación de sobrenombres honoríficos que su relato se habría tornado ilegible si hubiera querido citarlos todos. Añorando discretamente los tiempos de los primeros califas que se conformaban con el título, soberbio dentro de su sencillez, de «príncipe de los creyentes», el cronista de Damasco cita varios ejemplos para ilustrar lo que dice y, entre ellos, precisamente el de Zangi. Ibn al-Qalanisi recuerda que, cada vez que menciona al atabeg, debería escribir textualmente:

El emir, el general, el grande, el justo, el ayudante de Dios, el triunfador, el único, el pilar de la religión, la piedra angular del Islam, el ornamento del Islam, el protector de las criaturas, el asociado de la dinastía, el auxiliar de la doctrina, la grandeza de la nación, el honor de los reyes, el apoyo de los sultanes, el vencedor de los infieles, de los rebeldes y de los ateos, el jefe de los ejércitos musulmanes, el rey victorioso, el rey de los príncipes, el sol de los méritos, el emir de los dos Irak y de Siria, el conquistador de Irán, Bahlawan Yihan Alp Inasay Kotlogh Toghrulbeg atabeg Abu-Said Zangi Ibn Aq Sonqor, sostén del príncipe de los creyentes.

Además de ser muy pomposos, de lo que el cronista de Damasco se ríe irreverentemente, esos títulos son fiel reflejo del lugar preponderante que Zangi ocupa en el mundo árabe. Los frany tiemblan ante la sola mención de su nombre. Su desconcierto es tanto mayor cuanto que el rey Foulques ha muerto poco antes de la caída de Edesa, dejando dos hijos menores de edad. Su mujer, que desempeña el cargo de regente, se ha apresurado a enviar emisarios al país de los frany para llevar las noticias del desastre que acaba de sufrir su pueblo. *Hicieron entonces en todos sus territorios —dice Ibn al-Qalanisi— llamamientos para que la gente corriera al asalto de la tierra del Islam.*

Como para confirmar los temores de los occidentales, Zangi regresa a Siria tras su victoria, haciendo correr la voz de que está preparando una ofensiva de gran envergadura contra las principales ciudades en poder de los frany. Al principio, tales proyectos reciben una acogida entusiasta en las ciudades sirias. Pero, poco a poco, los damascenos empiezan a preguntarse por las auténticas intenciones del atabeg, que se ha instalado en Baalbek, como hizo ya en 1139, para construir gran cantidad de máquinas de sitio. ¿No será a los propios damascenos a quienes tiene la intención de atacar con el pretexto del yihad?

Nunca se sabrá, pues en enero de 1146, cuando parece tener terminados los preparativos para la campaña de primavera, Zangi se ve obligado a emprender de nuevo la marcha hacia el norte: sus espías lo han informado de que, en Edesa, Jocelin ha urdido un complot con algunos de sus amigos armenios que han permanecido en la ciudad para matar a la guarnición turca. En cuanto regresa a la ciudad conquistada, el atabeg toma las riendas de la situación, ejecuta a los partidarios del antiguo conde y, para reforzar el partido antifranco en el seno de la población, instala en Edesa a trescientas familias judías con cuyo apoyo puede contar incondicionalmente.

Esta alarma convence a Zangi de que más vale renunciar, al menos de momento, a extender sus dominios y dedicarse a consolidarlos. En el camino principal de Alepo a Mosul, hay un emir árabe que controla la poderosa fortaleza de Yaabar situada a orillas del Éufrates y se niega a reconocer la autoridad del atabeg. Como su rebeldía pone en peligro, impunemente, las comunicaciones entre ambas capitales, en junio de 1146 Zangi pone sitio a Yaabar. Espera tomarla en pocos días, pero la empresa se revela más difícil de lo previsto. Transcurren tres largos meses sin que se debilite la resistencia de los sitiados.

Una noche de septiembre, el atabeg se duerme tras haber ingerido grandes cantidades de alcohol. Lo despierta un ruido dentro de la tienda. Al abrir los ojos, divisa a uno de sus eunucos, un tal Yaran-kash, de origen franco, bebiendo vino en su propio cubilete, lo que desata la cólera del atabeg, que jura castigarlo con severidad al día siguiente. Temiendo la ira de su señor, Yaran-kash espera a que vuelva a dormirse, lo apuñala y busca refugio en Yaabar, donde lo cubren de regalos.

Zangi no muere en el acto. Mientras yace semiinconsciente, uno de sus allegados entra en la tienda. Ibn al-Atir contará su testimonio:

Al verme, el atabeg creyó que iba a rematarlo y, haciendo un gesto con el dedo, me pidió gracia. Yo, de la emoción, caí de rodillas y le dije: Señor, ¿quién te ha hecho esto? Pero no pudo contestarme y expiró, ¡Dios tenga misericordia de él!

La trágica muerte de Zangi, al sobrevenir poco después de su triunfo, impresionará a los contemporáneos. Ibn al-Qalanisi comenta el acontecimiento en verso:

La mañana lo mostró tendido en el lecho, allí donde su eunuco lo había degollado,

Y sin embargo dormía en medio de un ufano ejército, rodeado de sus valientes y de los sables de éstos,

Pereció sin que le sirvieran riquezas ni poder,

Sus tesoros han sido presa de los demás, los han despedazado sus hijos y sus adversarios.

Al desaparecer él, sus enemigos se han levantado, sosteniendo la espada que no osaban blandir cuando él estaba presente.

De hecho, en cuanto muere Zangi, empieza la arrebatía. Sus soldados, antaño tan disciplinados, se convierten en una horda de saqueadores incontrolables. Su tesoro, sus armas e incluso sus efectos personales desaparecen :n un abrir y cerrar de ojos. Luego, su ejército empieza a dispersarse. Uno tras otro, los emires reúnen a sus hombres y se apresuran a ocupar alguna fortaleza o a esperar, a buen recaudo, los acontecimientos que se vayan produciendo.

Cuando Muin al-Din Uñar se entera de la muerte de su adversario, sale inmediatamente de Damasco, a la cabeza de sus tropas, y se apodera de Baalbek, restableciendo en unas cuantas semanas su dominio sobre el conjunto de Siria central. Raimundo de Antioquía, reanudando una tradición que parecía olvidada, realiza una incursión hasta las murallas de Alepo. Jocelin intriga una vez más para reconquistar Edesa.

Parece como si hubiera concluido la epopeya del poderoso Estado fundado por Zangi. En realidad, acaba de empezar.

Cuarta parte

La victoria (1146-1187)

Dios mío, concede la victoria al Islam y no a Mahmud. ¿Quién es el perro Mahmud para merecer la victoria?

NUR AL-DIN MAHMUD,
Unificador del Oriente árabe (1117-1174)

Capítulo 8

El santo rey Nur al-Din

Mientras reina la confusión en el campo de Zangi, sólo un hombre permanece imperturbable. Cuenta veintinueve años, es de estatura elevada y de piel oscura, lleva el rostro afeitado salvo en la barbilla, tiene la frente despejada y la mirada dulce y serena. Se acerca al cuerpo aún caliente del atabeg: tembloroso, le toma la mano, le quita el anillo de sello, símbolo del poder, y se lo pone en su propio dedo. Se llama Nur al-Din, es el segundo hijo de Zangi.

He leído las vidas de los soberanos de los tiempos pasados y, salvo entre los primeros califas, no he encontrado ningún hombre que fuera tan virtuoso y tan justo como Nur al-Din. Ibn al-Atir consagrará, con razón, a este príncipe un verdadero culto. Si bien el hijo de Zangi ha heredado las cualidades de su padre —la austeridad, el valor, el sentido del Estado—, no ha conservado ninguno de los defectos que convirtieron al atabeg en persona tan adiada para alguno de sus contemporáneos. Mientras Zangi infundía temor por su truculencia y su total ausencia de escrúpulos, Nur al-Din consigue, desde que aparece en escena, presentarse como un hombre piadoso, reservado, justo, respetuoso con la palabra dada y totalmente entregado al yihad contra los enemigos del Islam.

Y algo aún más importante, y en ello estriba su genio, convertirá sus virtudes en temible arma política. Comprende, a mediados del siglo XII, el insustituible papel que puede desempeñar la movilización psicológica y crea un auténtico aparato propagandístico. Varios cientos de letrados, religiosos en su mayoría, tendrán la misión de ganar para él la activa simpatía del pueblo forzando así a los dirigentes del mundo árabe a alistarse bajo sus banderas. Ibn al-Atir transcribe las quejas de un emir de la Yazira al que «invitó» un día el hijo de Zangi a participar en una campaña contra los frany.

Si no acudo en auxilio de Nur al-Din —dice—, me arrebatará mis dominios, pues ya ha escrito a los devotos y a los ascetas para pedirles la ayuda de sus oraciones y animarlos a que inciten a los musulmanes al yihad. En estos momentos, cada uno de estos hombres está sentado con sus discípulos y sus compañeros leyendo las cartas de Nur al-Din, llorando y maldiciéndome. Si quiero evitar el anatema, tengo que acceder a su petición.

Además, Nur al-Din supervisa personalmente su aparato propagandístico. Encarga poemas, cartas, libros y vela por que se difundan en el momento oportuno para producir el efecto deseado. Los principios que defiende son sencillos: una sola religión, el Islam sunní, lo que implica una encarnizada lucha contra todas las «herejías»; un solo Estado, para cercar a los frany por todas partes; un solo objetivo, el yihad, para reconquistar los territorios ocupados y sobre todo, liberar Jerusalén. Durante los veintiocho años de su reinado, Nur al-Din incitará a varios ulemas a que escriban tratados que alaben los méritos de la ciudad santa, al-Quds, y se organizarán sesiones públicas de lectura en las mezquitas y escuelas.

Nadie olvida, en tales ocasiones, elogiar a Nur al-Din, el muyahid supremo y musulmán irreprochable. Pero este culto a la personalidad es tanto más hábil y eficaz cuanto que está paradójicamente basado en la humildad y la austeridad del hijo de Zangi.

Según

Ibn al-Atir:

La mujer de Nur al-Din se quejó una vez de que no tenía dinero suficiente para cubrir sus necesidades. Le asignó tres tiendas de las que era propietario en Homs, que daban unos veinte dinares al año. Como a ella le pareció que no era bastante, le contestó: «No tengo nada más. En lo que se refiere a todo el dinero de que dispongo, sólo soy el tesorero de los musulmanes y no tengo intención de traicionarlos ni de arrojarme al fuego del infierno por tu culpa.»

Tales palabras, profusamente divulgadas, resultan particularmente comprometedoras para los príncipes de la región que viven entre lujos y presionan a sus súbditos para arrebatarles todos sus ahorros. De hecho, la propaganda de Nur al-Din resalta continuamente las supresiones de impuestos que efectúa de forma generalizada en los territorios sometidos a su autoridad.

El hijo de Zangi, además de comprometedor para sus adversarios, lo es también con frecuencia para sus propios emires. Con el tiempo se irá volviendo cada vez más estricto en lo que a los preceptos religiosos se refiere. No contento con prohibirse el alcohol a sí mismo, se lo prohíbe por completo a su ejército, «así como el tamboril, la flauta y otros objetos que desagradan a Dios», especifica Kamal al-Din, el cronista de Alepo, que añade: «Nur al-Din desechó cualquier ropaje lujoso para cubrirse de ásperos tejidos.» Está claro que los oficiales turcos, acostumbrados a la bebida y las vestiduras suntuosas, no siempre se sienten a gusto con este señor que casi nunca sonríe y prefiere a cualquier otra la compañía de los ulemas con sus turbantes.

Aún menos reconfortante para los emires resulta esa tendencia que tiene el hijo de Zangi a renunciar a su título de Nur al-Din, «luz de la religión», por su nombre personal, Mahmud. «Dios mío —rezaba antes de las batallas—, concede la victoria al Islam y no a Mahmud. ¿Quién es el perro Mahmud para merecer la victoria?» Tales demostraciones de humildad van a granjearle la simpatía de los débiles y de las personas piadosas, pero los poderosos no vacilarán en decir que se trata de hipocresía. Sin embargo, parece cierto que sus convicciones eran sinceras, aun cuando su imagen externa fuera, en parte, un montaje. Sea como fuere, ahí están los resultados: es Nur al-Din quien va a convertir al mundo árabe en una fuerza capaz de aplastar a los frany y es su lugarteniente Saladino quien recogerá los frutos de la victoria.

Al morir su padre, Nur al-Din consigue imponerse en Alepo, lo cual es poca cosa comparado con los enormes dominios que había conquistado el atabeg, pero la propia modestia de esta posesión inicial asegurará la gloria de su reinado. Zangi se había pasado lo esencial de la vida peleando con los califas, los sultanes y los diversos emiratos de Irak y de la Yazira. Una tarea agotadora e ingrata que no le incumbirá a su hijo. Le deja Mosul y su región a su hermano mayor, Sayf al-Din, con el que va a mantener buenas relaciones, lo cual le permite a Nur al-Din tener la seguridad de que cuenta en la frontera oriental con una potencia amiga y dedicarse por completo a los asuntos sirios.

No obstante, cuando llega a Alepo en septiembre de 1146, acompañado de su hombre de confianza, el emir turco Shirkuh, tío de Saladino, su posición no es fácil. No sólo se vive allí de nuevo en el temor de los caballeros de Antioquía, sino que Nur al-Din aún no ha tenido tiempo de extender su autoridad más allá de los muros de su capital cuando vienen a anunciarle, a finales de octubre, que Jocelin ha conseguido reconquistar Edesa con ayuda de una parte de la población armenia. No se trata de una ciudad cualquiera, semejante a cuantas se han perdido nada más morir Zangi: Edesa era el símbolo mismo de la gloria del atabeg; su caída replantea todo el futuro de la dinastía. Nur al-Din reacciona con rapidez; cabalgando día y noche, abandonando al borde de los caminos las exhaustas monturas, llega ante Edesa antes de que a Jocelin le haya dado tiempo a organizar la defensa. El conde, cuyo valor no han incrementado las pruebas pasadas, decide huir al caer la noche. A sus partidarios, que intentan seguirlo, los alcanzan y exterminan los jinetes de Alepo.

La rapidez con que se ha aplastado la insurrección concede al hijo de Zangi un prestigio del que andaba muy necesitado su naciente poder. Escarmentado, Raimundo de Antioquía se vuelve menos emprendedor. En cuanto a Uñar, se apresura a proponerle al señor de Alepo la mano de su hija.

El contrato matrimonial se redactó en Damasco —especifica Ibn al-Qalanisi— en presencia de los enviados de Nur al-Din; se empezó en el acto a confeccionar el ajuar y, en cuanto estuvo listo, los enviados se pusieron en camino para regresar a Alepo.

La situación de Nur al-Din en Siria está ya firmemente establecida; pero, comparados con el peligro que se esboza en el horizonte, los complots de Jocelin, las razzias de Raimundo y las intrigas del viejo zorro de Damasco parecerán pronto irrisorias.

Llegaron a Constantinopla noticias sucesivas del territorio de los frany, así como de las comarcas vecinas, que decían que los reyes de los frany estaban llegando de su país para atacar la tierra del Islam. Habían dejado sus provincias vacías, privadas de defensores, y habían traído consigo riquezas, tesoros y un material inconmensurable. Se decía que llegaban al millón de soldados de infantería y de jinetes, e incluso más.

Cuando escribe estas líneas, Ibn al-Qalanisi tiene setenta y cinco años y recuerda, sin duda, que, medio siglo antes, ya ha tenido que narrar, con palabras casi iguales, un acontecimiento del mismo tipo.

De hecho, la segunda invasión franca, provocada por la caída de Edesa, en principio parece una nueva edición de la primera. Innúmeros combatientes irrumpen en Asia Menor en el otoño de 1147 llevando, una vez más, cosidos a la espalda, trozos de tela en forma de cruz. Al cruzar Dorilea, donde había acontecido la histórica derrota de Kiliy Arslan, el hijo de éste, Masud, los espera para vengarse con cincuenta años de retraso. Les tiende una serie de emboscadas y les inflige golpes particularmente duros. *No dejaban de anunciar que su número iba disminuyendo, de forma que los ánimos se tranquilizaron algo.* Ibn al-Qalanisi añade, sin embargo, que después de todas las pérdidas que habían sufrido, se decía que los frany eran unos cien mil. Está claro que no hay tampoco que dar por buenas estas cifras. Como todos sus contemporáneos, el cronista de Damasco no rinde culto a la precisión y, de todas

formas, no tiene ningún modo de comprobar sus estimaciones. Sin embargo, hay que destacar las precauciones verbales de Ibn al-Qalanisi, que añade «se decía» cada vez que una cantidad le parece sospechosa. Aunque Ibn al-Atir no tenga tales escrúpulos, cada vez que presenta su interpretación personal de un acontecimiento tiene buen cuidado de terminar con «Allahu aalam», «sólo Dios lo sabe».

Sea cual fuere el número exacto de los nuevos invasores francos, lo cierto es que sus fuerzas, sumadas a las de Jerusalén, Antioquía y Trípoli, son como para inquietar al mundo árabe, que observa sus movimientos con temor. Una y otra vez se formula una pregunta: ¿qué ciudad van a atacar primero? Lógicamente, deberían empezar por Edesa. ¿Acaso no han venido a vengar su caída? Pero igualmente podrían tomarla con Alepo, golpeando, de esta forma, en la cabeza al creciente poder de Nur al-Din, para que Edesa caiga por sí sola. De hecho, no atacarán a ninguna de las dos. *Tras largas disputas entre sus reyes —dice Ibn al-Qalanisi—, acabaron por ponerse de acuerdo para atacar Damasco, y están tan seguros de apoderarse de ella que se reparten de entrada sus dependencias.*

¿Atacar Damasco? ¿Atacar la ciudad de Muin al-Din Uñar, el único dirigente musulmán que tiene un tratado de alianza con Jerusalén? ¡No podían prestarle mejor servicio los frany a la resistencia árabe! Sin embargo, retrospectivamente, parece que los poderosos reyes que mandaban aquellos ejércitos de frany juzgaron que sólo la conquista de una ciudad prestigiosa como Damasco justificaba su desplazamiento hasta Oriente. Los cronistas árabes hablan esencialmente de Conrado, emperador de los alemanes, y no mencionan para nada la presencia del rey de Francia, Luis VII, aunque es cierto que se trata de un personaje de escasa envergadura.

En cuanto recibió informaciones acerca de las intenciones de los frany — cuenta Ibn al-Qalanisi—, el emir Muin al-Din empezó los preparativos para atajar su maldad. Fortificó todos los lugares donde se podía esperar un ataque, dispuso soldados en los caminos, cegó los pozos y destruyó las aguadas de los alrededores de la ciudad.

El 24 de julio de 1148, las tropas de los frany llegan ante Damasco seguidas de auténticas columnas de camellos cargados con sus pertrechos. Los damascenos salen de su ciudad a cientos para enfrentarse a los invasores. Entre ellos se halla un teólogo muy anciano de origen magrebí, al-Findalawi.

Al verlo avanzar a pie, Muin al-Din se le acercó —contará Ibn al-Atir—, lo saludó y le dijo: «Oh venerable anciano, tu avanzada edad te dispensa del combate. A nosotros corresponde defender a los musulmanes.» Le pidió que volviera sobre sus pasos, pero Al-Findalawi se negó, diciendo: «Me he vendido a Dios y me ha comprado.» Se refería así a las palabras del Altísimo: «Dios ha comprado a los creyentes sus personas y sus bienes para darles el paraíso a cambio.» Al-Findalawi siguió avanzando y combatió contra los frany hasta que cayó bajo sus golpes.

A este martirio seguirá pronto el de otro asceta, un refugiado palestino llamado al-Halhuli. Pero, a pesar de estos actos heroicos, no se puede atajar el avance de los frany. Se esparcieron por la llanura del Ghuta e instalaron sus tiendas, acercándose incluso, en varios puntos, a las murallas. Al atardecer de este primer día de combate, los damascenos, temiendo lo peor, empezaron a levantar barricadas en las calles.

El día siguiente, 25 de julio, *era domingo* —cuenta Ibn al-Qalanisi— *y los habitantes efectuaron salidas desde el amanecer. El combate no cesó hasta la caída de la tarde, cuando todos estuvieron agotados. Cada cual volvió entonces hacia sus posiciones. El ejército de Damasco pasó la noche frente a los frany y los ciudadanos permanecieron en los muros montando guardia y vigilando, pues veían al enemigo muy cerca.*

El lunes por la mañana, los damascenos recuperan la esperanza al ver aparecer por el norte sucesivas oleadas de jinetes turcos, kurdos y árabes. Uñar ha escrito a todos los príncipes de la región para pedirles refuerzos y éstos empiezan a llegar a la ciudad sitiada. Se anuncia que al día siguiente llegará Nur al-Din al frente del ejército de Alepo, así como su hermano Sayf al-Din con el de Mosul. Cuando se van acercando, Muin al-Din envía, según Ibn al-Atir, *un mensaje a los frany extranjeros y otro a los de Siria*. Con los primeros emplea un lenguaje simplista: *El rey de Oriente está a punto de llegar; si no os vais, le entrego la ciudad y lo lamentaréis*. Con los otros, los «colonos», utiliza un lenguaje diferente: *¿Os habéis vuelto locos para ayudar a estas gentes contra nosotros? ¿No os habéis dado cuenta de que, si triunfan en Damasco, intentarán arrebataros vuestras propias ciudades? En cuanto a mí, si no consigo defender la ciudad, se la entregaré a Sayf al-Din, y ya sabéis que, si toma Damasco, ya no podréis manteneros en Siria*.

El éxito de la maniobra de Uñar es inmediato. Llega a un acuerdo secreto con los frany locales, que se encargan de convencer al rey de los alemanes de que se aleje de Damasco antes de que lleguen las tropas de refuerzo; para asegurar el éxito de sus intrigas diplomáticas, reparte importantes alborques al tiempo que esparce por las hueras que circundan la capital cientos de francotiradores que se emboscan y acosan a los frany. Ya el lunes por la noche, las disensiones suscitadas por el viejo turco empiezan a surtir efecto. Los sitiadores que, bruscamente desmoralizados, se han decidido a realizar una retirada táctica para reagrupar a sus fuerzas, se ven acosados por los damascenos en una llanura abierta por los cuatro costados, sin la menor aguada a su disposición. Al cabo de unas horas, su situación se vuelve tan insostenible que sus reyes ya no piensan en tomar la metrópoli siria sino en salvar a sus tropas y a sus personas de la destrucción. El martes por la mañana, los ejércitos francos retroceden hacia Jerusalén perseguidos por los hombres de Muin al-Din.

Decididamente, los frany ya no son lo que eran. La incuria de los dirigentes y la desunión de los jefes militares parece no ser ya el triste privilegio de los árabes. Los damascenos están estupefactos: *¿es posible que la poderosa expedición franca que hace temblar a Oriente desde hace meses esté en plena descomposición tras menos de cuatro días de combate? Pensaron que estaban preparando una trampa* dice Ibn al-Qalanisi. Pero no hay tal. La nueva invasión franca ha terminado por completo. *Los frany alemanes* —dirá Ibn al-Atir— *se volvieron a su país que está allá, detrás de Constantinopla, y Dios libró a los creyentes de esa calamidad*.

La sorprendente victoria de Uñar va a dar realce a su prestigio y a hacer olvidar sus pasados compromisos con los invasores. Pero Muin al-Din está viviendo los últimos días de su carrera. Muere un año después de la batalla. *Un día que había comido copiosamente, como solía, se vio aquejado de una indisposición. Se supo que tenía disentería* —especifica Ibn al-Qalanisi— *una temible enfermedad que pocas veces se cura*. Al morir, el poder recayó en el soberano nominal de la ciudad, Abaq, descendiente de Toghtekin, un joven de dieciséis años, no demasiado inteligente, que jamás logrará volar con sus propias alas.

El auténtico triunfador de la batalla de Damasco es indudablemente Nur al-Din. En junio de 1149 consigue aplastar al ejército del príncipe de Antioquía, Raimundo, al que Shirkuh, el tío de Saladino, mata con sus propias manos. Este último le corta la

cabeza y se la envía, como era costumbre, al califa de Bagdad en una arquilla de plata. Habiendo alejado de este modo cualquier amenaza franca del norte de Siria, el hijo de Zangi tiene las manos libres para dedicar en adelante todos sus esfuerzos a la realización del antiguo sueño paterno: la conquista de Damasco. En 1140, la ciudad había preferido aliarse con los frany antes que someterse al brutal yugo de Zangi. Pero las cosas han cambiado. Muin al-Din ha muerto, el comportamiento de los occidentales ha desengañado a sus más ardientes partidarios y, sobre todo, la reputación de Nur al-Din no se parece en nada a la de su padre. No quiere violar a la orgullosa ciudad de los Omeyas sino seducirla.

Al llegar, al frente de sus tropas, a las huertas que circundan la ciudad, se preocupa más de ganarse la simpatía de la población que de preparar un asalto. *Nur al-Din* — cuenta Ibn al-Qalanisi— *se mostró bondadoso con los campesinos e hizo que su presencia no les pesara; por dolerse oró a Dios en su favor, en Damasco y en sus dependencias.* Cuando, poco después de su llegada, abundantes lluvias pusieron fin a un largo período de sequía, las genes le atribuyen tal mérito. «Gracias a él —dijeron—, a su justicia y a su conducta ejemplar.»

Aunque sus ambiciones sean evidentes, el señor de Alepo se niega a aparecer como un conquistador.

No he venido a acampar a este lugar con la intención de guerrear con vosotros o de ponerlos sitio —escribe en una carta a los dirigentes de Damasco—. Lo único que me ha movido a actuar así son las quejas de los musulmanes, pues los frany han despojado de todos sus bienes a los campesinos y los han separado de sus hijos y no tienen a nadie que los defiendan. Por el poder que Dios me ha confiado para socorrer a los musulmanes y hacer la guerra a los infieles, dada la cantidad de hombres y bienes de que dispongo, no me es dado descuidar a los musulmanes y no salir en defensa suya. Tanto más cuanto que conozco vuestra incapacidad para proteger vuestras provincias y vuestra humillación que os lleva a pedir ayuda a los frany y a entregarles los bienes de vuestros súbditos más pobres, a los que perjudicáis de forma criminal. ¡Y ello no agrada a Dios ni a ningún musulmán!

Esta carta revela toda la sutileza de la estrategia del nuevo señor de Alepo, que se presenta como defensor de los damascenos, en particular de los más necesitados, e intenta claramente que se subleven contra sus señores. La respuesta de estos últimos es tan destemplada que contribuye a aproximar a los ciudadanos al hijo de Zangi: «Entre tú y nosotros, no hay ya más que el sable. Los frany van a venir para ayudarnos a defendernos.»

A pesar de las simpatías de que goza entre la población, Nur al-Din prefiere no enfrentarse con las fuerzas reunidas de Jerusalén y Damasco y acepta retirarse hacia el norte no sin haber conseguido que, en las mezquitas, se cite su nombre en los sermones inmediatamente después de los del califa y el sultán y que la moneda se acuñe a su nombre, una manifestación de vasallaje que utilizaban con frecuencia las ciudades musulmanas para apaciguar a sus conquistadores.

A Nur al-Din le parece alentador este triunfo a medias. Un año después, vuelve con sus tropas a las cercanías de Damasco y hace llegar una nueva carta a Abaq y a los demás dirigentes de la ciudad: *Sólo deseo el bienestar de los musulmanes, el yihad contra los infieles y la liberación de aquellos a los que mantienen prisioneros. Si os ponéis de mi parte con el ejército de Damasco, si nos ayudamos mutuamente para dirigir el yihad, mis deseos se verán colmados.* Por toda respuesta, Abaq recurre de

nuevo a los frany, que se presentan bajo el mando de su joven rey Balduino III, hijo de Foulques, y se instalan a las puertas de Damasco durante algunas semanas. Incluso se permite a sus caballeros que circulen por los zocos, lo que no deja de crear cierta tensión entre la población de la ciudad, que no ha olvidado aún a sus hijos caídos tres años antes.

Nur al-Din, prudentemente, sigue evitando todo enfrentamiento con los aliados. Aleja a sus tropas de Damasco, esperando que los frany vuelvan a Jerusalén. Para í, la batalla es ante todo política. Le saca el mejor partido posible a la amargura de los ciudadanos; hace llegar multitud de mensajes a los notables damascenos y a los religiosos para denunciar la traición de Abaq. Entra incluso en contacto con muchos militares exasperados por la abierta colaboración con los frany. Para el hijo de Zangi ya no se trata sólo de suscitar protestas que entorpezcan la labor de Abaq, sino de organizar, en el interior de la ciudad que codicia, una red de complicidades que pueda obligar a Damasco a capitular. Le confía tan delicada misión al padre de Saladino. En 1153, tras un hábil trabajo de organización, Ayyub acaba por conseguir la neutralidad amistosa de la milicia urbana cuyo comandante es el hermano pequeño de Ibn al-Qalanisi. Altas personalidades del ejército adoptan la misma actitud, lo que, de día en día, va reforzando el aislamiento de Abaq. A éste sólo le queda un pequeño grupo de emires que lo animan a que se mantenga firme. Decidido a librarse de estos últimos irreductibles, Nur al-Din hace llegar al señor de Damasco informaciones falsas que revelan un complot tramado por los que lo rodean. Sin investigar en demasía la exactitud de tales informaciones, Abaq se apresura a mandar ejecutar o encarcelar a varios de sus colaboradores. Ya está completamente aislado.

Última operación: Nur al-Din intercepta súbitamente todos los convoyes de víveres que se dirigen hacia Damasco. El precio de un saco de trigo pasa, en dos días, de medio diñar a veinticinco dinares y la población empieza a temer la escasez de alimentos. Ya sólo les queda a los agentes del señor de Alepo convencer a la opinión de que no habría penuria alguna si Abaq no hubiera optado por aliarse con los frany en contra de sus correligionarios de Alepo.

El 18 de abril de 1154, Nur al-Din vuelve con sus tropas ante Damasco. Abaq envía una vez más un mensaje urgente a Balduino. Pero al rey de Jerusalén no le va a dar tiempo a llegar.

El domingo 25 de abril dan el asalto final, al este de la ciudad.

No había nadie en los muros —cuenta el cronista de Damasco—, ni soldados ni ciudadanos, a no ser un puñado de turcos encargados de custodiar una torre. Uno de los soldados de Nur al-Din se abalanzó hacia una muralla en lo alto de la cual estaba una mujer judía que le arrojó una cuerda. La utilizó para trepar, llegó a lo alto de la muralla sin que nadie se diera cuenta y lo siguieron algunos de sus compañeros que izaron una bandera, la colocaron sobre la muralla y empezaron a gritar: «¡Ya mansur! ¡Oh victorioso!» Las tropas de Damasco y la población renunciaron a cualquier resistencia a causa de la simpatía que sentían por Nur al-Din, su justicia y su buena reputación.

Un zapador corrió hacia la puerta del Este, bab-Sarki, con un pico y rompió la cerradura. Los soldados entraron por ella y se diseminaron por las principales arterias sin encontrar oposición. La puerta de Tomás, bab-Thuma, también les fue franqueada a las tropas. Finalmente, el rey Nur al-Din entró acompañado de su séquito, con gran alegría por parte de los habitantes y de los soldados que estaban obsesionados por el miedo a la falta de alimentos, así como por el temor de verse sitiados por los frany infieles.

Generoso en la victoria, Nur al-Din les ofrece a Abaq y a sus allegados feudos en la región de Homs y deja que luyan con todos sus bienes.

Sin combate, sin derramar sangre, Nur al-Din ha conquistado Damasco más por la persuasión que por las armas. La ciudad que llevaba resistiendo desde hacía un cuarto de siglo a cuantos intentaban dominarla, ya fuesen los asesinos, los frany o Zangi, se había dejado seducir por la suave firmeza de un príncipe que prometía a la vez garantizar su seguridad y respetar su independencia. No lo lamentará y vivirá, gracias a él y a sus sucesores, uno de los períodos más gloriosos de su historia.

Al día siguiente de su victoria, Nur al-Din reúne a ulemas, cadíes y comerciantes y los tranquiliza, no sin mandar que le traigan copiosas existencias de víveres y suprimir algunas tasas que pesaban sobre el mercado de rutas, el zoco de verduras y la distribución del agua. En este sentido, se redacta un decreto al que se da lectura el siguiente viernes, desde el púlpito, después de la oración. A sus ochenta y un años, Ibn al-Qalanisi sigue presente y puede asociarse a la alegría de sus conciudadanos. *La población aplaudió —narra—. Los ciudadanos, los campesinos, las mujeres, los vendedores ambulantes, todo el mundo elevó públicamente oraciones a Dios para que concediera larga vida a Nur al-Din y para que sus banderas siempre fueran victoriosas.*

Por vez primera desde el principio de las guerras francas, las dos grandes metrópolis sirias, Alepo y Damasco, se hallan reunidas en el seno de un mismo Estado, bajo la autoridad de un príncipe de treinta y siete años firmemente decidido a consagrarse a la lucha contra el ocupante. De hecho, toda la Siria musulmana está unificada ya, con excepción del pequeño emirato de Shayzar, donde la dinastía de los Munqiditas aún consigue preservar su autonomía. No por mucho tiempo, ya que la historia de este pequeño Estado está abocada a verse interrumpida de la forma más brusca e imprevista que darse pueda.

En agosto de 1157, mientras que los rumores que corren por Damasco parecen presagiar una próxima campaña de Nur al-Din contra Jerusalén, un terremoto de gran violencia devasta toda Siria y siembra la muerte tanto entre los árabes como entre los frany. En Alepo, varias torres de la muralla se vienen abajo y la aterrorizada población se dispersa por la campiña circundante. En Harrán, la tierra se abre y por la inmensa brecha que así se forma vuelven a la superficie los vestigios de una antigua ciudad. En Trípoli, Beirut, Tiro, Homs y Maarat, ya no se cuentan los muertos ni los edificios destruidos.

Pero hay dos ciudades más afectadas que las demás por el cataclismo: Hama y Shayzar. Cuentan que un maestro de Hama, que había salido de clase e ido a un solar para atender una necesidad urgente, se encontró, al volver, la escuela destruida y a todos los alumnos muertos. Aterrado, se sentó en los escombros preguntándose cómo les iba a dar la noticia a los padres, pero no había sobrevivido ninguno para ir a reclamar a su hijo.

En Shayzar, ese mismo día, el soberano de la ciudad, el emir Muhammad Ibn Sultán, primo de Usama, organiza una recepción en la alcazaba para celebrar la circuncisión de su hijo. Todos los dignatarios de la ciudad estaban allí reunidos, así como los miembros de la familia reinante, cuando, repentinamente, se puso a temblar la tierra, derrumbándose las paredes, y quedando diezmada la concurrencia. El emirato de los Munqiditas ha dejado de existir. Usama, que se halla a la sazón en Damasco, es uno de los pocos miembros de la familia que sobrevive. Presa de la emoción, escribirá: *La muerte no ha caminado paso a paso para matar a los de mi raza, para acabar con ellos le dos en dos o con cada uno por separado. Han muerto*

tolos en un abrir y cerrar de ojos y sus palacios se han convertido en sus tumbas. Y añade luego con amargura: Este país de indiferentes no ha sido presa de los terremotos más me para despertar de su embotamiento.

El drama de los Munqiditas va a inspirar a los contemporáneos numerosas reflexiones acerca de la futilidad de las cosas humanas, pero el cataclismo va a ser también, más prosaicamente, la ocasión para algunos de conquistar o saquear sin esfuerzo ciudades asoladas o fortalezas de derruidos muros. En particular, tanto los asesinos como los frany atacan inmediatamente Shayzar antes de que la tome el ejército de Alepo. En octubre de 1157, cuando va de ciudad en ciudad para supervisar la reparación de las murallas, Nur al-Din cae enfermo. El médico damasceno Ibn al-Waqqar, que lo sigue en todos sus desplazamientos, se muestra pesimista. El príncipe pasa año y medio entre la vida y la muerte, que aprovecharán los frany para ocupar algunas fortalezas y hacer razzias por los alrededores de Damasco. pero Nur al-Din aprovecha este período de inactividad para reflexionar acerca de su destino. Durante la primera parte de su reinado, ha conseguido reunir bajo su égida a la Siria musulmana y acabar con las luchas intestinas que la debilitaban. A partir de ahora, será necesario llevar adelante el yihad para volver a conquistar las grandes ciudades que ocupan los frany. Algunos de sus allegados, sobre todo los de Alepo, le sugieren que empiece por Antioquía, pero quedan muy sorprendidos ante la oposición de Nur al-Din. Éste les explica que históricamente esa ciudad pertenece a los rum. Cualquier tentativa de apoderarse de ella incitaría al imperio a ocuparse directamente de los asuntos sirios, lo que obligaría a los ejércitos musulmanes a pelear en dos frentes. Insiste en que no hay que provocar a los rum sino, más bien, intentar recuperar alguna ciudad importante de la costa o incluso, si Dios lo permite, Jerusalén.

Desgraciadamente para Nur al-Din, los acontecimientos no van a tardar en justificar sus temores. En 1159, cuando apenas empieza a recuperarse, se entera de que un poderoso ejército bizantino, al mando del emperador Manuel, hijo y sucesor de Juan Comneno, se ha reunido al norte de Siria. Nur al-Din manda sin tardanza embajadores al encuentro del emperador para darle cortésmente la bienvenida. El *basileus*, hombre majestuoso, sabio, interesadísimo por la medicina, los recibe y proclama su intención de mantener con su señor las relaciones más amistosas que darse puedan. Asegura que, si ha ido a Siria, ha sido únicamente para dar una lección a los señores de Antioquía. Se recordará que el padre de Manuel había llegado, arguyendo idénticas razones, veintidós años antes, lo cual no le había impedido aliarse con los occidentales contra los musulmanes. Y, sin embargo, los emisarios de Nur al-Din no ponen en duda la palabra del *basileus*. Saben qué rabia invade a los rum cada vez que se menciona el nombre de Reinaldo de Châtillon, ese caballero que desde 1153 dirige los destinos del principado de Antioquía, hombre brutal, arrogante, cínico y despectivo, que un día va a simbolizar para los árabes toda la maldad de los frany y al que Saladino jurará matar con sus propias manos.

El príncipe Reinaldo, el «brins Arnat» de los cronistas, ha llegado a Oriente en 1147 con la mentalidad ya anacrónica de los primeros invasores: sediento de oro, de sangre y de conquista. Poco después de la muerte de Raimundo de Antioquía, ha conseguido seducir a su viuda y luego casarse con ella, convirtiéndose así en el señor de la ciudad. Muy pronto, sus abusos lo vuelven odioso no sólo para sus vecinos de Alepo sino también para los rum y para sus propios súbditos. En 1156, so pretexto de que Manuel se niega a pagarle una suma prometida, decide vengarse lanzando una expedición de castigo contra la isla bizantina de Chipre y le pide al patriarca de Antioquía que financie la expedición. Como el prelado se mostraba recalcitrante, Reinaldo lo mete en la cárcel, torturándolo y, tras haberle untado las heridas de miel,

lo encadena y expone al sol durante todo un día, dejando que miles de insectos se ensañen en su cuerpo.

Como es lógico, el patriarca ha acabado por abrir sus arcas y el príncipe ha reunido una flotilla y ha desembarcado en las costas de la isla mediterránea, aplastando sin dificultad a la pequeña guarnición bizantina y soltando a sus hombres por la isla. Chipre no se repondrá nunca de lo que le sucedió aquella primavera de 1156. De norte a sur, devastaron sistemáticamente todos los campos cultivados, acabaron con todos los rebaños, saquearon todos los palacios, iglesias y conventos, mientras que destruían en el sitio o incendiaban cuanto no podían llevarse. Violaron a las mujeres, degollaron a los ancianos y a los niños, se llevaron a los hombres ricos como rehenes y decapitaron a los pobres. Antes de partir, cargado con el botín, Reinaldo mandó reunir a todos los sacerdotes y monjas griegos e hizo que les cortaran la nariz antes de enviarlos, mutilados, a Constantinopla.

Manuel tiene que responder, aunque como heredero de los emperadores romanos no puede hacerlo con un vulgar golpe de mano. Lo que pretende es restablecer su prestigio humillando públicamente al caballero-bandido de Antioquía. Reinaldo, que sabe que cualquier resistencia es inútil, decide, en cuanto se entera de que el ejército imperial está camino de Siria, pedir perdón. Tan bien dotado para el servilismo como para la arrogancia, se presenta en el campamento de Manuel descalzo, vestido como un mendigo, y se arroja de bruces ante el trono imperial.

Los embajadores de Nur al-Din están presentes y asisten a la escena. Ven al «brins Arnat» echado en el polvo, a los pies del *basileus* que, como si no lo viera, sigue charlando tranquilamente con los invitados y deja pasar unos minutos antes de dignarse lanzar una mirada a su adversario, indicándole con gesto condescendiente que se levante.

Reinaldo conseguirá el perdón y podrá, por tanto, conservar su principado, pero su prestigio en el norte de Siria quedará empañado para siempre. Por otra parte, los soldados de Alepo lo capturan al año siguiente durante una operación de saqueo que estaba efectuando al norte de la ciudad, lo que le costará dieciséis años de cautividad antes de volver al escenario donde el destino lo elige para interpretar el más odioso de los papeles.

En lo que a Manuel se refiere, tras esta expedición, su autoridad es cada vez mayor. Consigue imponer su soberanía tanto en el principado franco de Antioquía como en los Estados turcos de Asia Menor y vuelve a dar, de esta manera, un papel determinante al imperio en los asuntos de Siria. Este resurgir del poderío militar bizantino, el último de la Historia, trastoca, a corto plazo, los platos del conflicto que enfrenta a los árabes con los frany. La constante amenaza que representan los rum en sus fronteras impide a Nur al-Din lanzarse a la ambiciosa empresa de reconquista que deseaba. Al mismo tiempo, como el poder del hijo de Zangi impide a los frany cualquier veleidad de expansión, la situación en Siria se encuentra, por así decirlo, bloqueada.

Sin embargo, como si las contenidas energías de los árabes y de los frany intentaran desfogarse de golpe, el eso de la guerra se va a desplazar a un nuevo teatro de operaciones: Egipto.

Capítulo 9

La embestida hacia el Nilo

«Mi tío Shirkuh se volvió hacia mí y dijo: "¡ Yusuf, recoge tus cosas que nos vamos!" Al recibir esta orden, sentí como si me dieran una puñalada en el corazón y contesté: "¡Por Dios, así me dieran todo el reino de Egipto, no iría!"»

El hombre que así habla no es otro que Saladino; cuenta los principios, cuando menos tímidos, de la aventura que lo convertirá en uno de los soberanos más prestigiosos de la Historia. Con la admirable sinceridad que caracteriza todas sus palabras, Yusuf se guarda muy mucho de atribuirse el mérito de la epopeya egipcia. «Al fin, acompañé a mi tío —añade—; conquistó Egipto y luego murió. Dios me puso entonces entre las manos un poder que yo no me esperaba en absoluto.» En realidad, si Saladino destaca pronto como el gran beneficiario de la expedición egipcia, no va a desempeñar el papel principal. Tampoco Nur al-Din, a pesar de que el país del Nilo se conquista en su nombre.

Esta campaña, que dura desde 1163 hasta 1169, tendrá como protagonistas a tres personajes asombrosos: un visir egipcio, Shawar, cuyas intrigas demoníacas asolarán la región, un rey franco, Amalrico, tan obsesionado por la idea de conquistar Egipto que invadirá este país cinco veces en seis años, y un general kurdo, Shirkuh, «el león», que se impondrá como uno de los genios militares de su tiempo.

Cuando Shawar toma el poder en El Cairo, en diciembre de 1162, alcanza una dignidad y un puesto que le procuran honores y riquezas, pero no ignora la otra cara de la moneda: de los quince dirigentes que lo han precedido en el mando de Egipto, sólo uno ha salido con vida. A todos los demás, según los casos, los han ahorcado, decapitado, apuñalado, crucificado, envenenado o han muerto linchados por la muchedumbre; a uno lo mató su hijo adoptivo, a otro su propio padre. Lo cual significa que no hay que buscar en este curtido emir de canosas sienes rastros de ningún tipo de escrúpulo. En cuanto llega al poder, le falta tiempo para acabar por completo con su antecesor y toda su familia, apoderarse de su oro, de sus joyas y sus palacios.

Sin embargo, la rueda de la fortuna sigue girando: transcurridos menos de nueve meses de gobierno, al nuevo visir lo derroca, a su vez, uno de sus lugartenientes, un al Dirgham. Al haber sido advertido con tiempo, Shawar consigue salir de Egipto sano y salvo y refugiarse en Siria, donde intenta conseguir el apoyo de Nur al-Din para recuperar el poder. Aunque su visitante sea inteligente y hable bien, al principio el hijo de Zangi no lo escucha con demasiada atención. Pero, muy pronto, los acontecimientos lo obligan a cambiar de actitud.

Pues en Jerusalén se están siguiendo muy de cerca los cambios cuyo escenario es El Cairo. Desde febrero de 1162, los frany tienen un nuevo rey dotado de indomable ambición: «Morri», Amalrico, segundo hijo de Foulques. Visiblemente influido por la propaganda de Nur al-Din, este monarca de veintiséis años intenta dar de sí mismo la imagen de un hombre sobrio, piadoso, aficionado a las lecturas religiosas y preocupado por la justicia. Pero la semejanza es sólo aparente. El rey franco es más osado que prudente y, a pesar de su elevada estatura y de su abundante cabellera, carece por completo de majestad en el porte. De hombros anormalmente estrechos, aquejado con frecuencia de accesos de hilaridad tan largos y escandalosos que turban a quienes lo rodean, padece también una tartamudez que no facilita sus

relaciones con los demás. Sólo la idea fija que lo anima —la conquista de Egipto— y su incansable empeño en ella dan a Morri una innegable talla.

Cierto es que el asunto parece tentador. Desde que, en 1153, los caballeros occidentales se han apoderado de Ascalón, último bastión fatimita de Palestina, tienen abierto el camino hacia el país del Nilo. Los sucesivos visires, demasiado ocupados en pelear con sus rivales, han adoptado la costumbre, desde 1160, de pagar un tributo anual a los frany para que se abstengan de intervenir en sus asuntos. Nada más caer Shawar, Amalrico ha aprovechado la confusión que reina en el país del Nilo para invadirlo, con el simple pretexto de que la suma convenida, sesenta mil dinares, no se ha pagado a tiempo. Cruzando el Sinaí, siguiendo la costa mediterránea, ha puesto sitio a la ciudad de Bilbays, situada en un brazo del río —que se secará durante los siglos siguientes. Los defensores de la ciudad están a la vez estupefactos y divertidos al ver cómo los frany instalan sus máquinas de asedio alrededor de los muros, pues estamos en septiembre y el río empieza a crecer. A las autoridades les basta, pues, con mandar romper unos diques para que los guerreros de Occidente se vean poco a poco rodeados de agua: apenas si tienen tiempo de huir y volver a Palestina. La primera invasión se ha visto interrumpida, pero ha tenido el mérito de revelar a Alepo y a Damasco las intenciones de Amalrico.

Nur al-Din vacila, no tiene deseo alguno de dejarse arrastrar hacia el resbaladizo terreno de las intrigas caiotas, sobre todo porque, al ser un ferviente sunní, siente una no disimulada desconfianza por todo lo que se refiere al califato chiita de los fatimitas, pero, por otra parte, no quiere que Egipto, con sus riquezas, se incline del lado de los frany, que se convertirían, de ese modo, en la mayor potencia de Oriente. Ahora bien, vista la anarquía que reina allí, El Cairo no podrá resistir mucho frente a la determinación de Amalrico. Como es lógico, Shawar elogia de muy buen grado, frente a su anfitrión, las ventajas de una expedición al país del Nilo. Para hacerle caer en la rampa, promete, si le ayudan a recuperar el poder, pagar todos los gastos de la expedición, reconocer la soberanía del señor de Alepo y de Damasco y enviarle todos los años la tercera parte de los ingresos del Estado. Pero, ante todo, Nur al-Din tiene que contar con sus hombres de confianza, el propio Shirkuh, totalmente partidario de una intervención armada. Demuestra incluso ante este proyecto tal entusiasmo que el hijo de Zangi le da permiso para que organice un cuerpo expedicionario.

Difícilmente podrían imaginarse dos personajes a la vez tan estrechamente unidos y tan diferentes como Nur Din y Shirkuh. Mientras que el hijo de Zangi se ha vuelto, con la edad, cada vez más majestuoso, digno, serio y reservado, el tío de Saladino es un oficial de corta estatura, obeso, tuerto, con el rostro continuamente congestionado por la bebida y los excesos en las comidas. Cuando monta en cólera, vocea como un loco y a veces pierde completamente la cabeza y llega incluso a matar a su adversario. Pero no a todos desagrada su mal genio. Sus soldados adoran a ese hombre que vive constantemente entre ellos, comparte su rancho y sus bromas. En los numerosos combates en los que ha participado en Siria, Shirkuh se ha revelado como un jefe dotado de un inmenso valor físico; la campaña de Egipto va a desvelar sus notables cualidades de estratega, ya que la empresa va a ser, de principio a fin, un auténtico desafío. A los frany les resulta relativamente fácil llegar al país del Nilo. Sólo hay un obstáculo en el camino: la semidesértica extensión del Sinaí. Pero, transportando en camello algunos cientos de odres llenos de agua, los caballeros llegan en tres días a las puertas de Bilbays. Para Shirkuh las cosas resultan menos sencillas. Para ir de Siria a Egipto hay que cruzar Palestina y exponerse a los ataques de los frany.

Por tanto, la salida del cuerpo expedicionario sirio hacia El Cairo, en abril de 1164, implica un auténtico montaje teatral. Mientras que el ejército de Nur al-Din realiza una diversión para atraer a Amalrico y a sus caballeros hacia el norte de Palestina,

Shirkuh, acompañado de Shawar y unos dos mil jinetes, se dirige hacia el este, sigue el curso del Jordán por la orilla oriental a través de la futura Jordania y luego, al sur del mar Muerto, gira hacia el oeste, cruza el río y cabalga rápidamente hacia el Sinaí. Desde allí, sigue avanzando, alejándose del camino de la costa para que no lo localicen. El 24 de abril se apodera de Bilbays, puerta oriental de Egipto, y el 1 de mayo está acampado ante los muros de El Cairo. Cogido por sorpresa, al visir Dirgham no le da tiempo a organizar la resistencia. Todos lo abandonan; lo matan cuando intenta huir y arrojan su cuerpo a los perros callejeros. El califa fatimita al-Adid, un adolescente de trece años, le devuelve oficialmente su cargo a Shawar.

La campaña relámpago de Shirkuh es un modelo de eficacia militar. El tío de Saladino está muy orgulloso de haber conquistado Egipto en tan poco tiempo, prácticamente sin pérdidas, y de haber burlado así a Morri. Pero Shawar, nada más recuperar el poder, sufre un asombroso cambio. Olvidando las promesas que le había hecho a Nur al-Din, conmina a Shirkuh a que salga de Egipto a la mayor brevedad. Pasmado ante tamaña ingratitud y completamente furioso, el tío de Saladino comunica a su antiguo aliado su decisión de quedarse pase lo que pase. Al verlo tan resuelto, Shawar, que realmente no se fía de su propio ejército, envía una embajada a Jerusalén para pedir ayuda a Amalrico contra el cuerpo expedicionario sirio. El rey franco no se hace de rogar. ¿Podría pasarle algo mejor a él, que andaba buscando un pretexto para intervenir en Egipto, que una llamada procedente del propio señor de El Cairo? Ya en julio de 1164, el ejército franco se interna en el Sinaí por segunda vez. Shirkuh decide en el acto abandonar los alrededores de El Cairo, donde estaba acampado desde mayo, e ir a refugiarse a Bilbays. Allí, semana tras semana, rechaza los ataques de sus enemigos, pero su situación parece desesperada. Muy alejado de sus bases, rodeado por los frany y por su nuevo aliado, Shawar, el general kurdo, no puede albergar la esperanza de resistir mucho tiempo.

Cuando Nur al-Din vio cómo evolucionaba la situación en Bilbays —narrará Ibn al-Atir unos años después—, decidió lanzar una gran ofensiva contra los frany para obligarlos a salir de Egipto. Escribió a todos los emires musulmanes para pedirles que participaran en el yihad y fue a atacar la poderosa fortaleza de Harim, cerca de Antioquía. Todos los frany que se habían quedado en Siria se reunieron para hacerle frente —entre ellos el príncipe Bohemundo, señor de Antioquía, y el conde de Trípoli—. Durante la batalla, los frany quedaron totalmente derrotados. Murieron diez mil hombres y capturaron a todos sus jefes incluidos el príncipe y el conde.

En cuanto tuvo asegurada la victoria, Nur al-Din hizo que le trajeran los estandartes cruzados, así como las cabelleras rubias de algunos frany exterminados en el combate. Luego, colocándolo todo en un saco, se lo confía a uno de sus hombres más sagaces, diciéndole: «Vete ahora mismo a Bilbays, entra en la ciudad como puedas y dale estos trofeos a Shirkuh anunciándole que Dios nos ha concedido la victoria. Los expondrá en las murallas y este espectáculo sembrará el terror entre los infieles.»

De hecho, las nuevas sobre la victoria de Harim trastocan los datos de la batalla de Egipto. Les suben la moral a los sitiados y, sobre todo, obligan a los frany a volver a Palestina. La captura del joven Bohemundo III, sucesor de Reinaldo al frente del principado de Antioquía, a quien Amalrico había encargado que se ocupara en su ausencia de los asuntos del reino de Jerusalén, así como la matanza de sus hombres, obligan al rey a buscar un pacto con Shirkuh. Tras algunos encuentros, ambos hombres se ponen de acuerdo para irse a un tiempo de Egipto. A finales de octubre de

1164, Morri vuelve hacia Palestina bordeando la costa mientras que el general kurdo regresa a Damasco en menos de dos semanas, siguiendo el mismo itinerario que a la ida.

Shirkuh no está descontento por haber podido salir de Bilbays indemne y con la cabeza alta, pero el gran vencedor de estos seis meses de campaña es indudablemente Shawar. Ha utilizado a Shirkuh para recuperar el poder y, a continuación, a Amalrico para neutralizar al general kurdo. Ahora, ambos han huido dejándolo como único señor de Egipto. Durante más de dos años se dedicará a consolidar su poder.

Sin embargo, en lo que al futuro desarrollo de los acontecimientos se refiere, no está tranquilo, ya que sabe que Shirkuh no podrá perdonarle su traición. Por otra parte, le llegan con regularidad desde Siria informaciones según las cuales el general kurdo acosa a Nur al-Din para que emprenda una nueva campaña en Egipto. Pero el hijo de Zangi es reacio. No le desagrade el statu quo, lo importante es mantener a los frany alejados del Nilo. Sólo que, como siempre, no es fácil salirse de un engranaje: teniendo una nueva expedición relámpago de Shirkuh, Shawar toma sus precauciones firmando un acuerdo de asistencia mutua con Amalrico, lo que lleva a Nur al-Din autorizar a su lugarteniente a organizar una nueva fuerza de intervención en caso de que los frany intervengan en Egipto. Shirkuh escoge para su expedición a los mejores elementos del ejército y, entre ellos, a su sobrino Yusuf. Estos preparativos asustan, a su vez, al visir, que insiste a Amalrico para que le envíe tropas. En los primeros días de 1167, comienza de nuevo la carrera hacia el Nilo. El rey franco y el general kurdo llegan casi al mismo tiempo al codiciado país, cada uno por su camino habitual.

Shawar y los frany han concentrado sus fuerzas aliadas frente a El Cairo para esperar allí a Shirkuh, pero éste prefiere fijar personalmente las modalidades del encuentro, continúa el largo camino que había iniciado en Alepo, rodea la capital egipcia por el sur, hace que sus tropas crucen el Nilo en barquichuelas, y luego sube, sin pararse una sola vez, hacia el norte. Shawar y Amalrico, que esperaban que apareciera por el este, lo ven surgir por el lado contrario. Peor aún, se ha instalado al oeste de El Cairo cerca de las pirámides de Gizeh, separado del enemigo por ese formidable obstáculo que es el río. Desde este campamento sólidamente atrincherado, le envía un mensaje al visir: *El enemigo franco está a nuestro alcance —le escribe—, aislado de sus bases. Unamos nuestras fuerzas y exterminémoslo. La ocasión es propicia, quizá no vuelva a repetirse.* Pero Shawar no se conforma con rechazar la propuesta. Ordena matar al mensajero y le lleva la carta de Shirkuh a Amalrico en prueba de su lealtad.

A pesar de este gesto, los frany siguen sin fiarse de su aliado, pues saben que los traicionará en cuanto no los necesite. Juzgan que ha llegado el momento de aprovechar la amenazadora proximidad de Shirkuh para asentar su autoridad en Egipto: Amalrico exige que se llegue a una alianza oficial entre El Cairo y Jerusalén, sellada por el propio califa fatimita.

Dos jinetes que hablan árabe —cosa frecuente entre los frany de Oriente— van, pues, a la residencia del joven al-Adid. Shawar, que claramente desea impresionarlos, los conduce hasta un soberbio palacio ricamente adornado que cruzan a toda velocidad, rodeados de una muchedumbre de guardias armados. Luego la comitiva pasa por una interminable avenida abovedada, que no deja pasar la luz del día, antes de encontrarse en el umbral de una inmensa puerta cincelada que conduce a un vestíbulo y a otra puerta. Tras haber recorrido numerosas salas adornadas, Shawar y sus invitados llegan a un patio pavimentado de mármol y rodeado de columnas doradas, en cuyo centro se pueden admirar los caños de oro y plata de una fuente, mientras que, alrededor, vuelan pájaros de colores procedentes de todos los rincones

de África. Aquí es donde los guardias que los acompañan los dejan en manos de los eunucos que viven en la intimidad del califa. Hay que atravesar otra serie de salones, luego un jardín lleno de fieras domesticadas, leones, osos, panteras, antes de llegar, por fin, al palacio de al-Adid.

Apenas acaban de hacerlos entrar en una amplia estancia cuya pared del fondo está formada por un tapiz de seda salpicado de oro, rubíes y esmeraldas, cuando Shawar se prosterna tres veces y deja su espada en el suelo. Sólo entonces se alza el tapiz y aparece el califa envuelto en sedas y con el rostro cubierto por un velo. El visir se acerca, toma asiento a sus pies y le expone el proyecto de alianza con los frany. Tras haberlo escuchado con calma, al-Adid, que a la sazón sólo tiene dieciséis años, elogia la política de Shawar. Éste se dispone a ponerse en pie cuando los dos frany le piden al príncipe de los creyentes que jure que permanecerá fiel a la alianza. Está claro que semejante exigencia escandaliza a los dignatarios que rodean a al-Adid. El propio califa parece desagradablemente sorprendido y el visir se apresura a intervenir. Le explica a su soberano que el acuerdo con Jerusalén es asunto de vida o muerte para Egipto, y lo insta a que no vea en la petición que han formulado los frany una manifestación de falta de respeto sino, únicamente, la señal de su ignorancia de las costumbres orientales.

Sonriendo de mala gana, al-Adid extiende la mano cubierta con un guante de seda y jura respetar la alianza, pero uno de los emisarios francos sentencia: «Un juramento —dice— debe prestarse con la mano desnuda, el guante podría ser la señal de una futura traición.» De nuevo escandaliza la exigencia, los dignatarios cuchichean entre sí que se ha insultado al califa; se habla de castigar a los insolentes. Sin embargo, tras una nueva intervención de Shawar, el califa, sin perder la calma, se quita el guante, extiende la mano desnuda y repite palabra por palabra el juramento que le dictan los representantes de Morri.

Nada más concluir esta singular entrevista, egipcios y frany coaligados elaboran un plan para cruzar el Nilo y diezmar al ejército de Shirkuh, que ahora se dirige hacia el sur. Un destacamento enemigo, al mando de Amalrico, se lanza en su persecución. El tío de Saladino quiere dar la impresión de que se siente acosado. Sabe que su principal inconveniente es que está aislado de sus bases e intenta colocar a sus perseguidores en situación similar. Cuando está a más de una semana de marcha de El Cairo, ordena a sus tropas que se detengan y les anuncia, con una inflamada arenga, que ha llegado el día de la victoria.

En realidad, el enfrentamiento se produce el 18 de marzo de 1167, cerca de la localidad de El-Balbein, en la orilla oeste del Nilo. Ambos ejércitos, agotados por su interminable marcha, se lanzan al combate con la voluntad de acabar de una vez. Shirkuh le ha confiado a Saladino el mando del centro, ordenándole que retroceda en cuanto cargue el enemigo. De hecho, Amalrico y sus caballeros se dirigen hacia él con todos los estandartes al viento y, cuando Saladino finge huir, se lanzan a perseguirlo sin darse cuenta de que las alas derecha e izquierda del ejército sirio les están cortando ya cualquier tipo de retirada. Los caballeros francos sufren grandes pérdidas, pero Amalrico consigue escapar. Vuelve hacia El Cairo, donde ha quedado el grueso de sus tropas, firmemente decidido a vengarse lo antes posible. Con la colaboración de Shawar, se prepara ya a volver a la cabeza de una poderosa expedición hacia el alto Egipto, cuando llega una noticia casi increíble: ¡Shirkuh se ha apoderado de Alejandría, la mayor ciudad de Egipto, situada totalmente al norte del país, en la costa mediterránea!

De hecho, inmediatamente después de su victoria de El-Babein, el imprevisible general kurdo, sin esperar un solo día y antes de que a sus enemigos les dé tiempo a recuperarse, ha cruzado, con vertiginosa velocidad, todo el territorio egipcio, de sur a

norte, y ha realizado una entrada triunfal en Alejandría. La población del gran puerto mediterráneo, hostil a la alianza con los frany, ha acogido a los sirios como a liberadores.

Shawar y Amalrico, obligados a seguir el ritmo infernal que Shirkuh imprime a esta guerra, van a sitiar Alejandría. En la ciudad escasean tanto los víveres que, al cabo de un mes, la población, amenazada por el hambre, empieza a lamentar haber abierto las puertas al cuerpo expedicionario sirio. La situación parece incluso desesperada el día en que una flota franca fondea ante el puerto. Sin embargo, Shirkuh no se declara vencido, le confía el mando de la plaza a Saladino y luego, reuniendo a algunos cientos de sus mejores jinetes, realiza con ellos una audaz salida nocturna. A galope tendido, cruza las líneas enemigas y cabalga noche y día... hasta el alto Egipto.

En Alejandría, el bloqueo se torna cada vez más riguroso. Pronto se suman al hambre las epidemias, así como un continuo bombardeo de catapultas. La responsabilidad le resulta pesada a Saladino, que sólo tiene veintinueve años, pero la diversión operada por su tío va a dar fruto. Shirkuh no ignora que a Morri le corre prisa acabar con esta campaña y volver a su reino constantemente amenazado por Nur al-Din. Al abrir un nuevo frente en el ir, en vez de dejarse encerrar en Alejandría, el general urdo amenaza con prolongar indefinidamente el conflicto. En el alto Egipto llega incluso a organizar una auténtica sublevación contra Shawar, convenciendo a numerosos campesinos armados para que se unan a él. Cuando sus tropas son lo bastante numerosas, se aproxima a El Cairo y le envía a Amalrico un mensaje hábilmente redactado; básicamente le dice que ambos están perdiendo el tiempo: Si el rey tuviera a bien considerar las cosas con calma, se daría perfecta cuenta de que cuando me expulse de este país se habrá limitado a servir los intereses de Shawar. Amalrico está convencido de ello. Rápidamente se llega a un acuerdo: se levanta el sitio de Alejandría y Saladino sale de la ciudad saludado por una guardia de honor. En agosto de 1167 ambos ejércitos vuelven a marcharse, al igual que tres años antes, hacia sus respectivos países. Nur al-Din, satisfecho de recuperar la elite de su ejército, no desea volver a dejarse arrastrar a estas estériles aventuras egipcias.

Y, sin embargo, al año siguiente se reanuda la carrera hacia el Nilo, como una especie de fatalidad. Al abandonar El Cairo, a Amalrico le había parecido oportuno dejar allí un destacamento de caballeros encargados de velar por la correcta aplicación del tratado de alianza. Una de sus principales misiones consistía en controlar las puertas de la ciudad y proteger a los funcionarios francos encargados de recaudar el tributo anual de cien mil dinares que Shawar se había comprometido a pagar al reino de Jerusalén. Tan pesado impuesto, sumado a la prolongada presencia de aquella fuerza extranjera, no podía por menos de provocar el resentimiento de los ciudadanos.

Por tanto, la opinión se ha ido movilizando, poco a poco, en contra de los ocupantes. Se rumorea, incluso en los círculos próximos al califa, que una alianza con Nur al-Din sería un mal menor. Comienzan a circular mensajes, a espaldas de Shawar, entre El Cairo y Alepo. El hijo de Zangi, que no tiene mucha prisa por intervenir, se conforma con observar las reacciones del rey de Jerusalén.

Los caballeros y los funcionarios francos instalados en la capital egipcia no pueden ignorar este rápido incremento de la hostilidad y se asustan. Envían mensajes a Amalrico para que venga en su ayuda. Al principio el monarca vacila, la prudencia le aconseja que retire la guarnición de El Cairo y se conforme con tener por vecino un Egipto neutral e inofensivo, pero su temperamento lo vuelve propenso a la huida hacia adelante. Animado por la reciente llegada a Oriente de gran número de caballeros occidentales impacientes por «alancear sarracenos», en octubre de 1168, se decide a lanzar, por cuarta vez, a su ejército contra Egipto.

Esta nueva campaña comienza con una matanza tan espantosa como gratuita. Los occidentales se apoderan de la ciudad de Bilbays, donde, sin razón alguna, asesinan a los habitantes, hombres, mujeres y niños, tanto musulmanes como cristianos de rito copto. Como dirá acertadamente Ibn al-Atir, *si los frany se hubieran comportado mejor en Bilbays, hubieran podido tomar El Cairo con gran facilidad, pues los notables de la ciudad estaban dispuestos a entregarla pero al ver las matanzas de Bilbays, la gente decidió resistir hasta el final*. De hecho, al acercarse los invasores, Shawar ordena que prendan fuego al casco viejo de la ciudad de El Cairo. Se vierten veinte mil jarras de nafta sobre los comercios, las casas, los palacios y las mezquitas. Se evacúa a los habitantes a la ciudad nueva, que habían fundado los fatimitas en el siglo X y que alberga, esencialmente, los palacios, las administraciones, los cuarteles, así como la universidad religiosa de Al-Azhar. Durante cincuenta y cuatro días el incendio causa estragos.

Entre tanto, el visir ha intentado mantenerse en contacto con Amalrico para convencerlo de que renuncie a su loca empresa. Espera conseguirlo sin una nueva intervención de Shirkuh, pero en El Cairo su partido va debilitándose. Especialmente el califa al-Adid toma la iniciativa de mandar una carta a Nur al-Din pidiéndole que se apresure a socorrer Egipto. Para conmover al hijo de Zangi, el soberano fatimita incluye en su carta mechones de pelo: *Son —explica— los cabellos de mis mujeres. Te suplican que acudas a sustraerlas a los ultrajes de los frany*.

Conocemos la reacción de Nur al-Din ante este angustioso mensaje gracias a un testimonio particularmente valioso, nada menos que el de Saladino, citado por Ibn al-Atir:

Cuando llegó la llamada de al-Adid, Nur al-Din me convocó y me informó de lo que ocurría. Luego me dijo: «Ve a ver a tu tío Shirkuh a Homs y dile que acuda cuanto antes, pues este asunto no admite demora alguna.» Salí de Alepo y a una milla de la ciudad me encontré a mi tío, que acudía precisamente por este motivo. Nur al-Din le ordenó que se preparara para salir hacia Egipto.

El general kurdo le pide entonces a su sobrino que lo acompañe, pero Saladino rehúsa.

Respondí que no había olvidado en absoluto los sufrimientos que había padecido en Alejandría. Mi tío le dijo entonces a Nur al-Din: «¡Es completamente necesario que Yusuf me acompañe!» y Nur al-Din, por tanto, repitió sus órdenes. Aunque le expuse la precaria situación económica en que me encontraba, mandó que me dieran dinero y tuve que partir como un hombre al que conducen hacia la muerte.

Esta vez no van a enfrentarse Shirkuh y Amalrico. Impresionado por la determinación de los cairotas, que están dispuestos a destruir su ciudad antes que a entregársela, y temiendo que el ejército de Siria lo ataque por la espalda, el rey franco vuelve a Palestina el 2 de enero de 1169. Seis días después, el general kurdo llega a El Cairo, donde, tanto la población como los dignatarios fatimitas, lo reciben como a un salvador. El propio Shawar parece alegrarse, pero nadie se deja engañar. Aunque haya combatido contra los frany durante las últimas semanas, se lo considera amigo de éstos y hay que hacérselo pagar. El 18 de enero, sin más tardanza, cae en una emboscada, lo secuestran en una tienda y Saladino lo mata con sus propias manos,

con la aprobación por escrito del califa. Ese mismo día Shirkuh ocupa su puesto de visir. Cuando, vestido de seda bordada, se presenta en la residencia de su predecesor para instalarse en ella, no encuentra ni un almohadón donde sentarse. Al anunciarse la muerte de Shawar, lo han saqueado todo.

El general kurdo necesitó tres campañas para convertirse en el auténtico amo de Egipto, pero esta felicidad tiene los días contados: el 23 de marzo, dos meses después de su triunfo, y tras una comida demasiado copiosa, se siente indispuerto, con una atroz sensación de ahogo. Muere unos instantes después. Es el final de una epopeya, pero el comienzo de otra, cuyo eco será infinitamente mayor.

Al morir Shirkuh —contará Ibn al-Atir—, los consejeros del califa il-Adid le sugirieron que escogiera a Yusuf como nuevo visir porque era el más joven y parecía el más inexperto y el más débil de los emires del ejército.

De hecho, se convoca a Saladino al palacio del soberano, donde recibe el título de al-malik an-naser, «el rey victorioso», así como los atributos distintivos de los visires: un turbante blanco con un broche de oro, un traje con una túnica forrada de escarlata, una espada incrustada de pedrería, una yegua alazana con una silla y una brida adornadas de oro cincelado, perlas y otros muchos objetos preciosos. Al salir del palacio, se dirige con una gran comitiva hacia la residencia del visir.

En pocas semanas, Yusuf consigue imponerse: elimina a los funcionarios fatimitas cuya lealtad le parece dudosa, los sustituye por personas de su entorno, reprime con rigor una revuelta de las tropas egipcias, y, finalmente, en octubre de 1169, rechaza una lamentable invasión franca dirigida por Amalrico, que ha venido a Egipto por quinta y última vez con la esperanza de apoderarse del puerto de Damietta, en el delta del Nilo. Manuel Comneno, intranquilo al ver a un lugarteniente de Nur al-Din al frente del Estado fatimita, ha concedido a los frany el apoyo de la flota bizantina, pero los rum no tienen suficientes provisiones y sus aliados se niegan a proporcionárselas. Al cabo de unas semanas, Saladino puede entablar conversaciones con ellos y persuadirlos fácilmente de que pongan fin a una empresa que había comenzado demasiado mal.

No ha sido necesario, pues, esperar a finales de 1169 para que Yusuf sea el dueño innegable de Egipto. En Jerusalén, Morri se promete a sí mismo aliarse con el sobrino de Shirkuh en contra del principal enemigo de los frany, Nur al-Din. El optimismo del rey puede parecer excesivo, pero no carece de fundamento, ya que es cierto que Saladino ha empezado en seguida a distanciarse de su señor. Evidentemente, le reitera continuamente su fidelidad y su sumisión, pero la autoridad efectiva sobre Egipto no puede ejercerse desde Damasco o desde Alepo.

Las relaciones entre ambos hombres acabarán por tomar una intensidad realmente dramática. A pesar de lo sólido que es su poder en El Cairo, Yusuf no se atreverá nunca a enfrentarse directamente con su superior. Y cuando el hijo de Zangi lo insta a que tengan un encuentro, siempre lo evitará, no por miedo a caer en una trampa, sino por temor a ablandarse si se halla en presencia de su señor.

La primera crisis grave estalla durante el verano de 1171, cuando Nur al-Din le exige al joven visir la abolición del califato fatimita. Como musulmán sunní, el señor de Siria no puede admitir que la autoridad espiritual de una dinastía «hereje» siga ejerciéndose en una tierra que depende de él. Envía pues varios mensajes en este sentido a Saladino, pero éste se muestra reticente. Teme ir en contra de los sentimientos de la población, chiita en gran parte, y enfrentarse a los dignatarios

fatimitas. Por otra parte, no ignora que su autoridad legítima como visir le viene del califa al-Adid y teme perder, si lo destrona, aquello que garantiza oficialmente su poder en Egipto, en cuyo caso volvería a ser un simple representante de Nur al-Din. Además, ve en la insistencia del hijo de Zangi más una tentativa de refrenarlo políticamente que un fervoroso acto religioso. En el mes de agosto, las exigencias del señor de Siria en lo que a la abolición del califato chiita se refiere, se han convertido en una orden terminante.

Acorralado, Saladino empieza a tomar medidas para hacer frente a las reacciones hostiles de la población y llega incluso a preparar una proclama pública anunciando el derrocamiento del califa, pero sigue dudando en difundirla. Al-Adid, aunque tiene veinte años, está muy enfermo, y Saladino, que se ha convertido en su amigo, no se decide a traicionar su confianza. De repente, el viernes 10 de septiembre de 1171, un habitante de Mosul que está visitando El Cairo entra en una mezquita y, subiendo al púlpito antes que el predicador, reza la oración en nombre del califa abasida. Curiosamente nadie reacciona, ni en el momento ni durante los días siguientes. ¿Se trata de un agente enviado por Nur al-Din para poner en un aprieto a Saladino? Es posible. En cualquier caso, tras este incidente, el visir, independientemente de sus escrúpulos, ya no puede diferir su decisión. Al viernes siguiente se dan órdenes de no volver a mencionar a los fatimitas en las plegarias. Al-Adid yace a la sazón en su lecho de muerte, medio inconsciente, y Yusuf prohíbe a todo el mundo que le comuniquen la nueva. «Si se cura —les dice—, tiempo tendrá de enterarse. Y si no, dejadlo morir en paz.» De hecho, al-Adid se extinguirá poco tiempo después sin haberse enterado del triste fin de su dinastía.

La caída del califato chiita, tras dos siglos de un reinado en ocasiones glorioso, va a suponer, como era de esperar, una prueba inmediata para la secta de los asesinos que, como en tiempos de Hasan as-Sabbah, esperaba de nuevo que los fatimitas salieran de su letargo para inaugurar una nueva edad de oro del chiismo. Viendo que ese sueño se esfumaba para siempre, sus adeptos se quedaron tan desorientados que su jefe en Siria, Rashid al-Din Sinan, «el viejo de la montaña», envía un mensaje a Amalrico para anunciarle que está dispuesto, junto con sus partidarios, a convertirse al cristianismo. Los asesinos poseen en ese momento varias fortalezas y aldeas en el centro de Siria, donde llevan una vida relativamente tranquila, y parece que han renunciado, desde hace años, a las operaciones espectaculares. Evidentemente Rashid al-Din dispone aún de equipos de criminales perfectamente entrenados, así como de devotos predicadores, pero muchos adeptos de la secta se han convertido en bondadosos campesinos que, con frecuencia, se ven obligados a pagar un tributo regular a la orden de los Templarios.

Al prometer la conversión, el «viejo» espera, entre otras cosas, que sus fieles queden exentos del tributo que sólo obliga a los no cristianos. Los Templarios, que no se aman sus intereses financieros a la ligera, siguen con preocupación esos contactos entre Amalrico y los asesinos. En cuanto empieza a perfilarse el acuerdo, deciden hacerlo fracasar. Un día de 1173, cuando los enviados de Rashid al-Din vuelven de una entrevista con el rey, los Templarios les tienden una emboscada y los matan. Nunca más volverá a hablarse de la conversión de los asesinos. Dejando este episodio aparte, la abolición del califato fatimita tiene una consecuencia tan importante como imprevista: le proporciona a Saladino una dimensión pública que no poseía hasta el momento. Está claro que Nur al-Din no se esperaba tal resultado. La desaparición del califa, en lugar de reducir a Yusuf al papel de un simple representante del señor de Siria, lo convierte en el soberano efectivo de Egipto y en el legítimo guardián de los caudalosos tesoros acumulados por la depuesta dinastía. A partir de ese momento, las relaciones entre ambos hombres no dejarán de enconarse.

Poco después de estos acontecimientos, mientras Saladino está dirigiendo, al este de Jerusalén, una audaz expedición contra la fortaleza franca de Shawbak, cuando rece que la guarnición está a punto de capitular, Saladino se entera de que Nur al-Din viene a reunirse con él, a cabeza de sus tropas, para participar en las operaciones. Sin esperar un instante, Yusuf ordena a sus hombres que levanten el campo y que vuelvan a marchas forzadas a El Cairo. Pone como pretexto, en una carta al hijo de Zangi, que han estallado revueltas en Egipto que lo han obligado a esta precipitada marcha.

Pero Nur al-Din no se deja engañar. Acusando a Saladino de felonía y traición, jura que irá en persona al país del Nilo para poner las cosas en orden. Inquieto, el joven visir reúne a sus colaboradores más próximos, entre los cuales se halla su propio padre Ayyub, y los consulta acerca de la actitud que habrá que adoptar si Nur al-Din ejecuta su amenaza. Algunos emires se declaran dispuestos a tomar las armas contra el hijo de Zangi, y el propio Saladino parece compartir tal opinión, pero Ayyub interviene, estremecido por la ira. Interpelando a Yusuf como si no fuera más que un chiquillo, declara: «Soy tu padre, y si hay alguien aquí que te quiera y desee tu bien, ése soy yo. Pero entérate de que si llegara Nur al-Din, nada podría impedirme que me prosternase y besase el suelo que pisa. Si me ordenara que te cortara la cabeza con mi sable, lo haría. Pues esta tierra es suya. Vas a escribirle lo que sigue: Me he enterado de que querías dirigir una expedición hacia Egipto pero no lo necesitas; este país es tuyo y basta con que me envíes un correo o un camello para que yo acuda como hombre humilde y sumiso.»

Al concluir esta reunión, Ayyub vuelve a sermonear a su hijo en privado: «Por Dios que si Nur al-Din quisiera quitarte una pulgada de tu territorio, lucharía con él hasta la muerte. Pero, ¿por qué te muestras abiertamente ambicioso? ¡El tiempo corre a tu favor, deja que actúe la Providencia!» Convencido, Yusuf envía a Siria el mensaje que ha propuesto su padre, y Nur al-Din, tranquilizado, renuncia *in extremis* a su expedición de castigo. Sin embargo, instruido por esta alerta, Saladino manda a uno de sus hermanos, Turan Shan, al Yemen con la misión de conquistar esta tierra montañosa del suroeste de Arabia para preparar para la familia de Ayyub un refugio en caso de que el hijo de Zangi pensara de nuevo en hacerse con el control de Egipto. Y el Yemen será ocupado sin gran dificultad... «en nombre de Nur al-Din».

En julio de 1173, menos de dos años después de la fallida cita de Shawbak, se produce un incidente análogo. Saladino ha salido a batallar al este del Jordán y Nur al-Din reúne sus tropas y va a su encuentro. Pero, una vez más, aterrado por la idea de verse ante su señor, el visir se apresura a emprender el camino hacia Egipto afirmando que su padre se está muriendo. De hecho, Ayyub acaba de entrar en coma tras una caída de caballo, pero Nur al-Din no está dispuesto a conformarse con esta nueva excusa. Y, cuando muere Ayyub en agosto, se da cuenta de que no queda ya en El Cairo ni un solo hombre en quien pueda tener entera confianza. Por tanto, considera que ha llegado el momento de ocuparse personalmente de los asuntos de Egipto.

Nur al-Din empezó sus preparativos para invadir Egipto y arrebatárselo a Salah al-Din Yusuf pues había comprobado que éste evitaba combatir contra los frany por temor a reunirse con él. Nuestro cronista, Ibn al-Atir, que tiene catorce años cuando ocurren estos acontecimientos, se pone claramente a favor del hijo de Zangi. Yusuf prefería tener a los frany en sus fronteras a ser vecino directo de Nur al-Din. Este escribió, pues, a Mosul y a otros lugares para pedir que le enviaran tropas. Pero, mientras se disponía a marchar con sus soldados hacia Egipto, Dios le dio la orden que no se discute. El señor de Siria acaba de caer gravemente enfermo, aquejado, al parecer, de unas fuertes anginas. Sus médicos le prescriben una sangría, pero se

niega: «No se sangra a un hombre de sesenta años», dice. Prueban otros tratamientos pero ninguno da resultado. El 15 de mayo de 1174 se anuncia en Damasco la muerte de Nur al-Din Mahmud, el rey santo, el muyahid que unificó la Siria musulmana y permitió que el mundo árabe preparara la lucha decisiva contra el ocupante. En todas las mezquitas, se reúne la gente al atardecer para recitar algunos versículos del Corán en memoria suya. A pesar de su conflicto con Saladino durante los últimos años, éste acabará siendo visto más como su continuador que como su rival.

Sin embargo, a corto plazo domina el rencor entre los parientes y colaboradores del desaparecido, que temen que Yusuf se aproveche de la confusión general para atacar Siria. Por eso, para ganar tiempo, evitan que la noticia llegue a El Cairo. Pero Saladino, que tiene amigos por doquier, envía a Damasco una paloma mensajera con un mensaje sutilmente redactado: *Nos llega una nueva desde tierras del enemigo maldito acerca del señor Nur al-Din. Si, no lo quiera Dios, resultara ser cierto, habría que evitar ante todo que la división invada los corazones y que la sinrazón se apodere de las mentes pues sólo el enemigo sacaría provecho de ello.*

A pesar de estas conciliadoras palabras, la hostilidad provocada por el ascenso de Saladino va a ser feroz.

Capítulo 10

Las lágrimas de Saladino

Estás yendo demasiado lejos, Yusuf, te estás excediendo. No eres más que un servidor de Nur al-Din y ¿querrías hacerte con el poder para ti solo? ¡Pues no te hagas ilusiones, ya que nosotros, que te hemos sacado de la nada, sabremos devolverte a ella!

Si unos años después los dignatarios de Alepo le hubieran enviado tal advertencia a Saladino, habría parecido absurdo; pero en 1174, cuando el señor de El Cairo empieza a destacar como la principal figura del Oriente árabe, sus méritos todavía no son evidentes para todos, entre los allegados de Nur al-Din, tanto en vida de éste último inmediatamente después de su muerte, ni se pronuncia ya el nombre de Yusuf. Para designarlo se emplean palabras como «arribista», «ingrato», «felón» o, sobre todo, «insolente».

En general, Saladino tuvo buen cuidado de no ser insolente: pero lo que sí es insolente es su suerte. Eso es lo que le irrita a sus adversarios; pues ese oficial kurdo de treinta y seis años nunca ha sido hombre ambicioso y los que se han fijado en sus comienzos saben que se habría conformado de sobra con ser simplemente un emir entre tantos otros si el destino no lo hubiera lanzado, a su pesar, hacia el proscenio.

Ha partido hacia Egipto, en cuya conquista ha desempeñado un papel mínimo, en contra de su voluntad; y, sin embargo, precisamente a causa de su discreción, ha llegado a la cumbre del poder. No se había atrevido a derrocar a los fatimitas pero, cuando se ha visto obligado a tomar una decisión en este sentido, se ha encontrado con que se convertía en el heredero de la más rica dinastía musulmana. Y cuando Nur al-Din ha decidido ponerlo en el lugar que le correspondía, Yusuf ni siquiera ha tenido que resistirse: su señor ha fallecido de repente sin dejar más sucesor que un adolescente de once años, as-Saleh.

Menos de dos meses después, el 11 de julio de 1174, Amalrico fallece, víctima de una disentería, cuando estaba preparando una nueva invasión de Egipto con el apoyo de una poderosa flota siciliana. Lega el reino de Jerusalén a su hijo, Balduino IV, un joven de trece años afligido por la más terrible de las maldiciones: la lepra. No queda ya en todo Oriente más que un monarca que pueda oponerse a la irresistible ascensión de Saladino, y es Manuel, el emperador de los rum, que sueña con convertirse algún día en el soberano de Siria y quiere invadir Egipto en colaboración con los frany. Pero, precisamente, como para completar la serie, el poderoso ejército bizantino que había paralizado a Nur al-Din durante cerca de quince años sufrirá una total derrota en septiembre de 1176 ante Kiliy Arslan II, nieto del primero, en la batalla de Miriokéfalón. Poco después morirá Manuel, condenando al imperio cristiano de Oriente a hundirse en la anarquía.

¿Puede reprocharse a los panegiristas de Saladino que hayan visto en esta serie de acontecimientos imprevistos la mano de la Providencia? El propio Yusuf jamás ha intentado atribuirse el mérito de su buena suerte; siempre ha tenido buen cuidado en darle las gracias, después de a Dios, a «mi tío Shirkuh» y a «mi señor Nur al-Din». Ciertamente es que la grandeza de Saladino reside también en su modestia.

Un día que Salh al-Din estaba cansado y deseaba descansar, se acercó a él uno de sus mamelucos y le presentó un papel para que lo firmara. «Estoy agotado —dijo el sultán—, vuelve dentro de una hora.» Pero el hombre insistió. Le pegó casi el papel a la cara a Salah al-Din diciéndole: «¡Que firme el señor!» El sultán contestó: «¡Pero si ahora no tengo a mano ningún tintero!» Estaba sentado a la entrada de su tienda y el mameluco se fijó en que dentro había un tintero. «Ahí hay un tintero, al fondo de la tienda», exclamó, lo que equivalía a ordenar a Saladino que fuera él por el tintero. El sultán se volvió, vio el tintero y dijo: «Por Dios que es cierto!» Se estiró entonces hacia atrás, se apoyó en el brazo izquierdo y cogió el tintero con la mano derecha. Luego firmó el papel.

Este incidente que narra Baha al-Din, secretario particular y biógrafo de Saladino, ilustra de forma llamativa lo que diferenciaba a éste de los monarcas de su época y de todas las épocas: sabía ser humilde con los humildes incluso habiendo llegado a ser el más poderoso de los poderosos. Aunque sus cronistas evocan su valor, justicia y dedicación al yihad, a través de sus relatos se transparenta continuamente una imagen más enternecedora, más humana.

Cierto día —cuenta Baha al-Din—, cuando estábamos en plena campaña contra los frany, Salah al-Din pidió a sus allegados que acudieran a su lado. Llevaba en la mano una carta que acababa de leer y, al querer hablar, rompió en sollozos. Al verlo en tal estado no pudimos por menos de echarnos a llorar nosotros también, aunque no sabíamos lo que ocurría. Al fin dijo, con la voz ahogada por las lágrimas: «¡Taki al-Din, mi sobrino, ha muerto!» Y lloró de nuevo amargamente y nosotros también. Recobré el dominio de mí mismo y le dije: «No olvidemos en qué campaña estamos metidos y pidamos perdón a Dios por haber caído en tales llantos.» Salah al-Din me dio la razón. «Sí —dijo—, ¡Dios me perdone! ¡Dios me perdone!» Lo repitió varias veces y luego añadió: «¡Que nadie sepa lo que ha pasado!» Luego mandó que le trajeran agua de rosas para lavarse los ojos.

Las lágrimas de Saladino no fluyen sólo cuando mueren sus parientes.

Una vez —recuerda Baha al-Din—, cuando cabalgaba al lado del sultán frente a los frany, un explorador del ejército se nos acercó con una mujer que sollozaba golpeándose el pecho. «Ha salido del campamento de los frany —nos explicó el explorador— para ver al señor y la hemos traído.» Salah al-Din le pidió al intérprete que la interrogara. Ella dijo: «Unos ladrones musulmanes entraron ayer en mi tienda y me robaron a mi niña. He pasado toda la noche llorando y nuestros jefes me han dicho: el rey de los musulmanes es misericordioso; te dejaremos ir a su encuentro y podrás pedirle a tu hija. Así que he venido y he puesto en ti todas mis esperanzas.» Salah al-Din se enterneció y se le llenaron los ojos de lágrimas. Mandó a alguien al mercado de esclavos a buscar a la hija y antes de una hora llegó el jinete con la niña a hombros. En cuanto los vio, la madre se arrojó al suelo, se manchó el rostro con tierra y todos los presentes lloraban de emoción. Miró al cielo y se puso a decir cosas incomprensibles. Así que le devolvieron a su hija y la acompañaron al campamento de los frany.

Los que han conocido a Saladino no se explayan en la descripción de su aspecto físico: bajo, frágil, con la barba corta y regular. Prefieren hablar de su rostro, de ese rostro pensativo y algo melancólico que iluminaba de repente una sonrisa reconfortante que infundía confianza al interlocutor. Siempre era afable con sus visitantes e insistía en que se quedaran a comer, tratándolos con todos los honores aunque fueran infieles y atendiendo todas sus peticiones. No se resignaba a que alguien recurriera a él y se fuera decepcionado, y había quien no dudaba en aprovecharse de ello. Un día, durante una tregua con los frany, el «brins», señor de Antioquía, llegó de improviso ante la tienda de Salah al-Din y le pidió que le devolviera una región que el sultán había tomado hacía cuatro años. ¡Se la devolvió!

Está visto que la generosidad de Saladino rayaba a veces en la inconsciencia.

Sus tesoreros —revela Baha al-Din— tenían siempre escondida cierta cantidad de dinero para hacer frente a cualquier imprevisto, pues sabían bien que si el señor se enteraba de la existencia de esa reserva se la gastaría en el acto. A pesar de esta precaución, cuando murió el sultán no había en el tesoro del Estado más que un lingote de oro de Tiro y cuarenta y siete dirhems de plata.

Cuando algunos de sus colaboradores le reprochan su prodigalidad, Saladino les contesta con sonrisa despreocupada: «Hay personas para quienes el dinero no tiene mayor importancia que la arena.» De hecho, siente un sincero desprecio por la riqueza y el lujo y, cuando caen en su poder los fabulosos palacios de los califas fatimitas, instala en ellos a sus emires y él prefiere quedarse en la residencia más modesta, reservada a los visires.

Éste es sólo uno de los numerosos detalles que permiten comparar la imagen de Saladino con la de Nur al-Din.

Sus adversarios no verán en él más que a un pálido imitador de su señor. De hecho, sabe mostrarse en sus contactos con los demás, sobre todo con sus soldados, mucho más afectuoso que su predecesor. Y, aunque observa al pie de la letra los preceptos de la religión, carece de esa faceta ligeramente beata que caracterizaba algunos de los comportamientos del hijo de Zangi. Podría decirse que Saladino, en general, es igual de exigente consigo mismo, pero lo es menos con los demás y, sin embargo, se mostrará aún más inflexible que su predecesor con quienes insultan al Islam, ya se trate de los «herejes» o de algunos frany.

Dejando a un lado las diferencias de personalidad, Saladino sigue, sobre todo al principio, bajo la poderosa influencia de la impresionante figura de Nur al-Din e intenta ser un digno sucesor suyo, persiguiendo sin tregua los mismos objetivos que aquél: unificar el mundo árabe, movilizar a los musulmanes, gracias a un poderoso aparato de propaganda, tanto moral como militarmente, pensando en la reconquista de las tierras ocupadas y, sobre todo, de Jerusalén.

Ya en el verano de 1174, mientras los emires reunidos en Damasco en torno al joven as-Saleh discuten sobre la mejor forma de enfrentarse a Saladino, llegando incluso a plantearse una alianza con los frany, el señor de El Cairo les dirige una carta que supone un auténtico desafío, en la que, ocultando paladinamente su conflicto con Nur al-Din, se presenta sin vacilar como el continuador de la obra de su soberano y fiel guardián de su herencia.

Si nuestro añorado rey —escribe— hubiera encontrado entre vosotros un hombre tan digno de confianza como yo, ¿no le habría entregado Egipto, que es la más importante de sus provincias, a él? Tened la certeza de que, si Nur al-Din no hubiera muerto tan pronto, es a mí a quien hubiera confiado la educación de su hijo su custodia. Ahora bien, veo que os comportáis como si fuerais los únicos que servís a mi señor y a su hijo y que intentáis excluirme. Pero pronto acudiré y voy a realizar, para honrar la memoria de mi señor, acciones que dejarán huella, y todos y cada uno de vosotros recibiréis el castigo que merecéis por vuestro mal comportamiento.

Difícilmente se reconoce aquí al hombre circunspecto e los años anteriores, como si la desaparición del señor hubiera liberado en él una agresividad largo tiempo contenida. Cierto es que las circunstancias son excepcionales pues este mensaje tiene un objetivo concreto: es la declaración de guerra con la que Saladino comienza la conquista de la Siria musulmana. Cuando envía su mensaje, en octubre de 1174, el señor de El Cairo ya está camino de Damasco a la cabeza de setecientos jinetes; es poco para sitiar la metrópoli siria, pero Yusuf ha calculado bien las cosas. Asustados por el tono insólitamente violento de su misiva, as-Saleh y sus colaboradores han preferido replegarse hacia Alepo; cruzando sin tropiezos el territorio de los frany por lo que ya se puede llamar la «pista de Shirih», Saladino llega a finales de octubre ante Damasco, cuyas puertas se apresuran a abrir, para acogerlo, hombres vinculados a su familia.

Animado por esta victoria lograda sin un mandoble, continúa su camino. Deja la guarnición de Damasco a las órdenes de uno de sus hermanos y se dirige hacia el centro de Siria, donde se apodera de Homs y de Hama. Durante esta campaña relámpago, nos dice Ibn al-Atir, *Sah al-Din decía que actuaba en nombre del rey as-Saleh, o de Nur al-Din. Aseguraba que su meta era defender al país contra los frany.* Lo menos que puede decirse del historiador de Mosul, fiel a la dinastía de Zangi, es que desconfía de Saladino y que lo acusa de duplicidad. No está del todo equivocado. Yusuf, que no quiere desempeñar un papel de usurpador, se presenta como el protector de as-Saleh. «De todas formas —dice—, este adolescente no puede gobernar solo. Necesita un tutor, un regente, y nadie mejor que yo para desempeñar ese cometido.» Por otra parte, le envía una carta tras otra a as-Saleh para asegurarle que le es fiel, hace que recen por él en las mezquitas de El Cairo y de Damasco y acuña moneda con su nombre.

El joven monarca es totalmente insensible a tales gestos. Cuando Saladino asedia Alepo en diciembre de 1174. «para proteger al rey as-Saleh de la influencia nefasta de sus consejeros», el hijo de Nur al-Din reúne a las gentes de la ciudad y les echa un conmovedor discurso: «¡Mirad a este hombre injusto e ingrato que quiere quitarme mi país sin consideración para Dios ni para los hombres! Soy huérfano y cuento con vosotros para defenderme en memoria de mi padre que tanto os amó.» Profundamente conmovidos, los habitantes de Alepo deciden resistir hasta el final contra el «felón». Yusuf, que quiere evitar un conflicto directo con as-Saleh, levanta el sitio. A cambio, decide proclamarse «rey de Egipto y de Siria» para no depender de ningún señor. Además, los cronistas le dan el título de sultán, pero nunca hará uso de él. Saladino volverá más de una vez ante los muros de Alepo, pero nunca se decidirá a cruzar la espada con el hijo de Nur al-Din.

Para intentar apartar esta permanente amenaza, los consejeros de as-Saleh deciden recurrir a los servicios de los asesinos. Entran en contacto con Rashid al-Din Sinan, que promete librarles de Yusuf. Al «viejo de la montaña» le parece muy bien ajustarle las cuentas al sepulturero de la dinastía fatimita. Hay un primer atentado a

principios de 1175: unos asesinos penetran en el campamento de Saladino y llegan hasta su tienda, donde un emir los reconoce y les impide el paso. Resulta gravemente herido, pero la alerta está dada. Acuden los guardias y, tras un encarnizado combate, aplastan a los batiníes. Pero esto no es más que el principio. El 22 de mayo de 1176, cuando Saladino ha iniciado una nueva campaña en la región de Mepo, un asesino irrumpe en su tienda y le asesta una puñalada en la cabeza. Afortunadamente, el sultán, que permanece alerta desde el último atentado, ha tomado la precaución de llevar un cubrecabezas de malla bajo el fez. El criminal se ensaña entonces con el cuello de su víctima. Pero también ahí encuentra un obstáculo la hoja, ya que Saladino lleva una larga túnica de grueso tejido cuyo alto cuello va reforzado con una malla. Acude entonces no de los emires del ejército, que coge el puñal con una mano y con la otra hiere al batiní, que cae desplomado. A Saladino aún no le ha dado tiempo a levantarse cuando otro criminal se lanza sobre él, y luego otro más. Pero ya han llegado los guardias, que eliminan a los asaltantes, Yusuf sale de la tienda espantado, titubeante, pasmado de estar aún indemne.

Nada más recuperar la calma, decide ir a atacar a los asesinos a su guarida del centro de Siria, donde Sinan controla unas diez fortalezas. Saladino sitia la más temible de ellas, Masiáf, encaramada en la cumbre de un escarpado monte. Pero lo que acontece en ese mes de agosto de 1176 en el país de los asesinos seguirá siendo sin ida un misterio. Una primera versión, la de Ibn al-Atir, dice que Sinan envió, al parecer, una carta al tío materno: Saladino jurando que mandaría matar a todos los miembros de la familia reinante. Viniendo de la secta, sobre todo tras los dos intentos de asesinato dirigidos contra el sultán, esta amenaza no puede tomarse a la ligera. Y, en consecuencia, parece ser que levantaron el sitio de Masiáf.

Pero tenemos otra versión de los acontecimientos que procede de los propios asesinos. Está recogida en uno de los pocos escritos que ha sobrevivido a la secta, un relato firmado por uno de sus adeptos, un tal Abu-Firas. Según él, Sinan, que estaba ausente de Masiáf cuando sitiaron la fortaleza, se apostó con dos de sus compañeros en una cercana colina para observar el desarrollo de las operaciones y Saladino ordenó a sus hombres que fueran a capturarlo. Al parecer, un importante grupo de soldados cercó a Sinan, pero, al intentar acercarse a él los soldados, se dice que una misteriosa fuerza les paralizó los miembros. Se cuenta que «el viejo de la montaña» les pidió entonces que avisaran al sultán de que quería tener con él una reunión personal y privada, que, aterrorizados, corrieron a contarle a su señor lo que acababa de suceder, y que Saladino, no viendo en ello ningún buen presagio, mandó que esparcieran en torno a su tienda cal y cenizas para detectar cualquier huella de pisadas al tiempo que, al caer la tarde, colocó guardias provistos de antorchas para protegerlo. De pronto, en plena noche, se despertó sobresaltado y observó durante un instante una figura desconocida que se estaba deslizando fuera de su tienda y en la que creyó reconocer al propio Sinan. El misterioso visitante había dejado sobre la cama una torta envenenada, con un papel donde pudo leer Saladino: Estás en nuestro poder. Parece ser que Saladino dio un grito y que acudieron los guardias jurando que no habían visto nada. Al día siguiente, sin más demora, Saladino se apresuraba a levantar el sitio y a volver a Damasco a toda velocidad.

Sin duda, este relato está muy novelado, pero es un hecho que Saladino decidió repentinamente cambiar por completo de política en lo referente a los asesinos. A pesar de su aversión por los herejes de todo tipo, nunca más va a intentar amenazar el territorio de los batiníes. Antes bien, a partir de ese momento va a intentar atraerlos, privando así a sus enemigos, tanto musulmanes como frany, de un precioso auxiliar, ya que el sultán está decidido a poner todas las bazas de su parte en la batalla por el control de Siria. Ciertamente es el virtual ganador desde que se ha apoderado de

Damasco, pero el conflicto se eterniza. Esas campañas que hay que hacer contra los Estados francos, contra Alepo, contra Mosul, donde también reina un descendiente de Zangi, y contra diferentes príncipes de Yazira y de Asia Menor, son agotadoras; tanto más cuanto que tiene que ir regularmente a El Cairo para disuadir a los intrigantes y a los urdidores de complots.

La situación no se empieza a decantar hasta finales de 1181, cuando as-Saleh muere de repente, quizá envenenado, a la edad de dieciocho años. Ibn al-Atir cuenta con emoción sus últimos momentos:

Al empeorar su estado, los médicos le aconsejaron que tomara un poco de vino. Les dijo: «No lo haré antes de conocer la opinión de un doctor de la ley.» Uno de los principales ulemas acudió a su cámara y le explicó que la religión permitía el uso del vino como medicamento. As-Saleh preguntó: «¿Y pensáis realmente que si Dios ha decidido poner fin a mi vida podría cambiar de opinión al verme beber vino?» El religioso se vio obligado a decirle que no «Entonces —concluyó el moribundo— no quiero encontrarme con mi creador con un alimento prohibido en el estómago.»

Año y medio después, el 18 de junio de 1183, Saladino entra solemnemente en Alepo. A partir de ese momento, Siria y Egipto son un todo, no nominalmente, como en tiempos de Nur al-Din, sino realmente, bajo la indiscutible autoridad del soberano ayyubí. Curiosamente, el nacimiento de este poderoso Estado árabe, que los va rodeando cada vez más no hace que los frany demuestren mayor solidaridad. Antes bien, mientras que el rey de Jerusalén, horriblemente mutilado por la lepra, se hunde en la impotencia, dos clanes rivales se disputan el poder. El primero, partidario de un acuerdo con Saladino, lo dirige Raimundo, conde de Trípoli. El segundo, extremista, tiene como portavoz a Reinaldo de Châtillon, el antiguo príncipe de Antioquía.

Raimundo, que es muy moreno, tiene la nariz como un pico de águila, habla con soltura el árabe y lee con atención los textos islámicos; podría pasar por un emir sirio si su elevada estatura no revelase sus orígenes occidentales.

No había —nos dice Ibn al-Atir— entre los frany de aquella época ningún hombre más valiente ni más sabio que el señor de Trípoli. Raimundo Ibn Raimundo as-Sanyili, descendiente de Saint Gilles. Pero era muy ambicioso y deseaba ardientemente ser rey. Durante un tiempo ocupó la regencia, pero pronto se vio apartado de ella. Le quedó tal rencor que escribió a Salah al-Din, se puso a su lado y le pidió que lo ayudara a convertirse en rey de los frany. Esto alegró a Salah al-Din, que se apresuró a poner en libertad a determinado número de caballeros de Trípoli que tenían prisioneros los musulmanes.

Saladino permanece atento a estas discordias. Cuando parece que triunfa en Jerusalén la corriente «oriental» que dirige Raimundo, se vuelve conciliador. En 1184, Balduino IV ha entrado en la última fase de la lepra. Tiene los pies y las piernas flácidos y la mirada apagada. Pero no carece de valor ni de sentido común y se fía del conde de Trípoli que se esfuerza por establecer relaciones de buena vecindad con Saladino. El viajero andaluz Ibn Yubayr, que visita Damasco aquel año, muestra su sorpresa al ver que, a pesar de la guerra, las caravanas van y vienen con facilidad de El Cairo a Damasco cruzando el territorio de los frany. *Los cristianos —observa— cobran a los musulmanes una tasa que se aplica sin abusos. Los comerciantes*

cristianos pagan, a su vez, derechos por sus mercancías cuando cruzan el territorio de los musulmanes. Se entienden a la perfección y se respeta la equidad. Los guerreros se ocupan de la guerra, pero el pueblo permanece en paz.

Saladino no sólo no tiene prisa alguna por poner fin a esta coexistencia, sino que se muestra incluso dispuesto a ir más allá en el camino de la paz. En marzo de 1185, el rey leproso muere a los veinticinco años dejando el trono a su sobrino Balduino V, un niño de seis años, y la regencia al conde de Trípoli, que, sabiendo que necesita tiempo para consolidar su poder, se apresura a enviar emisarios a Damasco para solicitar una tregua. Saladino, que sabe que está en perfectas condiciones de iniciar un combate decisivo con los occidentales, prueba, al aceptar la firma de una tregua de cuatro años, que no pretende el enfrentamiento a toda costa.

Pero, cuando muere el rey niño un año después, en agosto de 1186, todo el mundo se cuestiona el papel del agente. *La madre del pequeño monarca* —explica Ibn al-Atir— *se había enamorado de un frany que acababa de llegar de Occidente, un tal Guido. Se había casado con él y, a muerte del niño, puso la corona sobre la cabeza de su marido, hizo venir al patriarca, a los sacerdotes, a los monjes, a los Hospitalarios, a los Templarios, a los barones, les anunció que le había transmitido el poder a Guido y les hizo jurar que lo obedecerían.* Raimundo se negó y prefirió entenderse con Salah al-Din. Este Guido es el rey Guido de Lusignan, hombre guapo y totalmente insignificante, carente de cualquier capacidad política o militar, siempre dispuesto a estar de acuerdo con la opinión del último de sus interlocutores. De hecho, no es más que una marioneta en manos de los «halcones», cuyo jefe es el «brins Arnat», Reinaldo de Châtillon.

Tras su aventura chipriota y sus abusos en el norte de Siria, este último ha pasado quince años en las cárceles de Alepo antes de que lo liberara, en 1175, el hijo de Nur al-Din. La cautividad le ha agravado los defectos: más fanático, más ávido, más sanguinario que nunca, Arnat va a provocar él solo más odio entre los árabes y los frany que decenios de guerras y matanzas. Tras su liberación, no ha conseguido recuperar Antioquía, donde reina su yerno Bohemundo III. Se ha instalado, pues, en el reino de Jerusalén, donde le ha faltado tiempo para casarse con una joven viuda que le ha aportado como dote los territorios situados al este del Jordán, ante todo las poderosas fortalezas de Kerak y Shawbak. Aliado de los Templarios y de muchos caballeros que acaban de llegar, ejerce en la corte de Jerusalén una creciente influencia que sólo Raimundo consigue contrarrestar durante un tiempo. La política que pretende imponer es la de la primera invasión franca: combatir sin tregua contra los árabes, saquear y matar sin consideraciones, conquistar nuevos territorios. Para él, cualquier conciliación o compromiso es una traición; no se siente obligado por tregua alguna. ¿Qué valor tiene, por otra parte, un juramento prestado a infieles?, explica con cinismo.

En 1180, se había firmado un tratado entre Damasco y Jerusalén que garantizaba la libre circulación de bienes y hombres por la región. Unos meses después, una caravana de ricos comerciantes árabes que cruzaba el desierto de Siria en dirección a La Meca sufría el ataque de Reinaldo, que se apoderaba de la mercancía. Saladino se quejó a Balduino IV, pero éste no se atrevió a castigar a su vasallo. En el otoño de 1182 ocurría algo más grave: Arnat decidió realizar una razzia en la propia ciudad de La Meca. Se embarcó en Elat, a la sazón pequeño puerto de pesca árabe situado en el golfo de A'qaba, e hizo que lo guiaran unos piratas del Mar Rojo. La expedición descendió siguiendo la costa y atacó Yanbu, puerto de Medina, y luego Rabigh, no lejos de La Meca. Por el camino, los hombres de Reinaldo hundieron un barco de peregrinos musulmanes que se dirigía a Yidda. *A todo el mundo lo pillaba de sorpresa* —explicaba Ibn al-Atir— *pues las gentes de aquellas regiones no habían visto nunca*

un frany, ni comerciante ni guerrero. Ebrios de éxito, los asaltantes se tomaron las cosas con calma y llenaron los barcos de botín. S, mientras el propio Reinaldo volvía a sus tierras, sus hombres pasaron muchos meses surcando el Mar Rojo, el hermano de Saladino, al-Adel, que gobernaba Egipto :n su ausencia, armó una flota y la envió a perseguir a los saqueadores, a los que aplastó. A algunos los llevaron a La Meca para decapitarlos en público, *castigo ejemplar concluye el historiador de Mosul para aquellos que han intentado violar los santos lugares.* Evidentemente las noticias de esta insensata expedición dieron la vuelta al mundo musulmán, donde Arnat simbolizará a partir de ese momento lo más repulsivo que la imaginación pueda concebir entre los enemigos francos.

Saladino había contestado lanzando varias incursiones por el territorio de Reinaldo; pero, a pesar de su furia, sultán sabía seguir siendo magnánimo. En noviembre de 1183, por ejemplo, cuando tenía instaladas catapultas alrededor de la ciudadela de Kerak y había empezado a bombardearla con fragmentos de roca, los defensores le enviaron recado de que, en ese mismo momento, se estaban celebrando en el interior unas bodas principescas. Aunque la novia era la hijastra de Reinaldo, Saladino les pidió a los sitiados que le indicaran la residencia de los jóvenes esposos y ordenó a sus hombres que no bombardearan ese sector.

Desgraciadamente, tales gestos no valen de nada con Arnat. El prudente Raimundo lo ha neutralizado por algún tiempo pero, con la llegada, en septiembre de 1186, del rey Guido, puede dictar de nuevo su ley. Unas semanas después, ignorando la tregua que debía durar aún dos años y medio, el príncipe cae como un ave de presa sobre una importante caravana de peregrinos y mercaderes árabes que avanzaba tranquilamente por el camino de La Meca. Mata a los hombres armados y se lleva al resto de la tropa cautiva a Kerak. Cuando algunos de ellos se atreven a recordarle a Reinaldo la tregua, les dice con tono desafiante: «¡Que venga vuestro Mahoma a liberaros!» Cuando, unas semanas después, le cuentan a Saladino esas palabras, jura que matará a Arnat con sus propias manos.

Pero, a corto plazo, el sultán se esfuerza en contemporizar. Envía emisarios a Reinaldo para pedirle, como estipulan los acuerdos, la liberación de los cautivos y la devolución de sus bienes. Al negarse el príncipe a recibirlos, estos últimos se dirigen a Jerusalén, donde los recibe el rey Guido, que dice que lo escandaliza la forma de actuar de su vasallo, pero no se atreve a entrar en conflicto con él. Los embajadores insisten: ¿así que los rehenes del príncipe Arnat van a seguir pudriéndose en los calabozos de Kerak a pesar de todos los acuerdos y todos los juramentos? El incapaz Guido se lava las manos.

La tregua queda rota; a Saladino, que la habría respetado hasta que expirara, no le preocupa en absoluto que se reanuden las hostilidades. Envía mensajeros a los emires de Egipto, de Siria, de la Yazira y de otros lugares para anunciarles que los frany han faltado traidoramente a sus compromisos, llama a aliados y vasallos a unirse con cuantas fuerzas dispongan para tomar parte en el yihad contra el ocupante. De todas las comarcas del Islam, acuden hacia Damasco miles de jinetes y de infantes. La ciudad ya no es más que un bajel varado en un mar de ondulantes lonas, pequeñas tiendas de pelo de camello donde los soldados se resguardan del sol y de la lluvia, o regias tiendas principescas de tejidos ricamente coloreados, adornados con versículos coránicos o poemas caligrafiados.

Mientras prosigue la movilización, los frany se sumen en sus disputas internas. Al rey Guido le parece un momento propicio para librarse de su rival Raimundo, al que acusa de complacencia con los musulmanes; el ejército de Jerusalén se dispone a atacar Tiberíades, una pequeña ciudad de Galilea que pertenece a la mujer del conde de Trípoli. Éste, alertado, va al encuentro de Saladino para proponerle una alianza que

el sultán acepta en el acto, enviándole un destacamento de sus tropas para reforzar la guarnición de Tiberíades. El ejército de Jerusalén retrocede.

El 30 de abril de 1187, mientras los combatientes árabes, turcos y kurdos siguen afluyendo hacia Damasco en sucesivas oleadas, Saladino envía a Tiberíades un mensajero para pedirle a Raimundo, de acuerdo con su alianza, que permita a sus exploradores dar una vuelta de reconocimiento por la zona del lago de Galilea. Al conde le resulta embarazoso pero no puede negarse. Pone por toda condición que los soldados musulmanes salgan de su territorio antes de la noche y se comprometan a no atacar a las personas ni a los bienes de sus súbditos. Para evitar cualquier incidente, avisa a todas las localidades de los alrededores del paso de las tropas musulmanas y pide a los habitantes que no salgan de casa.

Al día siguiente, viernes 1 de mayo, al alba, siete mil jinetes al mando de un lugarteniente de Saladino pasan ante los muros de Tiberíades. Esa misma tarde, cuando vuelven por el mismo camino, han respetado la letra de las exigencias del conde, no han atacado ni las aldeas ni los castillos, no han robado ni oro ni ganado y, sin embargo, no han podido evitar el incidente. En efecto, los grandes maestros de los Templarios y de los Hospitalarios se encontraban, por casualidad, en una fortaleza de los alrededores cuando, la víspera, un mensajero de Raimundo se ha presentado a anunciar la llegada del destacamento musulmán. A los monjes soldados se les hiela la sangre en las venas. ¡Para ellos no hay ningún posible pacto con los sarracenos! Han reunido apresuradamente a unos cuantos cientos de jinetes y de infantes y han decidido atacar a los jinetes musulmanes cerca de la aldea de Saffuriya, al norte de Nazaret. En pocos minutos quedan diezmados los frany. Sólo ha conseguido escapar el gran maestro de los Templarios.

Atemorizados por esta derrota —cuenta Ibn al-Atir—, los frany le enviaron a Raimundo a su patriarca, sus sacerdotes y sus monjes, así como a gran número de caballeros y le reprocharon amargamente su alianza con Salah al-Din. Le dijeron: «Ciertamente te has convertido al Islam, si no, no habrías podido soportar lo que acaba de suceder. No habrías soportado que los musulmanes pasaran por tu territorio, que mataran a los Templarios y a los Hospitalarios y que se retiraran llevando prisioneros sin que tú intentaras oponerte a ello.» Los propios soldados del conde, los de Trípoli y de Tiberíades, le hicieron los mismos reproches y el patriarca lo amenazó con excomulgarlo y anular su matrimonio. Raimundo, sometido a tales presiones, se asustó, se disculpó y se arrepintió. Lo perdonaron, se reconciliaron con él y le pidieron que pusiera sus tropas a disposición del rey y participara en el combate contra los musulmanes. Partió, pues, el conde con ellos. Los frany reunieron entonces a sus tropas, jinetes e infantes, cerca de Acre, y luego se encaminaron despacio hacia la aldea de Saffuriya.

En el campo musulmán, la derrota de estas órdenes religiosas militares, unánimemente temidas y detestadas, es como un presagio de victoria. A partir de ese momento, emires y soldados están deseando cruzar el acero con los frany. En junio, Saladino reúne a todas sus tropas a medio camino entre Damasco y Tiberíades: ante él desfilan doce mil jinetes, sin contar infantes y voluntarios. Desde lo alto de su caballo de batalla, el sultán ha voceado su orden del día, que repiten acto seguido como un eco miles de voces inflamadas: «¡Victoria sobre el enemigo de Dios!»

Saladino le ha hecho a su estado mayor un análisis reposado de la situación: «La ocasión que se nos presenta seguramente no volverá a repetirse nunca. Soy de la

opinión de que el ejército musulmán debe enfrentarse a todos los infieles en una batalla campal. Hay que lanzarse resueltamente al yihad antes de que nuestras tropas se dispersen.» Lo que el sultán quiere evitar es que, habida cuenta de que la estación de los combates acaba en otoño, sus vasallos y sus aliados se vuelvan a casa con sus tropas antes de que haya podido conseguir la victoria decisiva. Pero los frany son guerreros extremadamente cautos. ¿No intentarán evitar el combate al ver a las fuerzas musulmanas reagrupadas?

Saladino decide tenderles una trampa al tiempo que reza a Dios para que caigan en ella. Se dirige hacia Tiberíades, ocupa la ciudad en un solo día, ordena que provoquen numerosos incendios y pone sitio a la ciudadela, ocupada por la condesa, esposa de Raimundo, y por un puñado de defensores. El ejército musulmán es perfectamente capaz de aplastar su resistencia, pero el sultán contiene a sus hombres. Hay que incrementar lentamente la presión, simular que se está preparando el asalto final y esperarlas reacciones.

Cuando los frany se enteraron de que Salah al-Din había ocupado e incendiado Tiberíades —cuenta Ibn al-Atir—, celebraron un consejo. Algunos propusieron ir al encuentro de los musulmanes para combatir contra ellos e impedir que se apoderasen de la ciudadela, pero Raimundo intervino: «Tiberíades es mía —les dijo— y es mi propia esposa la que está sitiada. Pero estoy dispuesto a aceptar que tomen la ciudadela y que capturen a mi esposa si ahí se detiene la ofensiva de Saladino. Pues, por Dios que he visto en el pasado muchos ejércitos musulmanes y ninguno era tan grande ni tan poderoso como este del que ahora dispone Saladino. Evitemos, pues, medir nuestras fuerzas con él. Siempre podremos recuperar Tiberíades más adelante y pagar un rescate para liberar a los nuestros.» Pero el príncipe Arnau, señor de Kerak, le dijo: «Intentas asustarnos al describirnos las fuerzas de los musulmanes porque los quieres y prefieres su amistad, de otro modo no pronunciarías semejantes palabras. Y, si me dices que son muchos, yo te contesto: el fuego no se deja impresionar por la cantidad de leña que tiene que quemar.» El conde dijo entonces: «Soy uno de vosotros, haré lo que queráis, pelearé a vuestro lado, pero ya veréis lo que va a pasar.»

Una vez más había triunfado entre los occidentales la razón del más extremista.

A partir de ese momento todo está listo para la batalla. El ejército de Saladino se ha desplegado por una fértil llanura cubierta de árboles frutales. Detrás se extiende el agua dulce del lago de Tiberíades, cruzado por el Jordán, mientras que, más allá, hacia el noreste, se perfila la majestuosa silueta de los altos del Golán. Cerca del campamento musulmán se eleva una colina coronada por dos cumbres que recibe el nombre de «los cuernos de Hattina», por el nombre de la aldea situada en su ladera.

El 3 de julio, el ejército franco, compuesto por unos doce mil hombres, se pone en marcha. El camino que tiene que recorrer entre Saffuriya y Tiberíades no es largo, como mucho cuatro horas de marcha, con tiempo normal. Sin embargo, en verano, este espacio de tierra palestina es totalmente árido; no hay ni fuentes ni pozos y los ríos están secos. Pero, saliendo temprano de Saffuriya, los frany no dudan en que podrán apagar su sed a orillas del lago por la tarde. Saladino ha preparado cuidadosamente la trampa. Durante todo el día sus jinetes acosan al enemigo, atacándolo tanto por delante como por detrás y por los flancos, arrojándole sin cesar nubes de flechas. De esta forma infligen a los occidentales algunas pérdidas y, sobre todo, los obligan a ir más despacio.

Poco antes de la caída de la tarde, los frany han alcanzado un promontorio desde cuya altura pueden dominar todo el paisaje. Justo a sus pies se extiende la pequeña al-lea de Hattina, unas cuantas casas de color terroso, mientras que, al fondo del valle, centellean las aguas del lago Tiberíades. Y más cerca, por la verde llanura que se extiende a lo largo de la orilla, el ejército de Saladino. Para beber, hay que pedirle permiso al sultán!

Saladino sonríe, sabe que los frany están agotados, muertos de sed, que ya no tienen ni fuerzas ni tiempo para abrirse paso hasta el lago antes de la noche y que están condenados a permanecer hasta que llegue el día sin una gota de agua. ¿Podrán realmente combatir en estas condiciones? Aquella noche, Saladino reparte el tiempo entre la oración y las reuniones de estado mayor. Al tiempo que les encarga a varios de sus emires que vayan hasta la retaguardia del enemigo para cortar la retirada, se asegura de que cada cual ocupa la posición correcta y le repite las instrucciones.

Al día siguiente, 4 de julio de 1187, con las primeras luces del alba, los frany, completamente rodeados, aturdidos por la sed, intentan desesperadamente bajar la colina y alcanzar el lago. Los infantes, que han sufrido más que los jinetes con la agotadora caminata de la víspera, corren a ciegas, llevando sus hachas y mazas como quien lleva una carga, y van a estrellarse, oleada tras oleada, contra un resistente muro de sables y lanzas. Los supervivientes se ven rechazados en desorden hacia la colina, donde se mezclan con los caballeros que ya están convencidos de la derrota. Ninguna línea de defensa puede aguantar. Y, sin embargo, siguen combatiendo con el valor de la desesperación. Raimundo, a la cabeza de un puñado de sus allegados, intenta abrirse paso a través de las líneas musulmanes. Los lugartenientes de Saladino, que le han reconocido, lo dejan escapar. Seguirá cabalgando hasta Trípoli.

Tras la marcha del conde, los frany estuvieron a punto de capitular —cuenta Ibn al-Atir—. Los musulmanes habían prendido fuego a la hierba seca y el viento echaba el humo a los ojos de la caballería. Atenazados por la sed, las llamas, el humo, el calor del verano y el ardor del combate, los frany no podían más. Pero se dijeron que no podrían escapar a la muerte más que enfrentándose con ella. Lanzaron entonces ataques tan violentos que los musulmanes estuvieron a punto de retroceder. Sin embargo, en cada asalto los frany sufrían pérdidas y su número iba disminuyendo. Los musulmanes se apoderaron de la verdadera cruz. Esto fue para los frany lo peor de las pérdidas pues en ella, según dicen, crucificaron al Mesías, la paz sea con él.

Según el Islam, Cristo sólo fue crucificado en apariencia, pues Dios amaba demasiado al hijo de María para permitir que se le infligiera tan atroz suplicio.

A pesar de esta pérdida, los últimos supervivientes de los frany, cerca de ciento cincuenta de sus mejores caballeros, siguen peleando valientemente, atrincherados en una elevación más arriba de la aldea de Hattina, donde pretenden montar sus tiendas y organizar la resistencia. Pero los musulmanes los acosan por todos lados y sólo la tienda del rey permanece en pie. Lo que sigue lo narra el propio hijo de Saladino, al-Malik al-Afdal, que cuenta a la sazón diecisiete años.

Estaba —dice— junto a mi padre en la batalla de Hattina, la primera a la que asistí. Cuando el rey de los frany estuvo en la colina, lanzó con sus gentes un

feroz ataque que hizo retroceder a nuestras tropas hasta el lugar en que se hallaba mi padre. En aquel momento, yo lo estaba mirando: estaba triste, crispado y se tiraba nerviosamente de la barba. Se adelantó gritando: «¡Satán no debe ganar!» Los musulmanes se lanzaron de nuevo al asalto de la colina. Cuando vi a los frany retroceder ante el empuje de nuestras tropas, grité de alegría: «¡Los hemos derrotado!» Pero los frany atacaron con redoblado ardor y los nuestros volvieron a retroceder hasta mi padre. Los volvió a lanzar al asalto y obligaron al enemigo a retirarse hacia la colina. Volví a gritar: «¡Los hemos derrotado!» Pero mi padre se volvió hacia mí y me dijo: «¡Calla! ¡Hasta que no caiga aquella tienda de allí arriba, no habremos terminado con ellos!» Antes de que hubiera podido terminar la frase, la tienda del rey se vino abajo. El sultán bajó entonces del caballo, se prosternó y dio gracias a Dios llorando de alegría.

Saladino se incorpora entre gritos de júbilo, vuelve a montar a caballo y se dirige hacia su tienda. Llevan hasta él a los prisioneros notables y, en particular, al rey Guido y al príncipe Arnat. El escritor Imad al-Din al-Isfahani, consejero del sultán, asiste a la escena:

Salah al-Din —cuenta— invitó al rey a sentarse a su lado y, cuando entró Arnat, lo instaló cerca de su rey y le recordó sus fechorías: «¡Cuántas veces has jurado y luego has violado tus juramentos, cuántas veces has firmado acuerdos que no has respetado!» Arnat le mandó contestar al intérprete: «Todos los reyes se han comportado siempre así. No he hecho nada más de lo que hacen ellos.» Mientras tanto, Guido jadeaba de sed, cabeceaba como si estuviera borracho y su rostro traslucía un gran temor. Salah al-Din le dirigió palabras tranquilizadoras y mandó que trajeran agua helada que le ofreció. El rey bebió y luego le tendió el resto a Arnat que apagó la sed a su vez. El sultán le dijo entonces a Guido: «No me has pedido permiso antes de darle de beber. No estoy obligado, por tanto, a concederle la gracia.»

Según la tradición árabe, un prisionero a quien se ofrece bebida o comida debe salvar la vida, compromiso que Saladino, evidentemente, no podía adquirir con el hombre a quien había jurado matar con sus propias manos. Imad al-Din sigue diciendo:

Tras haber pronunciado estas palabras, el sultán salió, montó a caballo y luego se alejó, dejando a los cautivos presa del terror. Supervisó el regreso de las tropas y luego volvió a su tienda. Una vez allí, mandó traer a Arnat, avanzó hacia él con el sable en la mano y lo golpeó entre el cuello y el omóplato. Cuando Arnat cayó al suelo, le cortaron la cabeza y luego arrastraron su cuerpo por los pies ante el rey, que se echó a temblar. Al verlo tan impresionado, el sultán le dijo con tono tranquilizador: «Este hombre sólo ha muerto por su maldad y su perfidia.»

De hecho, el rey y la mayor parte de los prisioneros salvarán la vida, pero los Templarios y los Hospitalarios correrán la suerte de Reinaldo de Châtillon.

Saladino no ha esperado a que acabe tan memorable día para reunir a sus principales emires y felicitarlos por la victoria que les devuelve —dice— el honor que los invasores llevaban demasiado tiempo pisoteando. Cree que a partir de ese

momento los frany ya no tienen ejército y que hay que aprovechar sin dilación para quitarles las tierras que han ocupado injustamente. Ya al día siguiente, que es domingo, ataca la ciudadela de Tiberíades donde la esposa de Raimundo sabe que ya no sirve de nada resistir. Se encomienda a Saladino que, por supuesto, deja marchar a los defensores con todos sus bienes, sin que nadie los moleste.

El martes siguiente, el victorioso ejército marcha hacia el puerto de Acre, que capitula sin resistencia. La ciudad ha adquirido en los últimos años una considerable importancia económica, ya que por ella pasa todo el comercio con Occidente. El sultán intenta animar a los numerosos mercaderes italianos a que se queden, prometiendo ofrecerles toda la protección necesaria; sin embargo, prefieren irse al vecino puerto de Tiro. Aunque lo lamenta, no se opone a ello, incluso los autoriza a llevarse todas sus riquezas y les ofrece una escolta para protegerlos de los bandidos.

Pareciéndole inútil al sultán desplazarse personalmente a la cabeza de tan poderoso ejército, encarga a sus emires que reduzcan las diferentes plazas fuertes de Palestina. Uno tras otro, los asentamientos francos de Galilea y Samaría se rinden en horas o en días. Éste es el caso de Mapeusa, de Haifa y de Nazaret, cuyos habitantes se dirigen en su totalidad hacia Tiro o hacia Jerusalén. El único combate serio se produce en Jaffa, donde un ejército llegado de Egipto al mando de al-Adel, hermano de Saladino, tropieza con una encarnizada resistencia. Cuando consigue el triunfo, al-Adel reduce a la esclavitud a toda la población. Ibn al-Atir cuenta que ha comprado en un mercado de Alepo a una joven cautiva franca que procedía de Jaffa.

Tenía un niño de un año. Un día, cuando lo llevaba en brazos, se le cayó y se arañó el rostro. La mujer se echó a llorar. Intenté consolarla, diciéndole que la herida no era grave y que no debía llorar así por tan poca cosa. Me contestó: «No lloro por eso sino por la desgracia que ha caído sobre nosotros. Tenía seis hermanos y todos han muerto; en cuanto a mi marido y a mis hermanas, no sé qué ha sido de ellos.» De todos los frany de la costa, aclara el historiador árabe, sólo los habitantes de Jaffa corrieron tal suerte.

De hecho, en todos los demás lugares la reconquista se realiza sin violencias. Tras su corta estancia en Acre, Saladino se dirige hacia el norte. Pasa ante Tiro, pero decide no entretenerse ante sus poderosas murallas y comienza una marcha triunfal siguiendo la costa. El 29 de julio, tras setenta y siete años de ocupación, Saida capitula pacíficamente; con pocos días de intervalo, la siguen Beirut y Yabail. Las tropas musulmanas están ya muy cerca del condado de Trípoli, pero Saladino, que cree que por esa parte ya no tiene nada que temer, vuelve hacia el sur para detenerse nuevamente ante Tiro, preguntándose si no debería sitiarse.

Tras algunas vacilaciones —nos dice Baha al-Din—, el sultán renuncia a ello. Sus tropas estaban desperdigadas, sus hombres cansados de aquella campaña excesivamente larga, y Tiro estaba demasiado bien defendida, pues todos los frany del litoral estaban ahora allí reunidos. Prefirió, pues, atacar Ascalón que era más fácil de tomar.

Día vendrá en que Saladino lamente amargamente esta decisión, pero, por el momento, prosigue la marcha triunfal. El 4 de septiembre capitula Ascalón y luego Gaza, que pertenecía a los Templarios. Simultáneamente, Saladino envía a algunos emires de su ejército hacia la región de Jerusalén, donde se apoderan de varias

localidades, entre ellas Belén. A partir de ese momento, el sultán ya no tiene más que un deseo: coronar su campaña victoriosa, así como su carrera, con la reconquista de la Ciudad Santa.

¿Podrá entrar en aquel lugar venerable, como hizo el califa Umar, sin destrucción y sin derramamiento de sangre? Envía un mensaje a los habitantes de Jerusalén invitándolos a entablar conversaciones acerca del futuro de la ciudad. Una delegación de notables se entrevista con él en Ascalón. La propuesta del vencedor es razonable: si le entregan la ciudad sin lucha, los habitantes que lo deseen podrán irse y llevarse todos sus bienes; se respetarán los lugares de cultos cristianos y no se molestará a quienes en el futuro deseen acudir como peregrinos. Pero, para gran sorpresa del sultán, los frany responden con la misma arrogancia que en tiempos de su poderío. ¿Entregar Jerusalén, la ciudad en la que murió Jesús? ¡De ninguna manera! La ciudad es de ellos y la defenderán hasta el final.

Entonces, jurando que no tomará Jerusalén más que con la espada, Saladino ordena a sus tropas, dispersas por toda Siria, que se reagrupen en torno a la Ciudad Santa. Acuden todos los emires. ¿Qué musulmán no querría poderle decir a su creador el día del Juicio: «¡He combatido por Jerusalén!»? ¿O mejor aún: «¡He muerto como un mártir por Jerusalén!»? Saladino, a quien un astrólogo había predicho una vez que perdería un ojo si entraba en la Ciudad Santa, había contestado: «¡Por apoderarme de ella, estoy dispuesto a perder los dos!»

La defensa, dentro de la ciudad sitiada, la organiza «Balian de Ibelin», señor de Ramleh, *un señor que*, según Ibn al-Atir, *tenía entre los frany una categoría más o menos igual a la del rey*. Había podido salir de Hattina poco antes de la derrota de los suyos y luego se había refugiado en Tiro. Como su mujer estaba en Jerusalén, le había pedido a Saladino, por el verano, permiso para ir a buscarla prometiéndole no llevar armas y no pasar más que una noche en la Ciudad Santa. Sin embargo, cuando llegó le suplicaron que se quedara, pues ninguna otra persona tenía suficiente autoridad como para dirigir la resistencia. Pero Balian, que era hombre de honor y no podía aceptar defender Jerusalén y a su pueblo sin traicionar el acuerdo con el sultán, se había remitido al propio Saladino para saber qué debía hacer, y el sultán, magnánimo, le había liberado de su compromiso. ¡Si el deber lo obligaba a permanecer en la Ciudad Santa y a llevar armas, que lo hiciera! ¡Y como Balian, demasiado ocupado en organizar la defensa de Jerusalén ya no podía llevar a su mujer a lugar seguro, el sultán le procuró a ésta una escolta que la llevara a Tiro!

Saladino no le negaba nada a un hombre de honor aunque fuera el más encarnizado de sus enemigos, si bien es cierto que, en este caso concreto, el riesgo es mínimo. A pesar de su valentía, Balian no puede ser una seria preocupación para el ejército musulmán. Aunque las murallas sean sólidas y la población franca esté profundamente apegada a su capital, el número de defensores se limita a un puñado de caballeros y a unos cientos de burgueses sin ninguna experiencia militar. Por otra parte, los cristianos orientales, ortodoxos y jacobitas, que viven en Jerusalén, están de parte de Saladino, sobre todo el clero, al que los prelados latinos han desairado constantemente; uno de los principales consejeros del sultán es un sacerdote ortodoxo llamado Yusuf Batit. Es él quien se ocupa de los contactos con los frany así como con las comunidades cristianas orientales. Poco antes del comienzo del sitio, los clérigos ortodoxos han prometido a Batit abrir las puertas de la ciudad si los occidentales se mostraran demasiado obstinados.

De hecho, la resistencia de los frany será valerosa pero breve y sin ilusiones. El 20 de septiembre comienza el céreo de Jerusalén. Seis días después, Saladino, que ha instalado su campamento en el monte de los Olivos, pide a sus tropas que aumenten la presión con vistas al asalto final. El 29 de septiembre, los zapadores consiguen abrir

una brecha en la muralla norte, muy cerca del lugar en que los occidentales se abrieron camino en 1099. Al ver que ya no sirve de nada seguir el combate, Balian pide un salvoconducto y se presenta ante el sultán.

Saladino se muestra inflexible. ¿Acaso no les ha propuesto a los habitantes, mucho antes de la batalla, las mejores condiciones de capitulación? ¡Ahora ya no es momento de negociar, pues ha jurado que tomará la ciudad con la espada como hicieron los frany! El único modo de liberarlo de su juramento es que Jerusalén le abra sus puertas y se entregue por completo a él sin condiciones.

Balian insiste para conseguir una promesa de que salvarán la vida —cuenta Ibn al-Atir—, pero Salah al-Din no promete nada. Intenta enternecerlo en vano. Entonces le dice las siguientes palabras: «Oh sultán, has de saber que hay en esa ciudad una muchedumbre de gente cuyo número sólo Dios conoce. Dudan en seguir el combate, pues esperan que preservarás sus vidas como lo has hecho con otros muchos, porque aman la vida y odian la muerte. Pero si vemos que la muerte es inevitable, entonces por Dios que mataremos a nuestros hijos y a nuestras mujeres, quemaremos cuanto poseemos, no os dejaremos de botín ni un solo dinar, ni un solo dirhem, ni un solo hombre, ni una sola mujer que podáis llevaros cautiva. Luego destruiremos la Roca sagrada, la mezquita al-Aqsa y otros muchos lugares, mataremos a los cinco mil prisioneros musulmanes que tenemos y exterminaremos a todas las cabalgaduras y a todos los animales. Al final saldremos y combatiremos contra vosotros como se combate para defender la vida. Ninguno de nosotros morirá sin haber matado a varios de los vuestros.»

Estas amenazas no impresionan a Saladino, pero lo conmueve el fervor de su interlocutor. Para no parecer que se ablanda demasiado pronto, se vuelve hacia sus consejeros y les pregunta si, para evitar la destrucción de los santos lugares del Islam, no podría quedar libre de su juramento de tomar la ciudad por la espada. Ellos responden afirmativamente, pero, como conocen la incorregible generosidad de su señor, insisten para que consiga de los frany, antes de dejarlos marchar, una contrapartida financiera, pues esta larga campaña ha vaciado por completo las arcas del Estado. Los infieles, explican los consejeros, son prisioneros virtuales; para quedar libre, cada uno deberá pagar su rescate: diez dinares por hombre, cinco por mujer y uno por niño. Balian acepta el principio, pero aboga por los pobres que, a lo que dice, no pueden pagar esa suma. ¿No se podría dejar libres a siete mil por treinta mil dinares? Una vez más se acepta tal petición, a pesar de la furia de los tesoreros. Satisfecho, Balian ordena a sus hombres que depongan las armas.

El viernes 2 de octubre de 1187, el 27 de rayab del año 583 de la hégira, el mismo día en que los musulmanes celebran el viaje nocturno del profeta a Jerusalén, Saladino entra solemnemente en la Ciudad Santa. Sus emires y soldados han recibido órdenes estrictas: no hay que maltratar a ningún cristiano, sea franco u oriental. De hecho, no habrá matanzas ni saqueo. Algunos fanáticos han reclamado la destrucción de la iglesia del Santo Sepulcro como represalia contra los abusos cometidos por los frany, pero Saladino les para los pies. Antes bien, refuerza la guardia en los lugares de culto y anuncia que los propios frany podrán peregrinar cuando lo deseen. Naturalmente, se quita la cruz franca de la cúpula de la Roca y la mezquita al-Aqsa, que se había convertido en iglesia, vuelve a ser un lugar de culto musulmán tras rociar sus muros con agua de rosas.

Mientras Saladino, rodeado de una nube de acompañantes, va de un santuario a otro llorando, orando y prosternándose, la mayor parte de los frany se han quedado en la ciudad. Los ricos se dedican a vender sus casas, sus comercios o sus muebles antes de exiliarse y los compradores suelen ser cristianos ortodoxos o jacobitas que piensan quedarse. Después se venderán otros bienes a las familias judías que instalará Saladino en la Ciudad Santa.

En cuanto a Balian, se está esforzando por reunir el dinero necesario para comprar la libertad de los más pobres. El rescate en sí no es muy oneroso. El de los príncipes suele alcanzar varias decenas de miles de dinares, e incluso cien mil o más. Pero, para los humildes, veinte dinares por familia representan los ingresos de uno o dos años. Miles de menesterosos se han reunido a las puertas de la ciudad para mendigar unas monedas. Al-Adel, que no es menos sensible que su hermano, le pide permiso a Saladino para liberar sin rescate a mil prisioneros pobres. Cuando se entera, el patriarca franco hace la misma petición para otros setecientos y Balian para quinientos: todos quedan libres. Luego, por propia iniciativa, el sultán anuncia que todas las personas de edad pueden partir sin pagar nada, así como que deja libres a los padres de familia prisioneros. En cuanto a las viudas y huérfanos francos, no se conforma con exonerarlos de cualquier pago, les hace regalos antes de que partan.

Los tesoreros de Saladino están desesperados. ¡Si se libera sin contrapartida a los más pobres, que se aumente, por lo menos, el rescate de los ricos! La cólera de estos buenos servidores del Estado llega al colmo cuando el patriarca de Jerusalén sale de la ciudad acompañado de numerosos carros cargados de oro, de tapices y de todo tipo de bienes a cual más costoso. Imad al-Din al-Isfahani quedó escandalizado, como él mismo cuenta.

Le dije al sultán: «Ese patriarca transporta riquezas que no valen menos de doscientos mil dinares. Les hemos permitido que se lleven sus bienes, pero no los tesoros de las iglesias y los conventos. ¡No hay que dejárselos!» Pero Salah al-Din contestó: «Tenemos que aplicar al pie de la letra los acuerdos que hemos firmado, así nadie podrá acusar a los creyentes de haber traicionado los tratados. Antes bien, los cristianos recordarán en todas partes los beneficios de que los hemos colmado.»

De hecho, el patriarca pagará diez dinares, como todos, e incluso disfrutará de una escolta para poder llegar a Tiro sin que nadie lo importune.

Si Saladino ha conquistado Jerusalén no ha sido para acumular oro, y menos aún para vengarse. Ha intentado sobre todo, explica, cumplir con su deber hacia su Dios y su fe. Su victoria es haber librado a la Ciudad Santa del fugo de los invasores, y ello sin baño de sangre, sin destrucción, sin odio. Su felicidad es poder prosternarse en estos lugares donde, de no haber sido por él, no habría podido orar ningún musulmán. El viernes 9 de octubre, una semana después de la victoria, se organiza una ceremonia oficial en la mezquita al-Aqsa. Muchos religiosos le han disputado el honor de pronunciar el sermón en esta ocasión memorable. Finalmente, es el cadí de Damasco, Muhi al-Din Ibn al-Zaki, sucesor de Abu-Saad al-Harawi, el designado por el sultán para subir al púlpito, vestido con una rica túnica negra. Tiene una voz clara y fuerte, pero un leve temblor deja traslucir la emoción que siente: «¡Gloria a Dios que ha concedido al Islam esta victoria y que ha devuelto al redil a esta ciudad tras llevar un siglo perdida! ¡Honor a este ejército que Él ha escogido para concluir la reconquista! ¡Y salve, Salah al-Din Yusuf, dijo de Ayyub, que le has devuelto a esta nación su pisoteada dignidad!»

Quinta parte

La tregua (1187-1244)

Cuando el señor de Egipto decidió entregarles Jerusalén a los frany, una inmensa tempestad de indignación sacudió a todos los países del Islam.

SIBT IBN AL-YAWZI

Cronista árabe (1186-1256)

Capítulo 11

El imposible encuentro

Aunque se venere a Saladino como a un héroe tras la conquista de Jerusalén, no por ello se le deja de criticar. Sus allegados, amistosamente, y sus adversarios cada vez con mayor severidad.

Salah al-Din —dice Ibn al-Atir— no mostraba nunca firmeza alguna en sus decisiones. Cuando asediaba una ciudad y los defensores resistían durante cierto tiempo, se cansaba y levantaba el sitio. Ahora bien, un monarca no debe actuar así nunca, incluso aunque el destino lo favorezca. Con frecuencia es preferible fracasar manteniéndose firme a triunfar y malgastar luego los frutos del éxito. Nada ilustra mejor esta verdad que el comportamiento de Salah al-Din en Tiro. Si los musulmanes sufrieron un revés en esta plaza, la culpa fue sólo suya.

Aunque no demuestre en modo alguno una hostilidad sistemática, el historiador de Mosul, fiel a la dinastía de Zangi, siempre ha tenido sus reservas hacia Saladino. Tras Hattina, tras Jerusalén, Ibn al-Atir se une al júbilo general del mundo árabe. Pero ello no le impedirá subrayar, sin ninguna condescendencia, los errores del héroe.

Cuando habla de Tiro, los reproches del historiador están totalmente justificados.

Cada vez que se apoderaba de una ciudad o de una fortaleza franca, como Acre, Ascalón o Jerusalén, Salah al-Din permitía a los caballeros y a los soldados enemigos que se exiliasen en Tiro, de modo que esta ciudad no había prácticamente ya quien la tomara. Los frany de la costa enviaron mensajes a los que están allende los mares y estos últimos prometieron venir a ayudarles. ¿No habría que decir que fue el mismo Salah al-Din el que organizó la defensa de Tiro, en contra de su propio ejército?

Cierto es que no se le puede reprochar al sultán la magnanimidad con la que ha tratado a los vencidos. La repugnancia que siente por derramar sangre inútilmente, el estricto respeto de sus compromisos, la conmovedora nobleza de todos sus gestos tiene, para la Historia, al menos tanto valor como sus conquistas. Es innegable, sin embargo, que ha cometido un grave error político y militar. Al apoderarse de Jerusalén sabe que está desafiando a Occidente y que éste va a reaccionar. Permitir, en tales condiciones, a decenas de miles de frany atrincherarse en Tiro, la plaza fuerte más poderosa de la costa, es preparar una cabeza de puente ideal para una nueva invasión. Tanto más cuanto que los caballeros han encontrado, durante la ausencia del rey Guido, que sigue cautivo, un jefe particularmente tenaz, el hombre que los cronistas árabes llaman «al-Markish», el marqués Conrado de Montferrato, recién llegado de Occidente.

Saladino no es ajeno al peligro, pero lo infravalora. Ya en noviembre de 1187, unas semanas después de la conquista de la Ciudad Santa, emprende el sitio de Tiro, pero

lo hace sin gran determinación. Sólo se puede tomarla antigua ciudad fenicia con la intervención masiva de la flota egipcia, Saladino lo sabe; sin embargo, se presenta ante las murallas con sólo diez barcos, cinco de los cuales son incendiados en seguida por los defensores en un audaz golpe de mano. Los otros huyen en dirección a Beirut. Sin armada, el ejército musulmán ya no puede atacar Tiro más que a través de la estrecha cornisa que une la ciudad a tierra firme. En tales condiciones, el sitio puede durar meses; tanto más cuanto que los frany, eficazmente movilizados por al-Markish, parecen dispuestos a luchar hasta el último hombre. Agotados por esta interminable campaña, la mayoría de los emires aconsejan a Saladino que renuncie. Con oro, el sultán habría podido convencer a algunos de que permanecieran a su lado, pero los soldados cuestan caros en invierno y las arcas del Estado están vacías. También él está cansado. Licencia pues a la mitad de sus tropas y luego levanta el sitio dirigiéndose al norte donde muchas ciudades y fortalezas pueden reconquistarse sin gran esfuerzo.

El ejército musulmán realiza una nueva marcha triunfal: Latakia, Tartus, Baghras, Safed, Kawbak..., la lista de las conquistas es larga. Sería más sencillo enumerar lo que les queda a los frany en Oriente: Tiro, Trípoli, Antioquía y su puerto, así como tres fortalezas aisladas. Pero, en círculos próximos a Saladino, los más perspicaces no se dejan engañar. ¿Para qué acumular conquistas si nada garantiza que se pueda disuadir al enemigo de una nueva invasión? El propio sultán muestra una serenidad a toda prueba. «¡Si los frany vienen de allende los mares, corren la misma suerte que los de aquí!», clama cuando se presenta una flota siciliana ante Latakia. En julio de 1188, Guido vacila en liberar a Guido, no sin haberle hecho jurar solemnemente que nunca más tomará las armas contra los musulmanes.

Este último regalo le va a costar caro. En agosto de 1189, el rey frany incumple su palabra y pone sitio al puerto de Acre. Dispone de fuerzas modestas, pero no paran de llegar navíos que van dejando en la costa sucesivas oleadas de combatientes occidentales.

Tras la caída de Jerusalén —cuenta Ibn al-Atir—, los frany se han vestido de negro y se han ido allende los mares a pedir ayuda por todas las comarcas, sobre todo en Roma la Grande. Para incitar a la gente a la venganza, llevaban un dibujo que representaba al Mesías, la paz sea con él, ensangrentado y golpeado por un árabe. Decía: «¡Mirad! ¡Ved al Mesías y ved a Mahoma, profeta de los musulmanes, que lo golpea hasta matarlo!» Conmovidos, los frany se reunieron, incluidas las mujeres, y los que no podían venir pagaron los gastos de los que iban a combatir en su lugar. Uno de los prisioneros enemigos me ha contado que era hijo único y que su madre había vendido la casa para proporcionarle los pertrechos. Las motivaciones religiosas y psicológicas de los frany eran tales que estaban dispuestos a superar cualquier tipo de dificultad para conseguir sus fines.

De hecho, en los primeros días de septiembre las tropas de Guido reciben más y más refuerzos. Comienza entonces la batalla de Acre, una de las más largas y penosas de todas las guerras francas. Acre está construida sobre una península en forma de apéndice nasal: al sur, el puerto; al oeste, el mar; al norte y al este, dos sólidas murallas que forman un ángulo recto. La ciudad está doblemente amurallada. Alrededor de las murallas, sólidamente defendidas por la guarnición musulmana, los frany forman un arco de círculo, cuyo grosor va aumentando, pero tienen que contar, en la retaguardia, con el ejército de Saladino. Al principio, éste ha intentado coger al

enemigo en una tenaza con la esperanza de diezmarlo, pero en seguida se da cuenta de que no lo conseguirá, ya que si el ejército musulmán consigue varias victorias sucesivas, los frany compensan inmediatamente sus pérdidas. Desde Tiro o de allende los mares, cada día que amanece trae su cupo de combatientes.

En octubre de 1189, cuando la batalla de Acre está en todo su apogeo, Saladino recibe un mensaje de Alepo que le comunica que el «rey de los Alman», el emperador Federico Barbarroja, se acerca a Constantinopla, camino de Siria, llevando de doscientos a doscientos sesenta mil hombres. El sultán se queda muy preocupado, nos dice su fiel Baha al-Din, que se halla en ese momento a su lado. *En vista de la extrema gravedad de la situación, le pareció necesario llamar a todos los musulmanes al yihad e informar al califa del desarrollo de la situación. Me encargó, pues, que fuera a ver a los señores de Sanyar, de la Yazira, de Moul, de Irbily que los animara a venir personalmente con sus soldados para participar en el yihad. Tenía que dirigirle luego a Bagdad para incitar al príncipe de los creyentes que reaccionase. Y eso fue lo que hice.* Para intentar sacar al califa de su letargo, Saladino le especifica, en una carta, *que el papa que reside en Roma les ha ordenado a los pueblos francos que marchen sobre Jerusalén.* Al mismo tiempo, Saladino envía mensajes a los dirigentes del Magreb y de la España musulmana para invitarlos a acudir en ayuda de sus hermanos, *igual que los frany de Occidente han hecho con los frany de Oriente.* En todo el mundo árabe, el entusiasmo que suscitó la conquista de la plaza dio paso al miedo. Se cuchichea que la venganza de los frany será terrible, que se va a asistir a un nuevo baño de sangre, que la Ciudad Santa se volverá a perder, que Siria y Egipto van a caer en manos de los invasores. Pero, una vez más, el azar y la providencia intervienen en favor de Saladino.

Tras haber cruzado triunfalmente Asia Menor, el emperador alemán llega en la primavera de 1190 ante Konya, la capital de los sucesores de Kiliy Arslan, cuyas puertas fuerza rápidamente antes de enviar emisarios a Antioquía para anunciar su llegada. Los armenios del sur de Anatolia se alarman. Sus sacerdotes envían un mensajero a Saladino para suplicarle que los proteja de esa nueva invasión franca, pero no va a ser necesaria la intervención del sultán. El 10 de junio, un día muy caluroso, Federico Barbarroja se está bañando en un riachuelo al pie de los montes Tauro cuando, seguramente víctima de un ataque al corazón, se ahoga *en un lugar — especifica Ibn al-Atir— donde el agua apenas llega a la cadera. Su ejército se dispersó y Dios les evitó así a los musulmanes la maldad de los alemanes que son, de entre los frany, una especie particularmente numerosa y tenaz.*

El peligro alemán ha quedado, pues, descartado como por milagro, no sin haber paralizado a Saladino durante varios meses, impidiéndole dar la batalla decisiva contra los sitiadores de Acre. Ahora, la situación está estancada en torno al puerto palestino. El sultán ha recibido suficientes refuerzos para estar protegido ante un contraataque, pero es imposible expulsar a los frany. Poco a poco se va estableciendo un *modus vivendi*. Entre dos escaramuzas, caballeros y emires se invitan mutuamente a banquetes y charlan tranquilamente entre sí, entregándose a veces a algunos juegos, como cuenta Baha al-Din.

Un día los hombres de ambos bandos, cansados de combatir, decidieron organizar una batalla entre los niños. Dos muchachos salieron de la ciudad para medir sus fuerzas con dos jóvenes infieles. En el ardor de la pelea, uno de los muchachos musulmanes se abalanzó sobre su contrincante, lo derribó y lo asió por la garganta. Al ver que corría el riesgo de matarlo, se acercaron unos frany y le dijeron: «¡Para! Es tu prisionero de verdad y vamos a rescatarlo.» Tomó dos dinares y lo soltó.

A pesar de este ambiente verbenero, la situación de los combatientes no es precisamente como para causar regocijo. Hay muchos muertos y heridos, las epidemias hacen estragos y, en invierno, no es fácil abastecerse. Lo que más le preocupa a Saladino es la situación de la guarnición de Acre. Según van llegando navíos de Occidente, el bloqueo marítimo se vuelve cada vez más riguroso. En dos ocasiones una flota egipcia con varias decenas de barcos consigue abrirse paso hasta el puerto, pero las pérdidas son grandes y el sultán tiene que recurrir pronto a la astucia para avituallar a los asediados. En julio de 1190, manda aparejar en Beirut un gigantesco navío repleto de trigo, queso, cebollas y corderos.

Un grupo de musulmanes embarcó —cuenta Baha al-Din—. Se vistieron como los frany, se afeitaron la barba, colgaron cruces del mástil y colocaron en el puente claramente unos cerdos. Se acercaron a la ciudad, pasando tranquilamente por entre los barcos enemigos. Los pararon y les dijeron: «Estamos viendo que os dirigís a Acre.» Fingiendo asombro, preguntaron los nuestros: «¿Aún no habéis tomado la ciudad?» Los frany, que creían de verdad que estaban hablando con congéneres suyos, contestaron: (No, aún no la hemos tomado. Bueno —dijeron los nuestros—, mes vamos a acostar cerca del campamento, pero viene detrás otro barco. Hay que avisarlo en seguida, no vaya a ser que se dirija a la ciudad.» Los beirutíes se habían fijado, sencillamente, en que un navío franco venía detrás de ellos. Los marinos enemigos se dirigieron en seguida hacia él mientras que los nuestros avanzaban a toda vela hacia el puerto de Acre donde los recibieron con gritos de alegría pues la ciudad andaba escasa de víveres.

Pero tales estratagemas no pueden repetirse muchas veces. Si el ejército de Saladino no consigue aflojar el cerco, Acre acabará por capitular. Ahora bien, a medida que transcurren los meses, las posibilidades de una victoria musulmana, de una nueva Hattina, son cada vez menores. El flujo de combatientes occidentales no sólo no amaina sino que sigue creciendo: en abril de 1191 el rey de Francia, Felipe Augusto, desembarca con sus tropas cerca de Acre seguido, a principios de junio, por Ricardo Corazón de León.

Este rey de Inglaterra, Malek al-Inkitar —nos dice Baha al-Din— era un hombre valiente, enérgico, audaz en el combate. Aunque inferior en rango al rey de Francia, era más rico y tenía más fama como guerrero. De camino, se paró en Chipre y se apoderó de esta ciudad. Y cuando apareció frente a Acre acompañado de veinticinco galeras repletas de hombres y de material de guerra, los frany lanzaron gritos de alegría y encendieron grandes hogueras para celebrar su llegada. En cuanto a los musulmanes, este acontecimiento colmó sus corazones de temor y aprensión.

A los treinta y tres años, el gigante pelirrojo que lleva la corona de Inglaterra es el prototipo del caballero belicoso y frívolo cuya nobleza de ideales no consigue enmascarar la desconcertante brutalidad y la total ausencia de escrúpulos. Pero si ningún occidental permanece insensible a su encanto y a su innegable carisma, el propio Ricardo, en cambio, está fascinado por Saladino. Nada más llegar, intenta verlo, le envía un mensajero a al-Adel y le pide que organice una entrevista con su

hermano. El sultán contesta, sin vacilar un instante: «Los reyes sólo se reúnen tras llegar a un acuerdo, pues no es conveniente guerrear contra aquel que se conoce y con quien se ha comido»; pero autoriza a su hermano a entrevistarse con Ricardo a condición de que ambos estén rodeados de sus soldados. Los contactos prosiguen, aunque sin grandes resultados. *De hecho* —explica Baha al-Din—, *la intención de los frany al enviarnos mensajeros era sobre todo conocer nuestros puntos fuertes y nuestras debilidades. Y nosotros, cuando los recibíamos, teníamos exactamente la misma intención*. Ricardo desea sinceramente conocer al conquistador de Jerusalén pero, desde luego, no ha venido a Oriente a negociar.

Mientras prosiguen estos contactos, el rey inglés prepara activamente el asalto final contra Acre. Totalmente aislada del mundo, la ciudad vive hambrienta. Sólo algunos nadadores excepcionales pueden llegar a ella, jugándose la vida. Baha al-Din narra la aventura de uno de estos comandos.

Se trata —especifica— de uno de los episodios más curiosos y más ejemplares de esta larga batalla. Había un nadador musulmán llamado Isa que tenía costumbre de bucear de noche por debajo de los barcos enemigos y de irrumpir del otro lado, donde lo esperaban los sitiados. Solía transportar, atados a la cintura, dinero y mensajes dirigidos a la guarnición. Una noche, que se había lanzado al agua con tres bolsas, que contenían mil dinares y varias cartas, lo localizaron y lo mataron. En seguida supimos que había sucedido una desgracia, pues Isa solía informarnos de su llegada soltando desde la ciudad una paloma que volaba hasta nosotros. Aquella noche no nos llegó señal alguna. Unos días después, unos habitantes de Acre que estaban junto al agua, vieron llegar un cuerpo a la orilla. Al acercarse, reconocieron a Isa el nadador que seguía llevando en la cintura el oro y la cera con que estaban protegidas las cartas. ¿Cuándo se ha visto a un hombre cumplir su misión incluso después de muerto con tanta fidelidad como si siguiera vivo?

El heroísmo de algunos combatientes árabes no es suficiente. La situación de la guarnición de Acre se está volviendo crítica. A principios del verano de 1191, las llamadas de los sitiados no son sino gritos de desesperación: «Estamos agotados y no tenemos más elección que capitular. Mañana mismo, si no hacéis nada por nosotros, pediremos que nos perdonen la vida y entregaremos la ciudad.» Saladino se sume en la depresión. Ha perdido ya toda ilusión en lo tocante a la ciudad sitiada y llora amargamente. Sus allegados temen por su salud y los médicos le mandan pociones para calmarlo. Pide a los heraldos que pregonen por todo el campamento que se va a lanzar un ataque en masa para liberar Acre. Pero sus emires no lo siguen. «¿Por qué —contestan— poner inútilmente en peligro a todo el ejército musulmán?» Los frany son tantos ahora y están tan sólidamente atrincherados que cualquier ofensiva sería suicida.

El 11 de julio de 1191, tras dos años de sitio, aparecen súbitamente en las murallas de Acre las banderas de los cruzados.

Los frany lanzaron un tremendo grito de alegría mientras que en nuestro campamento todo el mundo estaba aturdido. Los soldados lloraban y se lamentaban. En cuanto al sultán, estaba como una madre que acaba de perder a su hijo. Fui a verlo e hice lo posible por reconfortarlo. Le dije que a partir de ahora tenía que pensar en el futuro de Jerusalén y de las ciudades de la costa y ocuparse de la suerte de los musulmanes capturados en Acre.

Sobreponiéndose a su dolor, Saladino envía un mensajero a Ricardo para discutir las condiciones de la liberación de los prisioneros. Pero el inglés tiene prisa; totalmente decidido a aprovechar su éxito para lanzar una vasta ofensiva, no tiene tiempo de ocuparse de los cautivos, como tampoco lo tuvo el sultán cuatro años antes, cuando las ciudades francas caían entre sus manos unas tras otras. La única diferencia es que Saladino, al no querer el estorbo de los prisioneros, los había soltado, mientras que Ricardo prefiere exterminarlos. Reúnen ante los muros de la ciudad a dos mil setecientos soldados de la guarnición de Acre, junto con cerca de trescientas mujeres y niños de sus familias. Atados con cuerdas para que no formen más que una única masa de carne, quedan a merced de los combatientes francos que se ensañan en ellos con sus sables, sus lanzas, e incluso a pedradas hasta que cesan todos los gemidos.

Una vez resuelto este problema de forma expeditiva, Ricardo sale de Acre a la cabeza de sus tropas. Se dirige al sur, a lo largo de la costa, y su flota lo va siguiendo a corta distancia mientras Saladino toma un camino paralelo, por el interior. Hay numerosos enfrentamientos entre ambos ejércitos, pero ninguno es decisivo. El sultán sabe ahora que no puede impedir a los invasores que se hagan de nuevo con el control del litoral palestino y, menos aún, destruir su ejército. Su ambición se limita a contenerlos, a cerrarles, cueste lo que cueste, el camino de Jerusalén, cuya pérdida sería terrible para el Islam. Siente que está viviendo la hora más sombría de su trayectoria. Aunque está muy afectado, se esfuerza por preservar los ánimos de sus súbditos y de sus allegados. Ante estos últimos, reconoce que ha sufrido graves reveses, pero explica que él y su pueblo están allí para quedarse mientras que los reyes francos se limitan a participar en una expedición, que terminará tarde o temprano. ¿Acaso no ha dejado Palestina en agosto el rey de Francia tras haber asado cien días en Oriente? ¿No ha repetido el de Inglaterra, con frecuencia, que le corre prisa volver a su lejano reino?

Por otra parte, Ricardo intenta continuamente establecer contactos diplomáticos. En septiembre de 1191, cuando sus tropas acaban de conseguir algunos éxitos, sobre todo en la llanura costera de Arsuf, al norte de Jaffa, le insiste a al-Adel para llegar a un acuerdo rápido.

Ha muerto gente nuestra y gente vuestra —le dice en un mensaje—, el país está en ruinas y el asunto se nos ha ido por completo a todos de las manos. ¿No te parece que ya basta? En lo que a nosotros se refiere, sólo hay tres temas de discordia: Jerusalén, la cruz verdadera y el territorio.

En lo que a Jerusalén se refiere, es nuestro lugar de culto y nunca aceptaremos renunciar a ella aunque tengamos que luchar hasta el último hombre. En lo referente al territorio, querríamos que se nos devolviera el que está al oeste del Jordán. En cuanto a la cruz, no representa para vosotros más que un trozo de madera, mientras que para nosotros es de un valor inestimable. Que el sultán nos la devuelva y pongamos fin a esta agotadora lucha.

Al-Adel se remite en el acto a su hermano, que consulta a sus principales colaboradores antes de dictar su respuesta:

La Ciudad Santa es tan nuestra como vuestra: es incluso más importante para nosotros, pues hacia ella realizó nuestro profeta su milagroso viaje

nocturno y en ella se reunirá nuestra comunidad el día del juicio final. Queda, pues, descartado que la abandonemos. Los musulmanes no lo admitirían nunca. En lo referente al territorio, siempre ha sido nuestro y vuestra ocupación es sólo pasajera. Habéis podido instalaros en él porque los musulmanes que entonces lo ocupaban eran débiles, pero, mientras dure la guerra, no os permitiremos disfrutar de vuestras posesiones. En cuanto a la cruz, representa una gran baza en nuestras manos y sólo nos separaremos de ella si conseguimos a cambio una importante concesión que favorezca al Islam.

La firmeza de ambos mensajes no debe engañarnos. Cada cual presenta sus exigencias máximas, pero está claro que no se ha cerrado la vía del acuerdo. De hecho, tres días después de este intercambio, Ricardo le hace al hermano de Saladino una propuesta muy curiosa.

Al-Adel me convocó —cuenta Baha al-Din— para informarme de los resultados de sus últimos contactos. Según el acuerdo que se estaba considerando, al-Adel se casaría con la hermana del rey de Inglaterra. Ésta estaba casada con el señor de Sicilia que había muerto. El inglés había traído, pues, consigo a su hermana a Oriente y proponía que se casara con al-Adel. La pareja residiría en Jerusalén. El rey le daría las tierras que están bajo su control, desde Acre hasta Ascalón, a su hermana que se convertiría en reina del litoral, del «sahel». El sultán le cedería sus posesiones del litoral a su hermano, que se convertiría en rey del sahel. Se les confiaría la cruz y se liberaría a los prisioneros de ambos bandos. Luego, al quedar establecida la paz, el rey de Inglaterra se volvería a su país allende los mares.

Está claro que a al-Adel le gusta la idea. Recomienda a Baha al-Din que haga todo lo posible para convencer a Saladino. El cronista promete poner gran empeño en ello.

Me presenté, pues, ante el sultán y le repetí lo que había oído. De entrada, me dijo que no veía inconveniente alguno, pero que pensaba que el propio rey de Inglaterra no aceptaría jamás tal arreglo y que sólo se trataba de una broma o de una trampa. Le pedí tres veces que confirmara su aprobación, cosa que hizo, volví, pues, donde estaba al-Adel para anunciarle la aprobación del sultán. Se apresuró a enviar a un mensajero al campamento enemigo para transmitir la respuesta. ¡Pero el maldito inglés le mandó decir que su hermana se había puesto furiosa cuando le había hecho la propuesta: había jurado que nunca se entregaría a un musulmán!

Como había adivinado Saladino, Ricardo intentaba tenderle una trampa. Esperaba que el sultán rechazara el plan por completo, cosa que habría desagradado profundamente a al-Adel. Al aceptar, Saladino obligaba, por el contrario, al monarca franco a desvelar su doble juego. En efecto, desde hacía varios meses Ricardo se estaba esforzando por entablar unas relaciones excepcionalmente buenas con al-Adel; lo llama «hermano» y halaga su ambición para intentar utilizarlo contra Saladino. No era ésta una práctica desleal. Por su parte, el sultán utiliza métodos semejantes. Paralelamente a sus negociaciones con Ricardo, comienza unas conversaciones con el señor de Tiro, al-Markish Conrado, que mantiene unas relaciones muy tensas con el monarca inglés, pues sospecha que intenta arrebatarle sus posesiones. Llegará a

proponerle a Saladino una alianza contra «los frany del mar». El sultán no toma esta oferta al pie de la letra, pero la utiliza para acentuar su presión diplomática sobre Ricardo que está tan exasperado con la política del marqués ¡que lo mandará asesinar meses después!

Al haber fracasado su maniobra, el rey de Inglaterra le pide a al-Adel que organice una entrevista con Saladino. Pero la respuesta de este último es la misma que dio unos meses antes:

Los reyes sólo se reúnen tras llegar a un acuerdo. De todas formas —añade—, no comprendo tu lengua y tú ignoras la mía y precisamos un traductor en quien confiemos ambos. Que este hombre sea un mensajero entre tú y yo. Cuando lleguemos a un acuerdo, nos reuniremos y la amistad reinará entre nosotros.

Las negociaciones van a prolongarse un año más. Atrincherado en Jerusalén, Saladino deja que corra el tiempo. Sus propuestas de paz son sencillas: cada cual se queda con lo que tiene; que los frany vayan, si lo desean, a realizar, sin armas, sus peregrinaciones a la Ciudad Santa pero ésta permanecerá en manos de los musulmanes. Ricardo, que está deseando volver a su país, intenta forzar la decisión encaminándose, en dos ocasiones, hacia Jerusalén pero sin llegar a atacarla. Para dar salida a la energía que le sobra, se dedica durante meses a construir en Ascalón una formidable fortaleza, pues piensa convertir esta ciudad en punto de partida de una futura expedición hacia Egipto. Nada más acabar la obra, Saladino exige que se desmantele piedra a piedra antes de firmar la paz.

En agosto de 1192, los nervios de Ricardo no resisten más. Se encuentra gravemente enfermo, numerosos caballeros lo han abandonado reprochándole el no haber intentado recuperar Jerusalén, lo acusan del asesinato de Conrado, sus amigos le apremian para que regrese sin tardanza a Inglaterra; no puede ya retrasar su partida. Casi suplica a Saladino que le deje Ascalón, pero la respuesta es negativa. Envía entonces un nuevo mensaje, repitiendo su petición y especificando que, si no se firma una paz adecuada antes de seis días, *se verá obligado a pasar el invierno aquí*. Este velado ultimátum hace sonreír a Saladino, que invita al mensajero a que se siente y le dice estas palabras: «Le dirás al rey que, en lo referente a Ascalón, no cederé. En cuanto a su proyecto de pasar el invierno en este país, creo que es algo inevitable, pues sabe que, en cuanto se vaya, recuperaremos esta tierra de la que se ha apoderado. Incluso es posible que la recuperemos sin que se vaya. ¿Desea realmente pasar aquí el invierno, a dos meses de distancia de su familia y de su país, cuando está en la flor de la vida y puede gozar de los placeres de ésta? Yo puedo pasar aquí el invierno, y luego el verano, y luego otro invierno y otro verano, pues estoy en mi país, rodeado de mis hijos y de mi familia a quienes atiendo, y tengo un ejército para el verano y otro para el invierno. Soy un anciano al que ya no le interesan los placeres de la existencia. Me voy a quedar esperando, como hasta ahora, hasta que Dios le dé la victoria a uno de nosotros.»

Aparentemente impresionado por este lenguaje, Ricardo comunica en los días sucesivos que está dispuesto a renunciar a Ascalón. Y, a principios de septiembre de 1192, se firma una paz para cinco años. Los frany conservan la zona costera que va de Tiro a Jaffa y reconocen la autoridad de Saladino sobre el resto del territorio, incluida Jerusalén. Los guerreros occidentales, que han obtenido salvoconductos del sultán, se abalanzan hacia la Ciudad Santa para orar sobre el sepulcro de Cristo. Saladino recibe cortésmente a los más importantes, incluso los invita a compartir su

mesa y les confirma su resuelta voluntad de preservar la libertad de culto. Sin embargo, Ricardo se niega a acudir, no quiere entrar como invitado en una ciudad donde se había prometido a sí mismo entrar como conquistador. Un mes después de la firma de la paz abandona la tierra de Oriente sin haber visto ni el Santo Sepulcro ni a Saladino.

Al final, el sultán ha triunfado en este penoso enfrentamiento con Occidente. Es cierto que los frany han recuperado el control de algunas ciudades y han conseguido, así, una tregua de casi cien años; pero nunca más volverán a ser una potencia capaz de dictarle su ley al mundo árabe. Ya no controlarán auténticos Estados, sólo asentamientos.

A pesar de este éxito, Saladino se siente maltrecho y algo empequeñecido. Ya no tiene nada que ver con el héroe carismático de Hattina. Se ha debilitado su autoridad sobre los emires, sus detractores son cada vez más virulentos y físicamente, se encuentra mal de salud; aunque es cierto que nunca ha tenido una salud excelente y se ha visto obligado desde hace varios años a consultar con regularidad a los médicos de la corte, tanto en Damasco como en El Cairo. En la capital egipcia, en especial, se ha hecho con los servicios de un prestigioso «tabid» judeoárabe, procedente de España, Musa Ibn Maimun, más conocido por el nombre de Maimónides. No por ello es menos cierto que durante los años más duros de la lucha contra los frany ha sufrido frecuentes ataques de paludismo, que lo han obligado a guardar cama durante largos días. Sin embargo, en 1192, no es la evolución de una enfermedad determinada lo que preocupa a sus médicos, sino un debilitamiento generalizado, una especie de envejecimiento prematuro que pueden comprobar cuantos se acercan al sultán. Saladino sólo tiene cincuenta y cinco años, pero también él siente que ha llegado el final de su existencia.

Los últimos días de su vida los pasa, apaciblemente, en su ciudad favorita, Damasco, rodeado de los suyos. Baha al-Din no se separa de él y anota afectuosamente cada uno de sus gestos. El jueves 18 de febrero de 1193 se reúne con él en el jardín de su palacio de la alcazaba.

El sultán se había sentado a la sombra, rodeado de sus hijos más pequeños. Preguntó quién lo esperaba dentro. «Unos mensajeros francos —le contestaron— y un grupo de emires y notables.» Mandó llamar a los frany. Cuando se presentaron ante él, tenía en las rodillas a uno de sus hijos pequeños, el emir Abu-Bakr, al que quería mucho. Al ver el aspecto de los frany, con sus rostros lampiños, su corte de pelo, sus extrañas ropas, el niño se asustó y se puso a llorar. El sultán se disculpó con los frany y dio por terminada la entrevista sin haber escuchado lo que querían comunicarle. Luego me dijo: «¿Has comido algo hoy?» Era su forma de invitar a alguien. Añadió: «¡Que nos traigan algo de comer!» Nos sirvieron arroz con leche cuajada y otros platos, todos igual de ligeros, y comió. Ello me tranquilizó, pues pensaba que había perdido por completo el apetito. Desde hacía algún tiempo se notaba pesado y no podía llevarse nada a la boca. Se movía con dificultad y se disculpaba por ello ante la gente.

Aquel jueves, Saladino se siente lo bastante en forma como para ir a caballo a recibir a una caravana de peregrinos que volvían de La Meca. Pero, dos días después, ya no consigue levantarse. Poco a poco se ha ido sumiendo en un estado de letargo. Los momentos en que está consciente son cada vez más escasos. Como la nueva de

su enfermedad ha corrido por la ciudad, los damascenos temen que ésta se suma pronto en la anarquía.

Se retiraron las telas de los zocos por miedo al saqueo. Y, todas las noches, cuando me apartaba de la cabecera del sultán para volver a mi casa, las gentes se arremolinaban por donde yo pasaba para intentar averiguar, por mi expresión, si lo inevitable se había producido ya.

Al caer la tarde del 2 de marzo, la habitación del enfermo se ve invadida por las mujeres del palacio, que no consiguen contener las lágrimas. El estado de Saladino es tan crítico que su hijo mayor, al-Afdal, le pide a Baha al-Din, así como a otro colaborador del sultán, el cadí al-Fadil, que pasen la noche en la alcazaba. «Sería una imprudencia —responde el cadí— pues si las gentes de la ciudad no nos vieran salir, se imaginarían lo peor y podría haber saqueos.» Para velar al enfermo, mandan venir a un jeque que vive dentro de la alcazaba.

Éste leía versículos del Corán, hablaba de Dios y del más allá, mientras el sultán yacía inconsciente. Cuando volví a la mañana siguiente, ya había muerto, ¡Dios tenga misericordia de él! Me han contado que cuando el jeque leyó el versículo que dice: «No hay más divinidad que Dios y a él me encomiendo», el sultán sonrió, se le iluminó el rostro y luego entregó el alma.

Nada más saberse la noticia de su muerte, muchos damascenos se dirigen hacia la alcazaba, pero los guardias no los dejan pasar. Sólo se autoriza a los grandes emires y a los principales ulemas a darle el pésame a al-Afdal, hijo mayor del difunto sultán, que está sentado en uno de los salones del palacio. Se invita a los poetas y a los oradores a que permanezcan en silencio. Los hijos más pequeños de Saladino salen a la calle y se mezclan, sollozando, con la muchedumbre.

Estas escenas insoportables —cuenta Baha al-Din— siguieron hasta después de la oración del mediodía. Se procedió entonces a lavar el cuerpo y a vestirlo con el sudario; hubo que pedir prestados todos los productos que para ello se utilizaron, pues el sultán no tenía nada suyo. Aunque me invitaron a la ceremonia del lavado, que realizó el teólogo al-Dawlahi, no tuve valor para asistir. Tras la oración del mediodía, llevaron el cuerpo fuera, dentro de un féretro envuelto en una sábana. Al ver el cortejo fúnebre, la muchedumbre comenzó a lanzar lamentos. Luego, grupo tras grupo, vinieron a orar ante sus restos; entonces transportaron al sultán hacia los jardines del palacio, allí donde lo habían atendido durante su enfermedad, y luego lo sepultaron en el pabellón occidental. Le enterraron a la hora de la oración de la tarde. ¡Que Dios santifique su alma e ilumine su tumba!

Capítulo 12

El justo y el perfecto

Como pasa con todos los grandes dirigentes musulmanes de su época, el inmediato sucesor de Saladino es la guerra civil. En cuanto él desaparece, se despedaza el imperio. Uno de sus hijos se queda con Egipto, otro con Damasco y un tercero con Alepo. Afortunadamente, la mayor parte de sus diecisiete hijos varones, así como su única hija, son demasiado jóvenes para entrar en liza, lo que limita algo el desmembramiento. Pero el sultán deja también dos hermanos y varios sobrinos, todos los cuales quieren su parte de la herencia y, si fuera posible, la herencia entera. Serán necesarios cerca de nueve años de combates, alianzas, traiciones y asesinatos para que el imperio ayyubí obedezca de nuevo a un solo jefe: al-Adel, el justo, el hábil negociador que ha estado a punto de convertirse en cuñado de Ricardo Corazón de León.

Saladino desconfiaba un poco de su hermano menor, que hablaba demasiado bien y era demasiado intrigante, demasiado ambicioso y exageradamente complaciente con los occidentales. Le había confiado, por tanto, un feudo de poca importancia: los castillos arrebatados a Reinaldo de Châtillon en la orilla este del Jordán. Desde aquel territorio árido y casi deshabitado, pensaba el sultán, nunca podría aspirar a dirigir el imperio; esto se debía a que no lo conocía. En julio de 1196, al-Adel le arrebató Damasco a al-Afdal. El hijo de Saladino, que contaba veintiséis años, se había mostrado totalmente incapaz de gobernar. Le dejaba el poder efectivo a su visir, Diya al-Din Ibn al-Atir, hermano del historiador, y se entregaba al alcohol y a los placeres del harén. Su tío se libra de él aprovechando un complot y lo exilia a la vecina fortaleza de Saljad, donde al-Afdal, consumido de remordimiento, promete abandonar su vida disoluta para consagrarse a la oración y a la meditación. En noviembre de 1198, otro hijo de Saladino, al-Aziz, señor de Egipto, se mata al caer del caballo durante una cacería de lobos cerca de las Pirámides. Al-Afdal no resiste la tentación de salir de su retiro para suceder a su hermano, pero a su tío no le cuesta ningún trabajo arrebatarle su nueva posición y devolverlo a su vida de recluso. A partir de 1202, al-Adel es, a los cincuenta y siete años, el dueño indiscutible del imperio ayyubí.

No tiene ni el carisma ni el genio de su ilustre hermano, pero es mejor administrador. El mundo árabe vive, bajo su égida, una era de paz, de prosperidad y de tolerancia. Creyendo que la guerra santa ya no tiene razón de ser tras la recuperación de Jerusalén y el debilitamiento de los frany, el nuevo sultán adopta respecto a estos últimos una política de coexistencia y de intercambios comerciales; fomenta incluso la instalación en Egipto de varios cientos de mercaderes italianos. En el frente franco-árabe va a reinar, durante varios años, un período de calma sin precedentes.

Al principio, al estar los ayyubíes absortos en sus querellas, los frany han intentado poner algo de orden en su territorio gravemente mermado. Antes de abandonar Oriente, Ricardo le ha confiado el reino de Jerusalén, cuya capital es ahora Acre, a uno de sus sobrinos, «alcond-Herri», el conde Enrique de Champaña. En cuanto a Guido de Lusignan, desacreditado tras la derrota de Hattina, se le exilia con todos los honores y se convierte en rey de Chipre, donde va a reinar su dinastía durante cuatro siglos. Para compensar la debilidad de su Estado, Enrique de Champaña intenta

aliarse con los asesinos. Va en persona a una de sus fortalezas, al-Kahf, para reunirse con su gran maestro. Sinan, el viejo de la montaña, ha muerto poco antes, pero su sucesor ejerce sobre la secta la misma autoridad absoluta. Para probarse a su visitante franco, ordena a dos adeptos que se arrojen desde lo alto de las murallas, cosa que hacen sin vacilar un instante —el gran maestro está incluso dispuesto a seguir con la escabechina, pero Enrique le suplica que concluya. Se llega a una alianza. Para honrar a su invitado, los asesinos le preguntan si no tiene que encargarse que maten a alguien. Enrique les da las gracias y les promete recurrir a sus servicios si se presenta la ocasión. Por ironías del destino, poco después de haber asistido a esta escena, el 10 de septiembre de 1197, muere el sobrino de Ricardo al caerse accidentalmente por una ventana de su palacio de Acre.

Durante las semanas que siguen a esta desaparición se producen los únicos enfrentamientos serios que marcan este período. Unos fanáticos peregrinos alemanes se apoderan de Saida y de Beirut antes de que los corten en pedazos cuando se encaminan a Jerusalén, mientras que, al mismo tiempo, al-Adel está recuperando Jaffa. Sin embargo, el 1 de julio de 1198, se firma una nueva tregua de cinco años y ocho meses de duración, tregua que el hermano de Saladino aprovecha para consolidar su poder.

Como experto hombre de Estado, sabe que ya no basta con entenderse con los franks del litoral para evitar una nueva invasión, sino que a quien hay que dirigirse es al propio Occidente. ¿Acaso no sería oportuno utilizar sus buenas relaciones con los mercaderes italianos para convencerlos de que no vuelvan a lanzar sobre Egipto y Siria oleadas de guerreros incontrolados?

En 1202 recomienda a su hijo al-Kamel, «el Perfecto», virrey de Egipto, que entable conversaciones con la serenísima república de Venecia, principal potencia marítima del Mediterráneo. Como ambos Estados hablan el lenguaje del pragmatismo y de los intereses comerciales, se llega rápidamente a un acuerdo. Al-Kamel garantiza a los venecianos el acceso a los puertos del delta del Nilo, como Alejandría y Damietta, y les ofrece toda la protección y la asistencia necesarias; a cambio, la República de los dux se compromete a no apoyar ninguna expedición occidental contra Egipto. Los italianos, que, con la promesa de una fuerte suma, acaban de firmar con un grupo de príncipes occidentales un acuerdo que prevé precisamente el transporte de casi treinta y cinco mil guerreros francos hacia Egipto, prefieren guardar en secreto este tratado. Como hábiles negociadores que son, los venecianos están decididos a no romper ninguno de sus compromisos.

Cuando los caballeros llegan a la ciudad del Adriático dispuestos a embarcarse, los recibe calurosamente el dux Dándolo. *Era* —nos dice Ibn al-Atir— *un hombre muy anciano y ciego y, cuando montaba a caballo, necesitaba que un escudero le guiase la cabalgadura*. A pesar de la edad y la ceguera, Dándolo anuncia su intención de participar personalmente en la expedición bajo el estandarte de la cruz. Sin embargo, antes de partir, exige a los caballeros la suma convenida, y cuando éstos solicitan que se retrase el pago, sólo acepta a condición de que la expedición comience con la ocupación del puerto de Zara que desde hace unos años compite con Venecia en el Adriático. Los caballeros se resignan a ello no sin vacilaciones, ya que Zara es una ciudad cristiana que pertenece al rey de Hungría, fiel servidor de Roma, pero no les queda elección: el dux exige ese pequeño favor o el pago inmediato de la suma prometida. Por tanto, en noviembre de 1202, atacan Zara y la saquean.

Pero los venecianos aspiran a más. Ahora intentan convencer a los jefes de la expedición de que den un rodeo por Constantinopla para instalar en el trono imperial a un joven príncipe favorable a los occidentales. Evidentemente, el objetivo final del dux es proporcionar a su república el control del Mediterráneo, pero los argumentos que

alega son hábiles. Sirviéndose de la desconfianza de los caballeros hacia los «herejes» griegos, haciendo relucir ante ellos los inmensos tesoros de Bizancio, explicándoles a los jefes que el control de la ciudad de los rum les permitirá lanzar ataques más eficaces contra los musulmanes, los venecianos consiguen salirse con la suya. En junio de 1203, la flota veneciana llega ante Constantinopla.

El rey de los rum huyó sin combatir —cuenta Ibn al-Atir— y los frany instalaron a su joven candidato en el trono. Pero del poder sólo tenía el nombre, pues todas las decisiones las tomaban los frany. Impusieron a las gentes pesados tributos y cuando no pudieron pagar cogieron todo el oro y las joyas, incluso lo que había sobre las cruces y las imágenes del Mesías, ¡la paz sea con él! Entonces los rum se rebelaron, mataron al joven monarca y luego, expulsando a los frany de la ciudad, atrancaron las puertas. Como tenían pocas fuerzas, le mandaron un mensajero a Suleiman, hijo de Kiliy Arslan, señor de Konya, para que viniera a ayudarlos. Pero no fue capaz de ello.

Efectivamente, los rum no estaban en condiciones de defenderse. No sólo su ejército estaba formado en gran parte por mercenarios francos, sino que numerosos agentes venecianos actuaban contra ellos desde el interior mismo de las murallas. En abril de 1204, tras una semana escasa de combate, se produjo la invasión de la ciudad que, durante dos días, fue víctima de saqueos y matanzas. Se robaban o destruían iconos, imágenes, libros, innumerables objetos de arte testimonios de las civilizaciones griega y bizantina, y se degollaba a miles de habitantes.

Mataron o despojaron de sus pertenencias a todos los rum —cuenta el historiador de Mosul—. Algunos de sus notables intentaron refugiarse en la gran iglesia que llaman Sofía, perseguidos por los frany. Un grupo de sacerdotes y de monjes salieron entonces, llevando cruces y evangelios, para suplicar a los atacantes que respetasen sus vidas, pero los frany no atendieron sus ruegos: los mataron a todos y luego saquearon la iglesia.

Se cuenta también que una prostituta que había venido con la expedición franca se sentó en el trono del patriarca entonando canciones subidas de tono mientras que unos soldados borrachos violaban a las monjas griegas en los vecinos monasterios. Tras el saqueo de Constantinopla, uno de los hechos más degradantes de la historia, se entronizó, como ha dicho Ibn al-Atir, a un emperador latino de Oriente, Balduino de Flandes, cuya autoridad, como es lógico, jamás reconocerán los rum. Los supervivientes de la corte imperial irán a instalarse a Nicea, que se convertirá en la capital provisional del imperio griego hasta la nueva toma de Bizancio, cincuenta y siete años después.

Lejos de reforzar los asentamientos francos en Siria, la insensata expedición de Constantinopla les asesta un duro golpe. En efecto, para todos estos caballeros que, en gran número, vienen a buscar fortuna a Oriente, la tierra griega ofrece ahora mejores perspectivas. Hay feudos de los que apoderarse, riquezas que atesorar, mientras que la estrecha franja costera de los alrededores de Acre, Trípoli o Antioquía no presenta atractivo alguno para los aventureros. A corto plazo, el hecho de que la expedición se haya desviado priva a los frany de Siria de los refuerzos que les habrían permitido intentar una nueva operación contra Jerusalén y los obliga a pedir al sultán, en 1204, la renovación de la tregua. Al-Adel acepta por un período de seis años.

Aunque ahora está en la cumbre de su poder, el hermano de Saladino no tiene intención alguna de lanzarse a una empresa de reconquista. La presencia de los frany en la costa no lo molesta en absoluto.

En su mayoría, los frany de Siria querrían que se prolongase la paz, pero allende los mares, y sobre todo en Roma, sólo se piensa en la reanudación de las hostilidades. En 1210, el reino de Acre, mediante un matrimonio, pasa a manos de Juan de Brienne, caballero de sesenta años que acaba de llegar de Occidente. Aunque se ha resignado a renovar la tregua durante cinco años en julio de 1212, no deja de enviarle mensajeros al papa para apremiarlo a que acelere los preparativos de una poderosa expedición, de tal forma que, ya en el verano de 1217, pueda emprenderse una ofensiva. De hecho, los primeros barcos de peregrinos armados llegan a Acre con cierto retraso, en el mes de septiembre. Pronto llegan cientos de ellos. En abril de 1218 comienza una nueva invasión franca: su objetivo es Egipto.

Al-Adel se queda sorprendido y sobre todo decepcionado por esta agresión. ¿Acaso no ha hecho todo lo posible desde su llegada al poder e incluso antes, en la época de las negociaciones con Ricardo, para acabar con el estado de guerra? ¿No ha soportado desde hace años los sarcasmos de los religiosos que lo acusaban de haber desertado de la causa del yihad por amistad hacia los hombres rubios? Durante meses, este hombre de setenta y tres años, enfermo, se niega a creer los informes que le van llegando. Que una banda de alemanes empecinados se dedique a saquear algunas aldeas de Galilea es una peripecia a la que está acostumbrado y que no le preocupa; pero que, tras un cuarto de siglo de paz, Occidente se lance a otra invasión en masa no lo puede concebir.

Sin embargo, las informaciones se vuelven cada vez más concretas: decenas de miles de combatientes francos se han reunido ante la ciudad de Damietta, que controla el acceso al brazo principal del Nilo. Siguiendo las instrucciones de su padre, al-Kamel va a su encuentro al frente de sus tropas. Se asusta ante tan elevado número y evita enfrentarse con ellos. Prudentemente instala su campamento al sur del puerto, de forma tal que puede ayudar a la guarnición sin verse obligado a entablar una batalla campal. La ciudad es una de las mejor defendidas de Egipto; las murallas están rodeadas al este y al sur por una estrecha franja de tierra pantanosa, mientras que al norte y al oeste el Nilo garantiza un nexo permanente con el interior del país. Por tanto, excepto si el enemigo consigue el control del río, es imposible cercarla de forma eficaz. Para protegerse de tal peligro, la ciudad dispone de un ingenioso sistema que no es otro que una cadena de hierro muy gruesa, uno de cuyos extremos va fijado a las murallas y el otro a una alcazaba construida en un islote cercano a la orilla opuesta; esta cadena impide el acceso al Nilo. Al comprobar que ningún barco puede pasar si no se suelta la cadena, los frany dedican todos sus esfuerzos a la alcazaba. Durante tres meses ven rechazados todos sus asaltos, hasta el momento en que se les ocurre la idea de fijar dos grandes barcos y de construir sobre ellos una especie de torre flotante que llega a la altura de la alcazaba. La toman por asalto el 25 de agosto de 1218: la cadena se rompe.

Cuando, días después, una paloma mensajera lleva la noticia de esta derrota hacia Damasco, al-Adel se muestra muy afectado. Está claro que la caída de la alcazaba va a provocar la de Damietta y que ningún obstáculo podrá detener ya a los invasores en su marcha hacia El Cairo. Se avecina una larga campaña que no tiene ni fuerzas ni deseos para llevar a cabo. Transcurridas unas horas, muere de un ataque al corazón.

Para los musulmanes, la verdadera catástrofe no es la caída de la alcazaba fluvial sino la muerte del viejo sultán, ya que, en el terreno militar, al-Kamel consigue contener al enemigo, infligirle cuantiosas pérdidas e impedirle que termine de sitiar Damietta. En cambio, en el terreno político, comienza la inevitable lucha por la

sucesión a pesar de los esfuerzos que ha hecho el sultán para que sus hijos eludiesen esta fatalidad. Ya ha repartido sus dominios en vida: Egipto para al-Kamel, Damasco y Jerusalén para al-Moazzam, la Yazira para al-Ashraf y feudos menos importantes para los más jóvenes. Pero no se pueden satisfacer todas las ambiciones: aunque es cierto que reina una relativa armonía entre los hermanos, algunos conflictos son inevitables. En El Cairo, numerosos emires se aprovechan de la ausencia de al-Kamel para intentar colocar a uno de sus hermanos menores en el trono. El golpe de Estado está a punto de triunfar cuando el señor de Egipto, al que han informado de ello, olvidándose de Damietta y de los frany, levanta el campamento y vuelve a su capital para restablecer el orden y castigar a los implicados en el complot. Los invasores ocupan en el acto las posiciones que acaba de abandonar. Ya está cercada Damietta.

Aunque ha recibido ayuda de su hermano al-Moazzam, que ha venido de Damasco con su ejército, al-Kamel ya no está en condiciones de salvar la ciudad y menos aún de poner fin a la invasión. Las ofertas de paz son, por tanto, particularmente generosas. Tras haberle pedido a al-Moazzam que desmantele las fortificaciones de Jerusalén, envía un mensaje a los frany asegurándoles que estaría dispuesto a entregarles la Ciudad Santa si accediera a salir de Egipto. Pero los frany sienten que están en una posición de fuerza y se niegan a negociar. En octubre de 1219, al-Kamel concreta su ofrecimiento: no sólo entregaría Jerusalén sino toda la Palestina que está al oeste del Jordán y, además, la verdadera cruz. Esta vez, los invasores se toman la molestia de estudiar sus propuestas. Juan de Brienne se pronuncia favorablemente, así como todos los frany de Siria. Pero la decisión final le corresponde a un tal Pelayo, un cardenal español partidario de la guerra santa a ultranza, al que el papa ha puesto a la cabeza de la expedición. Nunca —dice— aceptará tratos con los sarracenos. Y para subrayar bien su negativa, ordena que se realice sin más tardanza el asalto de Damietta. La guarnición, diezmada por los combates, el hambre y una reciente epidemia, no ofrece resistencia alguna.

Pelayo está decidido a apoderarse de todo Egipto. Si no se encamina en el acto a El Cairo es porque se anuncia la inminente llegada de Federico de Hohenstaufen, rey de Alemania y de Sicilia, el monarca más poderoso de Occidente, a la cabeza de una importante expedición. Al-Kamel, a quien, como es lógico, le han llegado estos rumores, se prepara para luchar. Sus mensajeros recorren los países islámicos para pedir ayuda a hermanos, primos y aliados. Además, manda armar, al oeste del delta, no lejos de Alejandría, una flota que durante el verano de 1220 sorprende a los navíos occidentales frente a Chipre y les inflige una derrota aplastante. Una vez privado el enemigo del dominio de los mares, al-Kamel se apresura a reiterar su oferta de paz, añadiendo a ella la promesa de firmar una tregua de treinta años. En vano. Pelayo ve en tan excesiva generosidad la prueba de que el señor de El Cairo no tiene otra salida. ¿Acaso no acaba de llegar la noticia de que han coronado emperador en Roma a Federico II y de que ha hecho la promesa de partir en el acto hacia Egipto? En la primavera de 1221, a más tardar, debería haber llegado con cientos de navíos y decenas de miles de soldados. Entre tanto, el ejército franco no debe guerrear ni firmar la paz.

¡De hecho, Federico tardará ocho años en llegar! Pelayo se arma de paciencia hasta principios del verano. En julio de 1221, el ejército franco sale de Damietta y toma resueltamente el camino de El Cairo. En la capital egipcia, los soldados de al-Kamel tienen que recurrir a la fuerza para impedir a los habitantes que huyan. Pero el sultán se muestra confiado, pues dos de sus hermanos han acudido en su ayuda: al-Ashraf que, con sus tropas de la Yazira, se ha reunido con él para intentar impedir a los invasores que lleguen a El Cairo, y al-Moazzam, que se dirige con su ejército sirio hacia el norte, interponiéndose intrépidamente entre el enemigo y Damietta. En cuanto

al propio al-Kamel, observa atentamente, con alegría que apenas puede contener, la crecida del Nilo, ya que el nivel del agua empieza a subir sin que los occidentales se den cuenta. A mediados de agosto, las tierras se han puesto tan fangosas y resbaladizas que los caballeros se ven obligados a detenerse y a retirar todo su ejército.

Apenas han comenzado a retirarse cuando un grupo de soldados egipcios toma la iniciativa de demoler los diques. Es el 26 de agosto de 1221. En unas horas, y mientras las tropas musulmanas le cortan las salidas, todo el ejército franco se encuentra hundido en un mar de barro. Dos días después, Pelayo, abandonando la esperanza de salvar a su ejército de la destrucción total, envía un mensajero a al-Kamel para reclamar la paz. El soberano ayyubí impone sus condiciones: los frany tendrán que evacuar Damietta y firmar una tregua de ocho años; a cambio, su ejército podrá embarcarse sin que lo molesten. Está claro que ya ni se habla de ofrecerles Jerusalén.

Al celebrar esta victoria tan completa como inesperada, muchos árabes se preguntan si al-Kamel hablaba en serio al ofrecerles a los frany la Ciudad Santa. ¿No se trataría de un engaño para ganar tiempo? No van a tardar en tener claro este extremo.

Durante la penosa crisis de Damietta, el señor de Egipto se ha hecho frecuentes preguntas relacionadas con ese famoso Federico, «al-enboror», cuya llegada aguardaban los frany. ¿Será en verdad tan poderoso como dicen? ¿Estará realmente decidido a dirigir la guerra santa contra los musulmanes? Interrogando a sus colaboradores, recabando información de los viajeros llegados de Sicilia, esa isla de la que Federico es rey, al-Kamel va de sorpresa en sorpresa. Cuando se entera, en 1225, de que el emperador acaba de casarse con Yolanda, la hija de Juan de Brienne, convirtiéndose así en rey de Jerusalén, decide enviarle una embajada presidida por un agudo diplomático, el emir Fajr al-Din Ibn ash-Sheij. Nada más llegar a Palermo, éste queda maravillado: ¡sí, cuanto se dice de Federico es cierto! Habla y escribe el árabe a la perfección, no oculta su admiración por la civilización musulmana, desprecia al Occidente bárbaro y, sobre todo, al papa de Roma la Grande. Sus colaboradores próximos son árabes, así como los soldados de su guardia que, en las horas de oración, se prosternan dirigiendo la mirada hacia La Meca. Al haber pasado toda su juventud en Sicilia, foco privilegiado, a la sazón, de las ciencias árabes, esta mente curiosa siente que no tiene gran cosa en común con los obtusos y fanáticos frany. En su reino suena sin trabas la voz del almuecín.

Fajr al-Din se convierte pronto en el amigo y confidente de Federico. A través de él, se estrechan los lazos entre el emperador germánico y el sultán de El Cairo. Ambos monarcas intercambian cartas que tratan de la lógica de Aristóteles, de la inmortalidad del alma, de la génesis del universo. Al enterarse al-Kamel de la pasión que tiene su corresponsal por la observación de los animales, le regala osos, monos, dromedarios, así como un elefante que el emperador confía a los responsables árabes de su jardín zoológico particular. El sultán está encantado de haber dado en Occidente con un dirigente instruido, capaz de comprender como él la inutilidad de esas interminables guerras de religión. No vacila, por tanto, en hacer saber a Federico su deseo de que vaya pronto a Oriente, añadiendo que le complacería verlo en posesión de Jerusalén.

Se comprende mejor este ataque de generosidad si se sabe que, en el momento en que se formula tal oferta, la Ciudad Santa no pertenece a al-Kamel sino a su hermano al-Moazzam con quien acaba de pelearse. En la mente de al-Kamel, la ocupación de Palestina por su aliado Federico crearía un Estado tapón que lo protegería de las iniciativas de al-Moazzam. A más largo plazo, el reino de Jerusalén, revitalizado, podría interponerse eficazmente entre Egipto y los pueblos guerreros de Asia, cuya

amenaza se va concretando. Un ferviente musulmán no habría considerado nunca con tanta frialdad el abandono de la Ciudad Santa, pero al-Kamel es muy diferente de su tío Saladino. Para él, la cuestión de Jerusalén es ante todo política; no tiene en cuenta el aspecto religioso más que en la medida en que influye en la opinión pública. Federico, que no se siente más próximo al cristianismo que al Islam, tiene idéntico comportamiento. Si desea tomar posesión de la Ciudad Santa no es ni mucho menos por orar sobre el sepulcro de Cristo, sino porque tal éxito reforzaría su posición en la lucha contra el papa, que acaba de excomulgarlo para castigarlo por haber retrasado su expedición a Oriente.

Cuando, en septiembre de 1228, el emperador desembarca en Acre, está convencido de que, con la ayuda de al-Kamel, podrá entrar triunfalmente en Jerusalén, obligando así a callar a sus enemigos. De hecho, el señor de El Cairo está en un terrible aprieto, pues recientes acontecimientos han trastocado por completo la situación en la zona. Al-Moazzam ha fallecido repentinamente en noviembre de 1227 y le ha dejado Damasco a su hijo an-Naser, un joven sin experiencia. Al-Kamel, que ya puede considerar lo posibilidad de apoderarse de Damasco y de Palestina, ha dejado de pensar en crear un Estado tapón entre Egipto y Siria. Puede suponerse cuán poco le agrada la llegada de Federico, que, amistosamente, le reclama Jerusalén y sus alrededores. Como es hombre de honor, no puede faltar a su promesa, pero intenta dar largas, explicándole al emperador que la situación ha cambiado de repente.

Pensando que la toma de Jerusalén iba a ser un mero requisito, Federico ha llegado con sólo tres mil hombres. Por tanto, no se atreve a lanzarse a una política de intimidación e intenta enternecer a al-Kamel: *Soy amigo tuyo —le escribe—. Tú me has animado a que haga este viaje. Ahora el papa y todos los reyes de Occidente están al tanto de mi misión. Si volviera con las manos vacías, me perderían todo el respeto. Por favor, ¡dame Jerusalén para que pueda seguir con la cabeza alta!* Al-Kamel se conmueve y le envía a su amigo Fajr al-Din cargado de regalos con una respuesta de doble sentido. *Yo también —le explica— tengo que tener en cuenta la opinión. Si te entregara Jerusalén, ello podría provocar no sólo que el califa condenara mis actos, sino también una insurrección religiosa que podría derribar mi trono.* Para ambos, se trata, ante todo, de quedar bien. Federico llega a suplicarle a Fajr al-Din que encuentre una salida honrosa, y éste le presenta, con el acuerdo previo del sultán, una tabla de salvación: «El pueblo no aceptaría nunca que te entregáramos sin combate Jerusalén, que tanto le costó conquistar a Saladino. En cambio, si el acuerdo acerca de la Ciudad Santa pudiera evitar una guerra sangrienta...» El emperador ha comprendido, sonríe, le agradece a su amigo el consejo y luego ordena a sus escasas tropas que se apresten al combate. A finales de noviembre de 1228, mientras se dirige con gran pompa hacia el puerto de Jaffa, al-Kamel manda decir por todo el país que hay que prepararse para una guerra prolongada y dura contra el poderoso soberano de Occidente.

Unas semanas después, sin haber librado combate alguno, el texto del acuerdo está listo: Federico se queda con Jerusalén, con un pasillo que la une a la costa, así como con Belén, Nazaret, los alrededores de Saida y la poderosa fortaleza de Tibnin, al este de Tiro. Los musulmanes siguen presentes en la Ciudad Santa, en el sector de Haram ash-Sharif, donde están agrupados sus principales santuarios. El 18 de febrero de 1229 firman el tratado Federico y el embajador Fajr al-Din en nombre del sultán. Un mes después, el emperador va a Jerusalén, a cuya población musulmana, salvo a algunos religiosos que tienen a su cargo los lugares de culto del Islam, ha evacuado al-Kamel. Lo recibe el cadí de Naplusa, Shams al-Din, que le entrega las llaves de la ciudad y le sirve, en cierto modo, de guía. El propio cadí cuenta esta visita.

Cuando el emperador, rey de los frany, vino a Jerusalén, me quedé con él como había pedido al-Kamel. Entré con él en Haram ash-Sharif donde recorrió las pequeñas mezquitas. Luego fuimos a la mezquita al-Aqsa, cuya arquitectura admiró, así como la Cúpula de la Roca. Le fascinó la belleza del púlpito y subió por sus escaleras hasta llegar arriba. Al bajar, me tomó de la mano y me llevó de nuevo hasta al-Aqsa. Allí encontró a un sacerdote que quería entrar en la mezquita, evangelio en mano. Furioso, el imperador empezó a increparlo rudamente: «¿Quién le ha traído a este lugar? ¡Por Dios, que si uno de vosotros vuelve a atreverse a poner los pies aquí sin permiso, le saco los ojos!» El sacerdote se alejó temblando. Aquella noche le pedí al almuecín que no llamara a la oración para no incomodar al emperador, pero éste, cuando fui a verlo al día siguiente, me preguntó: «Oh cadí, ¿por qué los almuecines no han llamado a la oración como suelen?» Le contesté: «Se lo he impedido yo por consideración hacia tu majestad.» «No habrías debido actuar así —me dijo el emperador— pues, si he pasado esta noche en Jerusalén, ha sido obre todo para oír la llamada del almuecín en la noche.»

Al visitar la Cúpula de la Roca, Federico lee una inscripción que dice: *Salah al-Din purificó esta ciudad santa de los mushrikin*. Esta expresión, que significa «asociacionistas» o incluso «politeístas», se refiere a los que asocian otras divinidades al culto del Dios único. En este contexto designa a los cristianos partidarios de la Trinidad. Haciendo como si lo ignorara, el emperador, con sonrisa divertida, les pregunta a sus anfitriones, a los que pone en un compromiso, quiénes serán esos «mushrikin». Unos minutos después, al ver una verja a la entrada de la Cúpula, se pregunta por su utilidad. «Es para impedir que entren los pájaros», le contestan. Ante sus pasmados interlocutores, Federico comenta, con una alusión que se refiere claramente a los frany: «¡Y pensar que Dios ha permitido que entren los cerdos!» El cronista de Damasco, Sibt Ibn al-Yawzi, que, en 1229, es un brillante orador de cuarenta y tres años, ve en estas reflexiones la prueba de que Federico no es ni cristiano ni musulmán, *sino con toda seguridad ateo*. Añade, fiándose de los testimonios de quienes han estado con él en Jerusalén, que el emperador era *pelirrojo, calvo y miope; si hubiera sido un esclavo, no habría valido doscientos dirhems*.

La hostilidad de Sibt hacia el emperador refleja el sentimiento de la mayoría de los árabes. En otras circunstancias, seguramente habrían apreciado la actitud amistosa del emperador para con el Islam y su civilización, pero los términos del tratado que ha firmado al-Kamel escandalizan a la opinión. *En cuanto se conoció la noticia de la entrega de la Ciudad Santa a los frany —dice el cronista—, una auténtica tempestad recorrió todos los países del Islam. A causa de la gravedad del suceso, se organizaron manifestaciones públicas de duelo*. En Bagdad, en Mosul, en Alepo, la gente se reúne en las mezquitas para denunciar la traición de al-Kamel. Sin embargo, es en Damasco donde la reacción es más violenta. *El rey an-Naser me pidió que reuniera al pueblo en la mezquita mayor de Damasco —cuenta Sibt— para que contase lo que había pasado en Jerusalén. Yo no podía por menos de aceptar, pues me lo dictaban mis obligaciones para con la fe*.

El cronista predicador sube al púlpito en presencia de una muchedumbre iracunda: lleva un turbante de seda negra en la cabeza: «La desastrosa nueva que ha llegado hasta nosotros nos ha roto el corazón. Nuestros peregrinos ya no podrán ir a Jerusalén, ya no se recitarán los versículos del Corán en sus escuelas. ¡Cuán grande es hoy la vergüenza de los dirigentes musulmanes!» An-Naser asiste en persona a la manifestación; entre él y su tío al-Kamel existe una guerra abierta, tanto más cuanto

que en su momento en que éste le entrega Jerusalén a Federico, el ejército egipcio está imponiendo un riguroso sitio a Damasco. Para la población de la metrópoli siria, fuertemente unida en torno a su joven soberano, la lucha contra la traición del señor de El Cairo se convierte en un tema de movilización. La elocuencia de Sibte no bastará, in embargo, para salvar Damasco. Al-Kamel, que dispone de una aplastante superioridad numérica, sale vencedor de este enfrentamiento, consigue la capitulación de la ciudad y restablece, en provecho propio, la unidad del imperio ayyubí.

Ya en junio de 1229, an-Naser se ve obligado a abandonar su capital. Amargado, pero no desesperado, se lístala al este del Jordán, en la fortaleza de Kerak donde desempeñará el papel, durante los años de tregua, de símbolo de la firmeza frente al enemigo. Muchos damascenos permanecen afectos a su persona y numerosos militantes religiosos, defraudados por la política exageradamente conciliadora de los demás ayyubíes, conservan la esperanza gracias a este joven y fogoso príncipe que incita a sus pares a proseguir el yihad contra los invasores. *¿Quién que no sea yo — escribe— despliega todos sus esfuerzos para proteger al Islam? ¿Quién que no sea yo combate en cualquier circunstancia por la causa de Dios?* En noviembre de 1239, cien días después de haber expirado la tregua, an-Naser, durante una incursión inesperada, se apodera de Jerusalén. En todo el mundo árabe hay una explosión de alegría. Los poetas comparan al vencedor con su tío abuelo Saladino y le dan las gracias por haber lavado así la afrenta causada por la traición de al-Kamel.

Sus apologistas no cuentan, sin embargo, que an-Naser se había reconciliado con el señor de El Cairo poco antes de la muerte de este último, en 1238, esperando sin duda que le devolviera de esa forma el gobierno de Damasco. Los poetas eluden también el hecho de que el príncipe ayyubí no intentó conservar Jerusalén después de haberla recuperado; como estimaba que era imposible defender la ciudad, se apresuró a destruir la torre de David, así como otras fortificaciones que acababan de construir los frany, antes de retirarse con sus tropas a Kerak. Podría decirse que el fervor no excluye el realismo político o militar. El ulterior comportamiento del dirigente maximalista no deja, sin embargo, de intrigar. Durante la inevitable guerra de sucesión que sigue a la desaparición de al-Kamel, an-Naser no duda en proponer a los frany una alianza contra sus primos. Para engatusar a los occidentales, reconoce oficialmente en 1243 su derecho sobre Jerusalén e incluso les ofrece retirar a los religiosos musulmanes de Haram alsh-Sharif. ¡Nunca había llegado al-Kamel a tanto en su compromiso!

Sexta parte

La expulsión (1244-1291)

Atacados por los mogoles —los tártaros— al este y por los frany al oeste, los musulmanes no se habían visto nunca en postura tan crítica. Sólo Dios puede aún socorrerlos.

IBN AL-ATIR

Capítulo 13

El azote mogol

Los acontecimientos que voy a contar son tan horribles que durante años he evitado aludir a ellos. ¡No es tan fácil anunciar que la muerte ha caído sobre el Islam y los musulmanes! ¡Ay! Habría deseado que mi madre no me echara al mundo o, si no, haber muerto sin haber sido testigo de tantas desgracias. Si os dijeran un día que la Tierra no ha conocido jamás tal calamidad desde que Dios creó a Adán, no dudéis en creerlo, pues ésa es la estricta verdad. Entre los dramas más célebres de la historia, se cita generalmente la matanza de los hijos de Israel por Nabucodonosor y la destrucción de Jerusalén. Pero esto no es nada en comparación con lo que acaba de acontecer. No, hasta el fin de los tiempos nunca se verá una catástrofe de tal envergadura.

Nunca, en toda su voluminosa Historia perfecta, adopta Ibn al-Atir un tono tan patético. Su tristeza, su temor y su incredulidad se desencadenan página tras página, retrasando, como por superstición, el instante en que no queda más remedio que pronunciar el nombre de la plaga: Gengis Khan.

El auge del conquistador mogol ha comenzado poco después de la muerte de Saladino, pero hasta un cuarto de siglo después no han notado los árabes aproximarse la amenaza. Gengis Khan se ha dedicado primero a reunir bajo su autoridad a las diversas tribus turcas y mogolas de Asia central antes de lanzarse a la conquista del mundo. En tres direcciones: hacia el este, donde ha reducido a vasallaje y ha anexionado el imperio chino; hacia el noroeste, donde ha devastado Rusia y, luego, Europa oriental; hacia el oeste, donde ha invadido Persia. «Hay que arrasar todas las ciudades —decía Gengis Khan— para que el mundo entero vuelva a ser una inmensa estepa donde madres mogolas amamanten a hijos libres y felices.» De hecho, ciudades prestigiosas tales como Bujara, Samarcanda o Herat serán destruidas y sus habitantes quedarán diezmados.

De hecho, la primera incursión mogola en tierras del Islam coincidió con la invasión franca de Egipto de 1218 a 1221. El mundo árabe se sentía en aquel momento atrapado entre dos fuegos, lo que sin duda explica, en parte, la actitud conciliadora de al-Kamel en lo tocante a Jerusalén. Pero Gengis Khan había renunciado a aventurarse hasta el oeste de Persia. Tras su muerte, en 1227, a la edad de sesenta y siete años, la presión de los jinetes de las estepas sobre el mundo árabe había aflojado durante unos años.

En Siria, la plaga se manifiesta en un primer momento de forma indirecta. Entre las numerosas dinastías que los mogoles han aplastado a su paso está la de los turcos jawarizmanos, que, durante los años anteriores, y desde Irak hasta la India, han suplantado a los selyúcidas. El desmantelamiento de este imperio musulmán, que había tenido su momento glorioso, ha obligado a los restos de su ejército a huir lejos de los terribles vencedores, y así, un buen día llegan más de diez mil jinetes jawarizmanos a Siria, saqueando las ciudades, exigiéndoles tributos y participando como mercenarios en las luchas internas de los ayyubíes. En junio de 1244, estimándose lo bastante fuertes para instaurar su propio Estado, los jawarizmanos se lanzan al asalto de Damasco. Saquean las aldeas vecinas y destrozan los huertos del Ghuta, pero, incapaces, ante la resistencia de la ciudad, de llevar a cabo con éxito un

sitio prolongado, cambian de objetivo y se dirigen súbitamente hacia Jerusalén, que ocupan sin esfuerzo el 11 de julio. La mayoría de la población franca salva la vida, pero saquean e incendian la ciudad. En un nuevo ataque contra Damasco, sin embargo, quedan diezmados, meses después, por una coalición de los príncipes ayyubíes, con gran alivio de todas las ciudades de Siria.

Esta vez los caballeros francos no volverán a recuperar Jerusalén. Federico, cuya habilidad diplomática había permitido a los occidentales izar la bandera de los cruzados sobre las murallas de la ciudad durante quince años, se desinteresa de la suerte de ésta. Ha renunciado a sus ambiciones orientales y prefiere ahora sus amistosísimas relaciones con los dirigentes de El Cairo. Cuando, en 1247, el rey de Francia, Luis IX, piensa en organizar una expedición contra Egipto, el emperador intenta disuadirlo de ello. Más aún, tiene informado con regularidad a Ayyub, hijo de al-Kamel, de los preparativos de la expedición francesa.

Luis llega a Oriente en septiembre de 1248, pero no se dirige inmediatamente hacia las costas egipcias, pensando que sería demasiado aventurado comenzar una campaña antes de la primavera. Se instala, pues, en Chipre esforzándose durante estos meses de tregua en realizar el sueño que va a obsesionar a los frany hasta finales del siglo XIII e incluso más adelante: llegar a una alianza con los mogoles para atrapar al mundo árabe en una tenaza. A partir de ese momento circulan con regularidad embajadores entre los invasores del Este y los del Oeste. A finales de 1248, Luis recibe en Chipre a una delegación que hace espejear ante sus ojos una posible conversión de los mogoles al cristianismo. Emocionado por tales perspectivas, se apresura a enviar como respuesta valiosos y piadosos regalos. Pero los sucesores de Gengis Khan no comprenden el sentido de su gesto. Tratando al rey de Francia como a un simple vasallo, le piden que les haga todos los años regalos de valor semejante. Este equívoco va a evitarle al mundo árabe, al menos de momento, un ataque concertado de sus dos enemigos.

Por tanto, los occidentales se lanzan en solitario al asalto de Egipto el 5 de junio de 1249 no sin que ambos monarcas hayan intercambiado, según las tradiciones de la época, estruendosas declaraciones de guerra. *Ya te he hecho llegar —escribe Luis— numerosos avisos que no has tenido en cuenta. Ahora ya estoy decidido: voy a atacar tu territorio y no cambiaría de opinión ni aunque le jurases fidelidad a la Cruz. Los ejércitos que me obedecen cubren montes y llanuras, son copiosos como los guijarros del suelo y se encaminan hacia ti con las espadas del destino.* Para ilustrar sus amenazas, el rey de Francia le recuerda a su enemigo algunos triunfos que los cristianos habían tenido el año anterior sobre los musulmanes de España: *Hemos echado a los vuestros y los hemos perseguido como a rebaños de bovinos, hemos matado a los hombres, dejado viudas a las mujeres, capturado a las doncellas y a los jóvenes. ¿No os sirve esto de lección?* La respuesta de Ayyub es del mismo tenor: *Insensato, ¿has olvidado las tierras que ocupabais y que hemos conquistado en el pasado e incluso hace poco? ¿Has olvidado los daños que os hemos ocasionado?* Aparentemente consciente de su inferioridad numérica, el sultán encuentra en el Corán la cita que lo tranquiliza: *¿Cuántas veces ha vencido una pequeña tropa a una grande con el permiso de Dios? Pues Dios está con los valientes.* Y ello lo incita a avisar a Luis: *No podrás evitar la derrota. Dentro de algún tiempo lamentarás amargamente la aventura en que te has empeñado.*

Sin embargo, nada más comenzar la ofensiva, los frany consiguen un triunfo decisivo. Damietta, que había resistido valerosamente a la última expedición franca treinta años antes, se rinde esta vez sin combate. Su caída, que siembra el desconcierto en el mundo árabe, revela de forma brutal el extremo debilitamiento de los herederos del gran Saladino. El sultán Ayyub, inmovilizado por la tuberculosis,

incapaz de tomar el mando de sus tropas, prefiere, antes que perder Egipto, volver a la política de su padre al-Kamel y le propone a Luis cambiar Damietta por Jerusalén. Pero el rey de Francia se niega a tratar con un «infiel» vencido y moribundo. Ayyub decide entonces resistir y hacer que lo lleven en litera a la ciudad de Mansurah, «la victoriosa», que edificó al-Kamel en el mismo lugar de la derrota de la anterior invasión franca. Desgraciadamente, la salud del sultán se deteriora por momentos. Presa de interminables accesos de tos, cae en coma el 20 de noviembre en el momento en que los frany, animados por la retirada de las aguas del Nilo, salen de Damietta para dirigirse a Mansurah. Tres días después muere sumiendo en gran confusión a los que lo rodean.

¿Cómo anunciar al ejército y al pueblo que ha muerto el sultán cuando el enemigo está a las puertas de la ciudad y el hijo de Ayyub, Turan Shah, se halla al norte de Irak, en paradero desconocido, a varias semanas de camino? Es entonces cuando interviene un personaje providencial: Shayarat-ad-dorr, «el árbol de las joyas», una esclava de origen armenio, hermosa y astuta, que lleva años siendo la esposa favorita de Ayyub. Reúne a los allegados del sultán y les ordena que guarden silencio hasta que regrese el heredero; le pide incluso al anciano emir Fajr al-Din, el amigo de Federico, que escriba una carta en nombre del sultán para llamar a los musulmanes al yihad. Según uno de los colaboradores de Fajr al-Din, el cronista sirio Ibn Wasel, el rey de Francia se enteró en seguida de la muerte de Ayyub y ello lo animó a aumentar su presión militar. Pero, en el campo egipcio, se guarda el secreto lo suficiente como para evitar que se desmoralicen las tropas.

Durante los meses de invierno, se libra una encarnizada batalla en torno a Mansurah, pero el 10 de febrero de 1250, merced a una traición, el ejército franco penetra por sorpresa en la ciudad. Ibn Wasel, que estaba a la sazón en El Cairo, cuenta:

El emir Fajr al-Din estaba en el baño cuando vinieron a anunciarle la noticia. Pasmado, montó inmediatamente a caballo, sin armadura, sin cota de mallas, para ir a ver qué pasaba. Lo atacó una tropa de enemigos que lo mató. El rey de los frany entró en la ciudad, llegó incluso al palacio del sultán; sus soldados se dispersaron por las calles mientras que los militares musulmanes y los habitantes de la ciudad intentaban salvarse huyendo desordenadamente. El Islam parecía herido de muerte y los frany iban a recoger el fruto de la victoria cuando llegaron los mamelucos turcos. Como el enemigo estaba disperso por las calles, estos jinetes se lanzaron valientemente al asalto. Sorprendían por doquier a los frany y los mataban con la espada o con la maza. Al comienzo del día, las palomas habían llevado a El Cairo un mensaje que anunciaba el ataque de los frany sin decir ni una palabra del desenlace de la batalla y, por tanto, estábamos angustiados. Todo el mundo permaneció triste en los barrios de la ciudad hasta el día siguiente, cuando nuevos mensajes nos informaron de la victoria de los leones turcos. Hubo gran regocijo en las calles de El Cairo.

Durante las semanas siguientes, el cronista va a observar, desde la capital egipcia, dos series de acontecimientos paralelos que cambiarán la faz del Oriente árabe: por una parte, la lucha victoriosa contra la última gran invasión franca; por otra, una revolución única en la historia, puesto que va a llevar al poder durante cerca de tres siglos a una casta de oficiales esclavos.

Tras su derrota en Mansurah, el rey de Francia se da cuenta de que su posición militar no se puede mantener. Incapaz de tomar la ciudad, acosado por doquier por los

egipcios en un terreno fangoso atravesado por innumerables canales, Luis decide negociar. A principios de marzo, le dirige a Turan Shah, que acaba de llegar a Egipto, un mensaje conciliador en el que dice que está dispuesto a aceptar la propuesta que había hecho Ayyub de cambiar Damietta por Jerusalén. La respuesta del nuevo sultán no se hace esperar: ¡las generosas ofertas de Ayyub había que aceptarlas en tiempos de Ayyub! Ahora es demasiado tarde. De hecho, Luis puede esperar, como mucho, salvar su ejército y salir de Egipto sano y salvo, pues la presión se acentúa en torno a él. A mediados de marzo, varias decenas de galeras egipcias han conseguido infligir una severa derrota a la flota franca y han destruido o capturado cerca de un centenar de navíos de todos los tamaños, cortándoles a los invasores cualquier posibilidad de retirada hacia Damietta. El 7 de abril, al ejército invasor que intenta romper el bloqueo lo asaltan los batallones mamelucos a los que se han unido miles de voluntarios. Al cabo de una hora, los frany están acorralados. Para detener la matanza de sus hombres, el rey de Francia capitula y pide que le perdonen la vida. Lo conducen encadenado hacia Mansurah donde lo encierran en la casa de un funcionario ayyubí.

Curiosamente, esta destacada victoria del nuevo sultán ayyubí, lejos de reforzar su poder va a provocar su caída, ya que un conflicto enfrenta a Turan Shah con los principales oficiales mamelucos de su ejército. Estos últimos, que piensan, no sin razón, que Egipto les debe su salvación, exigen un papel determinante en la dirección del país, mientras que el soberano quiere aprovechar su recién adquirido prestigio para instalar a sus propios hombres en los puestos de responsabilidad. Tres semanas después de la victoria sobre los frany, un grupo de estos mamelucos, reunidos por iniciativa de un brillante oficial turco de cuarenta años, Baybars el ballestero, decide pasar a la acción. El 2 de mayo de 1250, al final de un banquete organizado por el monarca, estalla una rebelión. Turan Shah, herido en el hombro por Baybars, corre hacia el Nilo con la esperanza de huir en una barca, pero los asaltantes lo alcanzan. Les suplica que le perdonen la vida y promete irse para siempre de Egipto y renunciar al poder. Pero al último de los sultanes ayyubíes lo rematan sin compasión. Deberá incluso intervenir un enviado del califa para que los mamelucos accedan a dar sepultura a su antiguo señor.

A pesar del éxito del golpe de Estado, los oficiales esclavos vacilan en apoderarse directamente del trono. Los más prudentes de entre ellos cavilan para dar con un compromiso que permita otorgar al poder naciente una apariencia de legitimidad ayyubí. La fórmula que elaboran constituirá un hito en la historia del mundo musulmán, como comenta Ibn Wasel, incrédulo testigo de ese singular acontecimiento.

Tras el asesinato de Turan Shah —cuenta—, los emires y los mamelucos se reunieron cerca del pabellón del sultán y decidieron llevar al poder a Shayarat-addorr, una esposa del sultán ayyubí, que se convirtió en reina y sultana. Se hizo cargo de los negocios del Estado, estableció un sello real con su nombre bajo la fórmula de «Um Jalil», la madre de Jalil, un hijo que había tenido y que había muerto muy joven. Se pronunció en todas las mezquitas el sermón del viernes en nombre de Um Jalil, sultana de El Cairo y de todo Egipto. Fue éste un hecho sin precedentes en la historia del Islam.

Poco después de haber subido al trono, Shayarat-addorr se casa con uno de los jefes mamelucos, Aibek, y le concede el título de sultán.

El relevo de los ayyubíes por los mamelucos marca un claro endurecimiento de la actitud del mundo musulmán frente a los invasores. Los descendientes de Saladino se habían mostrado más que conciliadores con los frany. Y, ante todo, su poder en vías

de debilitamiento no podía ya enfrentarse a los peligros que amenazaban al Islam tanto por el Este como por el Oeste. La revolución de los mamelucos va a revelarse en seguida como una empresa de recuperación militar, política y religiosa.

El golpe de Estado que se ha producido en El Cairo no cambia para nada la suerte del rey de Francia, acerca de la cual se había llegado a un acuerdo de principio en tiempos de Turan Shah, según el cual se liberaría a Luis a cambio de la retirada de todas las tropas francas del territorio egipcio, sobre todo de Damietta, y del pago de un rescate de un millón de dinares. Algunos días después de haber llegado al poder Um Jalil, el soberano francés recobra la libertad. No sin que los negociadores egipcios lo hubieran sermoneado: «¿Cómo un hombre con sentido común, culto e inteligente como tú, puede embarcarse de esa forma en un navío para venir a una región poblada por incontables musulmanes? Según nuestra ley, un hombre que cruza así el mar no puede actuar de testigo en un juicio. —¿Y eso por qué? — pregunta el rey. Porque se considera que no está en posesión de todas sus facultades.»

El último soldado franco saldrá de Egipto antes de que acabe el mes de mayo.

Los occidentales no volvieron a intentar invadir el país del Nilo. El «peligro rubio» va a quedar rápidamente eclipsado por aquel, mucho más terrorífico, que representan los descendientes de Gengis Khan. Desde la muerte del gran conquistador, los conflictos sucesorios han debilitado algo su imperio y el Oriente musulmán ha gozado de una inesperada tregua. Sin embargo, ya en 1251, los jinetes de las estepas han vuelto a unirse bajo la autoridad de tres hermanos, nietos de Gengis Khan, Mangu Khan, Kubilai y Hulagu. Al primero, lo nombran soberano indiscutido del imperio, con capital en Karakorum, en Mongolia; el segundo reina en Pekín; el tercero se instala en Persia y ambiciona conquistar todo el Oriente musulmán, hasta las orillas del Mediterráneo, hasta el Nilo quizás. Hulagu es un personaje complejo: muy interesado por la filosofía y las ciencias, busca la compañía de los intelectuales pero se transforma durante sus campañas en una fiera sanguinaria, sedienta de sangre y destrucción. Su actitud en materia de religión no es menos contradictoria. Muy influido por el cristianismo —su madre, su mujer favorita y varios de sus colaboradores pertenecen a la Iglesia nestoriana ha renunciado nunca, sin embargo, al chamanismo, religión tradicional de su pueblo. En los territorios que gobierna, sobre todo en Persia, se muestra en general tolerante con los musulmanes pero, llevado por su voluntad de destruir cualquier entidad política capaz de oponerse a él, tiene declarada a las más prestigiosas metrópolis del Islam una guerra de destrucción total.

Su primer blanco va a ser Bagdad. En un primer momento, Hulagu le pide al califa abasida al-Mutasim, trigésimo séptimo de su dinastía, que reconozca la soberanía mogola como sus predecesores habían aceptado, en el pasado, la de los selyúcidas. El príncipe de los creyentes, confiando demasiado en su prestigio, manda recado al conquistador de que cualquier ataque contra la capital del califato provocaría la movilización de la totalidad del mundo musulmán desde la India hasta el Magreb. Ello no impresiona en absoluto al nieto de Gengis Khan, que proclama su intención de tomar la ciudad por la fuerza. Con, al parecer, cientos de miles de jinetes, avanza, a finales de 1257, hacia la capital abasida, destruyendo al pasar el santuario de los asesinos, en Alamut, donde aniquila una biblioteca de un valor inestimable, lo que dificulta para siempre el conocimiento a fondo de la doctrina y de las actividades de la secta. El califa toma entonces conciencia de la amplitud de la amenaza y decide negociar. Propone a Hulagu pronunciar su nombre en las mezquitas de Bagdad y concederle el título de sultán, pero es demasiado tarde: el mogol ha optado definitivamente por la fuerza. Tras algunas semanas de valiente resistencia, el príncipe de los creyentes se ve forzado a capitular. El 10 de febrero de 1258 va en persona al campo del vencedor y le hace prometer que perdonará la vida a todos los ciudadanos

que acepten deponer las armas. No sirve de nada, ya que exterminan a los combatientes musulmanes en cuanto quedan desarmados. Luego la horda mogola se dispersa por la prestigiosa ciudad, derribando los edificios, incendiando los barrios, matando sin piedad a hombres, mujeres y niños, cerca de ochenta mil personas en total. Sólo se salva la comunidad cristiana de la ciudad gracias a la intervención de la mujer del khan. Al propio príncipe de los creyentes lo ejecutarán por asfixia unos días después de la derrota. El trágico fin del califato abasida sume en el estupor al mundo musulmán. Ya no se trata de un combate militar por el control de una ciudad o de un país, sino de una lucha desesperada por la supervivencia del Islam.

Tanto más cuanto que los tártaros prosiguen su marcha triunfal hacia Siria. En enero de 1260, el ejército de Hulagu sitia Alepo y la toma rápidamente a pesar de una resistencia heroica. Al igual que en Bagdad, matanzas y devastaciones caen sobre la antigua ciudad, culpable de haberle opuesto resistencia al conquistador. Unas semanas después, los invasores están a las puertas de Damasco. Los reyezuelos ayyubíes que todavía gobiernan las diferentes ciudades sirias no pueden, por supuesto, atajar la marea. Algunos de ellos deciden reconocer la soberanía del Gran Khan y piensan incluso, en el colmo de la inconsciencia, en aliarse con los invasores contra los mamelucos de Egipto enemigos de su dinastía. Entre los cristianos, orientales o francos, las opiniones están divididas. Los armenios, en la persona de su rey, Hetum, se ponen declaradamente de parte de los mogoles, así como el príncipe Bohemundo de Antioquía, su yerno. En cambio, los frany de Acre adoptan una postura de neutralidad, favorable más bien a los musulmanes. Pero la impresión que prevalece, tanto en Oriente como en Occidente, es que la campaña mogola es una especie de guerra santa contra el Islam del mismo tipo que las experiencias francas. Esta impresión la refuerza el hecho de que el principal lugarteniente de Hulagu en Siria, el general Kitbuka, es un cristiano nestoriano. Tras la toma de Damasco, el 1 de marzo de 1260, los que entran como vencedores, con gran escándalo de los árabes, son tres príncipes cristianos, Bohemundo, Hetum y Kitbuka.

¿Hasta dónde van a llegar los tártaros? Hasta La Meca, aseguran algunos, para dar el golpe de gracia a la religión del Profeta. Hasta Jerusalén, en todo caso, y muy pronto. Toda Siria está convencida de ello. Nada más caer Damasco, dos destacamentos mogoles se apresuran a ocupar dos ciudades palestinas: Nablus en el centro y Gaza al suroeste. Como esta ciudad está situada en los confines del Sinaí, parece claro en esta trágica primavera de 1260 que ni el propio ejército se librará de la devastación. Hulagu no ha esperado, por cierto, el fin de su campaña siria para enviar un embajador a El Cairo para que pida la sumisión incondicional del país del Nilo. Recibieron al emisario, lo escucharon y, a continuación, lo decapitaron. Los mamelucos no bromean, sus métodos no se parecen en nada a los de Saladino. Los sultanes esclavos que llevan diez años gobernando El Cairo son el reflejo del endurecimiento y la intransigencia de un mundo árabe acosado por doquier: luchan con todos los medios, sin escrúpulos, sin gestos magnánimos, sin compromisos, pero con valor y eficacia.

Sea como fuere, hacia ellos se vuelven las miradas, ya que representan la última esperanza de atajar el avance del invasor. En El Cairo, el poder lleva unos meses en manos de un militar de origen turco, Qutuz. Shayarat-ad-dorr y su marido, Aibek, tras haber gobernado juntos durante siete años habían acabado por ser cada uno el causante de la muerte del otro. A este respecto han circulado muchas versiones durante largo tiempo. La que goza del favor de los narradores populares mezcla, como es natural, el amor y los celos con las ambiciones políticas. La sultana está bañando a su esposo como suele cuando, aprovechando ese momento de descanso e intimidad, reprocha al sultán que haya tomado por concubina a una bonita esclava de catorce

años. «¿Es que ya no te gusto?» —le pregunta para enternecerlo. Pero Aibek contesta con brutalidad: «Ella es joven y tú has dejado de serlo.» Shayarat-ad-dorr se estremece de rabia. Ciega a su esposo con jabón, le dirige algunas palabras conciliadoras para adormecer su desconfianza y luego, de repente, cogiendo un puñal le atraviesa el costado. Aibek se desploma. La sultana queda unos instantes inmóvil, como paralizada. Luego se dirige a la puerta y llama a algunos esclavos fieles para que la libren del cuerpo. Pero, desgraciadamente para ella, uno de los hijos de Aibek, de quince años de edad, que se ha fijado en que el agua del baño que corre hacia el exterior está roja, se abalanza en la habitación, ve a Shayarat-ad-dorr de pie, cerca de la puerta, medio desnuda, llevando aún en la mano un puñal teñido de sangre. Ya huye por los pasillos del palacio y su hijastro la persigue y avisa a la guardia. En el momento en que van a alcanzarla, la sultana tropieza. Golpea violentamente con la cabeza una losa de mármol y, cuando llegan a su lado, ha dejado de respirar.

Aunque muy novelada, esta versión presenta un interés histórico real en la medida en que resulta verosímil que refleje lo que contaron en realidad por las calles de El Cairo nada más suceder el drama, en abril de 1257.

Sea como fuere, tras la desaparición de ambos soberanos, el joven hijo de Aibek se instala en el trono, aunque no por mucho tiempo, ya que a medida que se va concretando la amenaza mogola, los jefes del ejército egipcio se van dando cuenta de que un adolescente no puede asumir la responsabilidad del combate decisivo que se está preparando. En diciembre de 1259, en el momento en que las hordas de Hulagu comienzan a caer sobre Siria, un golpe de Estado lleva al poder a Qutuz, un hombre maduro, enérgico, que habla en el acto el lenguaje de la guerra santa y llama a la movilización general contra el invasor enemigo del Islam.

Desde la perspectiva histórica, el nuevo golpe de Estado de El Cairo aparece como una verdadera reacción patriótica. En el acto, el país se pone en pie de guerra. Ya en julio de 1260, un poderoso ejército egipcio penetra en Palestina para enfrentarse al enemigo.

Qutuz no ignora que el ejército mogol ha perdido la mayor parte de sus efectivos desde que al morir Mangu, khan supremo de los mogoles, su hermano Hulagu ha tenido que regresar con su ejército para participar en la inevitable lucha sucesoria. Nada más tomar Damasco, el nieto de Gengis Khan ha salido de Siria y no ha dejado en este país más que a unos miles de jinetes al mando de su lugarteniente Kitbuka.

El sultán Qutuz sabe que es el momento oportuno de asestar un golpe al invasor. El ejército egipcio empieza, pues, por atacar a la guarnición mogola de Gaza que, en desventaja numérica, apenas resiste. Luego los mamelucos avanzan hacia Acre, pues no ignoran que los frany de Palestina se muestran más reticentes que los de Antioquía respecto a los mogoles. Algunos de sus barones aún se alegran de las derrotas del Islam, pero la mayor parte están atemorizados por la brutalidad de los conquistadores asiáticos. Por tanto, cuando Qutuz les propone una alianza, no se niegan: no están dispuestos a participar en los combates, pero tampoco se oponen a dejar que el ejército egipcio cruce por sus tierras ni a permitir su avituallamiento. De este modo, el sultán puede avanzar hacia el interior de Palestina e incluso hacia Damasco sin tener que proteger su retaguardia.

Kitbuka se está preparando para dirigirse a su encuentro cuando estalla una insurrección popular en Damasco. Los musulmanes de la ciudad, hartos de los abusos de los invasores y animados por la marcha de Hulagu, levantan barricadas en las calles y prenden fuego a iglesias que habían respetado los mogoles. Kitbuka va a necesitar varios días para restablecer el orden, lo que le permite a Qutuz consolidar sus posiciones en Galilea. Ambos ejércitos se encuentran cerca de la aldea de Ain

Yalut, «la fuente de Goliat», el 3 de septiembre de 1260. A Qutuz le ha dado tiempo a esconder la mayor parte de sus tropas y no ha dejado en el campo más que a una vanguardia al mando del más brillante de sus oficiales, Baybars. Kitbuka llega apresuradamente y, como está mal informado, cae en la trampa. Se lanza con todas sus tropas al ataque. Baybars retrocede pero, mientras lo persigue, el mogol se ve de repente rodeado por todas partes de fuerzas egipcias más numerosas que las suyas.

En unas horas, la caballería mogola queda exterminada. Capturan al propio Kitbuka al que decapitan en el acto.

Al atardecer del 8 de septiembre, los jinetes mamelucos entran como liberadores en un Damasco alborozado.

Capítulo 14

Quiera Dios que nunca vuelvan a pisar este suelo

Mucho menos espectacular que Hattina, y menos creativa en el aspecto militar, Ain Yalut se presenta, sin embargo, como una de las batallas más decisivas de la Historia. Va a permitir a los musulmanes no sólo librarse del aniquilamiento sino también volver a conquistar todas las tierras que los mogoles les habían arrebatado. Pronto van a convertirse al Islam los propios descendientes de Hulagu, que están instalados en Persia, para así asentar mejor su autoridad.

A corto plazo, la reacción mameluca va a provocar una serie de arreglos de cuentas con todos los que han apoyado al invasor. El susto había sido demasiado grande. A partir de ahora, ya no se pensará siquiera en conceder tregua alguna al enemigo, sea frany o tártaro.

Tras haber recuperado Alepo a principios de octubre de 1260 y haber rechazado sin dificultad una contraofensiva de Hulagu, los mamelucos piensan en organizar incursiones de castigo contra Bohemundo de Antioquía y Hetum de Armenia, principales aliados de los mogoles. Pero estalla una lucha por el poder dentro del ejército egipcio: a Baybars le agradaría establecerse en Alepo como gobernador semiindependiente; Qutuz, que teme las ambiciones de su lugarteniente, se niega a ello, no quiere que en Siria haya un poder que le haga la competencia. Para acabar de raíz con ese conflicto, el sultán reúne a su ejército y vuelve a Egipto. Cuando está a tres días de marcha de El Cairo, les concede a sus soldados un día de descanso, el 23 de octubre, y decide entregarse personalmente a su deporte favorito, cazar liebres, en compañía de los principales jefes del ejército. Por cierto, que tiene buen cuidado de que lo acompañe Baybars por temor a que este último aproveche su ausencia para fomentar una rebelión. La pequeña tropa se aleja del campamento al despuntar el día. Al cabo de dos horas se para para descansar un poco. Un emir se acerca a Qutuz y le toma la mano como si fuera a besársela. En el mismo momento, Baybars desenvaina la espada y se la clava al sultán por la espalda; éste se desploma. Sin perder un instante, ambos conjurados saltan sobre sus caballos y vuelven al campamento a galope tendido. Se presentan ante el emir Aqtai, un anciano oficial al que todo el ejército respeta de forma unánime, y le anuncian: «Hemos matado a Qutuz.» Aqtai, que no parece excesivamente sorprendido, pregunta: «¿Cuál de los dos lo ha matado con sus propias manos?» Baybars no vacila: «¡He sido yo!» El anciano mameluco se le acerca, lo invita a instalarse en la tienda del sultán y se inclina ante él para rendirle homenaje. Pronto todo el ejército aclama al nuevo sultán.

Es evidente que no honra a los mamelucos tal ingratitud hacia el vencedor de Ain Yalut menos de dos meses después de su brillante hazaña. Hay que precisar, sin embargo, en descargo de los oficiales esclavos, que la mayor parte de ellos llevaban muchos años considerando a Baybars como a su verdadero jefe. ¿No ha sido él quien, en 1250, se ha atrevido a herir antes que nadie al ayyubí Turan Shah, expresando así la voluntad de los mamelucos de hacerse personalmente con el poder? ¿No ha tenido un papel decisivo en la victoria contra los mogoles? Tanto por su perspicacia política y por su habilidad militar como por su extraordinario valor físico, se ha impuesto como el primero de los suyos.

El sultán mameluco ha nacido en 1223 y ha comenzado su vida como esclavo en Siria. Su primer dueño, el emir ayyubí de Hama, lo había vendido por superstición ya que su mirada lo intranquilizaba. El joven Baybars era un gigante muy moreno, de voz ronca, con los ojos azul claro y, en el ojo derecho, una gran mancha blanca. Un oficial mameluco compró al futuro sultán y lo incorporó a la guardia de Ayyub donde, gracias a sus cualidades personales y, ante todo, a su total ausencia de escrúpulos, se abrió paso rápidamente hacia la cumbre de la jerarquía.

A finales de octubre de 1260, Baybars entra como vencedor en El Cairo, donde reconocen su autoridad sin dificultad. En las ciudades sirias, en cambio, otros oficiales mamelucos aprovechan la muerte de Qutuz para proclamar su independencia. Pero el sultán, en una campaña relámpago, se apodera de Damasco y de Alepo y vuelve a unificar, bajo su autoridad, las antiguas posesiones ayyubíes. Pronto este oficial sanguinario e inculto prueba que es un gran hombre de Estado, artífice de un auténtico renacimiento del mundo árabe. Bajo su reinado, Egipto y, en menor medida, Siria van a volver a convertirse en centros de irradiación cultural y artística. Baybars, que consagrará su vida a destruir cualquier fortaleza franca capaz de hacerle frente, se muestra, por otra parte, como un gran edificador que va a embellecer El Cairo y a construir por todos sus dominios puentes y carreteras. Restablecerá también un servicio postal de palomas mensajeras o de correos a caballo, aún más eficaz que los de Nur al-Din o de Saladino. Gobernará de forma severa y a veces brutal pero también ilustrada y sin arbitrariedad alguna. Adopta frente a los frany, desde su llegada al poder, una actitud firme tendente a destruir la influencia de éstos. Pero distingue entre los de Acre, a los que quiere sencillamente debilitar, y los de Antioquía, culpables de haber hecho causa común con los invasores mogoles.

Ya a finales de 1261, piensa en organizar una expedición punitiva contra las tierras del príncipe Bohemundo y del rey armenio Hetum, pero tropieza con los tártaros. Hulagu ya no está en condiciones de invadir Siria, pero aún dispone en Persia de fuerzas suficientes como para impedir las represalias contra sus aliados. Baybars decide, prudentemente, esperar una ocasión mejor.

Ésta se presenta en 1265, cuando muere Hulagu. Baybars aprovecha entonces las divisiones que se manifiestan entre los mogoles para invadir primero Galilea y reducir varias plazas fuertes, con la complicidad de parte de la población cristiana local. Luego se dirige bruscamente hacia el norte, penetra en el territorio de Hetum, destruye una a una todas las ciudades y, sobre todo, la capital, Sis, a gran parte de cuya población mata y de donde se lleva a más de cuarenta mil cautivos; el reino armenio no se volverá a recuperar. A principios de 1268, Baybars inicia otra campaña, empieza por atacar los alrededores de Acre, se apodera del castillo de Beaufort y luego, conduciendo su ejército hacia el norte, se presenta el 1 de mayo ante las murallas de Trípoli. Allí se encuentra al señor de la ciudad que es precisamente Bohemundo, también príncipe de Antioquía. Éste, que está al tanto del resentimiento del sultán hacia él, se prepara para un largo asedio, pero Baybars tiene otros proyectos: unos días después sigue su camino hacia el norte para llegar ante Antioquía el 14 de mayo. La mayor de las ciudades francas, que había resistido durante ciento setenta años a todos los soberanos musulmanes, no va a resistir más de cuatro días. Ya el 18 de mayo a última hora de la tarde abren una brecha en la muralla, no lejos de la ciudadela; las tropas de Baybars se diseminan por las calles. Esta conquista no se parece en nada a las de Saladino, toda la población muere o queda reducida a la esclavitud y arrasan por completo la propia ciudad. De la prestigiosa metrópoli sólo quedará un desolado poblachón sembrado de ruinas, que el tiempo enterrará bajo la vegetación.

Bohemundo no se entera de la caída de su ciudad hasta que le llega una carta memorable, que le envía Baybars y que, en realidad, ha redactado el cronista oficial del sultán, el egipcio Ibn Abd-el-Zaher:

Al noble y valeroso caballero Bohemundo, príncipe reducido a simple conde por la toma de Antioquía.

El sarcasmo no se limita a lo anterior:

Cuando nos separamos de ti en Trípoli, nos dirigimos en el acto a Antioquía, donde llegamos el primer día del venerado mes de ramadán. En cuando hubimos llegado, tus tropas salieron para presentarnos combate, pero las vencimos pues, aunque se prestaban ayuda mutua, les faltaba la ayuda de Dios. ¡Lástima que no hayas visto a tus caballeros caídos a los pies de los caballos, tus palacios sometidos al saqueo, tus mujeres vendidas en los barrios de la ciudad y compradas sólo por un diñar que, además, salía de tu propio dinero!

Tras una larga descripción, donde no se le ahorra ningún detalle al destinatario de la misiva, el sultán va al grano y concluye:

Esta carta te alegrará al anunciarte que Dios te ha concedido la gracia de conservarte sano y salvo y de prolongarte la vida, ya que no te encontrabas en Antioquía, pues si hubieras estado allí, ahora estarías muerto, herido o prisionero. Pero quizá Dios te ha salvado sólo para que te sometas y hagas acto de obediencia.

Como hombre razonable y, ante todo, sin otra alternativa, Bohemundo contesta proponiendo una tregua, Baybars la acepta, sabe que el conde, aterrorizado, ya no representa peligro alguno, como tampoco lo representa Hetum, cuyo reino prácticamente ha sido borrado del mapa. En cuanto a los frany de Palestina, también están encantados de conseguir un descanso. El sultán les envía a Acre a su cronista Ibn Abd-el-Zaher para firmar el acuerdo.

Su rey intentaba discutir para obtener las mejores condiciones, pero me mostré inflexible según las indicaciones del sultán. Irritado, el rey de los frany le dijo al intérprete: «¡Dile que mire tras de sí!» Me volví y vi a todo el ejército de los frany en formación de combate. El intérprete añadió: «El rey te dice que no te olvides de la existencia de esa muchedumbre de soldados.» Al no contestar yo, el rey le insistió al intérprete. Pregunté entonces: «¿Puedo estar seguro de que conservaré la vida si digo lo que pienso?» «Sí.» «Pues bien, decidle al rey que hay menos soldados en su ejército que cautivos francos en las prisiones de El Cairo.» El rey estuvo a punto de ahogarse y luego puso fin a la entrevista, pero nos recibió poco después para pactar la tregua.

De hecho, los caballeros francos ya no preocupan a Baybars. Sabe que la inevitable reacción ante la toma de Antioquía no vendrá de ellos sino de sus señores, los reyes de Occidente.

Antes de concluir el año 1268 corren persistentes rumores que anuncian el próximo regreso a Oriente del rey de Francia a la cabeza de un poderoso ejército. El sultán interroga con frecuencia a los mercaderes o a los viajeros. Durante el verano de 1270, llega un mensaje a El Cairo que anuncia que Luis ha desembarcado con seis mil hombres en la playa de Cartago, cerca de Túnez. Sin vacilar, Baybars reúne a los principales emires mamelucos para anunciarles su intención de partir al frente de un poderoso ejército hacia la lejana provincia de África para ayudar a los musulmanes a rechazar esta nueva invasión franca. Sin embargo, unas semanas más tarde le llega al sultán un nuevo mensaje, firmado por al-Mustanzir, emir de Túnez, anunciando que han encontrado muerto al rey de Francia en su campamento y que el ejército se ha vuelto a marchar, no sin haber quedado, en gran parte, diezmado por la guerra o las enfermedades. Una vez descartado este peligro, ha llegado el momento de que Baybars lance una nueva ofensiva contra los frany de Oriente. En marzo de 1271 se apodera del temible «Hosn-al-Akrad», el Krak de los caballeros, que ni el mismo Saladino había podido conquistar nunca.

Durante los años siguientes, los frany y, ante todo, los mogoles dirigidos por Abaga, hijo y sucesor de Hulagu, van a organizar varias incursiones en Siria, pero siempre los rechazarán. Y cuando muere Baybars, envenenado, en julio de 1277, las posesiones francas en Oriente no son más que un rosario de ciudades costeras rodeadas por doquier por el imperio mameluco. Su poderosa red de fortalezas está totalmente desmantelada y la tregua de que disfrutaron en tiempos de los ayyubíes ha concluido definitivamente: su expulsión resulta inevitable.

Sin embargo, no corre prisa. La tregua que ha concedido Baybars, la renueva en 1283 Qalaun, el nuevo sultán mameluco. Éste no manifiesta hostilidad alguna hacia los frany. Declara que está dispuesto a garantizar su presencia y su seguridad en Oriente a condición de que renuncien, cada vez que se produzca una invasión, a desempeñar el papel de auxiliares de los enemigos del Islam. El texto del tratado que le propone al reino de Acre constituye un intento único de este hábil e inteligente administrador para «regularizar» la situación de los frany.

Si un rey franco saliere de Occidente —dice el texto— para venir a atacar las tierras del sultán o de su hijo, el regente del reino y los grandes maestros de Acre tendrían la obligación de informar al sultán dos meses antes de su llegada. Si desembarcare en Oriente cuando hubieran transcurrido estos dos meses, el regente del reino y los grandes maestros de Acre quedarían libres de toda responsabilidad en este asunto.

Si llegare un enemigo de tierras de los mogoles o de otras cualesquiera, aquella de ambas partes que lo supiera antes tendría que avisar a la otra. Si tal enemigo —¡Dios no lo quiera!— marchase contra Siria y las tropas del sultán se retirasen ante él, los dirigentes de Acre podrían entablar conversaciones con este enemigo para salvar a sus súbditos y sus territorios.

La tregua, firmada en mayo de 1283 para diez años, diez meses, diez días y diez horas, abarca a todos los países francos del litoral, es decir, la ciudad de Acre con sus huertos, sus terrenos, sus molinos, sus viñas y las setenta y tres aldeas que de ella dependen; la ciudad de Haifa, sus viñas, sus huertos y las siete aldeas que van unidas a ella... En lo referente a Saida, el castillo y la ciudad, las viñas y el alfoz son

de los frany así como las quince aldeas que de ella dependen, con la llanura que las rodea, sus ríos, sus arroyos, sus fuentes, sus huertos, sus molinos, sus canales y sus diques que sirven desde hace mucho para el riego de sus tierras. La enumeración es larga y minuciosa para evitar cualquier litigio. Se ve, sin embargo, que el conjunto del territorio franco es irrisorio: una franja costera larga y estrecha que no se parece en nada a la antigua y temible potencia regional que constituían antaño los frany. Ciertamente es que los lugares mencionados no representan el conjunto de las posesiones francas. Tiro, que se ha separado del reino de Acre, pacta un acuerdo diferente con Qalaun. Más al norte, ciudades como Trípoli o Lataquia quedan excluidas de la tregua.

Es también el caso de la fortaleza de Marqab que depende de la orden de los Hospitalarios, «al-osbitar». Esos monjes soldados se han puesto de parte de los mogoles e incluso han llegado a combatir a su lado en un nuevo intento de invasión en 1281, cosa que Qalaun está decidido a hacerles pagar. En la primavera de 1285 —nos dice Ibn Abd-el-Zaher—, *el sultán preparó en Damasco máquinas de sitio. Hizo venir de Egipto grandes cantidades de flechas y armas de todo tipo que distribuyó entre los emires. También hizo preparar artefactos de hierro y tubos lanzallamas como no existen otros más que en los «majacen» —almacenes y «dar-al-sinaa», el arsenal del sultán. Enrolaron también a expertos artificieros y rodearon Marqab de un cinturón de catapultas, tres de las cuales eran de tipo «franco» y cuatro de tipo «diablo». El 25 de mayo, las alas de la fortaleza están tan profundamente minadas que los defensores capitulan. Qalaun los autoriza a que se vayan sanos y salvos hacia Trípoli llevándose todos sus efectos personales.*

Una vez más los aliados de los mogoles han sufrido un castigo sin que éstos hayan podido intervenir. Aunque hubieran tenido intención de reaccionar, las cinco semanas que duró el asedio habrían sido insuficientes para organizar una expedición desde Persia. Sin embargo, en este año de 1285, los tártaros están más decididos que nunca a reanudar su ofensiva contra los musulmanes. Su nuevo jefe, el ilkán Arghun, nieto de Hulagu, ha asumido como propio el más caro sueño de sus antecesores: realizar una alianza con los occidentales para coger al sultanato mameluco en una tenaza. Se establecen entonces contactos muy regulares entre Tabriz y Roma para organizar una expedición común o, cuando menos, concertada. En 1289, Qalaun presiente el inminente peligro, pero sus agentes no consiguen proporcionarle informaciones concretas. Sobre todo ignora que se les acaba de proponer por escrito al papa y a los principales reyes de Occidente un minucioso plan de ataque, elaborado por Arghun. Se conserva una de estas cartas dirigidas al soberano francés, Felipe IV el Hermoso. El jefe mogol propone en ella comenzar la invasión de Siria en la primera semana de enero de 1291; prevé que Damasco caerá a mediados de febrero y que, poco después, tomarán Jerusalén.

Sin acabar de adivinar lo que se está tramando, Qalaun está cada vez más preocupado. Teme que los invasores del este o del oeste hallen en las ciudades francas una cabeza de puente que facilite su penetración. Pero aunque está convencido de que la presencia de los frany constituye una permanente amenaza para la seguridad del mundo musulmán, se niega a mezclar a los habitantes de Acre con los de la mitad norte de Siria, que se han mostrado abiertamente favorables al invasor mogol. Sea como fuere, el sultán, que es hombre de palabra, no puede atacar Acre, protegida por el tratado de paz durante cinco años, así que decide atacar Trípoli. Su poderoso ejército se reúne en marzo de 1289 ante las murallas de la ciudad que el hijo de Saint-Gilles conquistara ciento ochenta años antes.

Entre las decenas de miles de combatientes del ejército musulmán se halla Abul-Fida, un joven emir de dieciséis años. Es descendiente de la dinastía ayyubí, pero se ha convertido en vasallo de los mamelucos y reinará unos años después en la

pequeña ciudad de Hama donde dedicará la mayor parte del tiempo a leer y a escribir. Resulta interesante, ante todo, la obra de este historiador, que es también geógrafo y poeta, por el relato que nos ofrece de los últimos años de la presencia franca en Oriente, puesto que Abul-Fida se halla presente, con la mirada atenta y con la espada desenvainada, en todos los campos de batalla.

El mar —comenta— rodea la ciudad de Trípoli y, por tierra, sólo se la puede atacar por el lado este, a través de un paso estrecho. Tras haberla sitiado, el sultán puso frente a ella gran número de catapultas de todos los tamaños y le impuso un riguroso bloqueo.

Tras un mes largo de combates, la ciudad cae, el 27 de abril, en manos de Qalaun.

Las tropas musulmanas penetraron por la fuerza —añade Abul-Fida que en modo alguno intenta disimular la verdad—. La población se retiró hacia el puerto. Allí, algunos escaparon en barco, pero la mayoría de los hombres murieron; capturaron a las mujeres y a los niños y los musulmanes recogieron un inmenso botín.

Cuando los invasores hubieron acabado de matar y saquear, se derruyó la ciudad por orden del sultán y se arrasaron sus cimientos.

A poca distancia de Trípoli había, en medio del mar, un islote con una iglesia. Después de la toma de la ciudad, muchos frany se refugiaron allí con sus familias. Pero las tropas musulmanas se arrojaron al mar, llegaron a nado hasta aquel islote, mataron a todos los hombres que se habían refugiado en él y se llevaron a las mujeres y a los niños con el botín. Después de la carnicería, fui yo a la isla con una barca, pero no pude permanecer allí, tan fuerte era el hedor de los cadáveres.

El joven ayyubí, convencido de la grandeza y de la magnanimidad de sus antepasados, no puede por menos de escandalizarse de esas matanzas inútiles, pero sabe que los tiempos han cambiado.

Es curioso que la expulsión de los frany transcurra en un clima que recuerda al que había caracterizado su llegada, casi dos siglos antes. Las matanzas de Antioquía de 1268 parecen una repetición de las de 1098 y el ensañamiento con Trípoli lo van a presentar los historiadores árabes de los siglos siguientes como una tardía respuesta a la destrucción, en 1109, de la ciudad de los Banu Animar. Sin embargo, será en la batalla de Acre, la última gran batalla de las guerras francas, donde la revancha se convertirá realmente en el tema dominante de la propaganda mameluca.

Inmediatamente después de la victoria, los oficiales de Qalaun empezarán a acosarlo. Ya está claro, afirman, que ninguna ciudad franca puede resistir al ejército mameluco y que hay que atacar en el acto sin esperar a que Occidente, alarmado por la caída de Trípoli, organice una nueva expedición a Siria. ¿No sería necesario acabar de una vez para siempre con lo que queda del reino franco? Pero Qalaun se niega a ello: ha firmado una tregua y no piensa faltar a su palabra. ¿No podría entonces —insisten los que le rodean— pedir a los doctores de la ley que decíaren nulo el tratado con Acre, procedimiento que con tanta frecuencia utilizaron los frany en el pasado? Al

sultán le desagrada la idea, recuerda a sus emires que ha jurado, en el acuerdo firmado en 1283, no recurrir a consultas jurídicas para romper la tregua. No —confirma Qalaun—, se apoderará de todos los territorios francos que no están protegidos por el tratado pero nada más. Manda una embajada a Acre para volver a asegurar al último de los reyes francos, Enrique, «soberano de Chipre y de Jerusalén», que respetará sus compromisos. A mayor abundamiento, decide renovar la famosa tregua por otros diez años a partir de julio de 1289 y anima a los musulmanes a que utilicen Acre para sus intercambios comerciales con Occidente. Durante los meses siguientes, el puerto palestino vive, de hecho, una intensa actividad. Los comerciantes damascenos llegan a cientos y se instalan en las numerosas posadas próximas a los zocos, realizando fructuosas transacciones con los comerciantes venecianos o con los ricos Templarios que se han convertido en los principales banqueros de Siria. Por otra parte, miles de campesinos árabes, procedentes sobre todo de Galilea, acuden a la metrópoli franca para dar salida a sus cosechas. Tal prosperidad les resulta provechosa a todos los Estados de la región y, en particular, a los mamelucos. Dado que las corrientes de intercambio con el este llevan muchos años dificultadas por la presencia mogola, las pérdidas sólo pueden compensarse con un desarrollo del comercio mediterráneo.

Para los dirigentes francos más realistas el nuevo papel que desempeña su capital, el de una gran sucursal comercial que garantiza la unión entre dos mundos, representa una ocasión inesperada de supervivencia en una región donde ya no tienen ninguna oportunidad de desempeñar un papel hegemónico; sin embargo no todos piensan así: algunos aún esperan provocar en Occidente una movilización religiosa suficiente para organizar nuevas expediciones militares contra los musulmanes. Inmediatamente después de la caída de Trípoli, el rey Enrique ha enviado mensajeros a Roma para pedir refuerzos, de forma tal que en pleno verano de 1290 llega al puerto de Acre una imponente flota que inunda la ciudad de miles de combatientes francos fanatizados. Los habitantes observan con desconfianza a esos occidentales borrachos que van haciendo eses, con catadura de bandidos, y que no obedecen a ningún jefe.

Transcurridas pocas horas comienzan los incidentes. Asaltan por las calles a unos mercaderes damascenos, los desvalijan y los dejan por muertos. Las autoridades consiguen restablecer el orden a duras penas pero, a fines de agosto, la situación se deteriora. Tras un banquete acompañado de copiosas libaciones, los recién llegados se dispersan por las calles, acosan y luego degüellan sin piedad a todo aquel que lleva barba. Numerosos árabes, apacibles mercaderes o campesinos, tanto cristianos como musulmanes, perecen de este modo, los demás huyen para ir a contar lo que acaba de suceder.

Qalaun se enfurece. ¿Para llegar a esto ha renovado la tregua con los frany? Sus emires lo empujan a actuar en el acto, pero, como hombre de estado responsable, no quiere dejarse dominar por la ira. Envía a Acre una embajada para pedir explicaciones y, ante todo, para exigir que le entreguen a los asesinos para castigarlos. Los frany se encuentran divididos: una minoría recomienda que se acepten las condiciones del sultán para evitar una nueva guerra; los demás se niegan y llegan a contestar a los emisarios de Qalaun que los propios mercaderes musulmanes han sido los responsables de la matanza, pues uno de ellos intentó seducir a una mujer franca.

Qalaun ya no duda. Reúne a sus emires y les anuncia su decisión de terminar, de una vez para siempre, con una ocupación franca que ya ha durado demasiado. Los preparativos comienzan en el acto. Se convoca a los vasallos por todo el sultanato para tomar parte en esta última batalla de la guerra santa.

Antes de que el ejército salga de El Cairo, Qalaun jura sobre el Corán que no volverá a soltar las armas hasta que no expulse al último franco. El juramento es tanto

más impresionante cuanto que el sultán es a la sazón un débil anciano; aunque no se sepa su edad con exactitud, es probable que tenga en ese momento más de setenta años. El 4 de noviembre de 1290, el impresionante ejército mameluco se pone en marcha, al día siguiente el sultán cae enfermo, manda a los emires que vayan junto a su lecho, les hace jurar obediencia a su hijo Jalil y pide a éste que se comprometa, como él, a llevar hasta el final la campaña contra los frany. Qalaun muere menos de una semana después, venerado por sus súbditos como un gran soberano.

La desaparición del sultán sólo retrasará unos meses la última ofensiva contra los frany; ya en marzo de 1291, Jalil sale de nuevo para Palestina al frente de su ejército. Numerosas fuerzas sirias se le unen a principios de mayo en la llanura que rodea Acre. Abul-Fida, que cuenta entonces dieciocho años, participa en la batalla con su padre; incluso se le ha encomendado una responsabilidad, pues tiene a su cargo una temible catapulta llamada «la Victoriosa», que ha habido que transportar desmontada desde Hosn-el-Akrad hasta las proximidades de la ciudad franca.

Los carros eran tan pesados que el transporte nos llevó más de un mes, siendo así que, en circunstancias normales habrían bastado ocho días. Cuando llegamos, habían muerto de agotamiento y de frío casi todos los bueyes que tiraban de los carros.

El combate empezó en seguida —prosigue nuestro cronista—. Nosotros, los de Hama, estábamos situados, como de costumbre, en el extremo derecho del ejército. Estábamos a la orilla del mar, desde donde nos atacaban embarcaciones francas coronadas por torrecillas cubiertas de madera y forradas de pieles de búfalo, desde donde el enemigo disparaba sobre nosotros con arcos y ballestas. Teníamos, pues, que combatir en dos frentes: contra la gente de Acre que teníamos delante y contra su flota. Habíamos sufrido grandes pérdidas cuando un navío franco que transportaba una catapulta comenzó a lanzar trozos de roca contra nuestras tiendas. Pero una noche se levantó un fuerte viento, el barco se puso a cabecear, sacudido por las olas, de forma tal que la catapulta se hizo pedazos. Otra noche, un grupo de frany efectuó una salida inesperada y avanzó hasta nuestro campamento; pero, en la oscuridad, algunos de ellos tropezaron con las cuerdas que sujetan las tiendas; un caballero cayó en el foso de las letrinas y se mató. Nuestras tropas se recuperaron, atacaron a los frany por todas partes y los obligaron a retroceder hacia la ciudad tras haber dejado varios muertos sobre el terreno. Al día siguiente, por la mañana, mi primo al-Malik al-Muzafar, señor de Hama, mandó atar las cabezas de los frany muertos al cuello de los caballos que habíamos capturado y se las presentó al sultán.

El viernes 17 de junio de 1291, el ejército musulmán, que dispone de una superioridad aplastante, penetra al fin por la fuerza en la ciudad sitiada. El rey Enrique y la mayor parte de los nobles se embarcan a toda prisa para refugiarse en Chipre. Capturan y matan a los demás y arrasan la ciudad por completo.

Se reconquistó la ciudad de Acre —especifica Abul-Fida— a mediodía del decimoséptimo día del segundo mes de yumada del año 690. Y se da el caso de que exactamente el mismo día, a la misma hora, en 587, los frany habían arrebatado Acre a Salah al-Din y habían capturado y matado a todos los musulmanes que allí se encontraban. ¿No es ésta una curiosa coincidencia?

Siguiendo el calendario cristiano, esta coincidencia no resulta menos asombrosa pues la victoria de los frany en Acre había acontecido en 1191, cien años antes, casi el mismo día de su derrota final.

Tras la conquista de Acre —prosigue Abul-Fida—, Dios llenó de espanto los corazones de los frany que aún permanecían en el litoral sirio. Salieron, pues, precipitadamente de Saida, Beirut, Tiro y todas las demás ciudades. Así, al sultán le correspondió el feliz destino que no había correspondido a ningún otro: conquistar sin dificultad todas estas plazas que mandó dismantelar en el acto.

De hecho, llevado por el impulso de su triunfo, Jalil decide destruir a lo largo de la costa cualquier fortaleza que pudiera servir algún día a los frany si éstos intentasen volver a Oriente.

Con estas conquistas —concluye Abul-Fida—, todas las tierras del litoral volvieron íntegras a los musulmanes, resultado inesperado. De esta forma, los frany que habían estado antaño a punto de conquistar Damasco, Egipto y otras muchas comarcas, fueron expulsados de toda Siria y de las zonas de la costa. ¡Quiera Dios que nunca vuelvan a pisar este suelo!

Epílogo

En apariencia, el mundo árabe acababa de conseguir una brillante victoria. Si Occidente pretendía, con sus sucesivas invasiones, contener el empuje del Islam, el resultado fue precisamente el contrario. Los musulmanes no sólo habían arrancado de raíz los Estados francos de Oriente tras dos siglos de colonización, sino que, además se habían recuperado tan bien que se aprestaban a lanzarse de nuevo, bajo el estandarte de los turcos otomanos, a la conquista de la propia Europa. En 1453, Constantinopla caía en sus manos; en 1529, sus jinetes estaban acampados ante las murallas de Viena.

Decíamos que se trataba de una simple apariencia, pues desde la perspectiva histórica se comprueba que en la época de las cruzadas, el mundo árabe, desde España hasta Irak, es aún, intelectual y materialmente, el depositario de la civilización más avanzada del planeta. Después, el centro del mundo se desplaza de forma decidida hacia el oeste. ¿Se da aquí una relación de causa a efecto? ¿Puede llegarse a afirmar que las cruzadas dieron la señal para el auge de Europa occidental —que iba a dominar el mundo de forma progresiva— y fueron el toque de difuntos de la civilización árabe?

Esta opinión no es falsa, pero hay que matizarla. Los árabes padecían, desde antes de las cruzadas, determinadas «taras» que la presencia franca desveló y quizá agravó, pero que no creó de la nada.

El pueblo del Profeta había perdido, ya desde el siglo IX, el control de su destino. Prácticamente todos sus dirigentes eran extranjeros. ¿Quiénes eran árabes entre esa muchedumbre de personajes que hemos visto desfilar a lo largo de dos siglos de ocupación franca? Los cronistas, los cadíes, algunos reyezuelos locales —Ibn Amar, Ibn Muqīdh— y los inútiles califas. Pero los depositarios reales del poder e incluso los principales héroes de la lucha contra los frany —Zangi, Nur al-Din, Qutuz, Baybars, Qalaun— eran turcos; al-Afdal era armenio; Shirkuh, Saladino, al-Adel, al-Kamel eran kurdos. Ciertamente es que la mayor parte de esos hombres de Estado eran árabes cultural y efectivamente, pero no olvidemos que hemos visto en 1134 al sultán Masud discutir con el califa al-Mustarshid utilizando un intérprete porque el selyúcida, transcurridos ochenta años desde la toma de Bagdad por su clan, seguía sin hablar una palabra de árabe. Lo que es más grave aún: gran número de guerreros de las estepas, sin ningún vínculo con las civilizaciones árabes o mediterráneas, se iban integrando de forma regular en la casta militar dirigente. Dominados, oprimidos, despreciados, extraños en su propia tierra, los árabes no podían proseguir su florecimiento cultural que había comenzado en el siglo VII. Cuando llegan los frany, ya han dejado de progresar y se conforman con vivir de las rentas del pasado, y, aunque es cierto que todavía iban claramente por delante de esos invasores en casi todos los aspectos, ya había empezado su ocaso.

La segunda «tara» de los árabes, que no deja de tener relación con la primera, consiste en su incapacidad para crear instituciones estables. Los frany consiguieron crear, nada más llegar a Oriente, verdaderos Estados. En Jerusalén, generalmente la sucesión se producía sin tropiezos; un consejo del reino ejercía un control efectivo en la política del monarca y el clero desempeñaba un papel reconocido en el juego del poder. En los Estados musulmanes no sucede nada de esto, toda monarquía estaba amenazada a la muerte del monarca, toda transmisión del poder provocaba una guerra civil. ¿Hay que echarle toda la culpa de este fenómeno a las sucesivas

invasiones que volvían a cuestionar constantemente la propia existencia de los Estados? ¿Hay que responsabilizar de ello a los orígenes nómadas de los pueblos que dominaron esta región, se trate de los propios árabes, de los turcos o de los mogoles? En este epílogo no se puede zanjar tal cuestión. Contentémonos con dejar sentado que se sigue planteando, en términos casi iguales, en el mundo árabe de finales del siglo XX.

La ausencia de instituciones estables y reconocidas no podía dejar de tener consecuencias en lo tocante a las libertades. Entre los occidentales, el poder de los monarcas se rige, en la época de las cruzadas, por principios que es difícil vulnerar. Usama hace la observación, durante una visita al reino de Jerusalén, de que «cuando los caballeros dictan una sentencia, el rey no puede modificarla ni anularla.» Aún más significativo es el siguiente testimonio de Ibn Yubayr en los últimos días de su viaje a Oriente:

Al salir de Tibnin (cerca de Tiro), hemos cruzado una ininterrumpida serie de casas de labor y de aldeas con tierras eficazmente explotadas. Sus habitantes son todos ellos musulmanes pero viven con bienestar entre los frany ¡Dios nos libre de las tentaciones! Sus viviendas les pertenecen y les han dejado todos sus bienes. Todas las regiones controladas por los frany en Siria se ven sometidas a este mismo régimen: las propiedades rurales, aldeas y casas de labor han quedado en manos de los musulmanes. Ahora bien, la duda penetra en el corazón de gran número de estos hombres cuando comparan su suerte con la de sus hermanos que viven en territorio musulmán. Estos últimos padecen la injusticia de sus correligionarios mientras que los frany actúan con equidad.

Hace bien en preocuparse Ibn Yubayr, pues acaba de descubrir, en los caminos del actual sur del Líbano, una realidad preñada de consecuencias: aun cuando el concepto de la justicia entre los frany presente algunos aspectos que podrían calificarse de «bárbaros», como destaca Usama, su sociedad tiene la ventaja de ser «distribuidora de derechos». Es cierto que aún no existe la noción de ciudadano, pero los feudales, los caballeros, el clero, la universidad, los burgueses e incluso los campesinos infieles tienen todos unos derechos claramente establecidos. En el Oriente árabe, el procedimiento de los tribunales es más racional; sin embargo, no existe límite alguno para el poder arbitrario del príncipe. Ello sólo podía suponer un retraso para el desarrollo de las ciudades comerciales así como para la evolución de las ideas.

La reacción de Ibn Yubayr merece incluso un examen más atento. Aunque tiene la honradez de reconocer las cualidades del «enemigo maldito», se deshace luego en imprecaciones, estimando que la equidad de los frany y su buena administración constituyen un peligro mortal para los musulmanes. ¿Acaso éstos no corren el riesgo de dar la espalda a sus correligionarios —y a su religión— si hallan el bienestar en la sociedad franca? Por comprensible que sea, la actitud del viajero no deja de ser sintomática de un mal que padecen sus hermanos: durante todas las cruzadas, los árabes se negaron a abrirse a las ideas llegadas de Occidente. Y, probablemente, éste es el efecto más desastroso de las agresiones de que fueron víctimas. Para el invasor aprender la lengua del pueblo conquistado constituye una habilidad: para este último, aprender la lengua del conquistador supone un compromiso, incluso una traición. De hecho, muchos frany aprendieron el árabe mientras que los indígenas, salvo algunos cristianos, permanecieron impermeables a los idiomas de los occidentales.

Se podrían multiplicar los ejemplos pues, en todos los terrenos, los frany han aprendido de los árabes, tanto en Siria como en España o en Sicilia. Y lo que de ellos aprendieron era indispensable para su ulterior expansión. Si se transmitió la herencia de la civilización griega a Europa occidental fue a través de los árabes, traductores y continuadores. En medicina, astronomía, química, geografía, matemáticas y arquitectura, los frany adquirieron sus conocimientos en los libros árabes que asimilaron, imitaron y luego superaron. ¡Cuántas palabras dan aún testimonio de ello: cénit, nadir, acimut, álgebra, algoritmo o, sencillamente, «cifra»! En lo tocante a la industria, los europeos tomaron, antes de mejorarlos, los procedimientos que utilizaban los árabes para fabricar papel, trabajar el cuero y los tejidos, destilar el alcohol y el azúcar —otras dos palabras tomadas del árabe. Tampoco se puede olvidar hasta qué punto se ha enriquecido también la agricultura europea en contacto con Oriente: albaricoques, berenjenas, escaloñas, naranjas, sandías... La lista de palabras «árabes» es interminable.

Mientras que, para Europa occidental, la época de las cruzadas era el comienzo de una verdadera revolución, a la vez económica y cultural, en Oriente estas guerras santas iban a desembocar en largos siglos de decadencia y oscurantismo. Asediado por doquier, el mundo musulmán se encierra en sí mismo, se ha vuelto friolero, defensivo, intolerante, estéril, otras tantas actitudes que se agravan a medida que prosigue la evolución del planeta de la que se siente al margen. A partir de entonces, el progreso será algo ajeno, al igual que el modernismo. ¿Era necesario afirmar la propia identidad cultural y religiosa rechazando ese modernismo cuyo símbolo era Occidente? ¿Era necesario, por el contrario, emprender resueltamente el camino de la modernización corriendo el riesgo de perder la propia identidad? Ni Irán ni Turquía ni el mundo árabe han conseguido resolver este dilema; por ello seguimos asistiendo hoy en día a una alternancia con frecuencia brutal entre fases de occidentalización forzada y fases de integrista a ultranza fuertemente xenófobo.

El mundo árabe, fascinado y a la vez espantado por esos frany a los que ha conocido cuando eran unos bárbaros, a los que ha vencido, pero que, después, han conseguido dominar la tierra, no puede decidirse a considerar las cruzadas como un simple episodio de un pasado que no volverá. Con frecuencia sorprende descubrir hasta qué punto la actitud de los árabes, y de los musulmanes en general, respecto a Occidente sigue, incluso hoy, bajo la influencia de los acontecimientos que se supone terminaron hace siete siglos.

Ahora bien, en vísperas del tercer milenio, los responsables religiosos y políticos del mundo árabe se remiten constantemente a Saladino, a la caída de Jerusalén y a su reconquista. Se asimila a Israel, tanto de forma popular como en algunos discursos oficiales, a un nuevo Estado de cruzados. De las tres divisiones del Ejército de Liberación Palestina, uno lleva el nombre de Hattina y otra el de Ain Yalut. Al presidente Nasser, en sus tiempos de gloria, lo comparaban de manera habitual con Saladino que, como él, había reunido Siria y Egipto —¡e incluso Yemen!—. En cuanto a la expedición de Suez de 1956 se vivió, al igual que la de 1191, como una cruzada dirigida por franceses e ingleses.

Cierto es que los parecidos llaman la atención. ¿Cómo no pensar en el presidente Sadat al escuchar a Sibt Ibn al-Yawzi denunciar ante el pueblo de Damasco la «traición» del señor de El Cairo, al-Kamel, que osó reconocer la soberanía del enemigo sobre la Ciudad Santa? ¿Cómo distinguir el pasado del presente cuando se considera la lucha entre Damasco y Jerusalén por el control del Golán o de la Bekaa? ¿Cómo no quedarse pensativo al leer las reflexiones de Usama acerca de la superioridad militar de los invasores?

En un mundo musulmán víctima de perpetuas agresiones, no se puede impedir que salga a flote un sentimiento de persecución que adquiere, en algunos fanáticos, la forma de una peligrosa obsesión: ¿acaso no vimos al turco Mehemet Ali Agka disparar al papa el 13 de mayo de 1981 tras haber explicado en una carta: He decidido matar a Juan Pablo II, comandante supremo de los cruzados? Más allá del hecho individual, está claro que el Oriente árabe sigue viendo en Occidente un enemigo natural. Cualquier acto hostil contra él, sea político, militar o relacionado con el petróleo, no es más que una legítima revancha; y no cabe duda de que la quiebra entre estos dos mundos viene de la época de las cruzadas, que aún hoy los árabes consideran una violación.

Notas y fuentes

En dos años de investigaciones sobre las cruzadas, se manejan numerosas obras y autores, cada uno de los cuales, encuentro breve o frecuentación asidua, ejerce una influencia sobre el trabajo que se realiza. Aunque todos son dignos de mención, la óptica de este libro impone una selección. En efecto, creemos que el lector busca aquí, no una bibliografía exhaustiva sobre las cruzadas, sino unas referencias que le permitan adentrarse en el conocimiento de esta «otra visión».

En estas notas figurarán tres tipos de obras. En primer lugar, naturalmente, las de los historiadores y cronistas árabes que nos han dejado un testimonio sobre las invasiones francas. Hablaremos de ellos, capítulo tras capítulo, a medida que vayan apareciendo sus nombres en nuestro relato, dando las referencias de la obra original, en la que generalmente nos hemos basado, así como las de las traducciones al francés disponibles. Citemos, sin embargo, ya desde esta introducción, el excelente compendio realizado por el orientalista italiano Francesco Gabrieli, publicado en francés con el título: *Chroniques arabes des croisades*, Sindab, París, 1977.

Hay un segundo tipo de obras que trata de la historia medieval árabe y musulmana en sus relaciones con Occidente. Citemos preferentemente:

E. Ashtor: *A Social and Economic History of the Near East in the Middle Ages*, Collins, Londres, 1976.

C. Cahen: *Les Peuples musulmans dans l'histoire médiévale*, Instituto Francés de Damasco, 1977.

M. Hodgson: *The Venture of Islam*, University of Chicago, 1974.

R. Palm: *Les Etendards du Prophète*, J.C. Lattés, París, 1981.

J. J. Sanders: *A History of Medieval Islam*, RKP, Londres, 1965.

J. Sauvaget: *Introduction à l'histoire de L'Orient musulmán*, Adrien Maisonneuve, París, 1961.

J. Schacht: *The Legacy of Islam*, Oxford University, 1974.

E. Sivan: *L'Islam et la croisade*, Adrien-Maisonneuve, París, 1968.

H. Montgomery Watt: *L'influence de l'Islam sur l'Europe médiévale*, Geuthner, París, 1974.

Hay un tercer tipo de obras referentes a los relatos históricos, globales o parciales, de las cruzadas. Es evidente que su consulta nos resultaba indispensable para reunir los testimonios árabes, necesariamente fragmentarios, en un relato continuo que abarcara los dos siglos de invasiones francas. Las evocaremos en más de una ocasión en estas notas. Citemos desde ahora dos obras clásicas: *Histoire des croisades et du royaume franc de Jérusalem*, de René Grousset, en tres volúmenes, Plon, París, 1934-1936; *A History of Crusades*, de Stephen Runciman, también en tres volúmenes, Cambridge University, 1951-1954. [Versión española: *Historia de las Cruzadas*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.]

Prólogo

Los historiadores árabes no se ponen de acuerdo a la hora de atribuir a al-Harawi el discurso que citamos. Según el cronista damasceno Sibt Ibn al-Yawzi (véase capítulo XII), parece probable que fuera el cadí quien pronunciara estas palabras. El historiador

Ibn al-Atir (véase capítulo II) afirma que el autor es el poeta al-Abiwardi, inspirado aparentemente en las lamentaciones de al-Harawi. De todos modos, no cabe la menor duda en cuanto al fondo: las palabras citadas corresponden exactamente al mensaje que la delegación encabezada por el cadí quiso transmitir a la corte del califa.

Tras haber salido de Valencia, en la España musulmana, Ibn Yubayr (1144-1217) efectuó su viaje a Oriente entre 1182 y 1185. Consignó sus observaciones en un libro disponible en francés (Geuthner, París, 1953/1956). El texto original ha sido objeto de reedición en árabe (Sader, Beirut, 1980).

Nacido y muerto en Damasco, Ibn al-Qalanisi (1073-1160) ocupó altos cargos administrativos en su ciudad. Dejó una crónica titulada *Zayl tarij Dimashq*, cuyo texto original no está disponible más que en una edición de 1908. El Instituto Francés de Damasco y las Éditions Adrien-Maisonneuve de París han publicado en 1952 una edición francesa parcial con el título *Damas de 1075 á 1154*.

Capítulo 1

«Aquel año», en la cita de Ibn al-Qalanisi, es el año 490 de la hégira. Todos los cronistas e historiadores árabes de la época emplean, poco más o menos, el mismo método de exposición: enumeran, con frecuencia en desorden, los acontecimientos de cada año, antes de pasar al siguiente.

La palabra rum —singular rumi— se emplea a veces en el siglo XX en ciertas partes del mundo árabe para designar, no a los griegos, sino a los occidentales en general.

El emir al-amir es, originariamente, «aquel que asume el mando». «Amir al-muminin» es el príncipe o el comendador de los creyentes. Los emires del ejército son, en cierto modo, los oficiales superiores. «Amir al-yuyush» es el jefe supremo de los ejércitos y «amir al-bahr» es el comandante de la flota, una palabra tomada por los occidentales bajo una forma concisa: «almiral» [En español «almirante».]

El origen de los selyúcidas está rodeado de misterio. El epónimo del clan, Selyuk, tenía dos hijos llamados Mikael e Israel, lo que permite suponer que la dinastía que unificó el Oriente musulmán era de origen cristiano o judío. Tras su islamización, los selyúcidas cambiaron algunos de sus nombres. En particular, «Israel» se adaptó al turco bajo la forma de «Arslan».

La Geste du roi Danishmend la publicó en 1960, original y traducción, el Instituto Francés de Arqueología de Estambul.

Capítulo 2

La principal obra de Ibn al-Atir (1160-1233), la *Historia perfecta (Al-Kamelfit-Tarij)*, no existe en francés más que en traducciones fragmentarias, principalmente en el *Recueil des historiens des croisades*, publicado en París, entre 1841 y 1906, por la Académie des Inscriptions et Belles—Lettres. El texto árabe de *Al-Kamel fit-Tarij*, en 13 volúmenes, ha sido objeto de reedición en 1979 (Sader, Beirut). Los volúmenes X, XI y XII son los que evocan, entre otras muchas cosas, las invasiones francas.

Sobre la secta de los asesinos, véase el capítulo V.

Referencia de la cita de Ibn Yubayr sobre el petróleo: *Viajes*, edición francesa, p. 268; edición árabe, p. 209.

Para saber más sobre Antioquía y su región, léase, de C. Cahen: *La Syrie du Nord a l'époque des croisades et la principauté franque d'Andoche*, Geuthner, París, 1940.

Capítulo 3

Los relatos que se refieren a los actos de canibalismo cometidos por los ejércitos francos en Maarat en 1098 son numerosos —y concuerdan— entre los cronistas francos de la época. Hasta el siglo XIX, aún aparecen con todo detalle en los escritos de historiadores europeos. Tal es, por ejemplo, el caso de la *Histoire des croisades*, de Michaud, publicada en 1817-1822. Véase tomo I, páginas 357 y 577, y *Bibliographie des croisades*, páginas 48,76,183,248. Por el contrario, en el siglo XX estos relatos —¿misión civilizadora obliga?— generalmente se ocultan. Grousset, en los tres volúmenes de su *Histoire*, ni siquiera los menciona; Runciman se limita a una alusión: «reinaba el hambre... el canibalismo parecía la única solución» (*op. cit.*, tomo I, p. 261).

Sobre los tafurs, véase J. Prawer: *Histoire du royaume franc de Jérusalem*, C.N.R.S., París, 1975 (tomo I, p. 216).

En lo tocante a Usama Ibn Munqidh, véase capítulo VII.

Sobre el origen del nombre de Krak de los caballeros, véase Paul Deschamps: *La Toponomastique en Terre sainte au temps des croisades*, en *Recueil de travaux...* Geuthner, París, 1955.

Los frany encontrarán la carta del basileus en la tienda de al-Afdal después de la batalla de Ascalón en agosto de 1099.

Capítulo 4

Sobre el asombroso pasado de Nahr-el-Kalb, véase P. Hitti, *Tarij Lubnan*, Assaqafa, Beirut, 1978.

Tras su regreso a Europa, Bohemundo intentará invadir el imperio bizantino. Para rechazar el ataque, Alejo le pedirá a Kiliy Arslan que le envíe tropas. Vencido y capturado, Bohemundo se verá forzado a reconocer por tratado los derechos de los rum sobre Antioquía. Esta humillación lo obligará a no volver nunca más a Oriente.

Edesa se encuentra hoy en Turquía. Su nombre es Urfa.

Capítulo 5

Sobre la batalla de Tiro y todo lo referente a esta ciudad, véase M. Chehad, *Tyrá l'époque des croisades*, Adrien-Maisonneuve, París, 1975.

Kamal al-Din Ibn al-Adim (1192-1262) sólo consagró la primera parte de su vida a escribir la historia de su ciudad, Alepo. Acaparado por su actividad política y diplomática y sus numerosos viajes por Siria,

Irak y Egipto, interrumpió su crónica en 1223. El texto original de su *Historia de Alepo* lo ha publicado el Instituto Francés de Damasco en 1968. No existe, por el momento, ninguna edición francesa.

El lugar en que transcurre la batalla entre Ilghazi y el ejército de Antioquía recibe distintos nombres según las fuentes: Sarmada, Darb Sarmada, Tel Aqibrin... Los frany le dieron el nombre de «Ager sanguinis», el campo de la sangre.

Sobre los asesinos, léase M. Hodgson, *The order of Assassins*, Mouton, La Haya, 1955.

Capítulo 6

El hospital fundado en Damasco en 1154 seguirá funcionando hasta... 1899, fecha en la que se convertirá en escuela.

El padre de Zangi, Aq Sonqor, había sido gobernador de Alepo hasta 1094. Acusado de traición por Tutush, el padre de Ridwan, había muerto decapitado. Al joven Zangi lo había recogido entonces Karbuka de Mosul, quien lo había criado y le había hecho participar en todas sus batallas.

La princesa Zomorrod era la hija del emir Yawali, el ex gobernador de Mosul.

Capítulo 7

Nacido en 1095, dos años antes de la llegada de los frany a Siria, muerto en 1188, un año después de que se volviera a tomar Jerusalén, el emir Usama Ibn Munqidh ocupa un lugar aparte entre los testigos árabes de las cruzadas. Escritor, diplomático, político, conoció personalmente a Nur al-Din, Saladino, Muin al-Din Uñar, el rey Foulques y a otros muchos. Ambicioso, intrigante, dado a los complots, lo acusaron de haber mandado asesinar a un califa fatimita y a un visir egipcio, de haber querido derribar a su tío Sultán e incluso a su amigo Muin al-Din. Es, no obstante, la imagen del erudito inteligente, del observador perspicaz y rebosante de humor la que ha perdurado. La principal obra de Usama, su autobiografía, se publicó en París en 1893, en una edición de H. Derenbourg. En 1983, André Miquel ha editado una nueva versión francesa, anotada y magníficamente ilustrada, con el título: «Des enseignements de la vie» (Imprimerie Nationale, París).

Para el relato de la batalla de Edesa, véase J.B. Chabot, «Un épisode de l'histoire des croisades», en *Mélanges...* Geuthner, París, 1924.

Capítulo 8

Para saber más sobre el hijo de Zangi y su época, véase N. Elisseeff, *Nur-ad-Din, un gran prince musulmán de Syrie au temps des croisades*, Instituto Francés de Damasco, 1967.

La primera fuente legal de ingresos para los príncipes —incluido Nur al-Din— era su parte del botín ganado al enemigo: oro, plata, caballos, cautivos vendidos como esclavos. El precio de estos últimos disminuía sensiblemente cuando eran demasiados, puntualizan los cronistas: ¡incluso se llegaba a cambiar un hombre por un par de zapatillas!

Durante las cruzadas, violentos terremotos devastaron Siria. Aunque el de 1157 fue el más espectacular, no transcurría un solo decenio sin un cataclismo importante.

Capítulo 9

El brazo oriental del Nilo, actualmente desecado, se llama «brazo pelusíaco» porque cruzaba la antigua ciudad de Pelus. Desembocaba en el mar cerca de Sabjat al-Bardawil, la laguna de Balduino.

La familia de Ayyub se había visto obligada a salir de Tikrit en 1138, poco después del nacimiento de Saladino en esa ciudad, ya que Shirkuh había tenido que matar a un hombre para vengar, según decía, el honor escarnecido de una mujer.

Oriundos del norte de Africa, los fatimitas gobernaron Egipto desde 966 hasta 1171. Fueron ellos quienes fundaron El Cairo. Decían descender de Fátima, hija del Profeta y esposa de Alí, inspirador del chiismo.

Sobre las peripecias de la asombrosa batalla de Egipto, léase G. Schlumberger, *Campagnes du roi Amaury I de Jérusalem en Egypte*, Plon, París, 1906.

Capítulo 10

La carta de los habitantes de Alepo, al igual que la mayoría de los mensajes de Saladino, se encuentra en la obra *El libro de los dos jardines* del cronista damasceno Abu Shama (1203-1267). Este libro contiene una valiosa compilación de gran número de documentos oficiales que no se encuentran en ningún otro sitio.

Baha al-Din Ibn Shaddad (1145-1234) entró al servicio de Saladino poco antes de la batalla de Hattina. Fue, hasta la muerte del sultán, un confidente y un consejero. Su biografía de Saladino se ha reeditado recientemente, original y traducción al francés, en Beirut y París (Méditerranée, 1981).

En las bodas de Kerak, las buenas maneras no procedían únicamente de Saladino. La madre del joven esposo puso mucho empeño en enviar al sitiador platos cuidadosamente preparados para que él también pudiera participar de los festejos.

El testimonio del hijo de Saladino sobre la batalla de Hattina lo ha citado Ibn al-Atir, vol. IX, año 583 de la hégira.

Colaborador de Nur al-Din antes de entrar al servicio de Saladino, Imad al-Din al Isfahani (1125-1201) publicó numerosos libros de historia y de literatura, principalmente una valiosa antología poética. Su estilo extraordinariamente ampuloso ha reducido algo el valor de su testimonio sobre los acontecimientos que vivió. Su relato de la *Conquista de Siria y de Palestina por Saladino* lo ha publicado la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, París, 1972.

Capítulo 11

Según la fe musulmana, Dios llevó al Profeta una noche en un viaje milagroso de La Meca hacia la mezquita al-Aqsa y luego a los cielos. Hubo un encuentro con Jesús y Moisés, símbolo de la continuidad de las «religiones del libro».

Para los orientales, árabes, armenios o griegos, la barba es un signo de virilidad. Los rostros lampiños de la mayoría de los caballeros francos divertían y, a veces, escandalizaban.

Entre los numerosos libros occidentales dedicados a Saladino, hay que recordar el de S. Lañe-Pool, publicado en Londres en 1898 con el título de *Saladin and the fall of the Kingdom of Jerusalem*, que, desgraciadamente, ha sido relegado al olvido desde hace algunos años. Lo han reeditado en Beirut (Jayats's, 1964).

Capítulo 12

Parece ser que al-Kamel recibió en 1219 a San Francisco de Asís, que fue a Oriente con la vana esperanza de restablecer la paz. Al parecer, lo escuchó con simpatía y le ofreció regalos antes de mandar que lo escoltaran de regreso al campamento de los frany. Que sepamos, ninguna fuente árabe relata este acontecimiento.

Orador y cronista damasceno, Sibt Ibn al-Yawzi (1186-1256) publicó una voluminosa historia universal titulada *Miraat az-zaman* (El espejo del tiempo), de la que sólo se han publicado algunos fragmentos.

Sobre el asombroso personaje que es el emperador, léase, de Benoist-Meschin, *Frédéric de Hohenstaufen ou le réve excomunié*, Perrin, París, 1980.

Capítulo 13

Para una historia de los mogoles, véase R. Grousset, *L'Empire des steppes*, Payot, París, 1939. El intercambio de cartas entre Luis IX y Ayyub lo refiere el cronista egipcio al-Maqrizi (1364-1442).

Diplomático y hombre de leyes, Yamal al-Din Ibn Wasel (1207-1298) dejó una crónica del período ayyubí y del comienzo de la era mameluca. Que sepamos, su obra no se editó nunca, aunque en Michaud y Gabrieli, op. cit., hay citas y traducciones fragmentarias.

Después de la destrucción de Alamut, la secta de los asesinos se perpetuó bajo una forma muy pacífica: los ismaelitas, adeptos del Aga Khan, de quien a veces se olvida que es el sucesor directo de Hasan asSabbah.

La versión referida aquí de la muerte de Aibek y de Sharayat-ad-dorr es la de una epopeya popular medieval, *Sirat al-malek az-zaher Baybars*, Assakafiya, Beirut.

Capítulo 14

Secretario de los sultanes Baybars y Qalaun, el cronista egipcio Ibn Abd el-Zaher (1223-1293) tuvo la mala fortuna de ver su principal obra, la *Vida de Baybars*, resumida por un sobrino ignorante que no nos ha dejado sino un texto truncado e insulso. Los pocos fragmentos que nos han llegado de la obra original revelan un verdadero talento de escritor y de historiador.

De todos los cronistas e historiadores árabes que citamos, Abul-Fida (1273-1331) fue el único que gobernó un Estado: es cierto que éste, el emirato de Hama, era minúsculo, lo que le permitía a este emir ayyubí dedicar lo esencial de su tiempo a sus numerosas obras, entre ellas *Mujtasar tarij al-bashar* (*Resumen de la historia de la humanidad*). Su texto, original y traducción al francés, puede consultarse en el *Recueil des historiens des croisades*, ya citado.

Aunque la dominación occidental sobre Trípoli acabó en 1289, han subsistido numerosos nombres de origen franco, tanto en la ciudad como en las regiones vecinas, hasta nuestros días: Anyul (Anjou), Duehy (de Douai), Dekiz (de Guise), Dabliz (de Blise), Shanbur (Chambord), Shanfur (Chamfort), Franyeh (Franque)...

Antes de cerrar este somero examen de las fuentes bibliográficas, aún hemos de citar:

Z. Oldenbourg: *Les Croisades*, Gallimard, París, 1965. Un relato de sensibilidad cristiana oriental.

R. Pernoud: *Les Hommes des croisades*, Tallandier, París, 1977.

J. Sauvaget: *Historiens arabes*, Adrien—Maisonneuve, París, 1946.

Cronología

Antes de la invasión

622 Emigración —«hégira»— del profeta Mahoma de La Meca a Medina; comienzo de la era musulmana.

638 El califa Umar toma Jerusalén.

Siglos VII y VIII: Los árabes construyen un inmenso imperio que se extiende desde el Indo hasta los Pirineos. 809 Muerte del califa Harún al-Rashid; apogeo del imperio árabe.

Siglo X: Aunque siguen teniendo una civilización floreciente, los árabes viven una decadencia política. Sus califas han perdido el poder en beneficio de los militares persas y turcos. 1055 Los turcos selyúcidas son los dueños de Bagdad. 1071 Los selyúcidas aplastan a los bizantinos en Mantzikert y se apoderan de Asia Menor. Pronto controlan todo el Oriente musulmán, excepto Egipto.

La invasión

1096 Kiliy Arslan, sultán de Nicea, aplasta a un ejército invasor franco que manda Pedro el Ermitaño.

Primera gran expedición franca. Cae Nicea y a Kiliy Arslan lo derrotan en Dorilea.

Los frany toman Edesa y Antioquía y vencen a un ejército de ayuda musulmán que está al mando de Karbuka, señor de Mosul. Casos de canibalismo en Maarat. Caída de Jerusalén, seguida de matanzas y saqueos. Derrota de un ejército de ayuda egipcio. El cadí de Damasco, al-Harawi, va a Bagdad encabezando una delegación de refugiados para denunciar la pasividad de los dirigentes musulmanes frente a la invasión.

La ocupación

1100 Balduino, conde de Edesa, escapa de una emboscada cerca de Beirut y se proclama rey de Jerusalén.

1104 Victoria musulmana en Harrán que detiene el avance franco hacia el este.

Curiosa batalla cerca de Tel-Basher: dos coaliciones franco-islámicas frente a frente.

Caída de Trípoli tras dos mil días de asedio.

Caída de Beirut y de Saida.

El cadí de Alepo, Ibn al-Jashab, organiza un motín contra el califa de Bagdad para exigir una intervención contra la ocupación franca.

Resistencia victoriosa de los tirios.

1115 Alianza de los príncipes musulmanes y francos de Siria contra un ejército enviado por el sultán.

1119 Ilghazi, señor de Alepo, aplasta a los frany en Sarmada.

Los frany se apoderan de Tiro: ya ocupan toda la costa excepto Ascalón.

Los asesinos matan a Ibn al-Jashab.

La reacción

1128 Fracaso de un golpe militar de los frany contra Damasco. Zangi señor de Alepo.

1135 Zangi intenta, sin éxito, apoderarse de Damasco.

Zangi captura a Foulques, rey de Jerusalén, y a continuación lo libera.

Zangi mantiene a raya a una coalición franco-bizantina: batalla de Shayzar.

1140 Alianza de Damasco y Jerusalén contra Zangi.

1144 Zangi se apodera de Edesa, destruyendo el primero de los cuatro Estados francos de Oriente.

1146 Asesinato de Zangi. Su hijo Nur al-Din lo sucede en Alepo.

La victoria

1148 Derrota ante Damasco de una nueva expedición franca a las órdenes del emperador de Alemania Conrado y del rey de Francia Luis VII.

1154 Nur al-Din se hace con el control de Damasco, unificando la Siria musulmana bajo su autoridad.

1163-1169 Lucha por Egipto. Shirkuh, lugarteniente de Nur al-Din, acaba venciendo. Proclamado visir, muere al cabo de dos meses. Lo sucede su sobrino Saladino.

1171 Saladino proclama el final del califato fatimita. Como dueño y señor de Egipto, entra en conflicto con Nur al-Din.

1174 Muerte de Nur al-Din. Saladino se apodera de Damasco.

1183 Saladino se apodera de Alepo. Egipto y Siria quedan en lo sucesivo unidos bajo su égida.

1187 Año de la victoria. Saladino aplasta a los ejércitos francos en Hattina, cerca del lago Tiberíades. Reconquista Jerusalén y la mayor parte de los territorios francos. Pronto los ocupantes no conservarán en su poder más que Tiro, Trípoli y Antioquía.

La tregua

1190-1192 Fracaso de Saladino ante Acre. La intervención del rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León permite a los frany reconquistar varias ciudades del sultán, pero no Jerusalén.

1193 A los cincuenta y cinco años muere Saladino en Damasco. Al cabo de unos cuantos años de guerra civil el imperio se reunifica bajo la autoridad de su hermano al-Adel.

1204 Los frany se apoderan de Constantinopla. Saqueo de la ciudad.

1218-1221 Los frany invaden Egipto. Toman Damietta y se dirigen hacia El Cairo, pero el sultán al-Kamel, hijo de al-Adel, consigue rechazarlos.

1229 Al-Kamel entrega Jerusalén al emperador Federico II de Hohenstaufen, provocando una tempestad de indignación en el mundo árabe.

La expulsión

1244 Los franceses pierden Jerusalén por última vez.

1248-1250 El rey Luis IX de Francia invade Egipto y es vencido y capturado. Caída de la dinastía ayyubí, a la que reemplazan los mamelucos.

1258 El jefe mongol Hulagu, nieto de Gengis Khan, saquea Bagdad, matando a la población y al último califa abasida.

1260 El ejército mongol, que acaba de ocupar Alepo y Damasco, es derrotado en la batalla de Ain Yalut, en Palestina. Baybars a la cabeza del sultanato mameluco.

1268 Baybars se apodera de Antioquía, que se había aliado con los mongoles. Destrucciones y matanzas.

1270 Luis IX muere cerca de Túnez durante una invasión fallida.

1289 El sultán mameluco Qalaun se apodera de Trípoli.

1291 El sultán Jalil, hijo de Qalaun, toma Acre, poniendo fin a dos siglos de presencia franca en Oriente.

Basándose en los testimonios de los historiadores y cronistas árabes de la época, Amin Maalouf relata la historia de las cruzadas tal y como las vieron y vivieron en «el otro campo», es decir, en el lado musulmán, un punto de vista hasta ahora olvidado. LAS CRUZADAS VISTAS POR LOS ÁRABES abarca el periodo comprendido entre la llegada de los primeros cruzados a Tierra Santa en 1096 y la toma de Acre por el sultán Jalil en 1291, dos agitados siglos que dieron forma a Occidente y al mundo árabe y que aún hoy siguen condicionando sus relaciones.

